Novela



Stalky & Cía.

Rudyard Kipling

Stalky, McTurk y Beetle son tres amigos que cursan estudios en un Public School británico. Sus ocurrencias son geniales e hilarantes, su rebeldía frente a lo que les parece injusto temible, su lealtad extraordinaria. Todo eso, a la larga, hará de ellos unos hombres de carácter, agradecidos a la escuela que los formó. Chispeante y elegante, te hace pensar en una ventanita para asomarte a la juventud del propio maestro Kipling.

Rudyard Kipling

Stalky & Cía

ePub r1.0
Titivillus 16.02.2021

Título original: *Stalky & Cia*
Rudyard Kipling, 1899
Traducción: Javier Ruiz Calderón

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Dedicatoria

A

CORMELL PRICE

Director, United Services College

Westward Hol Bideford, North Devon

1874-1894

«Alabemos a los héroes»,
los desconocidos,
pues su influencia pervive,
y su influencia pervive,
crece, aumenta, sobrevive,
y ellos escondidos.

El cierzo y el oleaje
nos llevaron en sus manos;
nos dejaron en la playa.
(¡Doce casas tras la playa!
¡Siete estíos tras la playa!).
Doscientos hermanos.

Encontramos grandes hombres
que por nosotros velaban.
Nos pegaban con las varas,
a conciencia con las varas,
incansables con sus varas,
porque nos amaban.

Desde el Egipto hasta Troya,
sobre el Himalaya,

lejos, firmes, hemos ido,
a Japón, a Babilonia,
a las selvas de Amazonia
y a los pueblos de Cathaya.*

Alabamos a los héroes,
a nuestros mayores,
pues nos dieron sensatez
(lo intentaron por lo menos),
la divina sensatez
que hace a los mejores.

Y todas las latitudes
de la creación
nos vieron llegar,
seriamente obrar,
con furia luchar
por nuestra nación.

Lo aprendimos de los héroes,
su ejemplo observando,
viendo cómo trabajaban,
día a día trabajaban,
sin descanso trabajaban
la vida entregando.

Servidores de la guerra
con mechas, bombas y palos,
delante de reyes,
de pie ante los reyes
y dando a los reyes
fatales regalos.

Lo aprendimos de los héroes,
que nos enseñaron
que lo mejor era,
lo seguro era,
lo más sabio era
cumplir lo mandado.

Bajo lejanas estrellas

su carga llevar.
A las tierras que gobiernan,
con fuerte mano gobiernan,
aman a los que gobiernan,
sin premios buscar.

Lo aprendimos de los héroes
casi sin sentirlo.
Sólo con los años,
al pasar los años,
años y más años,
dimos en vivirlo.

Alabamos a los héroes
por su generosidad.
A su «hoy» renunciaron,
los gozos dejaron,
se sacrificaron,
por nuestra felicidad.

«Alabemos a los héroes»,
los desconocidos,
pues su influencia pervive,
y su influencia pervive,
crece, aumenta, sobrevive,
y ellos escondidos.

EMBOSCADOS

En verano los muchachos honrados construían cabañas de matorrales en la colina que había detrás del colegio; pequeños cubiles cortados en el corazón de los espinosos arbustos, llenos de tocones, extrañas terminaciones de raíces y espigas, pero que eran para ellos, por estar terminantemente prohibidos, palacios de delicias. Y, por quinto verano consecutivo, Stalky, M'Turk y Beetle —esto era antes de que hubieran conseguido la dignidad de un estudio propio— habían construido, como castores, un lugar de retiro y meditación donde poder fumar.

Nada había en sus caracteres, como sabía *Mr*. Prout, el jefe de su casa[1], que inspirase respeto; ni Foxy, el astuto y pelirrojo sargento[2] de la escuela confiaba en ellos. El trabajo de éste consistía en llevar unas zapatillas de tenis y unos gemelos y caer como un halcón sobre los chicos malos. Si hubiera salido él sólo habría dado con esa cabaña, pues Foxy conocía las costumbres de sus presas; pero la Providencia hizo que *Mr*. Prout —cuyo apodo en la escuela, derivado del tamaño de sus pies, era «el Pezuñas»— se pusiera a investigar por su cuenta; y fue el prudente Stalky quien encontró sus grandes huellas dentro de su cubil una tranquila tarde en que habría olvidado con gusto a Prout y sus obras con la ayuda de un volumen de Surtees[3] y una pipa nueva. Crusoe no actuó más rápidamente que Stalky al ver la huella. Éste guardó las pipas, barrió todas las cerillas usadas que había tiradas por el suelo y se fue a advertir a Beetle M'Turk.

Pero era típico del chico no ir done sus amigos sin antes haber hablado con el pequeño Hartopp, presidente de la Sociedad de Historia Natural, institución que Stalky miraba con desprecio. Hartopp quedó más que sorprendido cuando el chico, dulcemente, como él sabía hacerlo, le rogó que les aceptase a él, a Beetle y a M'Turk como miembros de la Sociedad; mostró un interés largo tiempo oculto por las primeras floraciones y las mariposas tempranas y fuera de estación, y se manifestó dispuesto, si le parecía bien a

Mr. Hartopp, a comenzar inmediatamente la nueva vida. Como todo profesor, Hartopp era suspicaz; pero también era un entusiasta, y su pequeña y apacible alma se había irritado en ocasiones por comentarios de los tres, especialmente los de Beetle, llegados por casualidad a sus oídos. A pesar de ello se mostró generoso con el pecador arrepentido y apuntó los tres nombres en su libro.

Sólo entonces fue Stalky a buscar a Beetle y M'Turk al aula de su casa. Estaban cogiendo libros para llevárselos y pasar una tarde tranquila entre los matorrales, que ellos llamaban «el laberinto».

—Hola —dijo Stalky con serenidad—. He distinguido las huellas de los pies de hada del Pezuñas alrededor de la cabaña después de comer. Menos mal que no son precisamente pequeñas.

—¡Ahí va! ¿Escondiste las pipas? —dijo Beetle.

—Oh, no. Las dejé en medio de la cabaña, por supuesto. ¡Qué burro ciego eres, Beetle! ¿Te crees que eres el único que piensa? Bueno, el caso es que no podemos usar más la cabaña. Pezuñas estará vigilándola.

—¡Vaya, hombre! ¡Qué lata! —dijo M'Turk pensativamente, sacando los libros que tenía bajo la ropa. Los chicos llevaban sus bibliotecas entre el cinturón y el cuello de la camisa—. ¡Buena la hemos hecho! Esto significa que estaremos bajo sospecha hasta el final del trimestre.

—¿Por qué? El Pezuñas sólo ha encontrado una cabaña. Él y Foxy la vigilarán. No tiene nada que ver con nosotros; sólo tenemos que dejar de ir por allí durante un tiempo.

—Sí, pero ¿dónde vamos a ir ahora? —dijo Beetle—. Tú elegiste ese sitio, y… yo quería leer esta tarde.

Stalky se sentó en un pupitre taconeando en el banco.

—Eres un bestia desesperante, Beetle. A veces me entran ganas de dejaros para siempre. ¿Os ha olvidado tío Stalky alguna vez hasta ahora? *His rebus infectis*[4], después de ver las huellas del Pezuñas alrededor de la cabaña encontré al pequeño Hartopp *destricto ense*[5], blandiendo un cazamariposas. Me lo gané. Le dije que harías disertaciones para los Cazachinches si te dejaba ingresar, Beetle. Le dije que adorabas las mariposas, Turkey. En cualquier caso, ablandé a Hartopp y ahora somos Cazachinches.

—¿Y qué tiene eso de bueno? —dijo Beetle.

—¡Oh, Turkey, dale una patada!

En interés de la ciencia, los límites infranqueables se relajaban mucho para los miembros de la Sociedad de Historia Natural. Podían ir, si no se acercaban a ninguna casa, prácticamente donde quisieran; *Mr*. Hartopp se hacía responsable de su buena conducta.

Beetle sólo se acordó de esto cuando M'Turk empezaba con las patadas.

—¡Soy un burro, Stalky! —dijo, protegiéndose la parte castigada—. *Pax* [6], Turkey, soy un burro.

—No pares, Turkey. ¿No es verdad que tío Stalky es un gran hombre?

—Un gran hombre —dijo Beetle.

—De todas formas, cazar chinches es una ocupación asquerosa —dijo M'Turk—. ¿Cómo diantres se empieza?

—Así —contestó Stalky volviéndose hacia los armarios de algunos *fags* [7] que había detrás de él. Los *fags* son expertos en Historia Natural—. Aquí está el herbario del joven Braybrooke —tiró una maraña de raíces podridas que había dentro y ajustó la tapa—. Da un gran aspecto profesional, creo. Aquí está el martillo geológico del pequeño Clay. Beetle se lo puede llevar. Turkey, deberías hacerte con un cazamariposas en alguna parte.

—Imposible —dijo simplemente M'Turk, con gran sentimiento—. Beetle, dame el martillo.

—De acuerdo. No soy vanidoso. Pásame ese cazamariposas que está encima de los armarios, Stalky. —Muy bien. Y es plegable, además. ¡Qué lujosos son estos *fags*! Está hecho como una caña de pescar. ¡Por todos los santos, parecemos completos caza-chinches! ¡Ahora, escuchad a tío Stalky! Vamos a ir a los acantilados a por mariposas. Por allí va muy poca gente. Vamos a tener que andar bastante, así que sería mejor que dejaseis los libros.

—¡De ninguna manera! —se opuso Beetle con firmeza—. Me niego a perder mi diversión por unas asquerosas mariposas.

—Entonces te vas a empapar de sudor. Llévame también las aventuras de Jorrocks[8], ¿vale? No te dará más calor del que ya vas a pasar.

Todos ellos sudaron, porque Stalky los guió al trote hacia el oeste, a lo largo de los acantilados que había bajo las colinas de matorrales, cruzando pequeños valles llenos de arbustos uno detrás de otro. No hicieron el menor caso de los conejos que huían ni de las juguetonas mariposas, y nada de lo que Turkey dijo sobre Geología merece pasar a los anales de esta ciencia.

—Bueno, ya está bien —resopló, y se tumbaron sobre la blanda y corta hierba, entre el rumor del mar abajo y el ligero viento veraniego que soplaba entre los árboles tierra adentro. Estaban frente a un estrecho valle lleno de matorrales viejos y altos en alegre floración que llegaban hasta un borde de zarzas, y un espeso bosque de árboles y acebo mezclados. Era como si la mitad del valle estuviera llena de fuego dorado hasta el borde del acantilado. La parte más próxima estaba cubierta de césped y completamente erizada de carteles.

—Terrible lugar éste —dijo Stalky leyendo el más cercano—. «Será procesado con todo el rigor de la ley. Coronel G. M. Dabney, juez de Paz[9]», etcétera. Creo que nadie en sus cabales se atrevería a pasar, ¿no os parece?

—¡Antes de procesar a alguien hay que demostrar que ha producido daños! No se puede juzgar a nadie sólo por traspasar los límites —dijo M'Turk, cuyo padre era propietario de muchos acres[10] de tierra en Irlanda—. ¡Eso son tonterías!

—Me alegro, porque esto parece que es lo que buscábamos. ¡No entres directamente, Beetle, especie de lunático cielo! Cualquiera nos podría ver desde más de media milla[11]. Vamos por aquí; y pliega tu horrible cazamariposas.

Beetle desmontó el aro, se metió la red en el bolsillo, convirtió el mango en un tubo de dos pies[12] y se puso el aro de caña alrededor de la cintura. Stalky los condujo tierra adentro hacia el bosque, que estaba, quizá, a un cuarto de milla del mar, y llegaron al borde de zarzas.

—Ahora sí que podemos ir directamente a través de los arbustos sin que nadie nos vea —dijo el táctico—. Beetle, adelántate y explora. ¡Snif! ¡Snif! ¡Apesta terriblemente a zorro en algún sitio por aquí!

A gatas, menos cuando tenía que ponerse bien las gafas, reptó Beetle entre los arbustos, y enseguida anunció entre gruñidos de dolor que había encontrado el rastro muy claro de un zorro. Esto le vino bien a Beetle, porque Stalky le pellizcó *a tergo* [13]. Siguieron arrastrándose por ese túnel. Era, evidentemente, una carretera muy transitada por los habitantes del pequeño valle; y, para su inexpresable gozo, desembocaba, justo al borde del acantilado, en unos pocos pies cuadrados de césped seco, amurallado y cubierto por arbustos impenetrables.

—¡Estupendo! Lo único que podemos hacer ahora es tumbarnos —dijo Stalky, metiéndose el cuchillo en el bolsillo—. ¡Mirad aquí!

Apartó las duras ramas que tenía delante y fue como una ventana abierta a una vista lejana de Lundy[14], y el profundo mar restregándose perezosamente contra las piedras unos doscientos pies más abajo. Podían oír a los jóvenes grajos graznando en los acantilados, los chirridos y el guirigay de un nido de halcones en algún lugar que no podían ver; y, apuntando cuidadosamente, Stalky escupió sobre la espalda de un pequeño conejo que estaba tomando el sol muy abajo, donde sólo podría hallar asidero un conejo de acantilado. Grandes gaviotas grises y negras chillaban a los grajos; los olorosos acres de plantas en flor alrededor de ellos estaban llenos de pájaros de nido bajo, que cantaban o callaban cuando sombra de los halcones que giraban en el aire

pasaban y volvían; y en el césped que atravesaba el valle los conejos golpeaban el suelo y retozaban.

—¡Mmm! ¡Qué sitio! Una lección de Historia Natural, eso es lo que es —dijo Stalky, llenando una pipa—. ¿No os parece delicioso? ¡El viejo mar! —escupió otra vez con aprobación, y se calló.

M’Turk y Beetle habían sacado sus libros y estaban tendidos boca abajo, con la barbilla apoyada sobre las manos. El mar roncaba y gorgoteaba; los pájaros, dispersados al principio tras la llegada de estos nuevos animales, volvieron a sus ocupaciones, y los chicos siguieron leyendo en el cálido silencio soñoliento.

—Atención, un guarda —dijo Stalky, cerrando *Handley Cross* con cuidado y escudriñando a través de los matorrales. Un hombre con un fusil apareció en el horizonte por el Este—. ¡Qué pesado, se va a sentar!

—Además seguro que cree que estábamos cazando —dijo Beetle.

—¿Qué tendrán de bueno los huevos de faisán? Siempre están vacíos.

—Podríamos intentar ir al bosque, me parece —dijo Stalky—. No estaría bien molestar tan pronto al coronel y juez de Paz G. M. Dabney.

—¡Al laberinto y en silencio! Puede habernos seguido.

Beetle ya se había adentrado en el túnel. Le oyeron gritar indescriptiblemente y el ruido de un cuerpo pesado que saltaba entre los arbustos.

—¡Eh tú, pillastre rojo!, ¡te veo! El guarda apuntó y disparó amos cañones en su dirección. Los perdigones desempolvaron las ramas secas que los rodeaban y un gran zorro se precipitó entre las piernas de Stalky y desapareció corriendo hacia el acantilado.

No dijeron nada hasta que llegaron al bosque, arañados, despeinados y acalorados, pero no descubiertos.

—Por poco —dijo Stalky—. Juraría que algunos de los perdigones pasaron entre mi pelo.

—¿Has visto? —preguntó Beetle—. Casi lo toqué. ¡Era enorme! ¡Y cómo apestaba! Eh, Turkey, ¿qué te pasa? ¿Te ha dado?

La delgada cara de M’Turk estaba de un color blanco grisáceo; tenía la boca, normalmente medio abierta, cerrada y con los labios apretados, y sus ojos echaban llamas. Sólo le habían visto así una vez, en una triste época de guerra civil.

—¿Os dais cuenta de que esto ha estado tan mal como un asesinato? —preguntó con voz áspera mientras se quitaba los pinchos que tenía en el pelo.

—¡Bueno, por lo menos no nos ha dado! —dijo Stalky—. En realidad ha estado bien. Eh, ¿dónde vas?

—A la casa, si es que hay alguna —contestó M'Turk abriéndose camino entre los acebos—. Voy a hablar con ese coronel Dabney.

—¿Estás loco? Le parecerá que nos está muy bien empleado. Lo dirá en el colegio. Nos darán una paliza en público. ¡Oh, Turkey, no seas bruto! ¡Piensa en nosotros!

—¡Idiota! —exclamó M'Turk dándose la vuelta enfurecido—. ¿Crees que no pienso en nosotros? Hablo del guarda.

—Está chiflado —se lamentó Beetle con voz lastimera, mientras le seguían. Verdaderamente éste era un Turkey desconocido, un Turkey orgulloso, duro, con la nariz dignamente levantada. Le acompañaron por entre la maleza hasta una pradera donde un viejo caballero con blancas patillas preguntaba y blasfemaba alternativamente con vigor.

—¿Es usted el coronel Dabney? —comenzó M'Turk con su nueva voz estridente.

—Yo… soy yo, y —sus ojos recorrieron al chico de arriba abajo— ¿quién… qué demonios queréis? Habéis estado molestando a mis faisanes. No intentéis negarlo. No hace falta que os riáis —los rasgos no demasiado adorables de M'Turk se habían contraído en una horrible sonrisa burlona ante la palabra «faisán»—. Habéis estado cogiendo huevos de los nidos, no es necesario que escondáis el sombrero. Veo claramente que estáis en el colegio. No intentéis negarlo. ¡Lo negáis! Vuestro nombre y número inmediatamente, señores. Queréis hablar conmigo, ¿eh? ¿Visteis mis carteles? Seguro que sí. No intentéis negarlo. ¡Lo negáis! ¡Detestable! ¡Oh, detestable!

Estaba tan alterado que se sofocaba. M'Turk empezó a golpear con el tacón en el suelo y a tartamudear, signos claros ambos de que se estaba irritando. ¿Con qué derecho se atrevía a enfadarse el ofensor?

—Mi-mire, señor. ¿U-usted caza zorros? Porque su guarda sí que lo hace. ¡Le hemos visto! No… no me importa lo que usted diga, pero es algo terrible. Es el final de las buenas relaciones entre los vecinos. Un hombre debería decir de una vez por todas lo que entiende por vedado. Es peor que un asesinato porque no hay remedio legal —M'Turk citaba confusamente a su padre, mientras el viejo caballero sólo alcanzaba a emitir algunos sonidos guturales.

—¿Sabéis quién soy yo? —consiguió murmurar finalmente. Stalky y Beetle estaban temblando.

—No, lo siento, ni me importaría si usted perteneciese a la propia Familia Real. Responda ahora: entre caballeros, ¿caza usted zorros o no?

¡Y sólo cuatro años antes Stalky y Beetle le habían sacado cuidadosamente de la cabeza a golpes el dialecto irlandés a M'Turk! Estaba claro que no se había vuelto loco o le había dado una insolación; tan claro como que iba a ser desollado, primero por el viejo caballero y más tarde por el director del colegio. Una paliza pública para los tres era lo mínimo que se podía esperar. Sin embargo, si era cierto lo que sus ojos y oídos les mostraban, parecía que el viejo caballero se había venido abajo. Podía ser la calma que precedía a la tormenta, pero…

—No, no lo hago —seguía hablando en murmullos.

—Entonces debe usted despedir a su guarda. Ese hombre no puede vivir en el mismo condado que un zorro temeroso de Dios. ¡Y además era una hembra… en esta época del año!

—¿Habéis venido para decirme esto?

—Por supuesto, majadero —contestó, golpeando de nuevo el suelo con el pie—. ¿No haría usted lo mismo por mí si viera pasar algo parecido en mis tierras?

¡Olvidados, olvidados estaban el colegio y el respeto debido a los mayores! M'Turk se encontraba de nuevo en las áridas montañas purpúreas de la lluviosa costa occidental, donde era en las vacaciones el virrey de cuatro mil acres desnudos de tierra, el hijo único de una casa con trescientos años de antigüedad, el dueño de una desvencijada barca de pesca y el ídolo de los perezosos arrendatarios de su padre. Era el terrateniente hablando a su par, lo profundo llamando a lo profundo, y el viejo caballero reconoció el grito.

—Disculpadme —dijo—. Os pido perdón sin reservas a vosotros y al viejo suelo que nos vio nacer. Ahora, ¿seréis tan amables de contarme vuestra historia?

—Estábamos en el valle… —empezó M'Turk, y contó lo sucedido a ratos como un escolar y, cuando la iniquidad de los hechos era superior a sus fuerzas, como un hacendado indignado; concluyendo—: Así que debe de hacer eso con frecuencia. Yo… nosotros… nunca apetece acusar a los hombres de un vecino; pero me tomé la libertad en este caso…

—Ya veo. Muy bien. Por supuesto que hiciste muy bien. ¡Infame… oh, infame! —Los dos se habían puesto a caminar juntos sobre la hierba, el coronel Dabney hablaba como de hombre a hombre—. Esto me pasa por haber ascendido a un pescador, ¡un pescador!, separándolo de sus nasas de langostas. Es suficiente para arruinar la reputación de un arcángel. No intentes

negarlo. ¡Es así! Tu padre te ha educado bien. Lo ha hecho. Me gustaría conocerlo. Mucho, de verdad. ¿Y estos jóvenes caballeros? Son ingleses. No intentes negarlo. ¿Vinieron contigo también? ¡Extraordinario! ¡Realmente extraordinario! En el estado actual de la educación nunca hubiera creído que tres chicos pudieran tener tan buenos fundamentos… Pero, por… ¡No, no! De ninguna manera. No intentéis negarlo. ¡No! El jerez siempre me afecta al hígado, pero… ¿y cerveza? ¿Eh? ¿Qué os parecen unas cervezas con algo de comer? Ha pasado mucho tiempo desde que yo era un chico… abominablemente mostos; pero las excepciones confirman la regla. ¡Y era una hembra, además!

Un ama de llaves con cabellos grises les sirvió en la terraza. Stalky y Beetle se limitaron a comer, pero M'Turk, con ojos brillantes, siguió conversando desenvuelta y majestuosamente; y el viejo caballero le trataba como a un hermano:

—Querido amigo, por supuesto que podéis volver cuando queráis. ¿No os dije que la excepción confirma la regla? ¿Al vallecito de abajo? Querido amigo, a donde queráis siempre y cuando no molestéis a mis faisanes. Ambas cosas son compatibles. No intentéis negarlo. ¡Lo son! Sin embargo, nunca permitiré más fusiles… Id y venid cuando queráis. Yo no os veré y no hace falta que me vengáis a ver. Estáis, bien educados. ¿Otro vaso de cerveza? Os digo que era un pescador y un pescador volverá a ser esta noche. ¡Claro que sí! Me gustaría poder ahogarlo. Os escoltaré hasta la casa del guarda. Mi gente no está acostumbrada a ver chicos por aquí, pero así os reconocerán la próxima; vez.

Se despidió de ellos con muchos cumplidos junto a la gran puerta de la casa del guarda, que abría la empalizada de madera de roble, ellos se detuvieron; incluso. Stalky, que había tocado sólo el segundo —por no decir ningún— violín, se quedó mirando a M'Turk como a un ser de otro mundo. Los dos vasos de fuerte cerveza casera le habían puesto melancólico, por lo bolsillos, andando lentamente con las manos en los bolsillos, se puso a canturrear:

«Oh, Paddy, querido, ¿has oído las noticias que corren por ahí?».

En otras circunstancias Stalky y Beetle habrían caído sobre él, porque esa canción estaba completamente prohibida; era anatema, como una obra de brujería. Pero, teniendo en cuenta lo que había conseguido, bailaron a su alrededor en silencio, esperando a que quisiera volver en sí.

La campana del té sonó cuando estaban todavía a media milla del colegio. M'Turk se estremeció y despertó de sus sueños, olvidando la gloria de su

finca de vacaciones. Volvía a ser un estudiante de colegio que hablaba en inglés como todo el mundo.

—¡Turkey, estuviste fabuloso! —dijo Stalky generosamente—. No sabía lo que había escondido dentro de ti. Has conseguido para el resto del trimestre una cabaña donde simplemente: no nos pueden encontrar nunca. ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! ¡Me parto! ¡Mirad cómo me parto!

Giraban salvajemente, sobre los talones, dando alaridos según la costumbre aceptada del «partirse», que tiene una relación no muy lejana con los cánticos de victoria de los primitivos, y bajaron por el camino del gasómetro justo a tiempo para dar con el director de su casa, que había pasado la tarde vigilando la cabaña, que habían abandonado en el «laberinto».

Lamentablemente, la imaginación de *Mr*. Prout se inclinaba hacia los aspectos más oscuros de la vida, y miró a los tres querubines de inocente expresión con ojos huraños. Comprendía a los chicos que participaban en los deportes y sabía dónde estaban en todo momento. Pero había oído a M’Turk burlarse del *críquet*, incluso de los partidos de la casa; sabía que las opiniones de Beetle sobre el honor de la casa eran incendiarias; y nunca podía estar seguro de cuándo el delicado y sonriente Stalky se estaba riendo de él. Por eso, como; la naturaleza humana es como es, estos chicos tenían, que haber estado haciendo alguna trastada en alguna parte. Esperaba que no fuese nada grave, pero…

—*¡Ti-ra-la-la-i-tu!* ¡Me parto! ¡Mirad! —Stalky, todavía sobre los talones, fue girando como un, derviche danzante hacia el comedor.

—*¡Ti-ra-la-la-i-tu!* ¡Me parto! ¡Mirad! —Giraba; Beetle tras él con los brazos extendidos.

—*¡Ti-ra-la-la-i-tu!* ¡Me parto! ¡Mirad! —estallaba la voz de M’Turk.

¿Era verdad o no que olió nítidamente a cerveza cuando pasaron a toda velocidad junto a *Mr*. Prout? Desgraciadamente para él su conciencia como director de una casa le impulsaba a consultar con, algún colega… Si hubiera llevado su pipa y sus problemas a las habitaciones del pequeño Hartopp habría, quizás, superado su confusión, porque Hartopp confiaba en los chicos y sabía algo sobre ellos. Pero su destino le condujo a King, director de otra casa, que no era amigo: suyo pero aborrecía a Stalky y Cía. con pasión.

—¡Ajá! —exclamó frotándose las manos cuando terminó de oír la historia —. ¡Curioso! En mi casa no se le ocurre a nadie hacer esas cosas.

—Pero en realidad no tengo pruebas.

—¿Pruebas? ¡Con el egregio Beetle! ¡Como si hicieran falta! Supongo que no le será imposible conseguirlas al sargento. Por lo menos a Foxy se le

considera un duro contrincante para cualquier chico esquivo de mi casa. Por supuesto, estuvieron fumando y bebiendo en algún lugar. Ese tipo de chicos siempre hace eso. Creen que es de hombres.

—No son muy populares en el colegio, y son muy, digamos, brutales con los pequeños —dijo Prout, que acababa de ver a lo lejos a Beetle devolviendo su cazamariposas a un lloroso *fag*.

—¡Ah! Se consideran por encima de los placeres ordinarios. ¡Animalillos autosuficientes! Hay algo en la burlona expresión irlandesa de M'Turk que podría sacarme ligeramente de quicio. Y evitan con mucho cuidado actuar abiertamente. Es pura insolencia calculada. Yo estoy totalmente en contra, como sabes, de interferir en otras casas; pero necesitan una lección, Prout. Necesitan una buena lección aunque sólo sea para reducir su altanera arrogancia. Si estuviera en tu lugar, me dedicaría durante una semana a vigilar lo que hacen. Los chicos como ellos, y perdona que lo diga yo, creo que conozco a los chicos, no se hacen Cazachinches por amor al saber. Dile al sargento que mantenga los ojos bien abiertos; y, por supuesto, en mis peregrinaciones quizá abra casualmente los míos también.

—*¡Ti-ra-la-la-i-tu!* ¡Me parto! ¡Mirad! —Se oyó al fondo del pasillo.

—¡Es ofensivo! —dijo King—. ¿Dónde aprenden estos ruidos indecentes? Una buena lección es lo que están pidiendo.

Pero los chicos no tuvieron mucho tiempo para lecciones los días siguientes. Disponían de toda la finca del coronel Dabney para jugar, y la exploraron con cautela de pieles rojas y minuciosidad de ladrones. Podían entrar por la puerta de la casa del guarda desde la carretera —tuvieron la precaución de caerles bien desde un principio al portero y a su mujer—, bajar al vallecito y volver a lo largo de los acantilados; o bien empezar su recorrido en el valle y subir hacia la carretera.

No se cruzaban en el camino del coronel, pues ya había dado de sí lo que podía y no querían hartarle demasiado pronto, ni se recortaban contra el horizonte si tenían la posibilidad de moverse a escondidas. El refugio de arbustos al lado del acantilado era el lugar elegido por ellos para sus retiros. Beetle lo bautizó como «la Plácida ínsula de las Aves», por la paz y la protección que proporcionaba; y aquí, ocultas las pipas y el tabaco en una hendidura adecuada en el borde del acantilado, su posición era intachable legalmente.

Porque, téngase en cuenta, el coronel Dabney no los había invitado a ir a su casa. Y por eso no necesitaban pedir el permiso especial de visita: las normas del colegio eran muy claras sobre este punto. Sólo les había dado

permiso para entrar en sus tierras; y, como eran legítimos Cazachinches, sus límites se habían extendido hasta los carteles del valle y la puerta de la casa del guarda en la colina.

Estaban asombrados de su propia virtud.

—E incluso aunque no fuese así —dijo Stalky, tumbado boca arriba mirando al cielo—, incluso aunque estuviéramos millas fuera de los límites, nadie podría llegar donde estamos a través de esta maraña sin conocer el túnel. ¡A que esto es mejor que estar justo detrás del cole, muertos de miedo cada vez que nos poníamos a fumar! ¿Verdad que tío Stalky…?

—No —dijo Beetle, que estaba estirado justo al borde del acantilado escupiendo pensativamente—. Todo esto se lo debemos a Turkey. Turkey es el gran hombre. Querido Turkey, estás poniendo en aprietos al Pezuñas.

—¡Repelente viejo burro! —dijo M'Turk, profundamente sumergido en su libro.

—Sospechan de nosotros —dijo Stalky—. El Empezuñado está muy suspicaz últimamente; y Foxy, cuando hace una ronda parece que va a…, a…

—A cazar cabelleras —dijo Beetle—. Parece un indio atolondrado.

—Pobre Foxy —dijo Stalky—. Nos va a coger un día de éstos. Anoche en el gimnasio me dijo: «Os tengo echado el ojo, míster Cockran. Sólo os aviso por vuestro bien. —Y yo le contesté—: Pues será mejor que se lo vuelva a poner o va a tener problemas. Se lo digo por su bien». Foxy estaba furioso.

—Sí, pero Foxy juega limpio —dijo Beetle—. Es el de las pezuñas el que tiene una mente retorcida. No me extrañaría que pensase que nos emborrachamos.

—Yo sólo he bebido demasiado una vez, en vacaciones —dijo Stalky reflexivamente—; y me puse malísimo. Pero decidme si no es como para darse a la bebida el tener un animal como el Pezuñas de director de casa.

—Si fuéramos a los partidos y gritásemos: «¡buen golpe, señor!, —y nos apoyásemos sobre una pierna sonrientes cada vez que el Pezuñas preguntara—: Así que, hijos míos, ¿es esto así?», y le dijéramos: «Sí, señor», y «no, señor», y «oh, señor», y «por favor, señor», como ese montón de sucios *fags*, el Pezuñas se sentiría orgullosísimo de nosotros —dijo M'Turk sonriendo burlonamente.

—Es demasiado tarde para empezar a hacer eso.

—Es verdad. El Pezuñas tiene razón. Pero es un burro. Y nosotros se lo hacemos notar. Por eso no nos tiene en alta estima. Anoche después de las oraciones me dijo que él estaba *in loco parentis*[15] —gruñó Beetle.

—¿Eso dijo? —gritó Stalky—. Eso significa que está tramando algo especialmente malévolo. La última vez que lo dijo tuve que escribir trescientas líneas por bailar en el dormitorio número diez. ¡*Loco parentis,* menudo pesado! ¿Qué tiene de malo pasárselo bien? Nosotros estamos bien, ¿no?

Lo estaban, y ese estar tan bien es lo que confundía más a Prout, King y el sargento. A los chicos se les suele notar la mala conciencia. Escapan por el patio a toda velocidad y sonríen nerviosamente cuando se les pregunta. Vuelven, desarreglados, con tiempo justo para llegar a clase. Se miran haciendo gestos y guiños, separándose cuando se acerca un profesor. Pero Stalky y su gente habían superado hacía tiempo estas manifestaciones juveniles. Andaban despreocupadamente y volvían, perfectamente arreglados, después de atracarse de fresas con nata en la portería.

El portero había sido ascendido a guarda, sustituyendo al pescador criminal, y su mujer era muy amable con los chicos. El hombre les dio una ardilla que ellos a su vez regalaron a la Sociedad de Historia Natural, convenciendo con ello definitivamente al pequeño Hartopp, que se preguntaba qué podrían estar haciendo de interés científico.

Foxy investigó con paciencia los caminos que había detrás de una solitaria posada de encrucijada en el Devon misterioso; y era curioso ver a Prout y King, miembros del mismo claustro pero poco amigos, andar juntos en la misma dirección; es decir, hacia el nordeste. Pero la Plácida ínsula de las Aves estaba más bien al suroeste.

—Son endiabladamente agudos —dijo Stalky—. ¿Por qué van en esa dirección?

—Le dije a Foxy —contestó suavemente Beetle— si había probado alguna vez la cerveza de esa posada. Fue suficiente para él, y se puso muy contento. El Pezuñas y él habían estado vigilando nuestra antigua cabaña desde hacía tanto que me pareció que un cambio les sentaría bien.

—Bueno, esto no puede durar mucho —dijo Stalky—. El Pezuñas se está cargando como una nube de tormenta, y King va de un lado para otro frotándose las manos y riendo como una hiena. Es muy desmoralizante para King. Un día va a explotar.

Ese día llegó antes de lo que ellos esperaban, cuando el sargento, cuya obligación consistía en encontrar a los que hacían novillos, no se presentó un día al pasar lista después de comer.

—¿Cansado de los *pubs*, eh? Se ha ido a la cima de una colina con sus gemelos para localizarnos —dijo Stalky—. Me pregunto por qué no lo habrá

hecho antes. ¿Visteis al viejo Pezuñas cómo nos miró cuando respondimos a nuestros nombres? El Pezuñas está en el ajo, seguro. *¡Ti-ra-la-la-i-tu!* ¡Me parto! ¡Mirad! ¡Vamos!

—¿A Las Aves? —preguntó Beetle.

—Claro, pero yo no fumo *aujourd'hui* **[16]**. *Parce que je* sin dudarlo *pensé* **[17]** que vamos a ser *suivi* **[18]**. Vamos por los acantilados despacito, para que Foxy tenga tiempo de vernos bien desde arriba.

Se rigieron hacia las piscinas, y en el camino encontraron a King.

—Oh, espero no interrumpiros —dijo—. ¿Embarcados en una de vuestras expediciones científicas, por supuesto? Espero que os divirtáis, mis jóvenes amigos.

—¡Veis! —dijo Stalky cuando ya no podían ser oídos—. No sabe disimular. Nos sigue para cortarnos la línea de retirada. Va a esperar junto a las piscinas hasta que se le una el Pezuñas. Nos ha buscado por todas partes menos por los acantilados, y ahora está convencido de que nos ha cazado. No hay prisa.

Siguieron andando tranquilamente atravesando vallecitos hasta que llegaron a la fila de carteles.

—¿Habéis oído? Foxy está bajando la colina a toda marcha. Cuando le oigáis moverse entre los arbustos, id directamente a Las Aves. Quieren cogernos *flagrante delicto* **[19]**.

Se metieron entre las retamas, en ángulo recto con el túnel, cruzaron la hierba abiertamente y se tumbaron inmóviles en Las Aves.

—¿Qué os había dicho? —Stalky escondió cuidadosamente las pipas y el tabaco. El sargento, jadeante, estaba apoyado en la valla escudriñando el matorral con los prismáticos, pero con igual éxito que si hubiera querido ver a través de un saco de tierra. Enseguida aparecieron Prout y King detrás de él. Conferenciaron.

—¡Ajá! A Foxy no le gustan los carteles; ni tampoco las espinas. Ahora podemos ir a la portería acortando por el túnel. ¡Ahí va! Han mandado a Foxy a los arbustos.

El sargento estaba sumergido hasta la cintura en el crujiente ramaje, ensordecido por el ruido de su propio avance. Los chicos llegaron al abrigo del bosque y miraron hacia abajo a través de unos acebos.

—¡Menudo ruido infernal! —dijo Stalky críticamente—. No creo que le guste mucho al coronel Dabney. Propongo ir a la portería a comer algo. Desde allí podremos ver la que se arme.

De repente el guarda pasó corriendo por delante de ellos

—Por el amor de Dios, ¿quién estará al fondo del valle? El señor se va a volver loco —dijo.

—Sólo unos cazadores furtivos —contestó Stalky con el acento de Devon que era la *langue de guerre* [20] del chico.

—¡Les voy a dar una buena yo a ésos! —Se metió en el estrecho valle con forma de embudo, que se empezaba a llenar de ruidos, entre los que destacaba la voz de King gritando:

—¡Siga, sargento! Déjele en paz, caballero. Está obedeciendo mis órdenes.

—¿Y quién es usted para dar órdenes aquí? Ustedes vienen donde el señor ahora mismo. ¡Fuera de ahí! —le gritó al sargento—. Sí, ya conozco yo a los chicos que buscáis. Tienen orejas largas y cuerpo blando, y os los metéis en los bolsillos después de cazarlos… ¡Andando donde el señor! Les dirá lo que se merecen. ¡En marcha!

—Explíqueselo al propietario, sargento. Usted se lo puede explicar grito King. Evidentemente el sargento se había rendido por razones de fuerza mayor.

Beetle yacía en toda su longitud sobre el césped de detrás de la portería mordiendo literalmente la tierra en espasmos de alegría.

Stalky le levantó a puntapiés. Sólo un músculo que temblaba en sus mejillas delataba la diversión que traían Stalky y M'Turk dentro de ellos.

Llamaron a la puerta de la portería, donde siempre eran bien recibidos.

—Entrad y poneos cómodos, queriditos —dijo la mujer—. No pueden hacerle nada a mi marido, Los pondrá en su sitio. ¡Bueno es él! Fresas frescas con nata. Los de Dartmoor[21] nunca olvidamos a los amigos. Pero esos ladrones de Bideford[22] son de muy mala calaña. ¿Azúcar? Mi marido ha cazado un tejón para vosotros, queridos. Está ahí, en una caja.

—Nos lo llevaremos cuando terminemos de comer. Me doy cuenta de que usted está ocupada. Nos quedaremos aquí sentados… es su día de colada —dijo Stalky—. No hace falta que se quede con nosotros. No se preocupe. Sí, tenemos suficiente nata.

La mujer se fue, limpiándose sus rosadas manos en el delantal, y los dejó solos en el cuarto de estar, Se oyó un alboroto de pasos en la gravilla a través de los muy emplomados cristales de la ventana, y la voz del coronel Dabney resonó como una trompeta:

—¿Puede usted leer? ¿Tiene usted ojos en la cara? No intente negarlo. ¡Claro que los tiene!

Beetle cogió un adorno de ganchillo que había encima del sofá de crin, se lo metió en la boca y rodó por el suelo.

—Usted vio mis carteles. ¿Su deber? ¡Maldita sea su desvergüenza! Su deber era no entrar en mis tierras. Hablarme de deber ¡a mí! Cómo… cómo… qué… usted, bastardo, ladrón, ¡querrá enseñarme el alfabeto después! ¡Mugiendo como un toro entre los arbustos allá abajo! ¿Chicos? ¿Chicos? ¿Chicos? ¡Pues déjelos sin salir entonces! ¡No soy responsable de sus chicos! Pero no le creo, no creo ni una sola palabra. ¡Tiene usted una mirada furtiva… un aspecto furtivo, mezquino, criminal, que haría sospechoso hasta a un arcángel! ¡No intente negarlo! ¡Claro que la tiene! ¿Un sargento? ¡Más vergüenza para usted, y el peor negocio que ha podido hacer Su Majestad! ¡Un sargento que recorre el campo cazando furtivamente… y retirado! ¡Oh, infame! Pero voy a ser compasivo. Seré misericordioso. ¡De hecho voy a ser la esencia misma de la humanidad! ¿Vio usted o no mis carteles? ¡No lo intente negar! Lo hizo. ¡Silencio, sargento!

Veintiún años en el ejército habían dejado su huella en Foxy. Obedeció.

—Ahora, ¡váyase!

La alta verja se cerró dando un golpe.

—¡Mi deber! ¡Un sargento me va a decir a mí cuál es mi deber! —resopló el coronel Dabney— ¡Dios mío! ¡Más sargentos!

—¡Es King! ¡Es King! —gritó Stalky, hundiendo la cara en un almohadón de crin. M'Turk se estaba comiendo la alfombra que había frente a la limpia chimenea, y el sofá padecía las emociones de Beetle. A través del grueso cristal se veían las figuras de afuera azules, deformes y amenazadoras.

—Yo… protesto contra este absurdo —King mostraba síntomas inequívocos de haber subido la cuesta corriendo—. Ese hombre estaba cumpliendo estrictamente con su deber. Permítame…, permítame enseñarle mi tarjeta.

—¡Va vestido de franela! —Stalky hundió de nuevo la cabeza en el almohadón.

—Lamentablemente, muy lamentablemente de hecho, no tengo aquí ninguna, pero mi nombre es King, señor, soy jefe de una de las casas del colegio, y usted me encontrará preparado, completamente preparado, para justificar la acción de este hombre. Hemos visto a tres…

—¿Ha visto usted mis carteles?

—Admito que los vi; pero comprenderá que en tales circunstancias…

—Estoy *in loco parentis* -la profunda voz de Prout se unió a la conversación. Le podía oír jadear.

—¿Cómo? —El acento del coronel Dabney se hacía más irlandés por momentos.

—Digo que soy responsable de los chicos que están a mi cargo.

—¿Lo es, eh? Entonces sólo puedo decirle que usted les da muy mal ejemplo. No tengo aquí a sus chicos. No los he visto; pero aunque hubiera un chico revolviendo en cada arbusto, aun entonces no tendrían ustedes el más mínimo derecho a aparecer por aquí, subiendo de esa manera desde el valle y asustando a todos los animales que viven en él. No intenten negarlo. Lo han hecho. Deberían haber venido a la portería para hablar conmigo, como personas civilizadas, en vez de perseguir a sus malditos chicos a lo largo y a lo ancho de mis tierras. *In loco parentis* está usted, ¿eh? Bueno, yo no he olvidado todo mi latín, y le pregunto: *«¿Quis custodiet ipsos custodes?»* **[23]**. Si los profesores hacen tales barbaridades, ¿qué culpa se les puede echar a los chicos?

—Pero si pudiera hablar con usted más tranquilamente… —dijo Prout.

—¡No tengo nada que hablar con ustedes! Pueden ustedes hablar de lo que quieran al otro lado de esa valla, y… les deseo muy buenas tardes.

Por segunda vez se cerró la verja con un portazo. Los chicos esperaron hasta que el coronel Dabney hubo vuelto a su casa y cayeron unos en brazos de los otros, casi sin poder respirar.

—¡Oh, alma mía! ¡Oh, King querido! ¡Oh, mi Pezuñas! ¡Oh, Foxy! ¡Con energía, señor Gandul! —Stalky se frotó los ojos—. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡La que hemos montado! Tenemos que salir de aquí o vamos a llegar tarde al té.

—Co…, co… coge el tejón y hagamos feliz al pequeño Hartopp. Que…, que…, que todos sean felices —sollozó M’Turk, buscando la puerta a tientas y dándole patadas al postrado Beetle.

Encontraron el animal en una caja maloliente, dejaron dos medias coronas en pago y se dirigieron bamboleándose hacia el colegio. El tejón gruñía como el coronel Dabney, y lo dejaron caer dos o tres veces entre carcajadas irreprimibles. Sólo estaban medio recuperados cuando Foxy los encontró en el patio y les dijo que tenían que ir a su dormitorio y esperar hasta que los fuesen a buscar.

—Bueno, lleva este bicho a las habitaciones de *Mr*. Hartopp entonces. Por lo menos hemos hecho algo para la Sociedad de Historia Natural —dijo Beetle.

—Me temo que eso no os va a salvar, mis jóvenes caballeros —respondió Foxy, con voz terrible. Tenía una notable agitación mental.

—Tranquilo, Fóxibus —Stalky había llegado al limite de la hilaridad—. Nu… nunca te abandonaremos. Perros cazando zorros en el bosque… es un claro síntoma de degeneración, ¿no? No, tienes razón. No estoy totalmente bien.

«Esta vez han ido demasiado lejos —se dijo Foxy—. Muy lejos han ido, diría yo; sólo que no olían a alcohol. Y, de alguna manera, no parecían estar… King y Prout se han llevado también una buena. Es un alivio».

—Es el momento —dijo Stalky, levantándose de la cama adonde se habían tirado—. Somos la inocencia injuriada, como siempre. No sabemos por qué nos han dejado aquí, ¿verdad?

—Sin explicaciones. Sin té. Humillación pública delante de todos —dijo M’Turk, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas de risa—. Es condenadamente grave.

—Bueno, ahora a aguantar hasta que King pierda los estribos —dijo Beetle—. Es un asqueroso difamador, y debe de estar furioso. Prout es demasiado prudente. Nos tenemos que concentrar en King, y, si nos da pie, a emplear al director. Eso siempre los pone a cien.

Los llamaron al estudio del jefe de su casa, donde encontraron a King y Foxy apoyando a Prout, y Foxy tenía tres varas debajo del brazo. King se sintió triunfador porque vio las lágrimas, de risa, en las mejillas de los muchachos. Entonces comenzó el interrogatorio.

Sí, habían ido a lo largo de los acantilados. Sí, habían entrado en las tierras del coronel Dabney. Sí, habían visto los carteles llegados a este punto Beetle no pudo más y empezó a tartamudear.

—¿Para qué habían entrado en la finca del coronel Dabney?

—Verá, señor, es que había un tejón.

En este momento King, que aborrecía la Sociedad de Historia Natural porque no aguantaba a Hartopp, no pudo seguir conteniéndose. Les rogó que no añadieran la mendicidad a la insolencia no disimulada.

—Pero el tejón está en las habitaciones de *Mr*. Hartopp, señor. El sargento lo había llevado allí amablemente de su parte.

Eso zanjó el tema del tejón, y esta derrota momentánea enfureció aún más a King. Se podía oír su pie golpeando contra el suelo mientras Prout se preparaba para proseguir. Los chicos ya habían entrado en calor. Sus ojos cejaron de echar chispas; sus caras estaban inexpresivas; sus manos colgaban inmóviles a los lados. Estaba aprendiendo, a costa de un compatriota, la lección de su raza, que consiste en ocultar toda emoción para atrapar al enemigo en el momento adecuado.

Todo iba bien hasta entonces. King preguntaba con mayor liberalidad, mostrándose vengativo, mientras que Prout se limitaba a asumir el papel de ofendido. ¿Conocían las sanciones por entrar sin permiso en la propiedad ajena? Aparentando magistralmente una cierta indecisión, Stalky admitió haber recogido algún tipo de datos lejanamente relacionados con ese tema, pero que pensaba…, la frase se quedó a medias: Stalky se quería reservar su mejor carta. *Mr*. King no admitía peros, ni estaba interesado en las evasivas de Stalky. A ellos, por su parte, quizás les vendría bien conocer sus humildes puntos de vista. Chicos que se escapaban, que se arrastraban, se deslizaban como serpientes más allá de los límites, más allá incluso de los generosos límites de la Sociedad de Historia Natural, a la que se habían unido falsamente para disimular sus crímenes, sus vicios, sus villanías, sus inmoralidades…

«Se va a pasar de un momento a otro —se dijo Stalky—. Entonces aprovecharemos antes de que pueda retractarse».

Chicos como ellos, chicos escabrosos, leprosos morales —la corriente de sus palabras hacía ponerse de puntillas a King—, mal hablados, mentirosos, glotones, sí, alcohólicos incipientes.

Sólo estaba empezando su perorata, y los chicos lo sabían; pero M’Turk cortó en seco el espumoso discurso, haciéndole eco los otros:

—Apelo al director, señor.

—Apelo al director, señor.

—Apelo al director, señor.

Era un derecho incuestionable. Emborracharse significaba ser expulsados después de ser azotados en público. Habían sido acusados de ello. Habían oído esa frase una vez o dos antes en su vida.

—Tanto peor —dijo King con inquietud—. Más os valdría ateneros a nuestra jurisdicción, mis jóvenes amigos.

—¿Podemos relacionarnos con el resto de la gente hasta que veamos al director, señor? —preguntó M’Turk al jefe de su casa sin hacer caso a King. Esto colocó de inmediato la situación en el nivel más elevado. Además, significaba no trabajar, porque la lepra moral se sometía a una estricta cuarentena, y el director nunca tomaba decisiones hasta veinticuatro horas más tarde, cuando el asunto ya estaba algo enfriado.

—Bueno, eh, si persistís en vuestra actitud desafiante —dijo King mirando nostálgicamente las varas que tenía Foxy debajo del brazo— no hay alternativa.

Diez minutos después la noticia se había extendido por todo el colegio. Stalky y compañía habían caído por fin; caído por la bebida. Habían estado bebiendo. Habían vuelto completamente borrachos de una cabaña. Incluso ahora yacían brutalmente intoxicados en el suelo del dormitorio. Unos pocos espíritus intrépidos subieron para mirar y fueron rechazados por una lluvia de botas descargadas sobre sus cabezas.

—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos en las Horcas Caudinas[24]! —dijo Stalky, después de ver los resultados—. King tendrá que probar todas sus acusaciones.

—«Demasiada presión, ha acabado explotando» —citó Beetle de un libro que estaba leyendo—. ¿Os acordáis que os dije lo que pasaría si seguíamos echándole leña?

—Y además sin clase, oh incipientes alcohólicos —dijo M'Turk—, y esta noche, juerga. ¡Hola! Aquí está nuestro amigo Foxy. ¿Más torturas, Fóxibus?

—Os he traído algo para comer, jóvenes caballeros —dijo el sargento desde detrás de una bandeja llena hasta los topes.

Sus batallas se habían llevado a cabo siempre sin malicia, y en la mente de Foxy flotaba la sospecha de que unos chicos que se dejaban coger tan fácilmente podían, quizás, reservar alguna sorpresa. Foxy había servido durante el motín[25], cuando una información rápida y precisa era de mucho valor.

—Me…, me di cuenta de que no teníais nada para comer, hablé con Gumbly, y me dijo que no se os había castigado sin comida. Así que os he traído esto. Es su lata de jamón, ¿no, *Mr*. Corkran?

—Vaya, Fóxibus, eres una buena persona —dijo Stalky—. No sabía que tuvieras tanta…, ¿cuál es la palabra, Beetle?'

—Sensibilidad —contestó Beetle rápidamente—. Gracias, sargento. Aunque es el jamón de Carter.

—Como había una «ce» en la lata pensé que sería de *Mr*. Corkran. Éste es un asunto muy serio, jóvenes caballeros. Eso es lo que es. No lo sé, es sólo una suposición, pero ¿no hará quizás algo que no hayáis dicho a *Mr*. Prout y *Mr*. King?

—Lo hay. Y mucho, Fóxibus —dijo Stalky con la boca llena.

—Entonces, si ése fuera el caso, me parece que yo se lo debería transmitir, por así decirlo, al director cuando me pregunte. Tengo que exponerle las acusaciones esta noche y… todo esto tiene peor pinta cuanto más nos acercamos a ello.

—Fatal, Foxy. Veintisiete azotes en el gimnasio delante de todos y expulsión vergonzante. «El vino es un bromista, la bebida fuerte es rabiosa» —citó Beetle.

—No hay nada de lo que reírse, jóvenes caballeros. Tengo que acusaros ante el director. Y… quizás no os disteis cuenta de que os estuve siguiendo esta tarde; ya sospechaba algo antes.

—¿Vio usted los carteles? —gritó M'Turk, imitando la voz del coronel Dabney.

—Usted tiene ojos en la cara. No intente negarlo. ¿Que lo niega? —dijo Beetle.

—¿Un sargento? ¡Retirado y se dedica ala caza furtiva! ¡Infame! ¡Oh, infame! —dijo Stalky sin compasión.

—¡Dios mío! —dijo el sargento, sentándose pesadamente en una cama—. ¿Dónde…, dónde diablos estabais? Debía haber supuesto que había gato encerrado… en alguna parte.

—¡Oh, querido genio! —siguió Stalky—. ¿Creías que no nos dábamos cuenta de que nos seguías? ¿Pensabas que nos engañabas, eh? Pues fuimos nosotros los que te metimos de cabeza en ese lío. El coronel Dabney, ¿verdad que es simpático, Foxy?… el coronel Dabney es un buen amigo nuestro. Llevamos yendo allí semanas y semanas. Nos invitó a hacerlo. ¡Tú y tu deber! ¡A la porra su deber, señor mío! ¡Tu deber era no entrar en sus tierras!

—Nunca más podrás andar con la cabeza erguida, Foxy. Los *fags* se reirán de ti —dijo Beetle—. Piensa en tu prestigio.

El sargento pensaba. Y mucho.

—Miren ustedes, caballeros —dijo con expresión seria—. No se lo vais a decir a nadie, ¿verdad? ¿No cayeron *Mr*. Prout y *Mr*. King en ello también?

—Sí que cayeron, Foxibúsculos; y mucho peor que tú. Oímos cada palabra. Tú no saliste muy mal parado, considerando que si yo hubiera sido Dabney te juro que habría llamado a la policía. Creo que se lo voy a sugerir mañana.

—Y todo esto va a llegar al director. ¡Oh, Dios mío!

—Hasta el menor detalle, querido amigo —dijo Beetle, bailando—. ¿Por qué no? Nosotros no hemos hecho nada malo. No somos cazadores furtivos, ni nos hemos dedicado a arruinar la reputación de unos pobres chicos inocentes diciendo que estaban borrachos.

—Eso yo no lo hice —dijo Foxy—. Yo…, yo sólo dije que os habíais comportado de una manera muy rara cuando volvisteis con ese tejón. *Mr*. King puede haberme malinterpretado.

—Claro que lo hizo; y seguro que te va a echar a ti toda la culpa cuando se dé cuenta de que estaba equivocado. Si tú no conoces a King, nosotros sí. Me avergüenzo de ti. No pareces un sargento —dijo M’Turk.

—No con tres diablejos como vosotros, claro que no. Me habéis tendido una trampa. He caído en una emboscada. Con todo el equipo. Y a ver quién es el guapo que mantiene la disciplina entre los más pequeños después de todo esto. Y el director me mandará al coronel Dabney con una nota preguntándole si eso de que os había invitado era verdad.

—Entonces será mejor que esta vez vayas por la portería, en vez de perseguir a tus malditos chicos…, ¿no fue eso lo que le dijo a King? Creo que sí. ¿Bien, Foxy? —Stalky apoyó la barbilla en las manos y contempló a la víctima con un profundo deleite.

—*¡Ti-ra-la-la-i-tu!* ¡Me parto! ¡Mirad! —gritó M’Turk—. Foxy nos trajo té cuando éramos leprosos morales. Foxy tiene corazón. Además, ha estado en el ejército.

—Me gustaría haberos tenido en mi compañía, jóvenes caballeros —dijo el sargento desde lo más hondo del corazón—; os habría puesto bien firmes.

—Silencio ante la corte marcial —siguió M’Turk—. Soy el abogado del prisionero; y, por otra parte, esto es demasiado bueno para contárselo a los brutos del colegio. Nunca lo entenderían. Ellos juegan al *críquet*, y dicen «sí, señor», y «oh, señor», y «no, señor».

—No importa. Prosigamos —dijo Stalky.

—Bueno. Foxy es un buen chico cuando no pretende dárselas de listo.

—No hay que abusar tampoco —añadió Stalky—. No me importa si le dejas fuera de esto.

—Ni a mí —dijo Beetle—. El Pezuñas es mi único objetivo…, el Pezuñas y King.

—Tuve que hacerlo —gimió el sargento lastimeramente.

—¡Sea pues! Desatendiendo, incitado por malas compañías, el recto cumplimiento de su deer, o… o algo parecido. Se te perdona con una reprimenda, Foxy. No diremos nada sobre ti. Juro que no lo haremos —concluyó M’Turk—. Malo este asunto para la disciplina de la escuela. Fatal.

—Muy bien —dijo el sargento, recogiendo lo del té—. Conociendo como yo conozco a los jóvenes diabl…, quiero decir, caballeros del colegio, me alegro mucho de oír esto. Pero ¿qué le voy a decir al señor director?

—Lo que te apetezca, Foxy. Nosotros no somos los criminales.

Decir que el director se sintió fastidiado cuando el sargento apareció después de la cena con el parte criminal del día sería poco.

—Corkran, M’Turk y compañía, ya veo. Fuera de los límites, como siempre. ¡Ahí va! ¿Qué diantres es esto? Sospecha de que beben. ¿Quién los acusa?

—*Mr*. King, señor. Los cogí fuera de los límites; por lo menos es lo que parecía. Pero hay mucha tela detrás —el sargento daba claras muestras de estar nervioso.

—Siga —dijo el director—. Oigamos su versión.

El sargento y él se conocían desde hacía unos siete años; y el director sabía que las afirmaciones de *Mr*. King siempre dependían en gran medida de su estado de ánimo.

—Yo creía que estaban fuera de los límites, cerca del acantilado. Pero ha resultado que no era así. Los vi entrar en los bosques del coronel Dabney y… lo que pasó fue que *Mr*. King y *Mr*. Prout, que venían conmigo, y yo… los hombres del coronel Dabney nos tomaron por cazadores furtivos. Se dijeron algunas cosas fuertes, señor, por ambas partes. Los jóvenes caballeros pudieron volver al colegio de alguna manera, y parecían estar muy risueños, señor. El propio coronel Dabney, un hombre estricto donde los haya, se las vio con *Mr*. King. Entonces los chicos prefirieron apelar directamente a usted, en vista de lo que… *Mr*. King había dicho sobre sus costumbres en el estudio de *Mr*. Prout. Sólo puedo decir que estaban muy divertidos, haciendo risitas todo el rato, un poco más eufóricos de lo normal. Después me dijeron, entre carcajadas, que el coronel Dabney les había invitado a entrar en sus bosques cuando quisiesen.

—Ya veo. No le dijeron eso al jefe de su casa, por supuesto.

—Apelaron a usted en cuanto *Mr*. King mencionó sus… hábitos. Lo hicieron enseguida, señor, y pidieron que se les mandase al dormitorio hasta que usted los recibiese. He llegado a la conclusión, señor, teniendo en cuenta lo bien que se lo están pasando, que, no sé cómo, han oído cada palabra dicha por el coronel Dabney a *Mr*. King y *Mr*. Prout cuando los tomó por cazadores furtivos. Esto es lo que me parece, si es que he entendido algo de todo este asunto. Es…, es un hecho indudable, si me permite decirlo; y ahora están disfrutando de lo lindo con ello en el dormitorio.

El director lo vio todo claro, hasta las últimas implicaciones, y una pequeñísima sonrisa se esbozó bajo su bigote.

—Mándemelos inmediatamente, sargento. No hace falta prolongar este caso.

Cuando los tres aparecieron escoltados les dijo:

—Buenas tardes. Quiero toda vuestra atención durante unos pocos minutos. Me conocéis desde hace cinco años, y yo a vosotros desde hace… veinticinco. Creo que nos entendemos perfectamente. Ahora os voy a hacer un cumplido enorme. La marrón, por favor, sargento. Gracias. No hace falta que se quede. Os voy a ejecutar sin rima, Beetle, ni razón. Sé que fuisteis a las tierras del coronel Dabney porque os había invitado. Ni siquiera voy a mandar al sargento con una nota preguntando si lo que decís es verdad, porque estoy convencido de que, en esta ocasión, os habéis adherido estrictamente a la verdad. Sé, también, que no estabais bebiendo. M’Turk, prescinda de esa expresión virtuosa o voy a empezar a sospechar que no me entiende bien. Vuestra conducta ha sido intachable. Y por eso lo que voy a hacer va a ser una injusticia clamorosa. Vuestras reputaciones han padecido últimamente, ¿no? Habéis sido calumniados ante toda la casa, ¿no es verdad? Os preocupa especialmente el honor de vuestra casa, ¿no es así? Pues bien, os voy a azotar yo aquí ahora mismo.

Seis soberanos azotes por cabeza fue la ración asignada.

—Y esto, creo —el director puso de nuevo la vara en su sitio y tiró la acusación escrita a la papelera—, liquida este tema. Cuando uno encuentra algo que se sale de lo normal, y esto os puede ser útil más adelante, debe afrontarlo de una manera anormal. Y esto me recuerda… Hay un montón de libros en esa estantería. Podéis cogerlos si luego los devolvéis. No creo que les pase nada si los leéis al aire libre. Huelen demasiado a tabaco. Esta tarde iréis a clase como siempre. Adiós —dijo aquel hombre asombroso.

—Adiós y gracias, señor.

—Juro que esta noche voy a rezar por el director —dijo Beetle—. Los dos últimos golpes fueron unas caricias en el coco. Hay un Monte Cristo en el estante de abajo. Lo he visto. ¡La próxima vez que vayamos a Las Aves me voy a llevar un buen equipaje!

—¡Querido amigo! —dijo M’Turk—. No nos encierran, no hay que copiar tonterías, no nos hacen preguntas impertinentes. Todo solucionado. ¡Mirad! ¿Para qué irán a verle King…, King y Prout?

Se hablase de lo que se hablase en esa entrevista, el caso es que no sirvió para restaurar los heridos orgullos de King y Prout, porque, cuando salieron de la casa del director, seis ojos notaron que uno estaba rojo y azul hasta la nariz y el otro sudaba profusamente. Esa estampa compensó ampliamente la mandíbula imperial con que fueron obsequiados por los dos. Parecía, y a nadie les sorprendió más que a ellos, que no habían expuesto todos los hechos materiales; que eran reos tanto de *suppresio veri* como de *suggestio falsi* [26]

(dioses bien conocidos contra los cuales pecaban a menudo); eran además malévolos en sus tendencias, indignos de confianza en sus caracteres, perniciosos y revolucionarios en sus influencias y abandonados a los demonios de la terquedad, el orgullo y la vanidad más intolerables. En noveno y último lugar, tenían que tener cuidado con lo que hacían y cuidarse bien de dedicarse a ciertas actividades.

Y tuvieron cuidado, como sólo los chicos lo pueden tener cuando se trata de jugarle una mala pasada a alguien. Esperaron toda una larga semana sofocante hasta que Prout y King se volvieron a hinchar como antes; hasta que hubo un partido en su propia casa en el que participaba Prout; hasta que, finalmente, éste se hubo atado las zapatillas y estuvo preparado. King se asomó por una ventana y los tres estaban sentados fuera, en un banco.

Stalky le dijo a Beetle:

—Y yo te pregunto, Beetle, *¿quis custodiet ipsos custodes?*

—No me preguntes —dijo Beetle—. No tengo nada que hablar contigo en privado. Puedes ser tan privado como quieras a-otro extremo del banco; y que tengas una buena tarde.

M’Turk bostezó.

—Bueno, deberíais haber venido por la portería como buenos cristianos en vez de cazar a vuestros, ejem, chicos a lo largo y ancho de mis tierras. Creo que estos partidos de la casa son un asco. Vamos adonde el coronel Dabney a ver si ha cogido a más cazadores furtivos.

Esa tarde se oyeron muchas risas en Las Aves.

LOS GENIOS DE LA LÁMPARA

Primera parte

La Compañía «Aladino» estaba ensayando en la sala de música del último piso del quinto curso. Dickson Quartus, conocido vulgarmente como «Dick Cuatro», era Aladino, el director, el coreógrafo, media orquesta y, en gran parte, libretista, porque el texto había sido reescrito y llenado de alusiones locales. La pantomima debía representarse la semana siguiente, en el estudio del primer piso ocupado por Aladino, Abenazar y el emperador de china. El genio de la lámpara, la princesa Badrulbadur y la viuda Twankey vivían en el estudio número cinco del mismo pasillo, de manera que la compañía podía reunirse fácilmente. El suelo temblaba bajo los zapateos del *ballet*, mientras Aladino, con mallas de algodón rosa, una chaqueta azul de lentejuelas y un sombrero con plumas, aporreaba alternativamente el piano y el banjo. Era el alma motora de la empresa, como correspondía a un estudiante mayor que había aprobado ya el examen preliminar del ejército y esperaba entrar en Sandhurst[27] en primavera.

Aladino volvió finalmente a su hogar, Abenazar yacía envenenado en el suelo, la viuda Twankey bailó su danza y la compañía decidió que todo estaba listo para la actuación.

—¿Pero qué pasa con la última canción? —preguntó el emperador, un chico alto y rubio con una sombra de bigote que retorcía militarmente—. Necesitamos alguna vieja canción que levante los espíritus.

—*John Peel? ¿Bebe, cachorro, bebe?* —sugirió Abenazar, doblando su amplio pijama lila. «Pussy». Abenazar parecía siempre medio dormido, pero poseía una sonrisa suave y lenta muy adecuada para el papel de «tío malvado».

—Eso ya está pasado —dijo Aladino—. Sería lo mismo que cantar *El reloj del abuelo*. ¿Qué era eso que estabas tarareando ayer en clase, Stalky?

Stalky, el genio de la lámpara, con mallas negras, justillo y un antifaz negro de seda en la frente, silbó perezosamente, tumbado encima del piano, una pegadiza melodía de *music-hall* [28].

Dick Cuatro levantó la cabeza apreciativamente y bizqueó mirando la punta de su larga nariz roja.

Repite, no he podido cogerlo —dijo, intentando sacarla al piano—. Canta la letra.

—*¡Arrah, Pats cuida el niño!*
¡Arrah, cuida al bebé!
¡Envuélvelo bien en su abrigo,
como loco se va a poner!
¡Arrah, Patsy, cuida al niño;
cuídamelo, que tengo que hacer!
¡Llora que llora toda la noche!
¡Arrah, Pastsy, cuida al bebé!

—¡Estupendo! ¡Perfecto! —dijo Dick Cuatro—. Lo malo es que en la actuación no vamos a tener piano. Tendremos que acompañar con banjos; tocar y bailar a la vez. Inténtalo, Tertius.

El emperador se arremangó las mangas de color verde guisante y siguió a Dick Cuatro con un pesado banjo plateado.

—Sí, pero yo estoy muerto todo este tiempo, tumbado en medio del escenario —dijo Abenazar.

—Eso es cosa de Beetle —dijo Dick Cuatro—. Vamos, Beetle. No nos tengas esperando toda la tarde. Tienes que sacar a Pussy de la luz de alguna manera y enfocar nuestro baile al final.

—Vale. Tocad otra vez vosotros dos —dijo Beetle, que, con una camisa gris y una peluca castaña de bucles como salchichas, torcida sobre un par de anteojos reparados con un cordón viejo de zapato, representaba a la viuda Twankey. Balanceaba una pierna al compás del rítmico estribillo, mientras los banjos sonaban cada vez más fuerte.

—¡Hum! ¡Ah! ¡Eeeh…! *Aladino ya tiene mujer* -cantó, y Dick Cuatro lo repitió.

—*El emperador está calmado* -cantó Tertius hundiendo el pecho.

—¡Adelante, Pussy! Di: «A la vida podéis ya volver. —Entonces nos cogemos las manos y avanzamos—: Esperamos que os haya gustado». *¿Entendez-vous?*

—*Nous entendons* [29]. No está mal. ¿Qué cantamos en el baile final? Son cuatro pasos y una vuelta —dijo Dick Cuatro.

—¡Ejem!

Juanito el bajito bajará el telón,
y tocará el timbre del apuntador.
Antes de irnos les deseamos
que ustedes lo pasen bien.

—¡Fantástico! ¡Fantástico! Hagamos ahora la escena de la viuda y la princesa. Vamos, Turkey.

M’Turk, con una falda violeta de seda y un coqueto turbante azul, avanzó con el aspecto de alguien completamente avergonzado de sí mismo. El genio de la lámpara se bajó del piano y, sin pasión alguna, le dio una patada.

—Venga, Turkey —dijo—; esto es serio.

En ese momento sonó en la puerta la llamada de la autoridad. Resultó ser King, en toga y sombrero, disfrutando de su paseo sabatino de antes de la cena.

—¡Puertas cerradas! ¡Puertas cerradas! —gritó ceñudo—. ¿Qué significa esto? ¿Y cuál, si puedo preguntarlo, es el propósito de este… esta indumentaria epicena?

—Una pantomima, señor. El director nos ha dado permiso —dijo Abenazar, como único alumno de sexto implicado. Dick Cuatro se mantuvo firme, seguro de que las mallas le sentaban bien pero Beetle intentó desaparecer detrás del piano. Una falda gris de princesa prestada por la madre de un mediopensionista y un vistoso corsé de algodón irregularmente forrado de papel le hacen a uno sentirse ridículo. Y además Beetle no tenía la conciencia muy limpia.

—¡Como siempre! —se burló King—. Tonterías fútiles justo cuando vuestras carreras, o lo que puede ser de ellas, están totalmente en el aire. ¡Ya veo! ¡Ah, ya veo! La vieja banda de criminales, las fuerzas aliadas del desorden, Corkran —el genio de la lámpara sonrió educadamente—, M’Turk —el irlandés sonrió también— y, por supuesto, el inefable Beetle, nuestro amigo Gigadibs[30] —Abenazar, el emperador y Aladino fueron pasados por alto, pues su perversidad no era tan notoria—. ¡Saga usted, mi negro bufón, de detrás de ese instrumento! Usted pergeña, supongo, los ripios de la función. ¿Se considera un, digamos, poeta?

«Ha leído alguno de mis poemas», pensó Beetle, notando cómo la cara de King iba enrojeciendo.

—Acabo de tener el placer de leer una de sus efusiones dirigida a mí, según creo; una efusión presuntamente en verso. Así que… así que usted no me tiene en alta estima, ¿no es así? Me doy cuenta, no hace falta que lo diga,

que su engendro ostensiblemente no estaba destinado a mi edificación. Lo leí riéndome, sí, riéndome. Estas cosas de niños, pues todavía somos niños, maestro Gigadibs, no perturban mi ecuanimidad.

Beetle se preguntó cuál sería. Había ofrecido múltiples sátiras a un público capaz de apreciarlas desde que había descubierto que era posible burlarse de alguien en verso.

Para demostrar su impasible serenidad, King procedió a despedazar sistemáticamente a Beetle, a quien llamaba Gigadibs, con palabras. Desde los corones desatados de los zapatos a las gafas torcidas —la vida de un poeta en un gran colegio es ardua— le ridiculizó ante sus compañeros con el resultado habitual: sus malabarísticas puyas verbales, pues King tenía una lengua viperina, le pusieron finalmente ce buen humor. Dibujó una lúgubre previsión de Beetle acabando como un panfletero degenerado muriendo en una buhardilla, repartió algunos breves cumplidos entre M'Turk y Corkran y, recordando a Beetle que debía acudir cuando se le llamase para ser juzgado, se fue a la sala de profesores, donde volvió a triunfar sobre sus víctimas.

—Y lo peor de todo es —explicó en voz alta delante de su plato de sopa— tener que desperdiciar tales joyas del sarcasmo en esas cabezas huecas. Están muchas millas por encima de ellos.

—Bueeno —dijo lentamente el capellán de la escuela—, yo no sé lo que podrá apreciar Corkran de tu estilo, pero el joven M'Turk lee a Ruskin[31] por placer.

—¡Tonterías! Quiere hacer creer que lo lee. No me fío nada del oscuro celta.

—No, de verdad. La otra noche fui oficiosamente a su estudio y encontré a M'Turk absorbido en cuatro números raros de *Fors Clavigera* [32].

—Yo no sé nada de sus vidas privadas —dijo con calor un profesor de matemáticas—, pero he aprendido por amarga experiencia que es mejor dejar tranquilos a los del estudio cinco. Son unos jóvenes diablos completamente desalmados —se sonrojó ante las risas de los demás.

Pero en la sala de música había ira y palabras fuertes. Sólo Stalky, el genio de la lámpara, seguía tumbado inmóvil en el piano.

—Ese cerdito de Manders debe de haberle enseñado alguno de tus poemas. Siempre le está haciendo la pelota a King. Yo en tu lugar iba a por él —sugirió—. ¿Cuál era, Beetle?

—Ni idea —contestó Beetle, intentando quitarse la falda—. Había uno sobre cómo intenta hacerse el simpático con los pequeños, y otro sobre él en el infierno, contándole al demonio que había estudiado en Balliol[33]. ¡Los dos

rimaban muy bien, podéis estar seguros! ¡Igual el pequeño Manders le enseñó los dos! Le voy a corregir bien las cesuras.

Desapareció bajando las escaleras fue al aula de al lado del estudio de King, donde se rigió a un niño blanco y sonrosado y lo persiguió por el pasillo hasta el aula de los de tercero. Acabada su tarea volvió, muy desarreglado, y encontró a M'Turk, Stalky y los otros de la compañía en su estudio disfrutando de una enorme merienda de café, cacao, bollos, pan fresco, sardinas, embutidos, paté, tres tipos de mermelada y por lo menos otras tantas libras**[34]** de nata de Devonshire.

—¡Hombre! —dijo, abalanzándose sobre el banquete—. ¿Quién ha traído todo esto, Stalky? —Faltaba menos de un mes para el final del trimestre, y el hambre más cruel se extendía por los estudios desde semanas antes.

—Tú —dijo Stalky serenamente.

—¡Asquerosos! Habéis estado robándome mis reservas, ¿eh?

—No te excites. Es sólo tu reloj.

—¡El reloj! Lo perdí hace semanas. En el campo, cuando estábamos intentando cazar ese viejo carnero…, el día que explotó la pistola.

—Se cayó de tu bolsillo, eres tan despistado, Beetle, y M'Turk y yo te lo guardamos. Llevo usándolo una semana y no te has dado cuenta. Lo llevé a Bideford hoy después de comer. Me han dado trece libras y siete peniques**[35]**. Mira, éste es el resguardo.

Va ya, demuestras una frialdad más que mediana —dijo Atenazar desde detrás de una enorme rebanada con nata y mermelada, porque Beetle, aparte de comprobar la seguridad de sus pantalones del domingo, no mostró la más mínima sorpresa, y mucho menos resentimiento. Curiosamente fue M'Turk el que se enfadó, y dijo:

—¿Le has dado un resguardo, Stalky? ¿Lo empeñaste? ¡Eres un animal sin escrúpulos! ¡El mes pasado tú y Beetle vendisteis mi reloj! No olí un resguardo ni de lejos.

—Ah, pero eso fue porque cerraste tu baúl con llave y necesitamos media tarde para abrirlo a martillazos. Lo habríamos empeñado si te hubieras comportado como una persona decente, Turkey.

—¡Mi madre! —dijo Abenazar—. Vosotros lo que sois es unos comunistas. Pero muchas gracias a Beetle de todas formas.

—Eso es terriblemente injusto —dijo Stalky—, con todas las molestias que me he tenido que tomar para empeñarlo. Beetle no sabía que tenía un reloj. Por cierto, el Gallina me llevó a Bideford esta tarde —«el Gallina» era el arriero local, un típico producto de Devon. Stalky se había inventado este

apodo tan poco caritativo—. Estaba bastante borracho, porque de otro modo no lo habría hecho. El Gallina es un poco tímido conmigo, no sé por qué. Le aseguré que quería hacer las paces con él, y le di un penique. Paró en dos *pubs* en el camino, así que esta noche va a estar como una cuba. Oh, no empieces a leer, Beetle; estamos en consejo de guerra. ¿Qué diantres ha pasado con el cuello de tu camisa?

—Perseguí al pequeño Manders hasta los armarios de tercero. Todos sus amiguitos acabaron encima de mí —contesto Beetle desde detrás de una fuente de sardinas y de su libro.

—¡Eres más burro! Cualquier tonto te podría haber dicho dónde se iba a refugiar Manders —dijo M'Turk.

—No lo había pensado —dijo Beetle mansamente, cogiendo varias sardinas con una cuchara.

—Claro que no. Nunca piensas —M'Turk arregló el cuello de Beetle de un fuerte tirón—. ¡Si llenas mi libro de aceite te la cargas!

—¡Cierra el pico, charlatán irlandés! Éste no es uno de tus repulsivos libros; es mío.

El libro era un grueso volumen con tapas marrones de finales de los años sesenta que King había arrojado una vez a la cabeza de Beetle para que éste viera de dónde venía el nombre de Gigadibs. Beetle se había apropiado el libro y había descubierto en él algunas cosas interesantes. Los apenas entendidos versos vivían y comían con él, como se notaba en sus manoseadas y sucias hojas. Estaba sumergido en ese mundo, en compañía de hombres y mujeres maravillosos, hasta que tuvo que salir de él refunfuñando por el cucharazo que tuvo le propinó en la cabeza.

—¡Beetle! Has sido maltratado, insultado y ridiculizado por King. ¿No te das cuenta?

—¡Déjame tranquilo! Si es así, supongo que puedo escribir algún nuevo poema sobre él.

—¡Absurdo! ¡Totalmente absurdo! —dijo Stalky a los visitantes, como alguien que está mostrando un animal raro—. Beetle lee a un tipo llamado Browning, y M'Turk a otro llamado Ruskin; y…

—Ruskin no es un «tipo» —protestó M'Turk—. Es casi tan bueno como el comedor de opio[36]. Dice: «Somos hijos de razas nobles educados por el arte que nos rodea». Eso se refiere a mí, y a la manera en que decoré el estudio cuando estos dos bichos lo habrían llenado de estanterías y tarjetas de Navidad. ¡Hijo de una noble raza, educado por el arte circundante, deja de leer o te meto una sardina por el cuello!

—Somos dos contra uno —dijo Stalky en tono de advertencia, y Beetle cerró el libro, obedeciendo la ley bajo la cual él y sus dos compañeros habían vivido durante seis años llenos de acontecimientos.

Los visitantes estaban encantados. El estudio número cinco tenía fama de contener más cantidad de locura que todo el resto de la escuela junto; y, en la medida en que su código permitía las amistades con los de afuera, eran educados y acogedores con sus vecinos de piso.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —preguntó Beetle.

—¡King! ¡Guerra! —gritó volviéndose hacia la pared, donde colgaba un pequeño tambor de guerra africano, regalo recibido por M’Turk de un tío marino.

—Pero entonces nos van a echar otra vez del estudio —dijo Beetle, muy encariñado con su actual comodidad—. Mason nos echó sólo por… tocar unos pocos compases en él —Mason era el profesor de matemáticas que había testificado en la sala de profesores.

—«¿Compases?». ¡Oh, Señor! —dijo Abenazar—. No nos oíamos hablar a nosotros mismos en nuestro estudio cuando empezasteis con la… música. Pero de todas formas, ¿de qué os sirve que os expulsen del estudio?

—Tuvimos que vivir en los dormitorios durante una semana —dijo Beetle trágicamente—, y hacía un frío bestial.

—Sí, es verdad; pero las habitaciones de Mason estuvieron llenas de ratas todos los días que estuvimos fuera. Le llevó una semana llegar a una conclusión —dijo M’Turk—. Odia las ratas. En cuanto nos dejó volver al estudio no aparecieron más. Mason no es muy expansivo con nosotros ahora, pero no tenía pruebas.

—Menos mal —dijo Stalky—, porque era yo el que me ocupaba de subir al tejado y echarlas por su chimenea. Pero ahora la cuestión es si en estos momentos nos podemos permitir armar jaleo en el estudio.

—No te preocupes por mi reputación —dijo Beetle—. King asegura que no puede ser peor.

—No me refiero a ti —replicó Stalky con desdén—. Tú no quieres ir al ejército, murciélago piojoso. No quiero que me expulsen; y el director también se va hartando poco a poco de nosotros.

—¡Nada! —dijo M’Turk—. El director sólo expulsa por brutalidad o robo. Pero me olvidé: Stalky y tú sois ladrones, ladrones habituales.

Los visitantes pusieron cara de asombro, así que Stalky explicó de esta manera lo que había dicho M’Turk:

—Bueno, veréis: ese monstruito de Manders nos vio intentando abrir el baúl de M’Turk en el dormitorio cuando cogimos su reloj el mes pasado. Por supuesto, Manders le fue con el cuento a Mason, y Mason lo interpretó como un claro caso de robo, para vengarse de lo de las ratas.

—De esa forma Mason se puso en nuestras manos —dijo suavemente M’Turk—. Nosotros éramos simpáticos con él, porque se trataba de un profesor nuevo que se estaba intentando ganar la confianza de sus alumnos. Pero fue una lástima su afición a hacer juicios temerarios. Stalky fue a su estudio haciendo como que lloraba, y le dijo a Mason que cambiaría totalmente de vida si no decía nada esta vez; pero Mason no estaba dispuesto. Dijo que su deber era comunicárselo al director.

—¡Cerdo vengativo! —dijo Beetle—. Todo fue por lo de las ratas. Así que yo también fui a gimotearle un poco, y Stalky confesó que llevaba seis años robando regularmente, desde que llegó a la escuela, y que yo le había enseñado a hacerlo. Mason se puso blanco de alegría. Creyó que nos tenía bien atrapados.

—¡Qué maravilla, chicos! —dijo Dick Cuatro—. No sabíamos nada de esto.

—Claro que no. Mason no dijo ni una palabra. Copió nuestra confesión completa. Se creía todo lo que le decíamos —dijo Stalky.

—Se lo llevó todo al director, con un prólogo escrito por él mismo. Unas cuarenta páginas en total —dijo Beetle—. Yo le eché una mano.

—¿Y después qué, locos idiotas? —preguntó Abenazar.

—Oh, entonces el director nos mandó llamar; y Stalky pidió que se leyeran en alto las «deposiciones». El director las tiró a la papelera sin mirarlas siquiera y nos dio después ocho golpes con la vara a cada uno, de los buenos, por…, por… tomarnos libertades sin precedentes con un profesor nuevo. Vi cómo se movían sus hombros por la risa cuando salíamos. ¿Sabes —dijo Beetle pensativamente— que Mason no nos puede mirar ahora sin sonrojarse? A veces le miramos los tres fijamente a la vez, y siempre acaba nerviosísimo. Es un animal extraordinariamente sensible.

—Había leído *Eric, o Poco a poco* —dijo M’Turk—; así que le regalamos *San Winifred, o El mundo de la escuela* [37]. Se pasaban todo el tiempo libre robando en San Winifred, cuando no estaban rezando o emborrachándose en los *pubs*. Bueno, esto fue hace sólo una semana, y el director no está muy contento con nosotros por ello. Lo llamó «maldad constructiva». La idea se le ocurrió a Stalky.

—No tiene sentido tener líos con un profesor si no se le puede poner en ridículo al final —dijo Stalky, tumbado en la alfombra frente a la chimenea —. Si Mason no conocía al número cinco…, ahora ha aprendido algo, eso es todo. Ahora, mis sobremanera estimados «odientes». —Stalky flexionó las piernas debajo de sí y se dirigió a la compañía—, tenemos a ese hombre fuerte y perseverante que es King en nuestras manos. Ha hecho todo lo que hacía falta para provocar un conflicto —Stalky se puso en este momento la máscara de seda negra y empezó a actuar como un juez—. Nos ha fastidiado a Beetle, a M'Turk y a mí, *privatim et seriatim* **[38]**, uno por uno, a medida que nos podía pillar. Pero ahora ha insultado al número cinco arriba, en la sala de música, y en presencia de estos…, estos oficiales del noventa y tres, que parecen unos peluqueros. ¡Binjimin, le tenemos que hacer gritar *«capivi»!* **[39]**.

Las lecturas de Stalky no incluían a Browning ni a Ruskin.

—Y además —dijo M'Turk— es un filisteo, un colgador de cestas. Y lleva una corbata de tartán. Ruskin dice que cualquiera que use corbatas de tartán será, sin ninguna duda, maldecido eternamente.

—Bravo, M'Turk —gritó Tertius—; yo creía que King sólo era un animal.

—También lo es, por supuesto, pero no sólo eso. Tiene una cesta china con cintas azules y un gatito rosa encima, colada de su ventana con algunas hierbas aromáticas entro. ¿Os acordáis cuando me hice con aquella antigua talla de madera de la iglesia de Bideford, cuando la estaban restaurando; Ruskin dice que cualquiera que restaure una iglesia es un chapucero redomado, y la pegamos aquí con cola? Pues bien, King vino y ¡quería saber si la habíamos hecho con una sierra de marquetería! ¡Qué bárbaro! ¡Es el rey de los colgadores de cestas!

El pulgar manchado de tinta de M'Turk apuntó hacia abajo sobre una arena imaginaria llena de sanguinolentos Kings.

—¿*Placetne* **[40]**, hijo de una raza generosa? —gritó a Beetle.

—Bueno —comenzó Beetle dubitativo—, viene de Balliol, pero le voy a dar una oportunidad. Ya sabéis que siempre puedo hacerle saltar con un poco más de poesía. No puede llevarme al director porque se pondría en ridículo. Stalky tiene toda la razón. Pero tenemos que darle una oportunidad.

Beetle abrió el libro que había sobre la mesa, deslizó su dedo sobre una página, y leyó al azar:

—«… y en Moscú, yendo hacia el Zar
con leves pasitos graves
sobre aquel suelo del Kremlin

de serpentina y sienita
con otros cinco oficiales…».

—Nada, ése no vale. Prueba con otro —dijo Stalky.

—Esperad, que ya sé lo que viene ahora —M'Turk leyó sobre el hombro de Beetle:

«… que a la vez toman rapé
para esconder su intención
de desplegar en secreto
la suavidad que permita…».

¡Eh, qué frase!

«… apretar con fuerza pétrea dejar el alto cuello
Manco sin más respirar».

Punto.

—No entiendo ni jota —dijo Stalky.

—Es que eres un poco bruto. Está clarísimo —dijo M'Turk—: esos seis individuos se cargan al Zar sin dejar huella, estrangulándole. *Actum est*[41] con King.

—Y fue él mismo el que me dio este libro —dijo Beetle relamiéndose.

«Hay un gran texto en los Gálatas.
Verás cuando entres en él
veintinueve maldiciones
si una falla, la otra nones».

Y siguió sin venir a cuento:

—«¡Setebos, Setebos y Setebos!
Cree que vive en la fría luna».

—Está yendo a comer —dijo Dick Cuatro, mirando por la ventana—. Mandersito va con él.

—Es el lugar más seguro para él en estos momentos —dijo Beetle.

—Entonces es mejor que os vayáis ahora —dijo Stalky educadamente a los visitantes—. No sería justo para vosotros implicaros en nuestras guerras. Además, es mejor que no haya testigos.

—¿Vais a empezar enseguida? —preguntó Aladino.

—Inmediatamente o antes todavía —dijo Stalky, y apagó el gas—. Fuerte, perseverante hombre ese King. Hagámosle gritar «*capivi*». Vamos, Binjimin.

La compañía se retiró a su amplio y arreglado estudio con ánimo expectante.

—Cuando Stalky piafa como un caballo —dijo Aladino al emperador de China— es que está en pie de guerra. Me pregunto qué le espera a King.

—Nada bueno —dijo el emperador—. El número cinco suele devolver las faenas con altos intereses.

—¿Creéis que debería comunicar todo esto oficialmente? —dijo Abenazar, que acababa de recordar que era perfecto.

—No es asunto tuyo, Pussy. Además, si lo hicieses se pondrían en contra de nosotros, y no podríamos representar nada —dijo Aladino—. Parece que ya empiezan.

El tambor de guerra africano había sido construido para mandar señales a través de estuarios y deltas. Se le había prohibido terminantemente al número cinco hacerlo sonar en la escuela o en sus inmediaciones; pero un bronco trueno devastador retumbó en los pasillos cuando M'Turk y Beetle frotaron científicamente su parte superior. Poco después, el sonido se transformó en algo parecido a trompetas, a una orquesta salvaje de trompetas desafinadas. Después, cuando M'Turk empezó a golpear un costado suavizado por la sangre de antiguos sacrificios, el rugido se rompió en una serie de breves ladridos roncos como los de un gorila herido en su selva nativa. A todo esto sucedió la cólera de King que, de tres en tres escalones y haciendo aletear su toga, subía la escalera. Aladino y compañía, que estaban escuchando, se estremecieron de emoción cuando la puerta se abrió con estrépito. King entró a trompicones en la oscuridad y maldijo a los músicos por los dioses de Balliol y del reposo tranquilo.

—Fuera del estudio durante una semana —dijo Aladino mirando por la rendija de la puerta—. Bajar la llave a su estudio antes de cinco minutos. «¡Brutos! ¡Bárbaros! ¡Salvajes! ¡Niños!. —Parece bastante agitado—. Arrah, Patsy, cuida al niño» —cantó en un susurro aferrado al pomo de la puerta mientras sus pies bailaban una silenciosa danza de guerra.

King volvió abajo, y Beetle y M'Turk encendieron la luz para conferenciar con Stalky; pero Stalky había desaparecido.

—Buena la hemos hecho —dijo Beetle, recogiendo sus libros y el estuche de instrumentos matemáticos—. Una semana en las clases no es ninguna gran ventaja para nosotros.

—Sí, pero ¿no ves que Stalky no está aquí, especie de beduino? —dijo M'Turk—. Baja la llave y pon cara de pena. King te soltará un rollo de menos media hora. Yo voy a leer a la clase de abajo.

—Pero siempre me toca a mí —protestó Beetle.

—A ver qué pasa ahora —dijo M'Turk con esperanza—. Yo no sé más que tú lo que planea Stalky, pero seguro que es algo. Baja y aguanta la ira de King. Ya estás acostumbrado.

Apenas hubieron salido, la tapa de la caja de carbón, que servía también de asiento, se levantó cautamente. Había sido un reto difícil, incluso para el flexible Stalky, acurrucarse dentro con la cabeza entre las rodillas y el abdomen debajo de la oreja derecha. Sacó de un cajón de la mesa una pequeña catapulta desgastada por el uso, un puñado de perdigones y un duplicado de la llave del estudio; levantó sin hacer ruido el cristal de la ventana y se arrodilló en el alféizar, mirando hacia la carretera, los árboles inclinados por el viento, los oscuros campos y las blancas rompientes pedregosas. Después de andar un rato por el camino de Devonshire oyó el tembloroso clamor del cuerno del arriero. Se podía distinguir en él un fantasma de melodía, como podría haberlo en el viento intentando entonar «Es una costumbre del ejército» en una botella de ginebra.

Stalky sonrió con los labios apretados y, cuando creyó llegado el momento idóneo, abrió fuego. El viejo caballo casi dio una voltereta entre las varas.

—¿Quién anda por ahí? —hipó el Gallina. Otro disparo atravesó el toldo de lona con un maligno silbido.

—*¡Habet!* **[42]** —murmuró Stalky, mientras el Gallina desaparecía en la noche jurando y perjurando, asegurando que había visto al maldito colegial que le había asaltado.

—Y entonces —estaba diciendo King con voz aguda a Beetle, a quien había convocado para cantarle las cuarenta delante del pequeño Manders, sabiendo bien cómo le fastidia a un chico de quinto el ser puesto en ridículo delante de un *fag*—, entonces, maestro Beetle, a pesar de todos nuestros versos, de los que nos sentimos tan orgullosos, cuando entramos en conflicto directo con un representante de la autoridad incluso tan humilde como yo mismo, por ejemplo, somos expulsados de nuestros estudios. ¿O no es así?

—Sí, señor —contestó Beetle con sonrisa de oveja en los labios y sentimientos homicidas en el corazón. Casi había perdido toda esperanza, pero se aferraba a una fe sólidamente fundada en que Stalky nunca era tan peligroso como cuando no se le veía.

—No se te pide tu opinión, muchas gracias. Expulsados de nuestros estudios somos, justo igual que si no fuésemos mayores que el pequeño Manders. Sólo somos escolares mancados de tinta, y debemos ser tratados como tales.

Beetle aguzó los oídos, porque el Gallina estaba diciendo despropósitos salvajemente en la carretera, y algunos de sus adjetivos se colaron por la

ventana. King creía en la ventilación. Se acercó a la ventana, entogado y mayestático, a plena luz, perfectamente visible desde fuera.

—¡Te veo! ¡Te veo! —rugió el Gallina, ahora que había descubierto a un enemigo visible, recibiendo a la vez otro disparo desde la oscuridad—. ¡Sí, tú, narizotas, chorizo, borracho! Ya eres demasiado viejo para estas bromas. ¡Eh! ¡Ponte una cataplasma en la nariz, te digo! ¡Pon una cataplasma en tu narizota!

El corazón de Beetle saltó dentro de él. Sabía que, de alguna manera, en alguna parte, Stalky era la causa de estos gritos. Había esperanza y la posibilidad de una venganza cumplida. Encarnaría la sugerencia sobre la nariz en verso inmortal. King abrió la ventana e increpó severamente al Gallina. Pero el arriero estaba ya más allá del insulto o la lisonja. Había bajado del carro y se agachaba al lado del camino.

Todo se produjo rápidamente, como en un sueño. El pequeño Manders se llevó la mano a la cabeza dando un grito, mientras un pedernal anguloso arrasaba varios libros ricamente encuadernados en la estantería. Otro rebotó en el escritorio. Beetle intentó cogerlo al vuelo y tanto esfuerzo hizo para lograrlo que tiró una lámpara de mesa, la cual cayó, *vía* **[43]** los papeles de King y a unos libros escogidos, en una alfombra persa, llenándola de aceite. Había cristales rotos al lado de la ventana; la cesta china odiada por M’Turk, hecha añicos, había dejado caer las plantas con toda su tierra sobre los cojines de tela roja; el pequeño Manders sangraba profusamente por un corte en la mejilla; y King, profiriendo extrañas palabras que Beetle mejilla; atesorando, salió corriendo a buscar al sargento de la escuela para que el Gallina fuera encarcelado inmediatamente.

—¡Pobre chico! —dijo Beetle afectando una simpatía que no sentía—. Que sangre un poco. Eso es bueno para prevenir la apoplejía —y apoyó hábilmente la atontada cabeza sobre la mesa y los papeles que había en ella, conduciendo luego al aullante Manders hacia la puerta.

Entonces Beetle, solo en medio del caos, se dedicó a devolver bien por mal. Cómo, en ese despacho, las cubiertas de las obras completas de Gibbon**[44]** quedaron totalmente rajadas; cómo tanta tinta china se mezcló por casualidad con la sangre de Manders sobre el mantel; por qué el bote grande de cola, destapado, había rodado semicircularmente por el suelo; y de qué manera, finalmente, el pomo blanco de porcelana de la puerta se había llenado también de sangre, son cuestiones que Beetle no explicó cuando el iracundo King volvió y le encontró esperando educadamente sobre la pegajosa alfombra.

—Usted no me dijo que me fuera, señor —dijo, con expresión de completa inocencia, y King le expulsó a las tinieblas exteriores.

Fue corriendo hacia el armario de los zapatos que había bajo la escalera en la planta baja para dar rienda suelta a la alegría que encerraba dentro de sí. Estaba cogiendo aliento para los primeros gritos de triunfo cuando dos manos le taparon la boca.

—Ve al dormitorio y trae mis cosas. Llévalas a los baños del número cinco. Todavía estoy medio desnudo —le dijo Stalky, que estaba haciendo el pino—. No corras. Ve andando.

Pero Beetle fue tambaleándose hasta el aula más cercana y delegó su deber en M’Turk, que no sabía nada todavía, haciendo un resumen histérico de la campaña tal como se había desarrollado hasta entonces. Así que fue M’Turk, el del rostro inescrutable, quien fue a buscar la ropa al dormitorio mientras Beetle se retorcía en una clase. Luego los tres se encerraron en los baños del número cinco, abrieron todos los grifos, llenaron el lugar de vapor y se desternillaron de risa contándose los detalles de la guerra metidos cada uno en una bañera.

¡Mol! ¡I! ¡Ich! ¡Ego! **[45]** —dijo Stalky entrecortadamente—. ¡Yo esperé hasta que no podía más, mientras tocabais el tambor! Me escondí en el carbón… y enfadé todo lo que pude al Gallina… y el Gallina bombardeó a King. ¿Verdad que estuvo bien? ¿Oísteis el cristal?

—¡Cómo!… ¡él… él… él! —gritó M’Turk señalando a Beetle con un dedo tembloroso.

—Bueno, yo… yo… yo estaba allí —aulló Beetle—, en su estudio, padeciendo un sermón de King.

—¡Oh, madre mía! —dijo Stalky dando un alarido y desapareciendo bajo el agua.

—Lo del cristal no fue nada. Mandersito tiene una brecha en la cabeza. La… la… lámpara volcada sobre la alfombra. Sangre en los libros y papeles. ¡La cola! ¡La cola! ¡La cola! ¡La tinta! ¡La tinta! ¡La tinta! ¡Ah!

Stalky saltó fuera de su bañera, todo sonrosado como estaba, y sacudió a Beetle para que hablase coherentemente; pero lo que contó les volvió a postrar.

—Fui volando al armario de los zapatos en cuanto oí a King subir por las escaleras. Beetle se precipitó dentro justo después de mí. La llave de repuesto está escondida detrás de la tabla esa que está suelta. No tienen ninguna prueba —dijo Stalky. Y los tres empezaron a cantar a coro.

—¡Y nos echó él mismo… él mismo… él mismo! —dijo M’Turk—. No puede tener la menor sospecha. —Oh, Stalky, es lo mejor que hemos hecho nunca.

¡Cola! ¡Cola! ¡Toneladas de cola! —gritó Beetle, las gafas brillando entre un mar de espuma—. Tinta y sangre, todo mezclado. Pasé la cabeza del enano asqueroso por toda la prosa latina del lunes. ¡Cómo apestaba el aceite! ¡Y el Gallina le dijo a King que se pusiera una cataplasma en la nariz! ¿Oíste al Gallina, Stalky?

—¿Verdad que lo hice bien? Estaba enfadadísimo. ¿Oísteis lo que, decía? Oh, me voy a poner malo antes de un minuto si no paramos.

Pero el vestirse fue un proceso laborioso, porque M’Turk no pudo evitar ponerse a bailar cuando oyó que la cesta china estaba rota; y, por si esto fuera poco, Beetle repitió todo lo que había dicho King con algunas correcciones y embellecimientos de cosecha propia.

—¡Terrible! —dijo Stalky, cayéndose al suelo enredado en sus pantalones medio subidos—. ¡Muy negativo, sobre todo para chicos inocentes como nosotros! Me pregunto lo que dirían en *San Winifred o El mundo de la escuela*. ¡Eh! Esto me recuerda que les debemos una a los de tercero por atacar a Beetle cuando perseguía al pequeño Manders. ¡Vamos! Es una buena coartada; y, además, si les perdonamos será peor la próxima vez.

Los de tercero habían puesto una guardia delante de su cuarto durante una hora, que para un chico es una eternidad. Ahora estaban entretenidos en sus ocupaciones habituales del sábado por la tarde: asar gorriones atravesados con varillas oxidadas; destilar bebidas prohibidas; despellejar topos con navajas de bolsillo; cuidar cajas de cartón llenas de gusanos de seda; o discutir las iniquidades de sus mayores con una libertad, facilidad de palabra y tino tales que sor venderían a sus propios padres. El golpe se produjo de improviso. Stalky atacó a un grupo de niños reunidos en torno a sus utensilios de cocinar; M’Turk se concentró en los desordenados armarios igual que un terrier cavaría en una conejera, y Beetle se dedicó a llenar de tinta las cabezas a las que no había llegado con un ejemplar del *Diccionario clásico* de Smith. Tres activos minutos acabaron con muchos gusanos de seda, pequeñas larvas, ejercicios de francés, gorras escolares, huesos y cráneos científicamente clasificados y una docena de latas de jamón casero. Fue un gran desastre, y el aula parecía haber recibido la visita simultánea de tres tormentas.

—¡Puf! —dijo Stalky, suspirando una vez fuera de la clase, entre gruñidos de «¡Oh, vosotros, bestias! Os creeréis muy graciosos» y cosas así—. Muy

bien. Que el sol no se ponga sobre vuestra cólera. Son raros estos diablillos de *fags*. *No* saben lo que es trabajar en equipo.

—Pues bien que se sentaron seis de ellos sobre mi cabeza cuando entré aquí persiguiendo al pequeño

Manders —dijo Beetle—. Aunque les advertí lo que les esperaba.

—Todos han recibido lo que merecían; qué sentimiento más agradable —dijo M'Turk ensimismado mientras andaban por el pasillo—. Pero ¿no creéis que tenemos bastante que halar sobre lo de King? ¿No te parece, Stalky?

—No, no mucho. Nuestra línea de acción será la de la inocencia calumniada, por supuesto, como cuando Fóxibus nos acusó de fumar en la carbonera. Si no se me hubiera ocurrido comprar la pimienta y echárosla encima de la ropa, nos habría olido y nos habría descubierto. A King no le hizo demasiada gracia. Nos estuvo llamando cebadores de pájaros durante una semana.

—Ah, King odia la Sociedad de Historia Natural porque el pequeño Hartopp es el presidente. No hay que hacer nada en el colegio que no sea a la mayor gloria de King —dijo M'Turk—. Pero debe de ser un burro podrido, sabéis, para suponer que con nuestra experiencia de la vida vamos a salir a dar de comer a los pájaros como unos *fags*.

—¡Pobre viejo King! —dijo Beetle—. Es horriblemente impopular en la sala de profesores, y le van a tomar el pelo una barbaridad con lo del Gallina. ¡Estupendo! ¡Qué bien! ¡Qué bonito! ¡Qué bueno! ¡Pero deberíais haber visto su cara cuando la primera piedra entró por la ventana! ¡Y la tierra de la cesta!

A los tres les dio un ataque de risa irresistible que duró cinco minutos.

Volvieron finalmente al estudio de Abenazar y fueron recibidos reverentemente.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Stalky, muy sagaz para captar los cambios de ambiente.

—Lo sabéis muy bien —contestó Abenazar—. Si os cogen os expulsarán. King es un maniático charlatán.

—¿Quién? ¿Cuál? ¿Qué? ¿Expulsados por qué? Sólo tocamos el tambor de guerra. Ya nos echaron del estudio por eso.

—¿Queréis decir que no fuisteis vosotros los que emborrachasteis al Gallina y le pagasteis para que apedrease las habitaciones de King?

—¿Pagarle? No, juro que no hicimos eso —dijo Stalky aliviado porque no le gustaba mentir—. ¡Qué mente más ruin tienes, Pussy! Hemos estado abajo bañándonos. ¿El Gallina tiró piedras a King? ¿Al fuerte y perseverante hombre, King? ¡Sorprendente!

—Mucho. King está echando espuma por la boca. La campana de las oraciones. Vamos.

—Esperad un segundo —dijo Stalky, siguiendo la conversación en voz alta y alegre mientras bajaban las escaleras—. ¿Por qué le tiró piedras el Gallina a King?

—Yo lo sé —dijo Beetle cuando pasaron frente a la puerta abierta de King —. Yo estaba en su estudio.

—¡Sssh, calla! —siseó el emperador de China.

—Oh, ha bajado a las oraciones —dijo Beetle, viendo la sombra del jefe de la casa en la pared—. El Gallina estaba sólo un poco borracho, insultando a su caballo; King le dijo no sé qué por la ventana, y entonces él, como es lógico, empezó a tirarle piedras a King.

—¿Quieres decir —dijo Stalky— que King fue el que empezó todo?

King estaba detrás de ellos, y cada una de esas bien medidas palabras subían la escalera como flechas.

—Sólo puedo asegurar —dijo Beetle— que King juraba como un maldito. Sencillamente repugnante. Voy a escribir a mi padre para contárselo.

—Es mejor decírselo a Mason —sugirió Stalky—. El conoce nuestras tiernas conciencias. Esperad un momento. Me tengo que atar el zapato.

Los del otro estudio no se pararon. No querían que se les identificase demasiado con las acciones criminales del número cinco. Pero M’Turk resumió la situación justo delante del enemigo:

—Ya lo veis —dijo el irlandés, colgándose de la barandilla—: empieza fanfarroneando con los pequeños; luego sigue con los mayores; después se mete incluso con la gente de fuera del colegio y, claro, recibe su merecido. Se lo estaba buscando…, perdón, señor. No había visto que estaba bajando la escalera.

La negra toga pasó por delante de ellos como una tormenta eléctrica, y tras ella, a tres en fondo, cogidos del brazo, la compañía Aladino marchó por el pasillo hacia las oraciones, cantando con la más inocente de las intenciones:

—*¡Arrah, Patsy, cuida al niño!*
¡Arrah, Patsy, cuida al bebé!
¡Envuélvelo bien en su abrigo,
como loco se va a poner!
¡Arrah, Patsy, cuida al niño;
cuídamelo, que tengo que hacer!
¡Llora que llora toda la noche!
¡Arrah, Patsy, cuida al bebé!

INTERLUDIO FÉTIDO

Fue una tía soltera de Stalky quien le mandó los dos libros, con la dedicatoria: «Para mi querido Artie, en su decimosexto cumpleaños»; fue M'Turk quien propuso empeñarlos; y fue Beetle, a su vuelta de Bideford, quien los tiró a la rep isa de la ventana del estudio número cinco diciendo que Bastable sólo estaba dispuesto a dar nueve peniques por los dos; siendo *Eric, o Poco a poco* casi tan indigesto como *San Winifred*.

—Y no tengo un concepto muy elevado de tu tía. Estamos casi sin blanca, querido Artie.

En vista de lo cual, Stalky se levantó para pelearse con él, ero M'Turk se sentó sobre su cabeza llamándole «chico de mente pura» hasta que se hizo la paz. Como tenía que vérselas con cierta prosa latina, era una luminosa tarde de julio y deberían estar en un partido de críquet de la casa, empezaron a renovar su relación, íntima y clandestina, con los volúmenes mencionados.

—Aquí está —dijo M'Turk—: «El castigo corporal producía en Eric los peores efectos. Se acaloraba, pero no de remordimiento o arrepentimiento; —toma nota de esto, Beetle—, sino de vergüenza y violenta indignación. Su rostro enrojecía de ira». ¡Oh, qué malo era Eric! Vamos a leer donde se va a beber.

—Espera. Aquí hay otro párrafo interesante: «El sexto curso, —dice—: Son los garantes del orden en toda escuela pública[46]». Pero en este caso —dijo Stalky golpeando el libro aludido— no pueden evitar que los alumnos beban y roben, y que tiren a los *fags* por la ventana de noche, y… y que hagan lo que les sale de las narices. ¡Lo que nos hemos perdido no yendo a San Winifred!

—Siento ver que hay chicos en mi casa sin interés alguno por los partidos.

Mr. Prout podía ser muy silencioso si se lo proponía, aunque ésta no sea una gran virtud desde el punto de vista de los chicos. Había abierto la puerta del estudio sin llamar —otra falta— y los miraba suspicazmente.

—Siento mucho, de verdad, ver que no hacéis nada de ejercicio.

—Hemos estado fuera desde después de comer[47], señor —dijo cansadamente M'Turk—; un partido de la casa es exactamente igual que otro, y su deporte de esa semana había consistido en cazar conejos con pistolas de tiro al blanco.

—Yo no puedo ver cuándo viene la pelota, señor —dijo Beetle—. Me rompían las gafas tan a menudo que acabaron dándome permiso para no participar. No era bueno ni siquiera cuando era un *fags*, señor.

—Comer es lo que os gusta. Comer y beber. ¿Por qué no os podéis tomar el más mínimo interés en el honor de vuestra casa?

Habían oído esa frase hasta la náusea. El «honor de la casa» era el punto flaco de Prout, y ellos sabían bien cómo aprovecharlo.

—Si nos ordena bajar, señor, por supuesto que lo haremos —dijo Stalky, con una amabilidad exasperante. Pero Prout no estaba dispuesto a eso. Había intentado el experimento una vez en un partido importante, y los tres, separados de los demás, se habían expuesto bien visibles durante media hora a la atención de todos los visitantes, a los que algunos *fags* pagados hacían fijarse en esas pobres víctimas de la tiranía de Prout. Y Prout era una persona sensible.

En las infinitamente mezquinas conversaciones de la sala de profesores, King y Macrea, los otros jefes de casa, le habían convencido de que los deportes y sólo los deportes eran el medio de salvación. Descuidar a algún chico en este aspecto era perderlo. Necesitaban disciplina. Sin estas malas influencias Prout habría sido un simpático jefe de casa; pero éste no era el caso, y, con la diabólica intuición de la juventud, los chicos sabían perfectamente a quién le tenían que agradecer tanto celo.

—¿Tenemos que bajar, señor? —dijo M'Turk.

—No quiero mandaros hacer lo que cualquier chico como Dios manda haría con gusto. Lo siento —y se fue con la vaga impresión de que había sembrado buena semilla en tierra mala.

—¿Para qué cree que sirve todo eso? —preguntó Beetle.

—Bah, está chiflado. King se ríe de él en la sala de profesores por nuestra falta de cualidades deportivas, y Macrea dice alguna tontería sobre la «disciplina» y el viejo Pezuñas se sienta entre ellos sudando a gota gorda. Oí a Oke (el mayordomo de la sala de profesores) hablando con Richards (el asistente de Prout) sobre esto en el sótano el otro día, cuando fui a coger pan —dijo Stalky.

—¿Qué dijo Oke? —preguntó M'Turk tirando «Eric» a un rincón.

—«Oh, —dijo—, hacen más ruido que un nido lleno de cornejas, como si nosotros no tuviéramos orejas para oírles. Hablan sobre el viejo Prout, lo que ha hecho o ha dejado de hacer con sus chicos. Y cómo sus chicos son majos y los de él malísimos». Oke dijo esto y Richard se enfadó una barbaridad. Le tiene mucha manía a King por algo. ¿Por qué será?

—Bueno, King habla de Prout en clase, hace alusiones y todo eso. Lo que pasa es que la mitad de los alumnos son tan bestias que no se enteran de nada. ¿Y os acordáis de lo que dijo sobre el «asilo de alienados» el martes pasado? Se refería a nosotros. He oído que no para de decir burradas a los de su propia casa burlándose de la de Prout —dijo Beetle.

—Bueno, nosotros no hemos venido aquí para meternos en sus peleas —dijo M'Turk enfadado—. ¿Quién se viene a bañar después de que pasen lista? King está en el campo de críquet. Vamos —Turkey cogió su sombrero de paja y salió delante de los otros.

Llegaron al soleado pabellón frente a la playa de piedras grises justo antes de que pasasen lista y, sin preguntar a nadie, supieron por la voz y los gestos de King que sus chicos se dirigían con paso firme hacia la victoria.

—¡Ajá! —dijo, dándose la vuelta y mostrando un semblante iluminado—. Aquí tenemos por fin al orgullo de la casa de los locos. Consideráis el críquet, creo, algo inferior —la masa vestida de franela se rió tontamente—. Y, por lo que he podido ver esta tarde, muchos otros de vuestra casa opinan lo mismo. ¿Puedo preguntaros qué es lo que van a hacer vuestras nobles personas hasta la hora del té?

—Vamos a bañarnos, señor —dijo Stalky.

—¿Y cómo este repentino celo higiénico? No recuerdo ninguna circunstancia que sirva de precedente en vuestro caso. De hecho, si no recuerdo mal… puedo estar equivocado… pero hace poco…

—Cinco años, señor —interrumpido Beetle irritadamente.

King puso mala cara.

—Uno de vosotros tenía lo que podríamos denominar miedo al agua. Sí, miedo al agua. ¿Así que ahora os queréis lavar? Está bien. La limpieza nunca ha hecho daño a ningún chico… ni a ninguna casa. Procedamos ahora al asunto que nos reúne —y cogió la lista.

—¿Para qué narices le contestaste, Beetle? —dijo M'Turk furioso, mientras caminaban hacia los grandes y abiertos baños de la playa.

—No es justo recordarle a uno que ha tenido miedo al agua. Fue durante el primer trimestre que estuve aquí. Muchos niños lo tienen, cuando no saben nadar.

—Sí, burro; pero vio que te había tocado. A King no hay que contestarle nunca.

—Pero no es justo, Stalky.

—¡Vaya, hombre! Llevas aquí seis años y todavía esperas juego limpio. Tú lo que eres es un completo idiota.

Un grupo de chicos de King que iban también a los baños les saludó, animándoles a lavarse por el honor de su casa.

—Esto viene de las burlas y las calumnias de King. A estos bestias no se les habría ocurrido si él no se lo hubiera metido en la cabeza. Ahora nos van a dar la lata con esto durante semanas —dijo Stalky—. No hagáis ni caso.

Los chicos se acercaron, gritando palabras oprobiosas. Para terminar se fueron a barlovento, tapándose las narices ostensiblemente.

—Estamos buenos —dijo Beetle—. Lo siguiente será decir que toda nuestra casa apesta.

Cuando volvían de los baños con la cabeza mojada, relajados, en paz con el mundo, la premonición de Beetle se cumplió con creces. Se encontraron en el pasillo con un *fag*, un vulgar *fag* de segundo, que les ofreció sin acercarse mucho una pastilla de jabón cuidadosamente envuelta.

—Con los saludos de la casa de King.

—Espera —dijo Stalky reprimiendo sus ganas de atacar inmediatamente —. ¿Quién te dijo que hicieras esto, Nixon? ¿Rattray y White? —Eran dos líderes de la casa de King—. Gracias. No hay respuesta.

—Oh, es demasiado encargar a un niño que hala estas tonterías. No tiene sentido; ni gracia —dijo M’Turk.

—Pues van a seguir con esto hasta el final del trimestre, seguro —Beetle movió la cabeza tristemente. Él mismo había a veces llevado las burlas tan lejos como podían dar de sí.

En pocos días se sabía en todo el colegio que en la casa de Prout no se lavaban y que por eso olían tan mal. *Mr*. King disfrutaba y sonreía abiertamente en clase cuando alguno de sus chicos se alejaba de Beetle con gesto de asco.

—Aparentemente sufres algún tipo de incapacidad, Beetle, o si no, ¿por qué Burton se, digamos… retrae cuando te vislumbra? Confieso que estoy a oscuras. ¿Será alguien tan amable como para iluminarme?

Naturalmente, fue iluminado por media clase.

—¡Interesante! ¡Sumamente interesante! De todas formas cada casa tiene sus propias tradiciones, en las cuales yo no querría interferir por nada del mundo. Nosotros tenemos prejuicios en favor del lavado. Beetle, continúa

desde *«Yugurta tamen»* [48] y, si puedes, evita hacer conjeturas demasiado descaradamente.

La casa de Prout estaba furiosa porque las de Macrea y Hartopp se habían unido a la de King para insultarles. Convocaron una asamblea de la casa después de la cena, una asamblea excitada y furiosa de todos menos los prefectos, cuya dignidad, aunque simpatizaban con las razones de la convocatoria, no les permitía asistir. Se leyeron resoluciones agramaticales y se pronunciaron discursos que comenzaban: «Caballeros, nos hemos reunido en esta ocasión…; —y terminaban—: Es una gran vergüenza»; como las casas han hecho desde el origen de los tiempos y de los colegios.

El estudio número cinco asistió con su actitud habitual de amable condescendencia. Al final, el propio M'Turk, ilustre orador, tomó la palabra:

—Gritos, insultos y chismorreos, ahí se queda todo. ¿Para qué sirve? La casa de King disfruta de lo lindo porque nos tiene bien cogidos; y King también. Además, por si fuerza poco, esta resolución de Orrin está hasta los topes de mala gramática, y King se va a partir de risa con ella.

—Yo pensaba que tú y Beetle la corregiríais y… y luego podríamos ponerla en el tablero del pasillo —dijo tímidamente el redactor.

—*Pas si je le connais* [49]. No voy a participar en este engendro —dijo Beetle—. Sería un nuevo triunfo para la casa de King. Turkey tiene toda la razón. —Bueno, entonces, ¿Stalky?

Pero éste se limitó a hinchar los carrillos, aplastarse la nariz como Panurgo[50] y decir: «¡Oh, abyectos ignorantes!».

—¡Sois tres esquiroles asquerosos! —fue el clamor unánime de la democracia. Y salieron entre abucheos.

—Todo esto no es más que pura palabrería —dijo M'Turk—. Vamos a por las tolas y a cazar conejos. En el baúl de Stalky halas tres pistolas de tiro al blanco con su provisión de perdigones; este baúl estaba en su dormitorio, un ático con tres camas unido a otro cuarto con diez que, a su vez, daba a la larga serie de dormitorios que iban prácticamente de un extremo al otro del colegio. La casa de Macrea era la siguiente a la de Prout, y después de ella venían la de King y la de Hartopp. Puertas cuidadosamente cerradas separaban una casa de la otra, pero cada una de ellas era, en su ordenación interna, una réplica de la siguiente; un tejado recto las cubría a las cuatro. Originariamente, el colegio había constado de doce grandes casas.

Encontraron la cama de Stalky separada de la pared junto a la cual solía estar, y el trasero de Richards sobresaliendo de un hueco de dos pies cuadrados que había en ella.

—¿Qué es esto? Nunca antes lo había visto. ¿Qué estás intentando hacer, Gordi?

—Estoy intentando coger agua, señor Corkran —la voz de Richards sonaba cavernosa y apagada—. Me han complicado mucho las cosas. Mucho de verdad.

—Eso parece —dijo M'Turk—. ¡Eh! Te vas a quedar encajado si no tienes cuidado.

Richards salió jadeante.

—No puedo alcanzar. Sí, hay un grifo, señor M'Turk. Han subido todas las cañerías un piso más en las casas, casi hasta la altura del tejado. Las vacaciones pasadas. Yo no llego al grifo.

—Déjame probar —dijo Stalky metiéndose por la abertura.

—Deslícese hacia la izquierda, señor Corkran. Vaya a la derecha y tantee en la oscuridad.

Stalky se giró hacia la derecha y vio una larga cañería de plomo que desaparecía por un túnel triangular cuyo techo eran las traviesas del tejado del colegio, la pared, el basto soporte de la pared de madera y yeso del dormitorio y el suelo de vigas.

—Qué raro. ¿Hasta dónde llega?

—Va todo recto, señor Corkran, todo recto de punta a punta del colegio, por debajo del tejado. ¿Ha encontrado el grifo? *Mr*. King lo hizo para que no tuviéramos que subir el agua desde abajo para llenar los cubos. Pero no hay espacio para un hombre robusto como el viejo Richards. Tengo demasiada cintura para meterme por ahí. Gracias, señor Corkran.

El agua salió a chorros del grifo que había dentro, y, después de tener los cubos bien llenos, el agradecido Richards se fue andando como un pato.

Los chicos se quedaron sentados en sus camas con los ojos muy abiertos imaginando las posibilidades de su hallazgo. Se oía el murmullo de la casa reunida dos pisos más abajo; porque no hay nada tan silencioso como un dormitorio a media tarde en el trimestre de verano.

—Hasta ahora ha estado empapelado —M'Turk examinó la pequeña puerta—. ¡Si lo hubiéramos sabido antes!

—Voto por bajar y explorar un poco. Nadie va a subir a esta hora. No hace falta que lo hagamos a escondidas.

Se metieron arrastrándose; Stalky el primero; cerraron la puerta detrás de ellos y avanzaron a cuatro patas por un camino oscuro y sucio lleno de yeso, virutas y todos los desechos que los constructores suelen dejar en el espacio sobrante de las casas. El túnel tenía quizá tres pies de ancho y estaba, excepto

por la tenue luz que se filtraba por los bordes de las trampillas —había una por dormitorio—, casi totalmente a oscuras.

—Ésta es la casa de Macrea —dijo Stalky mirando por la rendija de la tercera puertecilla—. Puedo ver el nombre de Barnes en su baúl. ¡No hagas tanto ruido, Beetle! Podemos llegar hasta el final del colegio. ¡Vamos! Ahora estamos en la casa de King; estoy viendo parte del baúl de Rattray. ¡Cómo raspan estas malditas tablas! —oyeron sus uñas arañando yeso.

—Este es el techo del piso de abajo. ¡Mirad! Si damos algunos golpes, el yeso caería en el dormitorio de abajo —dijo Beetle.

—Venga, vamos a hacerlo —susurró M’Turk—. ¿Y que nos descubran tan pronto? De eso nada. Mira esto, puedo meter la mano muy lejos entre estas tablas.

Stalky metió el brazo hasta el codo entre las vigas.

—No sirve para nada quedarnos aquí. Voto por volver para decidir qué hacemos con el túnel. Es un sitio curioso. Debo reconocer que le estoy agradecido a King por sus obras de fontanería.

Subieron arrastrándose, se cepillaron mutuamente hasta quedar tan limpios como antes, guardaron las pistolas en la pernera del pantalón y se fueron a toda velocidad hacia un profundo y solitario camino de Devonshire a cuyos lados se podía a veces cazar conejos jóvenes. Se escondieron entre unos arbustos exuberantes y empezaron a pensar en voz alta.

—Sabéis —dijo Stalky finalmente mirando a un lejano gorrión—. Podríamos esconder allí las pistolas.

—¡Hmmm! —Beetle resoplaba, se atragantaba y gorgoteaba. Estaba en silencio desde que habían salido del dormitorio—. ¿Habéis leído un libro que se llama *La historia de una casa* o algo así? Lo saqué de la biblioteca el otro día. Lo escribió una francesa, Violet no sé qué[51]. Pero está traducido, ¿sabéis?, y es muy interesante. Cuenta cómo se construye una casa.

—Bueno, si te interesa tanto eso puedes ir a las casas nuevas que están construyendo para los guardacostas.

—¡Claro! ¡Claro que sí! —se tanteó los bolsillos—. Dadme dos peniques alguno de vosotros.

—¡Narices! Quédate aquí y no hagas tanto ruido.

—Ven a, dadme dos peniques.

—Beetle, ¿tienes algún asunto del que no nos hayas hablado? —dijo M’Turk dándole el dinero. Su tono era serio, porque, aunque Stalky a menudo, y M’Turk de vez en cuando, habían maniobrado por su cuenta,

nunca se había visto a Beetle hacer nada parecido en toda la historia de la confederación.

—No, nada. Estoy pensando.

—Bueno, pero nosotros vamos contigo —dijo Stalky con el tono de un general que sospecha de un subordinado.

—No, mejor no.

—Oh, déjale que se vaya. Creo que se le está ocurriendo un poema —dijo M’Turk—. Bajará completamente obnubilado hasta la playa y cuando vuelva al estudio nos lo soltará entero.

—Entonces, ¿para qué quería los peniques, Turkey? Se está haciendo demasiado independiente. ¡Eh! Ahí hay un conejo. No, no lo es. ¡Es un gato, por Júpiter! Tú disparas primero.

Veinte minutos después un chico con un sombrero de paja detrás de la cabeza y las manos en los bolsillos miraba a los obreros que se movían dentro de una casa a medio construir. Repartió entre ellos algo de tabaco el fuerte y le dejaron entrar en la obra, donde se dedicó a hacer muchas preguntas.

—Bueno, recítanos tu tremenda epopeya —dijo Turkey cuando entraron en el estudio y encontraron a Beetle sumergido en Viollet-le-Duc y algunos dibujos—. A nosotros nos ha ido muy bien.

—¿Epopeya? ¿Qué epopeya? He estado donde los guardacostas.

—¿No hay epopeya? Pues te voy a dar una paliza, oh Beadle —dijo Stalky preparándose para atacar—. Te guardas algo, lo sé, ya conozco ese tono de voz.

—Tío Beetle —dijo, intentando imitar el acento de guerra de Stalky— es un gran hombre.

—Oh, no; nada de eso. Te engañas, Beetle. ¡A por él, Turkey!

—Un gran hombre —farfulló Beetle desde el suelo—. Sois unos inútiles, ¡cuidado con mi corbata!, unos charlatanes inútiles. Yo soy el verdadero gran hombre. ¡Me parto! ¡Ay! ¡Escuchad!

—Querido Beetle —Stalky se sentó de un salto sobre su pecho—. Nosotros te queremos mucho, y tú eres un poeta. Si alguna vez te he llamado poetastro te pido perdón, pero sabes tan bien como nosotros que no puedes hacer nada por tu cuenta sin estropearlo.

—Tengo una idea.

—Pues vas a echar todo a perder si no se la cuentas a tío Stalky. Desembucha, patoso, y veremos lo que se puede hacer. Una idea dice, sucio tramposo; ¡ya sabía yo que tenías algo en la cabeza cuando te fuiste! Turkey decía que era un poema.

—Ya sé cómo están construidas las casas. Déjame levantarme. Las vigas del suelo de un cuarto son las del techo del de abajo.

—No seas tan teórico.

—Bueno, es lo que el hombre me dijo. El suelo descansa sobre esas vigas, esas maderas sobre las que fuimos, pero en un punto el suelo se acaba. Si llegamos detrás de ese punto, como hicimos en el ático, ¿no veis que podríamos meter cualquier cosa que quisiéramos debajo del suelo, entre el suelo y el yeso y las tablas del techo de abajo? Mirad, lo he dibujado.

Sacó un boceto muy mal hecho pero suficiente para que sus amigos lo entendiesen. En todo el currículum escolar moderno no se aprende nada de arquitectura, y nadie se pregunta si los suelos y los techos están huecos o son macizos. Aparte de sus propios intereses inmediatos el chico es tan ignorante como el salvaje al que tanto admira; pero está tan dotado de recursos como éste.

—Ya veo —dijo Stalky—. Ahí es donde metí la mano. ¿Y entonces?

—Y entonces… Nos han estado llamando malolientes, ya sabéis. Podríamos meter algo por ahí, sulfuro o cualquier cosa que apeste bastante, y a ver lo que hacen. Sé que lo podemos hacer —los ojos de Beetle se volvieron hacia Stalky, que estaba mirando los dibujos.

—¿Mal olor? —dijo Stalky. De repente su cara se iluminó de alegría—. ¡Ya está! ¡Ya lo tengo! ¡Olerá mu mal! ¡Turkey! —saltó hacia el irlandés—. ¡Esta tare, justo después de que Beetle se fuera! ¡Eso es lo que necesitamos!

—A mis brazos, mi brillante amigo —cantó M’Turk, y cayeron uno en brazos del otro bailando—. ¡Qué día más bueno! *¡Useless, laraló!* ¡Eso es! ¡Eso es!

—Parad —dijo Beetle—. No entiendo nada.

—¡Querido amigo! Va a estar muy bien. Oh, Artie, mi joven de alma pura, vamos a contarle a nuestro apreciado Reggie lo de Pestífera Hediondez.

—Tendrá que ser después de pasar lista. ¡Vamos!

—Decía —repitió Orrin tiesamente cuando llegaron corriendo a sus sitios en la última fila del gimnasio— que las casas van a tener otra reunión.

—¡Qué pesadez! —la mente de Stalky estaba en otro lugar.

—Es sobre vosotros tres esta vez.

—Vale, dales recuerdos de mi parte. ¡Presente! —y se fue corriendo por el pasillo.

Dando saltos como niños pequeños, jugando, girando e inclinándose, haciendo cabriolas y corvetas llevaron a un Beetle que casi estallaba de curiosidad al lugar donde habían estado de caza, y sacaron de debajo de unas

piedras el cadáver aún caliente de un gato. Fue entonces cuando Beetle lo vio todo claro y elevó su voz en acción de gracias por haber en el mundo guerreros tan sabios como Stalky y M’Turk.

—Una dama bien nutrida, ¿eh? —dijo Stalky—. ¿Cuánto tiempo creéis que le haría falta para oler fatal en un espacio cerrado?

—¡Oler fatal! ¡Pero qué bestia eres! —dijo M’Turk—. ¿Es que no puede una gatita meterse para morir bajo el suelo del dormitorio de King sin que tú la persigas con insinuaciones insultantes?

—¿Y por qué se fue a morir debajo del suelo? —dijo Beetle pensando ya en el futuro.

—Oh, no se preocuparán por eso cuando la encuentren —dijo Stalky.

—«Un gato puede mirar a un rey[52]» —M’Turk rodó por el suelo por su propio chiste—. Gatito, no sabes lo útil que vas a ser para tres chicos de alma pura y mente elevada.

—Van a tener que levantar el suelo por ella, como hicieron en el número nueve cuando lo de la rata. ¡Un buen remedio; un remedio buenísimo! ¡Puf!

—Oh, Dios mío, me gustaría poder dejar de reírme —dijo Beetle.

—¡La peste! ¡Eh, la peste! ¡Qué asco! —gritó M’Turk entrecortadamente mientras se ponía de pie con dificultad—. Y además —el exquisito humor de la ocurrencia les hizo resbalar juntos hechos un ovillo—, ¡todo sea por el honor de la casa!

—Y están teniendo otra asamblea… sobre nosotros —Stalky no podía respirar, de rodillas al borde del camino con la cara en la hierba—. Bueno, saquémosle la bala y deprisa. Cuanto antes esté acostada, mejor.

Entre los tres hicieron un espantoso trabajo con la navaja; y después —no diremos quién se lo metió debajo del cinturón— llevaron el cadáver a toda prisa, mientras Stalky organizaba su plan de acción en plena galopada.

El sol del atardecer, cayendo a brochazos sobre las colchas, vio a tres chicos y un paraguas desaparecer por la pared de un dormitorio. Cinco minutos después volvieron, se cepillaron enteros, se lavaron las manos, se peinaron y bajaron.

—¿Estás seguro de que la metiste suficientemente lejos? —preguntó M’Turk.

—Claro, hombre. Fue toda la longitud de mi brazo más la del paraguas de Beetle. Eso debe de ser alrededor de seis pies. Está justo en medio del dormitorio de arriba de King. Una situación idóneamente centrada, la llamaría yo. Va a volver locos a esos chicos; y también a los de Hartopp y Macrea

cuando empiece realmente a funcionar. Os aeguro que tío Stalky es un gran hombre. ¿Te das cuenta de lo grande que es, Beetle?

—Bueno, a mí se me ocurrió la idea antes, lo que pasa es que…

—No podrías haberla llevado a cabo sin tío Stalky, ¿verdad?

—Llevan llamándonos apestosos una semana —dijo M’Turk—. ¡No saben lo que se les viene encima!

—¡Qué mal huelen! ¡Aj! ¡Apestan! —se oyó en el pasillo de abajo.

—Y ella está allí —dijo Stalky, poniéndoles una mano en el hombro a cada uno—. Allí… está… preparándose para darles una sorpresita. Al principio les susurrará en sus sueños. Después empezará a cantar. ¡Vaya que si va a cantar! Hacedme el favor de pensar en esto dos minutos.

Se dirigieron a su estudio más o menos en silencio. Una vez allí empezaron a reírse, a reírse como sólo los chicos lo pueden hacer. Se reían con la frente apoyada en la mesa o en el suelo; todo su cuerpo reía, doblado sobre el respaldo de la silla o agarrado a una estantería; y se rieron hasta el agotamiento.

Y en medio de tanta risa entró Orrin en representación de la casa.

—No te preocupes por nosotros, Orrin; siéntate. No sabes cómo te respetamos y te admiramos. Hay algo en tu pura, alta y joven frente, repleta con los sueños de la inocente niñez… algo de inefable. Sí, algo inefable.

—La casa me envía para que os dé esto —dejó una hoja doblada encima de la mesa y se fue con una expresión tremebunda.

—¡Es la resolución! Oh, leedla alguien. Me he reído tanto que lió puedo leer —dijo Beetle.

Stalky la abrió después de olfatearla precavidamente.

—¡Puf! ¡Bah! Escuchad: «La casa nota con dolor y desprecio la actitud de *indiferenzia…*». ¿Indiferencia es con «ce» o con «zeta», Beetle?

—Con «ce», por supuesto.

—Pues aquí está con «zeta». «… adoptada por los ocupantes del estudio número cinco en relación con los insultos recibidos por la casa de *Mr*. Prout en la reciente reunión en el aula doce, y por ello la casa pasa un voto de censura contra dicho estudio». Eso es todo.

—¡Me he llenado de sangre la camisa! —dijo Beetle.

—Y yo huelo terriblemente a gato —dijo M’Turk—, aunque ya me he lavado dos veces.

—¡Y yo casi me cargo el paraguas de Beetle para ponerla donde pudiera florecer!

La situación estaba más allá del lenguaje, pero no de la risa. Esa noche se intentó una manifestación contra los tres en su dormitorio, así que se enfrentaron a ella.

—Sabéis —comenzó suavemente Beetle quitándose los tirantes—; vuestro problema es que sois una pandilla de burros incapaces de pensar. Tenéis menos cerebro que una araña. Os lo hemos dicho un montón de veces, ¿no es así?

—Hoy os vamos a dar una buena paliza; siempre nos habláis como si fuerais prefectos —gritó uno.

—Oh, no, no lo vais a hacer —dijo Stalky—, porque sabéis que si lo hicieseis os iba a ir muy mal más pronto o más tarde. Nosotros no tenemos ninguna prisa. Podemos permitirnos esperar para nuestras pequeñas venganzas. Os habéis convertido en unos burros rebuznadores, y os vais a dar cuenta de ello cuando vuestra preciosa resolución llegue a manos de King. Si para mañana por la noche no os habéis arrepentido os juro que me como mi sombrero.

Ya antes de la hora de cenar al día siguiente los de Prout se habían dado cuenta de su triste error. King recibió a los alumnos de esa casa afectando una exagerada actitud de miedo. ¿Pretendían expulsarle del colegio por resolución unánime? ¿Qué opinaban sobre la dirección del colegio, para que él pudiera hacer las reformas que solicitasen? De ninguna manera querría ofenderles; pero temía —temía lamentablemente— que su propia casa, que no elaboraba resoluciones pero se lavaba, se podría mofar levemente de ellos.

King estaba feliz, y su casa, sintiéndose amparada por su sonrisa, se convirtió esa tarde en un calvario para los desorientados pupilos de Prout. Y el mismo Prout, con rostro apesadumbrado y cabizbajo, intentaba sopesar los pros y los contras de la situación, sólo para hundirse cada vez más profundamente en su aturdimiento. ¿Por qué tenían que llamar «hediondos» a los de su casa? En realidad era algo sin importancia, pero él había sido educado para creer que la paja muestra de dónde sopla el viento y que no hay humo sin fuego. Se acercó a King en la sala de profesores con sensación de injusticia, pero éste se sentía ligero e irónico y se dedicó a describir brillantes anillos dialécticos en torno a Prout.

—Ahora —dijo Stalky a la hora de dormir, peregrinando por los dormitorios antes de que subiesen los prefectos—, ahora, ¿qué tenéis que decir sobre vosotros mismos? ¡Foster, Carlton, Finch, Longbridge, Marlin, Brett! Oí cómo King os pulverizaba; os hizo virutas. ¡Y lo único que pudisteis

hacer fue moveros nerviosamente, hacer muecas y contestar: «Sí, señor» y «no, señor» y «por favor, señor»! ¡Vosotros y vuestra resolución! ¡Puaj!

—Oh, cállate, Stalky.

—Ni lo penséis. ¡No sois más que un hatajo de resolucionistas! Lo habéis estropeado todavía más. Quizá la próxima vez tendréis la decencia de dejarnos solos.

Aquí la casa se enfadó, y muchas voces señalaron que todo esto no habría pasado si el estudio número cinco hubiera colaborado desde el principio.

—Pero sois tan chulos… y os fuisteis de la asamblea como si fuéramos un montón de idiotas —gruñó Orrin, el autor de la resolución.

—¡Pero es que eso es precisamente lo que sois! Os lo hemos intentado meter en vuestras cabezotas todo este tiempo —dijo Stalky—. No importa, os perdonamos. Alegraos. No podéis evitar el ser unos burros, ya lo sabéis —y, una vez destrozado el flanco del enemigo, Stalky se fue a la cama.

Esa noche fue la primera de dolor entre las felices huestes de King. Por alguna circunstancia inesperada, los efluvios gatunos no llegaron al dormitorio bajo el que se encontraba el cadáver, sino al siguiente a la derecha, tiñendo el aire más como una sensación extraña que como un hecho declarado. Pero la mera sospecha de un olor es suficiente para la sensible nariz y la limpia lengua de la juventud. La discreción nos obliga a correr varios velos opacos sobre lo que el dormitorio dijo a *Mr*. King y lo que éste respondió. Estaba genuinamente orgulloso de su casa y preocupado de todo lo concerniente a su bienestar. Fue al dormitorio; olfateó; dio instrucciones. A la mañana siguiente un chico de ese dormitorio le contó confidencialmente a un amigo íntimo, un *fag* de la casa de Macrea, que había algún problemilla que King prefería mantener en secreto.

Pero el chico de Macrea tenía a su vez un amigo íntimo en la casa de Prout, un *fag* rizoso con muy mala idea que, cuando se hubo enterado del asunto, no se quedó callado, sino que lo contó; lo contó con agudos gritos que resonaron por todo el pasillo como el chirrido de un murciélago.

—Y… y: nos han estado llamando «apestosos» toda esta semana. Harland me ha dicho que ni siquiera pueden dormir por el mal olor. ¡Vamos!

Como un solo hombre y una sola voz los pequeños de la casa de Prout se lanzaron al combate y, en el descanso entre la primera y la segunda clase, unos cincuenta doceañeros entonaban frente a las ventanas de King cánticos cuyo *leit-motif*[53] era la palabra «apestoso».

—¡Atención a las salvas en el mar! —dijo Stalky. Estaban en su estudio cogiendo los libros para la segunda clase, la de latín, con King—. Me pareció

notar que su despejada frente estaba un poco nublada en las oraciones.

«Allí viene, hermana María, allí viene…».

—Si arman tanto ruido ahora, ¿qué harán cuando empiece a hacerse notar de verdad?

—Bueno, Beetle, nada de vulgares respuestas ingeniosas. Todo lo que queremos es quedarnos al margen del asunto, como verdaderos caballeros.

—«Sólo es una marchita florecilla». ¿Dónde está mi Horacio? Escuchad, no entiendo qué es lo que pretende atufando primero el dormitorio y Rattray. La pusimos debajo del de White, ¿no? —preguntó M'Turk con la frente surcada de arrugas.

—Eso da lo mismo. Supongo que acabará apestándolo todo.

—¡Ahí va! King no va a ser un anfitrión muy agradable en la segunda hora. Y no he preparado mi Horacio en absoluto —dijo Beetle—. ¡Vamos!

Estaban al lado de la puerta de la clase. Faltaban cinco minutos para el timbre, y King llegaría de un momento a otro.

Turkey se abrió camino entre una cohorte de *fags* que se estaban peleando, cogió a Thornton, el amigo íntimo de Harland, y le ordenó que le contase lo que sabía.

Fue un relato sencillo, interrumpido a veces por lágrimas. Muchos de la casa de King le habían zurrado por calumniador.

—Oh, eso no es nada —gritó M'Turk—. Dice que la casa de King huele mal. Eso es todo.

—¡Vaya noticia! —gritó Stalky—. Nosotros ya sabíamos eso hace años, sólo que no se nos ocurría ponernos a correr de un lado a otro gritando: «¡Apestosos!». Tenemos educación, no como ellos. Coge a un *fag*, Turkey, y compruébalo.

El largo brazo de Turkey detuvo a un nervioso alumno de segundo que atravesaba el pasillo con mucha prisa.

—Oh, M'Turk, déjame irme, por favor. Yo no huelo mal, ¡te lo juro!

—¡Mala conciencia! —gritó Beetle—. ¿Quién ha dicho nada de oler mal?

—¿Qué opinas tú? —Stalky echó al niño en los brazos de Beetle.

—A ver… ¡snif!, ¡snif! Sí que huele. Creo que es lepra… o tiña. O quizá las dos cosas a la vez. Llévatelo de aquí.

—En verdad, maestro Beetle —King solía acudir a la puerta de la casa un par de minutos antes de que el timbre sonase—. Estamos en una gran deuda contigo por tu diagnóstico, que parece reflejar tanto la podredumbre de tu mente como tu lamentable ignorancia acerca de las enfermedades de las que

hablas tan a la ligera. Probaremos, de todas formas, tus conocimientos relativos a otras parcelas del saber.

Fue una clase divertida, pero, en su afán de despellejar a Beetle, King olvidó imponerle ninguna tarea o castigo y, como a la vez le proporcionó multitud de adjetivos inapreciables para su uso posterior, Beetle estaba muy satisfecho y se aplicó muy seriamente durante toda la tercera clase —de álgebra con el pequeño Hartopp— a componer un poema titulado «El lazareto[54]».

Después de la cena King llevó a su casa en pleno a bañarse a la playa. Era una vieja promesa, pero le hubiera gustado haber podido evitar cumplirla porque todos los de Prout, alineados frente al campo de deportes, gritaban y aplaudían con no muy buena intención. En su ausencia no menos de la mitad de la escuela invadió el dormitorio infectado para sacar sus propias conclusiones. La gata se había superado a sí misma en las últimas doce horas, pues, según los espías, un campo de batalla en el quinto día no podría ser más impresionante.

—Realmente podemos sentirnos orgullosos de ella —dijo Stalky—. ¿Habéis olido alguna vez algo parecido? Ah, y todavía no ha llegado al dormitorio de White.

—Todo llegará. Dale tiempo —dijo Beetle—. Subirá poco a poco como una hiedra exuberante. ¡Cómo gritan esos leprosos! Ninguna casa tiene derecho a volverse fétida en las narices de unos decentes…

—Chicos de mentes elevadas, de almas puras, ¿no os remuerde la conciencia?, ¿no estáis arrepentidos? —les dijo M’Turk mientras se apresuraban hacia la casa volviendo del mar. King había desaparecido, así que podían decirles todo lo que se les ocurriese. En torno a ellos revoloteaba una multitud de francotiradores de todas las casas pinchándoles, bromeando e insultándoles. En sus flancos torturados marchaban los hoplitas[55], los mayores, que iban en fila intentando disimular sus sentimientos; sentimientos simples y primitivos de la Edad de Piedra. A éstos se unieron los tres amigos con aire desapegado, retraído, casi triste.

—Y no parecen tener nada tampoco —dijo Stalky—. Puede ser Rattray, ¿no? ¿Rattray?

No hubo respuesta.

—¿Rattray, querido? Parece estar un poco enfadado por algo. Oye, viejo, no pensamos que hubiese ninguna malicia cuando nos mandaste ese jabón la semana pasada, ¿verdad? Alégrate, Rat. Podrás aguantarlo perfectamente. Me

atrevería a decir que sólo es por culpa de unos pocos *fags*. ¡Pero es que tienes una casa más descuidada!

—¿No vais a volver a la casa, supongo? —dijo M'Turk. Las víctimas no deseaban otra cosa—. No tenéis ni idea de la peste que hay ahí. Claro que como sois unos cochinos no lo notaréis, seguro; pero, después de este baño y el aire limpio y fresco, incluso a vosotros os molestará. Sería mejor que acampaseis en la pradera. Os podemos traer algo de paja, ¿queréis?

La casa se apresuró a entrar bajo los acordes de «El cuerpo de John Marrón», cantados por sus solidarios compañeros de colegio, y se hicieron fuertes en sus clases. Cuando se cerró la puerta, Stalky dibujó en ella con tiza una gran cruz sobre la cual escribió: «Señor, ten misericordia de nosotros», para que King se la encontrase al llegar.

El viento cambió de dirección esa noche e hizo participar a los dormitorios de Macrea del perfume de gato; de manera que muchos chicos en bata golpeaban la puerta cerrada que separaba las casas instando a los de King a lavarse. El estudio número cinco fue a la segunda clase con no menos de media libra de alcanfor cada uno en su ropa; y King, demasiado prudente para pedirles una explicación, gritó un poco y los echó del aula. Así que Beetle tuvo ocasión de terminar otro poema en la paz del estudio.

—Están usando desinfectante. Me lo ha dicho Malpas —dijo Stalky—. King cree que es el desagüe.

—Va a necesitar mucho desinfectante —dijo M'Turk—. Pero supongo que probarlo no hace ningún daño. Por lo menos así King estará ocupado.

—Os juro que creía que me iba a matar cuando hice como si estuviese oliendo algo. Pero no le pareció mal el otro día, cuando Burton se dedicó a olfatearme. No hizo nada para que Alexander dejase de gritar «¡apestosos!» delante de nuestra clase antes de que… de que les doctorásemos. Se limitaba a sonreír burlonamente —dijo Stalky—. ¿Por qué estaba rabioso contigo, Beetle?

—¡Ah, sí! Por una sutil broma que le hice. Se puso como un tomate. Ya sabéis que él siempre está hablando del culto Lipsius.

—«Que cuando tenía cuatro años…». ¿Ese tipo? —dijo M'Turk.

—Sí. Lo hace siempre que se entera de que he escrito un poema. Pues veréis, nada más sentarme le dije a Burton al oído: «¿Qué tal está Lipsius el culto?». Burton se rió como una lechuza. No entendía nada; pero King sí que lo cogió. Por eso es por lo que nos echó de clase. ¿No me estáis agradecidos? Ahora, silencio. Voy a escribir la «Balada de Lipsius el culto».

—No pongas ninguna vulgaridad —dijo Stalky—. No me gustaría ser vulgar en esta ocasión tan memorable.

—Claro, no te preocupes. Decidme algo que rime con «hedores».

A la hora de comer, en la sala de profesores, King le discurseó agriamente a Prout sobre los chicos de mente corrupta que consagraban su escaso y triste talento a minar la disciplina y pervertir a sus compañeros, a usar, imágenes indecentes y despreciar todo lo digno de respeto.

—Pues parecías no tener esto en cuenta cuando los de tu casa nos llamaban… eh… apestosos. Si no me hubieras asegurado que tú nunca te metes con las casas ajenas, casi me mostraría inclinado a creer que fueron unos pocos comentarios casuales tuyos los que empezaron con todo esto.

Prout había tenido que aguantar mucho, ya que King siempre se llevaba su estado de ánimo a las comidas.

—Tú mismo hablastes con Beetle, ¿no? Algo sobre el no bañarse y el miedo al agua —intervino el capellán de la escuela—. Yo estaba marcando los tantos en el campo de deportes ese día.

—Puede, puede; pero sería en broma. Realmente no puedo acordarme de cada frase que dejo caer entre los niños pequeños. Y sé muy bien que Beetle no tiene sentimientos que puedan ser heridos.

—Quizá, quizá; pero él, o ellos, que es lo mismo, tienen una habilidad diabólica para descubrir el punto flaco de una persona. Confieso que yo prefiero pasar por alto algunas cosas del estudio número cinco. Puede ser una debilidad por mi parte, pero creo que yo soy, por ahora, la única persona presente a la que esos chicos no han vuelto loca con sus, digamos, atenciones.

—Eso no tiene nada que ver. Yo estoy convencido de poder vérmelas a solas con ellos siempre que surja la ocasión. Pero, claro, si se sienten apoyados moralmente por aquellos que deberían empuñar una justicia absoluta y eficaz, entonces puedo decir que mi tarea es ardua. Entre todo lo que detesto, reconozco que cualquier cosa que se aproxime a la deslealtad entre nosotros es lo primero.

Los profesores se miraron unos a otros, y Prout se sonrojó.

—Lo niego tajantemente —dijo—. Esto… de hecho yo tampoco estoy muy contento con esos tres. Por eso, no es justo que…

—¿Cuánto tiempo más vas a seguir permitiendo tanta desvergüenza? —dijo King.

—Pero no hay duda —dijo Macrea, abandonando a su aliado habitual—. La culpa, si es de alguien, la tienes tú, King. No puedes hacerles responsables

de…, y seguro que prefieres que no me ande con rodeos, de la peste que hay en tu casa. Mis chicos se están empezando a quejar ya.

—¿Qué se puede esperar? Ya se sabe cómo son los chicos. Naturalmente, aprovechan lo que para ellos es una ocasión caída del cielo —dijo el pequeño Hartopp—. ¿Qué es lo que pasa en tu dormitorio, King?

Mr. King explicó que, igual que él tenía como primera norma de conducta no interferir nunca en los asuntos de las otras casas, esperaba que los demás no se metieran demasiado patentemente en los de la suya. Quizá les interesaría saber —aquí el capellán suspiró fuertemente— que había ido dando los pasos necesarios, a la luz de su pobre entendimiento, para afrontar convenientemente el caso. No sólo eso; había gastado de su propio peculio, sin ánimo de que le fueran reembolsadas, cantidades, cuyo monto prefería no especificar, en desinfectantes. Había llegado a este extremo porque sabía por amarga, muy amarga, experiencia que a dirección del colegio era negligente, remisa e ineficaz. Y tenía que añadir que casi tan negligente como las autoridades de ciertas casas que ahora se creían con derecho a juzgar sus acciones. Con un breve resumen de su carrera docente y una síntesis de su currículum, títulos incluidos, se retiró dando un portazo.

—¡Vaya, vaya! —dijo el capellán—. La nuestra es una vida pequeña, una vida mínima, queridos hermanos. ¡Que Dios ilumine a todos los profesores de colegio! Lo necesitan.

—No me gustan esos chicos —dijo Prout jugueteando nerviosamente con su tenedor en el mantel—; y no pretendo ser una persona fuerte, como sabéis bien. Pero confieso que no veo ninguna razón para tomar medidas contra Stalky y los otros sólo porque King está molesto por… por…

—Caer en la fosa que él mismo ha cavado —dijo el pequeño Hartopp—. Claro que no, Prout. Nadie te acusa de poner unas casas en contra de otras por falta de iniciativa.

—Una vida mezquina, llena, de pequeñas miserias —el capellán se levantó—. Voy a corregir unos ejercicios de francés. Para la hora de la cena King se habrá desahogado con algún desafortunado chico de trece años; nos repetirá cada una de sus brillantes ocurrencias y todo estará bien de nuevo.

—Pero ¿y esos tres? ¿Tienen realmente una mente tan retorcida?

—Tonterías —dijo el pequeño Hartopp—. Si piensas un minuto te darás cuenta de que «el precoz torrente de imaginería fétida» está tomado por entero de King. El «puso a punto el motor que impulsó el vehículo». Naturalmente, ahora no le parece bien. Ven un minuto al fumadero. No está

bien espiar a los chicos; pero seguro que ahora están hablando de la casa de King ahí afuera. Las cosas pequeñas agradan a las mentes pequeñas.

El oscuro antro que estaba al lado de la sala de profesores sólo se usaba para guardar las togas. Sus ventanas eran de cristal opaco; no se podía ver nada por ellas, pero se oía perfectamente todo lo que pasaba fuera. Unas pisadas ágiles y decididas subían desde el número cinco.

—¡Rattray! —se oyó en voz baja. El estudio de Rattray estaba allí enfrente—. ¿Sabes dónde está *Mr*. King? Tengo una… —M'Turk dejó discretamente abierto el final de la frase.

—No. Ha salido —dijo Rattray sin sospechar nada.

—¡Ah! El culto Lipsius está tomando el aire, ¿no? Su Alteza Real ha ido a fumigarse —M'Turk se subió a la barandilla, donde se quedó posado como una corneja.

En todo el colegio no había hedor como el de la casa de King, pues apestaba vehementemente y nadie sabía qué hacer con respecto a ello. Menos King. Y él lavo a los *fags priva tim et seriatim*. En los estanques de Heshbon los lavó, con un delantal en el solomillo.

—¡Cállate, loco irlandés! —se oía el sonido de una bola de golf rodando por el suelo.

—No sirve para nada enfadarse, Rattray. Hemos venido a tomaros un poco el pelo. Vamos, Beetle. Todos están en casa. Puedes empezar a darles cuerda.

—¿Dónde está Pestífero Hediondez? No es seguro para un chico de alma pura, de mente elevada, aparecer por esta casa en los días que corren. ¿Ido se ha? No importa. Lo haré lo mejor que pueda, Rattray. Ahora estoy *in loco parentis*.

—Uno para ti, Prout —susurró Macrea, porque ésta era la frase favorita de Prout.

—Tengo unas breves palabras que impartirte, mi joven amigo. Vamos a charlar un rato.

En este momento Prout se rió silenciosamente: Beetle, con voz forzada, había elegido uno de los gambitos favoritos de King.

—Repito, maestro Rattray, que vamos a conferenciar; y el tema de nuestro discurso no será el mal olor, Pues ése es un tema repugnante y obsceno. Lo que taremos será, con tu anuencia, que doy por supuesta, maestro Rattray, que doy por supuesta, será, repito, estudiar este cataclismo escabroso de desmoralización latente. Lo que más me impresiona no es tanto la indecencia vocinglera con que vais fanfarroneando bajo vuestra carga de podredumbre

—hay que imaginar este discurso puntuado por bolas de golf, no siempre bien dirigidas—, cuanto la cínica inmoralidad con que os revolcáis entre vuestros espantosos aromas. Lejos de mí la idea de interferir en casas ajenas…

—¡Dios mío! —dijo Prout—. Pero esto es puro King.

—Línea por línea; letra por letra. Escucha —dijo el pequeño Hartopp.

—Pero decir que oléis mal, como hacen ciertos disolutos individuos de la más baja calaña, es no decir nada… menos que nada. En la ausencia de vuestro amado jefe de casa, a quien nadie aprecia más que yo, quiero, si me lo permitís, explicaros la importancia, la enormidad sin paralelo, los vomitivos miasmas de la peste, pues prefiero la claridad de la expresión sin ambajes, la peste, señor, que habéis visto extenderse por vuestra casa… ¡Vaya! Me he olvidado de lo demás, pero era muy bonito. ¿No nos estáis agradecidos por colaborar así con vosotros, Rattray? Mucha gente no se habría tomado tantas molestias, pero nosotros sabemos ser agradecidos.

—Sí, os estamos profundamente agradecidos —gruñó M’Turk—. No olvidamos aquel jabón. Somos muy educados. ¿Por qué no eres tú educado, Rat?

—¡Hola! —Stalky llegó con la gorra tapándole un ojo—. ¿Exhortando a los pestilentes, eh? Me temo que están muy lejos de sentirse arrepentidos. ¡Rattray! ¡White! ¡Perowne! ¡Malpas! No contestan. Es descorazonador. Verdaderamente descorazonador. ¡Sacad vuestros muertos, oh amuermados leprosos!

—¿Os creéis muy graciosos, no? —dijo Rattray, herido en su amor propio por esto último—. Es sólo una rata o algo así debajo del suelo. Mañana lo van a levantar.

—No intentéis echarle la culpa a un pobre animal mudo; y muerto, además. Detesto las mentiras. Por lo más sagrado, Rattray…

—Cállate. Hartopín nunca ha dicho «por lo más sagrado» en toda su pequeña vida —dijo Beetle críticamente.

—¡Ajá! —le dijo Prout al pequeño Hartopp.

—Por todos los santos, señor, por todos los santos, yo esperaba algo más de ti, Rattray. ¿Por qué no puedes hacerte responsable de tus fechorías como un hombre? ¿Te he demostrado alguna vez falta de confianza?

—Esto no es brutalidad —murmuró el pequeño Hartopp como respondiendo a una pregunta que nadie le había hecho—. Son sólo cosas de chicos; chiquilladas.

—Y ésta era la casa —Stalky cambió el registro de una voz aguda y estridente a una seriedad trágica—, ésta era la letrina que se atrevía a

llamarnos «malolientes». Y ahora…, ahora intentan esconderse detrás de una rata muerta. Me exasperáis, Rattray. ¡Me dais asco! ¡Me irritáis más de lo que puedo expresar! Dad gracias a Dios de que yo sea un hombre de temperamento ecuánime…

—Esto va por ti, Macrea —dijo Prout.

—Me temo que sí, me temo que sí.

—… porque en otro caso me sería difícil contenerme ante vuestros burlones rostros.

—*¡Cave!* **[56]** —se oyó en voz baja. Beetle había visto a King acercándose por el pasillo.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí, mis pequeños amigos? —empezó el jefe de la casa—. Tenía el plan impreciso, y corregidme si me equivoco —los ocultos oyentes se rieron a la vez—, de que si os encontraba junto a mi casa os lo haría pagar con espantosos sufrimientos y castigos.

—Sólo estábamos dando un paseo, señor —dijo Beetle.

—¿Y os parasteis para charlar con Rattray *en route* **[57]**?

—Sí, señor. Hemos estado tirando bolas de golf —dijo Rattray, saliendo de su estudio.

—El viejo Rat es más diplomático de lo que pensaba, Prout. Por ahora se ha atenido estrictamente a la verdad —dijo el pequeño Hartopp—. Dese cuenta del aspecto ético de la situación.

—

—Ah, así que estuvisteis haciendo un poco de deporte, ¿no? Debo decirte que no te envidio el gusto a la hora de elegir compañeros de juego. Pensaba que quizás podrían haber estado dedicándose a emitir el tipo de discursos indecentes a los que se han aficionado de manera tan desagradable en los últimos tiempos. Te aconsejaría enérgicamente que en el futuro eligieras tus ami os con más cuidado. Coge esas bolas de golf y se fue.

Al día siguiente, Richards, que había sido carpintero en la marina y al que se le confiaban los trabajos más raros, recibió la orden de levantar el suelo del dormitorio, pues *Mr*. King sostenía que algo debía de haber muerto allí.

—No debemos descuidar nuestras ocupaciones habituales por un incidente sin importancia de esta naturaleza; pero soy consciente de que a las mentes pequeñas les gusta este tipo de tonterías. Sí, he decretado que los tablones sean levantados después de comer bajo los auspicios de Richards. No me cabe duda alguna de que esto interesará vastamente a una cierta clase de supuestos «intelectos»; pero cualquier chico de mi casa o de cualquier otra

que sea encontrado en las escaleras del dormitorio tendrá *ipso facto* que copiar trescientas líneas.

Los chicos no se apelotonaron en las escaleras, pero en su mayor parte esperaron frente a la casa de King. A Richards se le había encargado gritar las noticias por la ventana del ático y, si fuera posible, enseñarles el cadáver.

—¡Es un gato, un gato muerto! —la cara de Richards apareció, purpúrea, en la ventana. Había estado un rato de rodillas en la cámara de la muerte.

—¡Sí hombre, un gato! —gritó M’Turk—. Es un *fag* muerto olvidado el trimestre pasado. ¡Tres hurras por el *fag* muerto de King!

Todos gritaron con gran placer.

—¡Enséñalo, enséñalo! ¡Déjenos echarle un vistazo! —vociferaban los pequeños—. Dáselo a los cazachinches —es decir, la Sociedad de Historia Natural—. El gato miró al rey ¡y se murió por eso! ¡Sssh!¡Miau! ¡Fff! ¡Neee! —fueron algunos de los gritos que siguieron…

Richards volvió a aparecer.

—Lleva —se paró para comprobar que lo que iba a decir era cierto— mucho tiempo muerto.

La escuela rugió.

—Bueno, vamos de paseo —dijo Stalky en una pausa bien escogida—. Todo esto es repulsivo, y espero que la casa de los leprosos no lo vuelva a hacer.

—¿A hacer qué? —gritó furiosamente un chico de King.

—Matar a un pobre gato inocente cada vez que no os queréis lavar. Es muy difícil distinguiros a uno del otro tal como estáis ahora. Debo decir que prefiero el gato. No es tan desagradable. ¿Qué vas a hacer ahora, Beetle?

—*Je vais partir moi. Je vais partir moi tour* la santa tarde. *Jamais j’ai me partí comme je ma partirai auourd’hui. Nous nous asconderons aux* búnkers**[58]**

Y parece que les sentó bien hacerlo.

Abajo, en el sótano, a la luz de una vacilante llama de gas y junto a una fila de botas, Richards, rodeado de cepillos, contaba su aventura a Oke, de la sala de profesores; Gumbly, el de los comedores, y la bella Lena, la lavandera.

—Pues sí. Estaba en un estado y condición fatal. La peste me mareaba, así como lo oís. Pero yo dale que dale, y al final lo saqué, aunque olía horriblemente.

—Supongo que se moriría cuando estaba cazando ratones, la pobre cosita —dijo Lena.

—Entonces cazaba ratones de una manera rarísima, como no lo hace

ningún otro gato en el mundo, Lena. Cuando lo encontré estaba tumbado patas arriba, le di la vuelta con un palo y su espalda estaba toda cubierta de yeso del que se usa para construir. Te digo que sí. Y debajo de la cabeza tenía como una almohadita de yeso que se había amontonado por haber ido el gato deslizándose sobre su espalda. Ningún gato ha cazado nunca ratones patas arriba, Lena. Alguien lo metió allí debajo, tan lejos como pudo. Los gatos no se hacen almohadas para morir sobre ellas. Lo metieron allí cuando ya estaba frío; seguro.

—Oh, eres más listo que nadie, Gordi. Y si te casaras sentarías la cabeza —dijo Lena, que era la prometida de Gumbly.

—Bueno, yo ya sabía algo de la vida antes de que cierta señorita hubiera nacido. He servido en la marina de la Reina, y allí uno aprende a usar los ojos. Ocúpate de tus propios asuntos, Lena.

—¿Qué quieres decir con lo que nos has contado? —dijo Oke.

—No me preguntes nada y no te diré ninguna mentira. Un agujero de bala le atravesaba de lado a lado, y tenía dos costillas rotas como mimbres. Lo vi claramente cuando le di la vuelta. Son listos, muy listos, ¡pero no lo suficiente como para engañar al viejo Richards! Estuve a punto de contarlo todo, pero… dijo que nunca nos lavábamos. Y dejó a sus malditos chicos llamarnos «apestosos», eso es lo que hizo. ¡Así que creo que se lo merecían!

Richards escupió sobre una bota y reanudó su trabajo riéndose para sí.

LOS IMPRESIONISTAS

Los cuatro jefes de casa se habían dejado caer por el estudio del capellán para fumar juntos el sábado por la noche; las tres pipas y el puro echando humo a la vez demostraban la concordia creada en torno al reverendo John Gillet. Desde el descubrimiento del gato, King estaba muy quisquilloso, y el reverendo John había tenido que hacer horas extras como mediador y consejero general durante una semana para que se pudiera llegar a un buen entendimiento entre las partes. Era gordo, iba siempre pulcramente afeitado, excepto por un gran bigote, y se comportaba, según los que no le querían bien, como un jesuita hipócrita. En esos momentos sonreía benignamente ante su éxito: cuatro hombres que habían sido duramente puestos a prueba hablaban entre sí sin demasiada mala intención.

—Ahora, recordad —dijo cuando la conversación se dirigió hacia ese tema—. Yo no afirmo nada, pero cada vez que alguien ha tomado medidas directas contra el estudio número cinco, el resultado ha sido más o menos humillante para él.

—No estoy en absoluto de acuerdo. Yo pulverizo diariamente al egregio Beetle por el bien de su alma; y a los otros también —dijo King.

—Bueno, fíjate en tu propio caso, King; retrocede un par de años. ¿Te acuerdas cuando Prout y tú los estabais siguiendo porque construían cabañas e iban más allá de los límites? ¿Te has olvidado ya del coronel Dabney?

Los demás se rieron. A King no le gustaba que le recordasen su carrera criminal como cazador furtivo.

—Ése es sólo un ejemplo. También, cuando tenías tus habitaciones debajo de ellos, siempre dije que era meterse en la boca del lobo, los echaste de su estudio…

—Por hacer ruidos insoportables. Claro, Gillet, seguro que a ti no te parece bien…

—Lo único que digo es que los echaste. Esa misma tarde casi te destrozan el estudio.

—Fue el Gallina, brutalmente bebido, desde la carretera —dijo King—. ¿Qué tiene eso que ver…? El reverendo John siguió:

—Por último, ciertas insinuaciones son hechas referentes a su grado de limpieza personal, asunto este muy delicado para todos los chicos. Muy bien. Obsérvese cómo, en todos los casos, el castigo encaja con el crimen. Una semana después de que tu casa empezases a decirles que olían mal, ella misma es, por decirlo suavemente, atufada por un gato que eligió morir en el lugar donde más os podía molestar. ¡De nuevo el largo brazo de la casualidad! *Summa* [59]: les acusáis de entrar en la propiedad ajena; a través de una absurda serie de circunstancias, quizá organizada por ellos o quizá no, tú y Prout acabáis siendo los acusados de ello. Los echas; durante un tiempo tu estudio queda inhabitable. Ya he indicado el paralelo en el caso más reciente. ¿Qué te parece?

—El gato estaba justo en la mitad del dormitorio de White —dijo King—. Hay un doble suelo allí para aislar el ruido. Ningún chico, incluso de mi propia casa, podría haber levantado las tablas sin que se notase nada; y esa otra noche el Gallina estaba completamente borracho.

—Lo único que (ligo es que la fortuna les favorece singularmente. Personalmente les tengo en gran estima, y creo que he ganado algo de su confianza. Reconozco que me gusta que me llamen «padre[60]». Ellos y yo estamos en paz; y por eso no me veo obligado a tragarme falsas confesiones de robo.

—¿Te refieres al caso de Mason? —dijo gravemente Prout—. Siempre me ha parecido particularmente escandaloso. Creo que el director debería haber sido más duro con ellos en este caso. Mason puede haberse confundido, pero por lo menos es una persona realmente honesta y bienintencionada.

—Tengo que decir que no estoy del todo de acuerdo contigo, Prout —dijo el reverendo John—. Se creyó a pie juntillas un cuento absurdo de robos que le contaron ellos; aceptó el testimonio de otro chico sin hacer ninguna comprobación, que yo sepa; y… francamente, creo que se merecía todo lo que le pasó.

—Pusieron en ridículo deliberadamente la buena intención de Mason —dije, Prout—. Si me hubieran dicho una sola palabra, todo el problema se podría haber evitado. Pero prefirieron hacerle picar; aprovechando que no los conocía…

—Puede ser —dijo King—, pero a mí Mason no me cae bien. Le tengo antipatía por la misma razón por la que Prout le defiende: es un ingenuo escrupuloso.

—Nuestra tradición criminal nunca ha incluido el robo; por lo menos entre nosotros —dijo el pequeño Hartopp.

—¿No es ésa una afirmación un tanto resbaladiza para el jefe de una casa que se apoderó de siete cabezas de ganado de los inocentes aldeanos de Northam? —dijo Macrea.

—Prec isa mente —dijo Hartopp sin inmutarse—. Eso, más entrar en los sitios sin permiso y un poco de caza furtiva de caza de halcones en los acantilados, es nuestra salvación.

—Nos hace mucho más daño como colegio… —empezó Prout.

—¿Que cualquier escándalo oculto? Desde luego Nuestra reputación entre los campesinos es francamente mala. Pero yo prefiero mil veces vérmelas con cualquier cantidad de transgresiones ingeniosas de ese tipo que con delitos de otra naturaleza.

—Puede que no sean tan malos; pero no parecen chicos, hay algo en ellos de anormal y, en mi opinión, de corrupto —insistió Prout—. El efecto moral de sus hazañas tiene que preparar el camino para daños mayores. No estoy seguro de qué hacer con ellos. Puede que los separe.

—Podrías hacerlo, claro; pero llevan juntos seis años en la escuela. Yo no lo haría —dijo Macrea.

—Siempre hablan de «nosotros» dijo King—. Me ponen nervioso. «¿Dónde está tu traducción, Corkran?» «Verá, señor, no la hemos terminado. La acabamos en un minuto», y así. Y lo mismo pasa con los otros dos.

—Hay un gran mérito en ese «nosotros» —dijo el pequeño Hartopp—. Ya sabéis que yo les doy trigonometría. M’Turk tiene algo de idea, pero Beetle se pierde completamente entre los senos y los cosenos. Así que se lo copia todo a Stalky, al que le gustan mucho las matemáticas.

—¿Por qué no haces algo sobre esto? —dijo Prout.

—Todo se arregla en los exámenes. Entonces Beetle presenta una hoja en blanco confía en su inglés para no suspender. Creo que dedica casi todo el tiempo es a escribir poemas.

—Yo le rogaría al cielo que orientara parte de su energía versificadora hacia la elegía —King se irguió—. Es, la única excepción de Stalky, el peor perpetrador de hexámetros salvajes que he encontrado en toda mi vida.

—En ese estudio se trabaja en equipo —dijo el capellán—. Stalky hace las matemáticas, M’Turk el latín y Beetle se encarga del inglés y el francés. Por

lo menos, cuando estaba en la enfermería el mes pasada…

—Se hacía el enfermo interrumpió King.

—Seguramente. Noté un claro empeoramiento de sus traducciones de la *Roman d'un jeune homnme pauvre* [61].

—Me parece profundamente inmoral —dijo Prout—. Siempre me he opuesto al sistema de estudios.

—Sería difícil encontrar un solo estudio donde los muchachos no se ayudasen mutuamente; pero en el número cinco probablemente lo hacen de manera sistemática —dijo el pequeño Hartopp—. Casi todo lo hacen sistemáticamente.

—Y no intentan ocultarlo —dijo el reverendo John—. He visto a M'Turk siendo perseguido por las escaleras para que tradujese la —«Elegía de un cementerio[62]» porque Beetle y Stalky querían irse a dar una vuelta.

—Son unos tramposos sistemáticos —dijo Prout, con la voz cada vez más grave.

—Nada de eso —replicó el pequeño Hartopp—. No se puede enseñar a una vaca a tocar el violín.

—Por lo menos siempre tienen intención de hacer trampas.

—Pero todo esto quedará entre nosotros como secreto de confesión, ¿verdad? —dijo el reverendo John.

—Dices que los has visto organizar su trabajo de esta manera, Gillet —insistió Prout.

—¡Por Dios! No me conviertas en el testigo del crimen, mi querido amigo. También Hartopp ha dicho algunas cosas. Si se enterasen alguna vez de que os he contado esto, nuestra relación se resentiría; y yo la valoro mucho.

—Creo que tu actitud en este asunto es demasiado transigente —dijo Prout mirando en torno a sí en busca de apoyo—. Lo mejor sería separarlos… durante un tiempo, ¿no os parece?

—Sí, separarlos, claro que sí —dijo Macrea—. Entonces comprobaríamos si la teoría de Gillet es correcta o no.

—Sé prudente, Prout. Déjalos en paz o tu vida se va a llenar de calamidades; y, lo que es mucho más importante, se van a enfadar conmigo. Estoy demasiado gordo para ser molestado por chicos traviesos, ¡qué caramba! ¿Dónde vas?

—¡Tonterías! No se atreverían…, pero voy a pensarlo bien —dijo Prout—. Esto hay que meditarlo a fondo. Están engañándonos conscientemente, y tengo que saber lo que mi deber me exige en esta situación.

—Es perfectamente capaz de hacer lo que dice. ¡Aquí el único tonto soy yo! —el reverendo John miró alrededor con remordimientos—. Nunca volveré a olvidar que un profesor no es un hombre normal. Acordaos de lo que os digo —dijo el reverendo John—: aquí va a haber jaleo.

Junto al Tíber amarillo
confusión y pavor eran.

Saliendo de la nada —todavía estaban celebrando la guerra del gato—, *Mr*. Prout se había dejado caer en el número cinco, había pronunciado un discurso sobre la importancia de su perversidad y pedido que volvieran a las aulas el lunes. Estuvieron rabiando, de uno en uno o en coro, durante todo el pacífico *sabbath* [63], pues su pecado era una práctica más o menos habitual en todos los estudios.

—¿Para qué nos sirve maldecir? —dijo finalmente Stalky—. Todos estamos en el mismo barco. Deberíamos volver y consultar con la casa. Un armario y un asiento en las clases del número doce —miró con pena el agradable estudio que M'Turk, el jefe en asuntos de arte, había decorado con un friso, un estampado y colgaduras de cretona.

—¡Sí! Y el Pezuñas husmeando en las clases como un viejo sabueso lleno de pulgas para ver si hemos subido a hacer algo. Ya sabéis que últimamente no sale para nada de su casa —dijo M'Turk—. ¡Va a ser horrible!

—¿Por qué no estáis abajo viendo el críquet? Me gustan los chicos robustos y sanos. No debéis quedaros aquí en clase como unos viejos. ¿Por qué no os preocupáis por la casa? ¡Puaj! —le imitó Beetle.

—¡Sí, por qué no! ¡Vamos a hacerlo! Vamos a preocuparnos por la casa. ¡Nos la vamos a tomar muy en serio! Hace un año que no estamos en la clase. Hemos aprendido mucho desde entonces. ¡Vamos a hacer que nuestra casa esté preciosa! ¿Os acordáis de ese tipo de *Eric o San Winifred,* Belial no sé qué? Pues yo voy a ser Belial —dijo Stalky con una insidiosa sonrisa burlona.

—¡Estupendo! —dijo Beetle—. Y yo seré Mammón. Prestaré dinero con usura. Lo hacen en todos los colegios según el *B. O. P.* [64]. «Un penique semanal por un chelín». Esto alarmará al débil intelecto del Pezuñas. Tú puedes ser Luci fer, Turkey.

—¿Y qué tengo que hacer? —M'Turk sonrió también.

—Preparar conspiraciones, atentados y boicot. Dedicarte a esa «intriga clandestina» de la que el Pezuñas no para de hablar. ¡Vamos!

La casa los recibió en su caída con la mezcla de burla y simpatía que siempre se tenía con chicos expulsados de su estudio. El conocido

retraimiento de los tres los hacía más interesantes.

—Como en los viejos tiempos, ¿verdad? —Stalky eligió un armario y metió en él sus libros—. Hemos venido a pasárnoslo bien con vosotros, mis jóvenes amigos, por un tiempo, porque vuestro amado jefe de casa nos ha sacado de nuestra guarida.

—Os está bien empleado —dijo Orrin— ¡por copiones!

—Pero eso no está bien —dijo Stalky—. ¿Cómo vamos a mantener nuestro prestigio, Orrin querido, si vas por ahí diciendo esas cosas de nosotros?

Rodearon cariñosamente al chico, le empujaron hacia la ventana abierta, le hicieron asomarse por ella y bajaron el cristal de la ventana de manera que le atrapase por la nuca. Con la misma rapidez le ataron los pulgares juntos detrás de la espalda con un pedazo de cordel y, finalmente, como pataleaba furiosamente, le quitaron los zapatos.

Allí le encontró *Mr*. Prout algunos minutos más tarde, guillotinado e inerme, rodeado por una convulsa multitud que no estaba dispuesta a ayudarle.

Stalky, en una clase del piso de arriba, había reclutado un grupo de aliados para defenderse de la inminente venganza. Orrin irrumpió al frente de sus huestes y la clase se convirtió en una niebla de polvo en medio de la cual los chicos luchaban a brazo partido, se revolcaban por el suelo, corrían y gritaban. Un pupitre fue arrastrado en el tumulto, un grupo de luchadores chocó contra una puerta y la rabo, se rompió una ventana y se cayó una lámpara de gas. Aprovechando la confusión los tres escaparon al pasillo, donde se dedicaron a invitar a todos los que pasaban a participar en la batalla:

—¡Socorro, los de King! ¡Los de King! ¡A mí los de King! ¡En la clase doce! ¡Los de Prout! ¡Socorro, los de Prout! ¡A mí los Macrea! ¡Que vengan los de Hartopp, ayuda!

Los más pequeños venían todos juntos como abejas sin preguntar nada, subían por la escalera y se unían a la pelea.

—No está mal para ser la primera tarde —dijo Stalky arreglándose el cuello de la camisa—. Supongo que Prout se va a enfadar bastante con esto. Es mejor que nos busquemos una coartada —así que se sentaron en la verja de la casa de King hasta que llegó la hora de la clase.

—Veis —explicó Stalky mientras subían a clase en medio de la innoble manada—. Si empezáis una discusión de nada entre las casas podéis estar seguros de que algún burro organizará un verdadero follón. Hola, Orrin, pareces un tanto metagrobolizado.

—¡Todo por tu culpa, pedazo de animal! Tú fuiste el que empezaste todo. Tenemos que copiar doscientas líneas por cabeza, y el Pezuñas os está buscando. ¡Mira lo que me ha hecho el cerdo de Malpas en el ojo!

—Me divierte que digas que nosotros empezamos. ¿Quién nos llamó copiones? ¿Tu mente infantil no es capaz todavía de relacionar las causas y los efectos? Algún día descubrirás que meterse con el número cinco no es un buen negocio.

—¿Dónde está ese chelín que me debes? —dijo Beetle de repente.

Stalky no veía a Prout detrás de él, pero entendió a su amigo inmediatamente:

—Sólo te debía nueve peniques, asqueroso usurero.

—No. Te olvidas del interés —dijo M’Turk—. Medio penique cada semana por chelín es la tarifa de Beetle. Debes de estar forrándote, Beetle.

—A ver. Beetle me dejó seis peniques —Stalky se detuvo un momento y calculó rápidamente con los dedos—. Seis peniques el diecinueve, ¿no?

—Sí; pero acuérdate de que no me pagaste ningún interés por el otro chelín, el que te había dejado antes.

—Pero te quedaste con mi reloj como garantía —la representación se desarrollaba casi automáticamente.

—Da igual. O me pagas los intereses o te cobro los intereses de los intereses. ¡Acuérdate de que tengo tu pagaré! —gritó Beetle.

—Eres un judío sin corazón —gruñó Stalky.

—¡Sssh! —dijo muy fuerte M’Turk; y luego puso cara de sorpresa cuando Prout se les acercó.

—No os he visto en el desgraciado lance que tuvo lugar hace poco en la clase.

—¿Qué, señor? Acabamos de volver de la casa de *Mr*. King —dijo Stalky —. Por favor, señor, ¿qué puedo hacer ahora? Han roto el pupitre en el que usted me dijo que me sentara, y el banco está literalmente nadando en tinta.

—Pues busca otro asiento, búscate otro. ¿O es que pretendes que te saque yo los pañales? Quisiera saber algo: ¿sueles prestarles dinero a tus compañeros?

—No, señor; por regla general no, señor.

—Es un hábito muy reprobable. Esperaba que por lo menos mi casa se mantuviera libre de él. A pesar de la opinión que tengo sobre ti nunca habría imaginada que fuera uno de tus vicios.

—Prestar dinero no hace daño a nadie, señor. ¿O sí?

—No voy a intercambiar palabras contigo sobre tus ideas morales. ¿Cuánto le has prestado a Corkran?

Yo… no estoy seguro —dijo Beetle—. Es difícil improvisar sobre algo tan variable de manera tan rápida.

—Pues parecías bien seguro hace un momento.

—Creo, que son dos chelines y cuatro peniques —dijo M’Turk mientras miraba a Beetle fría y desdeñosamente.

En la muy apurada economía, del estudia sólo se registraba esa suma, reclamada por M’Turk y Beetle ceno participación en el empeño de los segundos mejores pantalones de Stalky. Pero Stalky llevaba dos trimestres manteniendo que ese dinero era su comisión por haber ido a empeñarlos; y, por supuesto, se lo había gastado hacía mucho, en una fiesta que hicieron en el estudio.

—Oye bien, entonces… No sigas con tus operaciones como prestamista. ¿Dos chelines y cuatro peniques dijiste, Corkran?

Stalky no había dicho nada y siguió sin hacerlo…

—Tu influencia maléfica ya es bastante grande sin necesidad de que tus compañeros estén endeudados contigo —se metió la mano en el bolsillo y, ¡oh, alegría!, sacó la cantidad exacta—. Tráeme lo que llamas el pagaré de Corkran y da gracias a Dios de que no le dé más importancia al asunto. Este dinero se te quitará de tu paga, Corkran. El recibo, a mi estudio enseguida.

¡Les daba igual! Dos chelines y cuatro peniques —de golpe es mucho mejor— en cualquier momento que seis veces los seis peniques semanales…

—¿Pero qué diantres es un pagaré? —dijo Beetle—… Sólo he leído esa palabra en un libro.

—Pues ahora más te vale hacer uno que parezca de verdad —dijo Stalky.

—Sí; pero nuestra tinta sólo se vuelve negra al cabo de un día. ¿Qué pasa si se da cuenta?

—¡Qué se va a dar cuenta! Está demasiado preocupado —dijo M’Turk—. Firma en un pedazo de paz papel, Stalky, y escribe. «Pagaré la Beetle dos chelines y cuatro peniques». Beetle, ¿qué te parece cómo le he sacado el dinero a Prout? Stalky no habría pagado nunca… Pero… ¿qué haces?

Mecánicamente Beetle le había dado el dinero a Stalky como tesorero del estudio. Las costumbres de años no se olvidan tan fácilmente.

A cambio del documento, Prout le explicó a Beetle la gravedad de prestar dinero, que, como todo excepto el críquet, corrompía las casas y destruía las buenas relaciones entre los muchachos, hacía a los jóvenes fríos y calculadores y abría la puerta a toda suerte de males. Para terminar, ¿conocía

Beetle otros casos de usura? Si era así, su deber como prueba de arrepentimiento consistía en hacérselo saber a su jefe de casa. No hacía falta mencionar nombres.

—Beetle no sabía nada… o, por lo menos, no estaba totalmente seguro, señor. ¿Cómo podría él testificar contra sus propios amigos? La casa podría, no podía negarlo —aquí fingió una angustiada delicadeza—, estar llena de ello. Tampoco podía asegurarlo en sus circunstancias. No había encontrado competencia abierta en sus negocios; pero si *Mr*. Prout consideraba que era algo que podría afectar al honor de la casa —y *Mr*. Prout consideraba eso exactamente—, quizá los prefectos tendrían más…

Siguió hablando en la misma línea durante media clase.

—Hola —dijo el Shylock[65] aficionado volviendo al aula y sentándose al lado de Stalky—. Si ahora no está convencido de que la casa está podrida de usura, yo soy holandés; esto es lo que te digo… He estado en el estudio de *Mr*. Prout, señor —al profesor—. Sí, dijo que me podía sentar donde quisiera, señor… Está sudando de emoción… Sí, señor, sólo estoy preguntándole a Corkran si puedo cogerle un poco de tinta para la pluma.

Después de las oraciones, de camino hacia los dormitorios, Harrison y Craye, los prefectos de la casa, celosos en su cometido, se les acercaron hechos unas furias.

—¿Qué le habéis hecho al Pezuñas ahora, Beetle? Nos ha estado sermoneando toda la tarde.

—¿Por qué os ha estado dando la lata esta vez Su Serena Transparencia? —dijo M’Turk.

—Sobre Beetle prestándole dinero a Stalky —contestó Harrison—; y que Beetle le había contado que la casa estaba hasta los topes de usura.

—¡De eso nada! —dijo Beetle sentado en un armario de zapatos—. Eso es precisamente lo que no le he dicho. Le dije la pura verdad. Me preguntó si había mucho de eso en la casa y yo le dije que no sabía nada.

—Cree que sois un hatajo de sucios Shylocks —dijo M’Turk—. Por lo menos no piensa que seáis unos ladrones. Ya sabéis que cuando se le mete una idea en su concienzuda cabezota no hay quien le convenza de lo contrario.

—El bienintencionado Pezuñas; siempre hace todo por nuestro bien —Stalky estaba girando con soltura alrededor del eje de la escalera—. La cabeza en una cloaca. Confesión completa en la bota izquierda. Malo para el honor de la casa; muy malo.

—Cállate —dijo Harrison—. Siempre que venimos a llamaros la atención por algo acabáis riéndoos de nosotros.

—Sois demasiado caraduras —dijo Craye.

—No sé qué tendrá que ver la dureza de las caras con todo esto, excepto por vuestra parte, ya que estáis metiéndoos en un asunto privado entre Beetle y yo que ya ha sido resuelto por Prout —Stalky les guiñó un ojo alegremente a sus camaradas.

—Esto es lo malo de los empollones, que se creen muy listos —dijo M'Turk ajustando el brillo de la lámpara—. Los hacen prefectos antes de que hayan podido conseguir algo de tacto, y entonces se dedican a molestar a los que realmente podrían ayudar a mantener en pie el honor de la casa.

—¡No os preocupéis por eso! —dijo Craye ya enfadado.

—¿Entonces para qué nos dais la lata? —dijo Beetle—. Habéis sido tan increíblemente negligentes con vuestra responsabilidad de estar al frente de la casa, que Prout está convencido de que es un nido de prestamistas. Yo le he dicho que le había dejado dinero a Stalky y a nadie más. No sé si me ha creído, pero ahí termina mi caso. Lo demás es asunto vuestro.

—Ahora nos damos cuenta —Stalky levantó la voz— de que parece haber una conspiración organizada por toda la casa. Por lo que sabemos, los *fags* pueden estar prestándose y endeudándose más allá de lo que sus medios les pueden permitir. Nosotros no tenemos la culpa de eso. Sólo somos parte de la tropa.

—¿Os extraña que no queramos tener nada que ver con la casa? —dijo dignamente M'Turk—. Nos hemos mantenido aislados en nuestro estudio hasta que nos echaron de él, y resulta que ahora nos encontramos con… con esto. Es sencillamente ignominioso.

—Y entonces nos perseguís nos acusáis de todo tipo de cosas en la escalera, delante de todos —dijo Stalky—, sobre asuntos de los que vosotros sois los únicos responsables. Ya sabéis que nosotros no somos prefectos.

—Nos acabáis de amenazar con una paliza de prefectos —dijo Beetle, inventando descaradamente a ver la confusión en las caras de los enemigos.

—Y si esperáis conseguir algo de nosotros mediante estos acercamientos, estáis completamente equivocados. Eso es todo lo que os digo. Buenas noches.

Se fueron escaleras arriba, virtud calumniada en cada pulgada**[66]** de sus espaldas.

—Pe… pero ¿qué es lo que hemos hecho nosotros? —dijo Harrison, sorprendido, a Craye.

—Ni idea. Sólo… que eso es lo que pasa siempre que alguien se mete con ellos. Son tan endemoniadamente plausibles.

Mr. Prout convocó a sus pacientes prefectos a su estudio y consiguió que tanto su propia mente como la de ellos se hundieran aún más profundamente en su injustificada preocupación. Habló de pasos y de medidas, de tono y de lealtad en la casa y para con la casa, y les rogó que tratasen el asunto con delicadeza.

Lo primero que hicieron fue ir a preguntarle a Beetle si tenía algún otro negocio entre manos. Beetle fue directamente a ver al jefe de su casa para preguntarle con qué derecho Harrison y Craye insistían sobre un asunto privado que ya había sido resuelto entre él y su jefe de casa. Nadie superaba a Beetle haciéndose el inocente calumniado.

Entonces se le ocurrió a Prout que quizás no había sido justo con el chico, quien no había pretendido en ningún momento negar o minimizar su culpa. Mandó llamar a Harrison y Craye y los reprendió muy amablemente por el tono que habían adoptado con el pecador arrepentido. Cuando volvieron a su estudio estaban desesperados. Se dedicaron después a investigar la casa de arriba abajo, llevando a los *fags* al borde de la histeria y desenterrando, con gran pompa y solemnidad, el natural e inevitable sistema de pequeños préstamos que existe siempre entre los chicos pequeños.

—Pues sí, Harrison, Thornton me prestó un penique el sábado pasado porque me habían puesto una multa por romper la ventana; y me lo gasté en la tienda. No sabía que hubiera nada malo en ello. Y yo le presté dos peniques a Wray cuando mi tío me mandó un giro, que fui a cambiar al pueblo, de cinco chelines; pero me lo va a devolver antes de las vacaciones. No sabíamos que eso estuviera prohibido.

Se dedicaron durante horas a este tipo de pesquisas, pero no encontraron nada de usura ni que se acercase a los escandalosos intereses pedidos por Beetle. Los mayores —pues la escuela no tenía una tradición de respeto a los prefectos fuera de los deportes obligatorios— les dijeron brevemente que se metieran en sus propios asuntos. No estaban dispuestos a decir ni una palabra. Harrison era un idiota y Craye otro; pero el más grande de todos los idiotas, dijeron, era su jefe de casa.

Cuando una casa está completamente trastornada, aunque su conciencia esté limpia, se congrega en corrillos y camarillas, pequeñas reuniones crepusculares, conversaciones en voz baja y grupos en el pasillo. Y cuando tres malévolos chicos van de grupo en grupo con un inmenso aire de misterio, gritando «*cave*» cuando no hay ninguna necesidad de precaución y diciendo

«¡No digáis nada de esto!» después de haber contado ciertos secretos falsos inventados en ese mismo momento, se puede generar una atmósfera muy enrarecida de complot e intriga en el seno de esa casa.

Después de unos cuantos días Prout se dio cuenta de que se movía en un ambiente de continuas acechanzas. Aparecían misterios por todas partes, se oían advertencias ante el sonido de sus pesados pies y se asaban contraseñas mudas detrás de su atenta espada. M'Turk y Stalky se inventaron muchas frases absurdas y vacías, extrañas palabras que se propagaban por la casa como el fuego por el rastrojo. Una broma extendida, y lo único que sacó en claro la Comisión de usura era que un chico le preguntaba a su amigo con seriedad exagerada: «¿Crees que hay mucho de eso en la casa?, —y el otro contestaba—: Bueno, nunca se tiene suficiente cuidado con esas cosas, ya lo sabes». Es fácil imaginar el efecto de la situación en el ánimo de un jefe de casa concienzudo y voluntarioso. Aparte de esto, a un hombre que ha intentado sinceramente ganarse la estima de los chicos a su cargo no le gusta oír, aunque sea de lejos, cómo le llama «popularidad Prout» un celta oscuro y mal encarado con una lengua venenosa. El rumor de que se cuentan historias, historias inusuales, en las clases, entre dos luces, por un chico que no merece su confianza, pone nervioso a este hombre; e incluso la más elaborada y amable cortesía —pues era la cortesía condescenciente que el sabio adulto ofrece al niño confuso la que Stalky desplegaba en torno a Prout— no restablece su paz mental.

—Esta casa parece haber cambiado, cambiado a peor —les decía Prout un día a Harrison y Craye—. ¿Os habéis dado cuenta? Ni por un momento os reprocho…

Él nunca reprochaba nada; pero, por otra parte, nunca hacía otra cosa, y, con la mejor intención del mundo, había reducido a los prefectos de la casa a un estado que casi rozaba la situación de nervios más desquiciada que pueden alcanzar unos muchachos sanos. Y lo peor de todo: a veces empezaban a preguntarse si no habría algo de verdad en la repetida afirmación de Stalky y Cía. de que Prout era un «burro lúgubre».

—Como sabéis, yo no soy el tipo de persona que se pone fuera de sí por cualquier minucia que oye. Estoy convencido de que hay que dejar a la propia casa buscar su salvación… con una ligera mano conductora que lleve las riendas, por supuesto. Pero hay una clara alta de respeto, una cierta bajada de tono en asuntos que afectan al honor de la casa, una cierta dureza.

¡Oh, Prout es un caballero,
un caballero, un caballero!

Pezuñas es un señor.
Siempre trabaja un montón
por su popularidad.
¡Po pu-po-pu-laridad!
Por más popularidad
él lo haría todo, ¿no?

La puerta del estudio estaba abierta, y la canción, entonada por veinte claras voces, llegaba sin obstáculos desde una clase. A los *fags* les encantaba la tonada; la letra era de Beetle.

—Eso es algo que a nadie en sus cabales le puede parecer mal —dijo Prout con una sonrisa torcida—; pero, sabéis, las pajas muestran la dirección en la que sopla el viento. ¿Podéis imaginar alguna influencia directa en este estado de cosas? Os estoy hablando ahora como responsables de la casa.

—No cabe la menor duda sobre esto —dijo Harrison enfadado—. Sé a lo que se refiere, señor. Todo empezó cuando el estudio número cinco vino a las aulas. No se puede eludir esta conclusión, Craye. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Nos ponen las cosas bastantes difíciles a veces —dijo Craye—. Harrison se refiere más a su actitud que a ningún hecho concreto.

—¿Entonces os molestan en el desempeño de vuestras funciones o qué?

—Bueno, no, señor. Sólo miran y se ríen burlonamente… y luego se dan la vuelta como con desprecio.

—Ah —dijo Prout, que los entendía demasiado bien.

—Me parece, señor —dijo Craye entrando a fondo en el problema—, que sería mucho mejor mandarles de nuevo a su estudio. Mejor para la casa, quiero decir. Son demasiado mayores para estar pululando por las aulas.

—Son más jóvenes que Orrin, o que Flint, y que otra docena de chicos que me acuerde ahora.

—Sí, señor; pero el caso es diferente, de algún modo. Tienen mucha influencia. Tienen la habilidad de revolucionar todo sin hacerse notar de manera que no se les puede descubrir, o, por lo menos, si uno lo consigue…

—¿Creéis entonces que estarían mejor en su estudio otra vez?

Harrison y Craye eran decididamente de esa opinión. Como le dijo más tarde Harrison a Craye:

—Han puesto en tela de juicio nuestra autoridad. Son demasiado grandes para darles una paliza; se han burlado de nosotros con esto de la usura y ahora somos el hazmerreír de la escuela. Quiero ir a Sandhurst el trimestre que

viene. Se las han arreglado para hacerme perder mucho tiempo de trabajo con su… su locura. Si vuelven a su estudio igual podemos tener algo de paz.

—Hola, Harrison —M’Turk apareció en una esquina mirando a su alrededor en todas las direcciones—. ¿Seguís con ello? Bien, bien. Pero tomaoslo con más calma, con más calma.

—¿De qué hablas?

—Parecéis cansados —dijo M’Turk—. Un trabajo agotador el de velar por el honor de la casa, ¿no? Por cierto, ¿han dado fruto vuestras pesquisas?

—Óyeme —dijo Harrison, esperando ser aliviado instantáneamente de todos sus problemas—: hemos recomendado a Prout que os deje volver al estudio.

—¿Que qué habéis hecho? ¿Y quién diablos sois vosotros para interferir entre el jefe de la casa y nosotros? Realmente nos tratáis sin ningún respeto, de una manera verdaderamente insensible. Claro que no sabemos hasta qué punto habéis abusado de vuestra posición para perjudicarnos ante *Mr*. Prout; pero cuando deliberadamente me paras para decirme que habéis estado tomando decisiones sobre nosotros a nuestra espalda, en secreto, con Prout, yo… yo no sé qué es lo que deberíamos hacer ahora.

—¡Eso es totalmente injusto! —gritó Craye.

—Sí que lo es —M’Turk había adoptado una expresión de lívida solemnidad que le iba muy bien a su cara larga y delgada—. ¡Esto es un escándalo! Un prefecto es una cosa y un conserje otra muy distinta; pero vosotros sois una combinación de los os. ¡Recomendáis esto, recomendáis aquello! ¡Vosotros sois los que decís cómo y cuándo vamos a volver al estudio!

—Pero… pero… creíamos que eso era lo que queríais, Turkey. De verdad. Sabéis que allí se está mucho más cómodo —la voz de Harrison era casi un sollozo.

M’Turk se dio la vuelta como para ocultar sus emociones.

—¡Están hechos polvo! —fue a reunirse con Stalky y Beetle en un trastee —. ¡Están enfermos! Han estado suplicándole al Pezuñas que nos dejase volver al número cinco. ¡Pobres diablos! ¡Pobres diablejos!

—Eso es la rama de olivo —fue el comentario de Stalky—. Es la maldita bandera blanca, ¡por Júpiter! Daos cuenta, los hemos metagrobolizado.

Justo después del té ese mismo día *Mr*. Prout los mandó llamar para decirles que, si querían arruinar su carrera descuidando su trabajo, eso era asunto de ellos. Deseaba, sin embargo, que entendiesen que no podía tolerar su presencia en las aulas ni una hora más. Él personalmente prefería no pensar

en el tiempo que iba a necesitar para eliminar las huellas de sus maléficas influencias. Ya comprobaría más tarde cuán profundamente había Beetle fomentado los aspectos más sórdidos de la imaginación juvenil; y Beetle podía estar seguro de que si *Mr*. Prout descubría consecuencias de corrupción espiritual…

—¿Consecuencias de qué, señor? —preguntó Beetle, que esta vez era verdad que no entendía nada; M’Turk le dio una silenciosa patada en el tobillo por dejarse «agarrar» por Prout.

Beetle, siguió el jefe de la casa, sabía muy bien a lo que se refería. El mal, y ninguna otra cosa, había sido su ocupación desde que los conocía; y estando *in loco parentis* para con sus todavía incontaminados compañeros, se veía obligado a tomar ciertas precauciones mínimas. La devolución de la llave del estudio cerró el sermón.

—¿De qué iba eso de «los aspectos más sórdidos de la imaginación juvenil»? —dijo Beetle en las escaleras.

—Nunca he conocido a nadie más tonto que tú intentando justificarse —dijo M’Turk—. Espero haberte levantado la piel del tobillo. ¿Por qué dejas que todo el mundo te agarre?

—¡Qué se le va a hacer! Debo de haberle hecho algo sin darme cuenta. Si lo hubiera sabido antes, lo habría aprovechado bien. Pero ahora es demasiado tarde.

¡Qué pena! «Los aspectos más sórdidos». ¿De qué hablaba?

—Da igual —dijo Stalky—. Yo ya sabía que podíamos poner la casa patas arriba fácilmente. ¿Os acordáis qué os dije? Pero os prometo que en ningún momento pensé que lo lograríamos tan pronto.

—No —dijo Prout con la máxima firmeza en la sala de profesores—. Sostengo que Gillet está equivocado. Es verdad que les he dejado volver a su estudio.

—¿A pesar de tus conocidas opiniones sobre el copiar? —murmuró el pequeño Hartopp—. ¡Qué compromiso más inmoral!

—Un momento —dijo el reverendo John—. Yo… nosotros… todos nosotros hemos mantenido una descorazonadora falta de comunicación los diez últimos días. Ahora queremos saber. Confiesa: ¿has disfrutado de felicidad desde que…?

—En lo que a mi casa se refiere, no —dijo Prout—; pero estás totalmente equivocado en lo que piensas sobre estos chicos. Por consideración a los otros, en defensa propia…

—¡Ja! Ya os dije que esto acabaría así —murmuró el reverendo John.

—…, me vi forzado a mandarles otra vez a su estudio. Su influencia moral era execrable, sencillamente execrable.

Y poco a poco desgranó la historia, empezando por la usura de Beetle y terminando con la petición del prefecto de la casa.

—Beetle en el *rôle* [67] de Shylock es algo nuevo para mí —dijo King con los labios crispados—. Había oído rumores al respecto…

—¡Ya lo sabías! —dijo Prout.

—No, sólo cuando tú ya habías tomado cartas en el asunto; pero tuve la delicadeza de no seguir profundizando. Yo nunca intervengo en…

—Yo mismo —dijo Hartopp— le daría gustosamente cinco chelines a Beetle si fuera capaz de hacer una operación de interés compuesto sin cometer errores importantes.

—¡Pero…, pero…, pero…! —Mason, el profesor de matemáticas, tartamudeó, reflejando su cara una salvaje alegría—. Te han tomado el pelo… ¡igual que hicieron conmigo! _

—¿Así que hiciste una investigación? —la voz del pequeño Hartopp ahogó la de Mason antes de que Prout hubiera captado el alcance de la última frase.

—El propio chico insinuó la existencia de una buena cantidad de ello en la casa —dijo Prout.

—Es un maestro en esas lides —dijo el capellán—. Pero en lo que concierne al honor de la casa…

—Casi han acabado con él en una semana. Me he esforzado por mantenerlo durante años. Los mismos prefectos de mi casa, y sabéis que a los chicos no les gusta quejarse unos de otros, me pidieron que les librase de ellos. Dices que ellos confían en ti, Gillet; pero puede que te estén contando otro cuento. En lo que a mí se refiere, se pueden ir al infierno si quieren. Estoy más que harto de ellos —dijo Prout amargamente.

Pero fue el reverendo John, con semblante sonriente, quien llegó al infierno justo después de que el número cinco terminara de tomarse un agradable refrigerio que les había costado dos chelines y cuatro peniques, y se preparara para bajar a clase.

—Entre, padre, entre —dijo Stalky ofreciéndole la mejor silla—. Sólo le hemos visto por asuntos oficiales estos diez últimos días.

—Estabais bajo sospecha —dijo el reverendo John—. Yo no me asocio con maleantes.

—Ah, pero ahora ya estamos rehabilitados —dijo M’Turk—. *Mr*. Prout se ha enternecido.

—Sin la más mínima mancha en nuestra reputación —dijo Beetle—. Fue un episodio doloroso, pare, muy doloroso.

—Ahora pensad en lo que os voy a decir, *mes enfants* [68], pensad y contestadme sinceramente. Mi visita de esta tarde tiene precisamente por objeto hablar de vuestra reputación. Coloquialmente hablando, ¿qué diantres habéis hecho en la casa de Prout? No es cosa de risa. Él dice que enrarecisteis tanto el ambiente que se vio obligado a mandaros de vuelta al estudio. ¿Es verdad eso?

—Sí, por completo.

—No seas impertinente, Turkey. Escuchad. Os he dicho muchas veces que ningún chico en la escuela tiene mayor influencia, para bien o para mal, que vosotros. Sabéis que no suelo hablar ética y códigos morales porque no creo que los ejemplares jóvenes de la especie humana se den cuenta de lo que significan antes de cierta edad. De todas formas no quiero suponer que hayáis estado pervirtiendo a los pequeños. No me interrumpas, Beetle. Escucha. *Mr*. Prout tiene la impresión que habéis estado corrompiendo a vuestros compañeros de una u otra forma.

—*Mr*. Prout tiene tantas impresiones, padre —dijo Beetle cansadamente —. ¿Qué se le ha ocurrido ahora?

—Bueno, me ha dicho que te oyó contar una historia al anochecer, en la clase, en voz baja. Y Orrin dijo nada más abrir él la puerta: «Cállate, Beetle; eso es demasiado bestial». ¿Y bien?

—¿Se acuerda de *La ciudad sitiada*, de *Mrs*. Oliphant[69], que me dejó el trimestre pasado? —dijo Beetle.

El padre asintió.

—Pues de ahí saqué la idea. Sólo que en vez de en una ciudad la he situado en el colegio, en una noche de niebla, asediado por los fantasmas de los chicos muertos que se llevan a los alumnos de sus camas en el dormitorio. Todos los nombres son reales. Hay que contarlo en voz baja, ya sabe, con todos los nombres. A Orrin no le gustó nada. Nadie me ha dejado terminarla todavía. El final es terrible.

—¿Pero por qué no le has explicado esto a *Mr*. Prout en vez de dejarle con la impresión de…?

—Padre *sahib* —dijo M’Turk—, no sirve para nada explicarle las cosas a *Mr*. Prout. Si no se imagina una cosa, se imaginará otra.

—Y lo hará con la mejor de las intenciones. Está *in loco parentis* -murmuró Stalky.

—¡Vosotros, diablillos…! —contestó el reverendo John—. ¿Tengo que entender que el… el asunto de la usura ha sido otra de las fantásticas impresiones de vuestro jefe de casa?

—Bueno… le dimos un poco de pie para ello —dijo Stalky—. Yo le debía a Beetle dos chelines y cuatro peniques, o por lo menos eso es lo que dice Beetle, pero no pensaba pagarle. Entonces empezamos a discutir en la escalera y… y *Mr*. Prout nos oyó por casualidad. Eso es lo que pasó, padre. Pago mi deuda como un lord, aunque me lo va a descontar del dinero del bolsillo, y Beetle le dio mi pagaré. Y después de eso ya no sé lo que pasó.

—Fui demasiado sincero —dijo Beetle—. Siempre me pasa lo mismo. Se da cuenta, padre, él empezó a imaginarse cosas, y supongo que yo hubiera debido corregir su impresión equivocada; pero claro, yo no podía estar completamente seguro de que en su casa no hubiera ningún préstamo de dinero, ¿verdad? Pensé que quizás los prefectos podrían saber más que yo sobre el tema. Por lo menos deberían. Ellos son el pilar fundamental de la escuela pública.

—Y acabaron sabiendo todo… cuando terminaron sus interrogatorios —dijo M'Turk—. Son los dos chicos más concienzudos, bienintencionados, honrados y de ánimo más puro que existen, padre. Harrison y Craye pusieron la casa patas arriba con la mejor intención que uno pueda imaginarse.

—Como eso que dice: «Fuerte y claro lo expresaron, y en la oreja nos gritaron» —dijo Stalky.

—La impresión particular que saco de este asunto es que, sin ninguna duda, los tres vais a acabar en la horca —dijo el reverendo John.

—¿Por qué? Nosotros no hemos hecho nada —replicó M'Turk—. Todo ha sido cosa de *Mr*. Prout. ¿Ha leído usted alguna vez algo sobre los luchadores japoneses, padre? Mi tío, que está en la marina, me dio una vez un libro precioso sobre eso.

—No intentes cambiar de tema, Turkey.

—No lo intento, señor. Es un ejemplo, como los que usted pone en sus sermones. Estos luchadores tienen una especie de truco para que sea el otro el que haga todo el esfuerzo. Entonces retuercen un poco y el otro se cae. Se llama *shibuwichi o tokonoma*, o algo parecido. *Mr*. Prout es un shibuwichero. Nosotros no tenemos la culpa.

—¿Cree usted que nos hemos estado dedicando a corromper la mente de los *fags*? —dijo Beetle—. En primer lugar, no tienen mente; y, si la tuvieran, ya estaría corrompida hace tiempo. Yo he sido *fags*, padre.

—Bueno, yo creía que conocía el catálogo normal de vuestras iniquidades; pero si os tomáis tanto trabajo para acumular pruebas circunstanciales contra vosotros mismos, no podéis criticar a nadie si…

—Nosotros no criticamos a nadie, padre. No hemos dicho ni una palabra contra *Mr*. Prout, ¿no es verdad? —Stalky miró a los otros—. Le queremos mucho. No sabe usted cuánto le queremos.

—¡Hummm! Pues disimuláis muy bien vuestro amor. ¿Habéis pensado alguna vez quién fue el primer culpable de que os echaran del estudio?

—*Mr*. Prout es el que nos echó —dijo Stalky enfáticamente.

—Pues no. Fui yo. No lo hice adrede, pero algunas palabras que dije, me temo, le hicieron pensar a *Mr*. Prout que…

El número cinco estalló en una carcajada.

—Ve. Le ha pasado lo mismo con usted, padre —dijo M'Turk—. Es rápido sacando conclusiones, ¿verdad? Pero no debe usted creer que no le queremos, porque no es cierto. No hay ni un gramo de maldad en él.

Dos golpes sonaron en la puerta.

—El director quiere ver a los del número cinco en su estudio inmediatamente —dijo la voz de Foxy, el sargento de la escuela.

—¡Puf! —dijo el reverendo John—. Me parece que ciertas personas van a tener problemas.

—¡Mira qué…! *Mr*. Prout le ha ido con el cuento al director —dijo Stalky —. Desde luego no tiene escrúpulos. No es jugar limpio esto de meter al director en un asunto interno de la casa.

—Os recomendaría un cuaderno estratégicamente situado en, ejem, cierta parte —dijo desinteresadamente el reverendo John.

—No, no sirve de nada. El director azota en los hombros, y se notaría demasiado el ruido —dijo Beetle—. Buenas noches, padre. Estamos preparaos.

Una vez más se encontraban en presencia del director: Belial, Mammón y Luci fer[70]. Pero se las veían con una persona más sutil que todos ellos. *Mr*. Prout le había hablado, pesada y tristemente, durante media hora; y el director había deducido todo lo que se le había escapado al jefe de la casa.

—Habéis estado molestando a *Mr*. Prout —dijo pensativamente—. Los jefes de casa no deben ser molestados por los chicos más de lo necesario. No me gusta que me molesten por estas cosas. Y vosotros me estáis molestando. Ésta es una falta muy grave. ¿Entendéis?

—Sí, señor.

—Bueno, pues ahora me propongo molestaros a vosotros por motivos personales y privados, porque me habéis hecho perder el tiempo. Sois demasiado mayores para pegaros, así que supongo que tendré que expresar mi descontento de alguna otra manera. Por ejemplo, mil líneas por cabeza, una semana sin salir y otras cosas como ésas. Sois demasiado mayores para una paliza, ¿no?

—Oh, no, señor —dijo alegremente Stalky; porque una semana sin salir en el trimestre de verano es algo muy serio.

—Muy bien. _Entonces haremos lo que podamos. Espero que no me volváis a molestar.

Los varazos fueron firmes, sostenidos y regulares, con un pequeño rebote; pero lo que sentó peor fue la mala jugada de parar para hablar entre golpe y golpe. Así:

—Entre las… clases bajas esto me haría ganarme una denuncia por… agresión. Deberíais estar más agradecidos por vuestros… privilegios de lo que lo estáis. Hay un límite… Uno lo encuentra por experiencia, Beetle…, más allá del cual nunca es seguro llevar las *vendettas* [71], porque…, no te muevas…, más pronto o más tarde uno entra… en colisión con la… autoridad superior, que sabe de qué pie cojea el animal. *Et ego…* M'Turk, por favor… *in Arcadia vixi* [72]. Hay una cierta injusticia flagrante en esto que debería hacer reaccionar… vuestro temperamento. ¡Y esto es todo! Ahora le diréis a vuestro jefe de casa que ya os he castigado físicamente.

—¡Qué bárbaro! —dijo M'Turk moviendo los omóplatos mientras iban por el pasillo—. ¡Cómo lo hace! Bates el prusiano tiene una puntería infernal.

—¿Verdad que hice bien eligiendo los golpes —dijo Stalky— en vez de los otros castigos?

—¡Bah! Tenía esa idea en la cabeza desde el principio. Lo supe en cuanto vi su mirada —dijo Beetle—. Estuve a punto de llorar.

—Bueno, yo no estaba riéndome precisamente —confesó Stalky.

—Vamos a los lavabos a ver los daños. Uno puede agarrar el espejo mientras los otros se miran.

Se dedicaron a esta actividad durante unos diez minutos. Las marcas eran muy rojas y paralelas. No había diferencia entre sus hombros en cuanto a perfección, eficacia y esa claridad de diseño que revela la mano del artista.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —*Mr.* Prout estaba en la parte de arriba de las escaleras de los lavabos, adonde había ido atraído por el ruido del agua.

—El director nos ha dado con la vara, señor, y nos estábamos lavando la sangre. El director nos dijo que se lo dijéramos a usted. Íbamos a contárselo

enseguida, señor —y siguió *sotto voce* [73]—: ¡Esto es una victoria para el Pezuñas!

—Bueno, merece apuntarse alguna, pobre diablo —dijo M’Turk poniéndose la camisa—. Le hemos hecho sudar veinte libras de peso desde que empezamos.

—Pero, escuchad, ¿por qué no estamos enfadados con el director? Dijo que era una injusticia flagrante, ¡y claro que lo era! —dijo Beetle.

Stalky se puso a reír con tantas ganas que tuvo que agarrarse a uno de los lavabos.

—¡Eres un burro loco! ¿A qué viene esto? —dijo Beetle.

—¡Estoy…, estoy pensando en lo de la flagrante injusticia!

LOS REFORMADORES MORALES

No se podía disimular la derrota. La victoria había sido para Prout, pero ellos no se la envidiaban. Si él había roto las reglas del juego haciendo intervenir al director, ellos se lo habían pasado de miedo.

El reverendo John buscaba la primera ocasión para hablar con ellos de todo el asunto. Los miembros de un claustro de solteros, en una escuela donde los estudios de los profesores estaban estratégicamente situados entre los de los alumnos y las aulas, podían, si les apetecía, llegar a conocer bastante a fondo a los alumnos.

El número cinco había examinado cuidadosamente al reverendo John durante varios años. Indudablemente era todo un caballero. Llamaba a la puerta antes de entrar; se comportaba como un visitante y no como un justiciero desbocado; nunca les sermoneaba ni llevaba las confidencias de los ratos de ocio a esferas oficiales. Prout era siempre un pelma inaguantable; King venía sólo como un vengador sediento de sangre; tampoco el pequeño Hartopp olvidaba a menudo su posición, incluso cuando hablaba de Historia Natural; pero la del reverendo John era una presencia deseada y querida por el número cinco.

Imagníneselo el lector, pues, sentado en el único sillón del estudio, con una pipa entre los dientes, la sotabarba triple asomando sobre el cuello de clérigo y resoplando como una ballena amistosa mientras el número cinco conversaba sobre la vida en general y, en particular, sobre su última entrevista con el director, en relación con el asunto de la usura.

—Una paliza cada semana os haría un bien inmenso —dijo, rutilante y sacudido por la risa—; y es verdad que, como decís, no os habíais salido ni por un momento de las normas.

—¡Claro que no, padre! Se lo podríamos haber demostrado si nos hubiera dejado halar —dijo Stalky—; pero no nos dejó. El director es un pájaro duro de pelar.

—Os entiendo perfectamente. ¡Ja, ja, ja! Bueno, vosotros trabajasteis a fondo para conseguirlo.

—Pero sin embargo es muy estricto en su justicia. No le pega a un chico por la mañana y le suelta un sermón por la tarde —dijo Beetle.

—No puede hacerlo; no está ordenado, gracias a Dios —dijo M’Turk. El número cinco estaba totalmente en contra de los directores clérigos, y estaba siempre dispuesto a discutir con el capellán sobre este tema.

—Casi todos los directores de las otras escuelas son clérigos —dijo amablemente el reverendo John.

—No es justo para los chicos —contestó Stalky—. Los vuelve sombríos. Con usted es diferente, por supuesto. Usted pertenece a la escuela, igual que nosotros. Me refiero a los curas normales.

—Bueno, yo soy un cura de lo más normal; y *Mr*. Hartopp también está ordenado.

—Sí, sí, pero él fue después de haber venido al colegio. Le vimos cuando se iba a examinar. Eso está bien —dijo Beetle—. ¡Pero imagínese que al director se le ocurriese ordenarse sacerdote!

—¿Qué pasaría entonces, Beetle?

—Oh, el colegio se haría pedazos antes de un año, señor. Estoy seguro.

—¿Cómo lo sabes? —el reverendo John estaba sonriendo.

—Llevamos aquí casi seis años. Hay muy pocas cosas del colegio que nosotros no sepamos —replicó Stalky—. Incluso usted llegó aquí un trimestre más tarde que yo, señor. Recuerdo cuando nos preguntaba el nombre en el aula en su primera clase. *Mr*. King, *Mr*. Prout y el director, claro, son los únicos profesores más antiguos que nosotros… en ese sentido.

—Sí, ha habido muchos cambios en la sala de profesores.

—¡Hum! —gruñó Beetle—. Venían y se iban des —pues para casarse. ¡Menudo negocio!

¿No está nuestro Beetle de acuerdo con el matrimonio?

—No, padre, no se ría de mí. En las vacaciones he conocido chicos que tenían jefes de casa casados. ¡Es totalmente horrible! Tienen bebés, denticiones, el sarampión y todas esas cosas en medio de la escuela; y las esposas de los directores tienen invitados para el té, ¡para el té, padre!, e incluso para el desayuno.

—Eso no es tan grave —dijo Stalky—. Pero es que además los jefes de casa se olvidan de sus casas y dejan todo en manos de los prefectos. Un chico me dijo que en su escuela había un paseo de alrededor de una milla entre la casa y la residencia del director. Podían hacer exactamente lo que les apeteciera…

—Satán censurando el pecado con ojos de venganza.

—Oh, no tengo nada en contra de las juergas; pero usted entiende lo que decimos, padre. Poco a poco la situación se va haciendo peor y peor. Un día llega la explosión, tan fuerte que sale en los periódicos, y se expulsa a un montón de chicos. Ya lo sabe usted.

—Siempre a los que no han hecho nada; no lo olvide. ¿Una taza de cacao, padre? —dijo M'Turk con el cazo en la mano.

—No, gracias; estoy fumando. ¿Los que no han hecho nada? Continúa, Stalky.

—Y entonces —Stalky empezaba a entrar en calor— todo el mundo dice: «¿Quién habría podido imaginárselo? ¡Los chicos son sorprendentes! ¡Qué niños más malos!». Y todo se debe a tener jefes de casa casados, me parece.

—¡Daniel en pleno juicio[74]!

—Es cierto —interrumpió M'Turk—. He hablado con algunos chicos en vacaciones y me han contado lo mismo. Tiene un aspecto muy agradable, sin duda: una bonita casa separa con una guapa señora a cargo de todo; pero no lo es. Hace que los jefes de casa no se dediquen a su trabajo, y da demasiado poder al director, y… y… echa todo a perder. ¿Sabe, padre?, ésta no es una escuela normal. Aquí llegan tanto verdaderos desechos, con los que parece que no hay nada que hacer, como buenos chicos como Stalky. Tenemos que aceptarlos para mantener nuestro prestigio, por supuesto, y los metemos en Sandhurst de una u otra manera, ¿no es verdad?

—Cierto es, oh Turk. Hablas como un libro abierto, Turkey.

—Y por eso necesitamos profesores distintos de los de los otros colegios, ¿no le parece? No somos como las demás escuelas.

—Un chico me dijo que eso además hace que haya muchas novatadas y abusos —dijo Beetle.

—Bueno, debo decir que vosotros os bastáis para ocupar la mayor parte del tiempo incluso de un soltero —el reverendo John miró críticamente a sus anfitriones—. ¿No pensáis alguna vez que la sala de profesores está demasiado pendiente de vosotros?

—No exactamente, por lo menos en verano —los ojos de Stalky se dirigieron satisfechos hacia la ventana—. Nuestros límites son bastante

grandes, además, y prácticamente estamos sin vigilancia.

—Por ejemplo, aquí estoy yo sentado en vuestro estudio dándoos la lata, ¿eh?

—De verdad que no, padre. Siéntese. No se vaya, señor. Usted sabe cuánto nos gusta que nos visite.

No cabía duda de la sinceridad de sus voces. El reverendo John se sonrojó ligeramente de placer y rellenó la pipa.

—Y casi siempre sabemos dónde están los de la sala de profesores —dijo Beetle con aire de triunfo—. ¿No atravesó usted los dormitorios de abajo anoche después de las diez, señor?

—Fui a fumar una pipa con el jefe de vuestra casa. No, no comentamos nada importante. Atajé a través de vuestros dormitorios.

—Olí su tabaco esta mañana. El suyo es más fuerte que el de *Mr*. Prout. Estaba seguro —dijo Beetle, moviendo orgullosamente la cabeza.

—¡Qué barbaridad! —dijo pensativamente el reverendo John.

Pasaron algunos años antes de que Beetle se diera cuenta de que ese suspiro había sido más un tributo a la inocencia que a la capacidad de observación. Los largos y oscuros dormitorios sin puertas que los separaban eran cruzados a todas horas de la noche por profesores que se visitaban unos a otros; porque los solteros se acuestan más tarde que la gente casada. A Beetle nunca se le había pasado por la cabeza que ese tráfico pudiera tener algún propósito concreto.

—Hablando de novatadas —el reverendo John volvió al tema—. Todos lo habéis pasado regular cuando erais *fags*, ¿no?

—Bueno, debíamos de ser unas bestezuelas bastante horribles —dijo Beetle contemplando con serenidad el abismo que existía entre los once y los dieciséis años—. ¡Madre mía, qué matones había entonces! ¡Fairburn, «Gobby». Maunsel y toda su pandilla!

—¿Os acordáis cuando «Gobby» nos llamaba los tres ratoncitos ciegos y teníamos que subirnos a los armarios y cantar mientras nos tiraba tinteros? —dijo Stalky—. ¡Eran unos verdaderos abusones!

—Pero ahora ya no hay nada de eso —dijo M’Turk tranquilamente.

—Ahí es donde estás equivocado. Todos tendemos a pensar que todo va bien mientras nosotros estamos bien. A veces me pregunto si es verdad que no hay abusos como había antes.

—Los *fags* se atormentan muchísimo mutuamente; pero se supone que los cursos superiores están todo el día empollando para los exámenes. No tienen tiempo para pensar en torturas —dijo Beetle.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que está pensando? —Stalky miraba la cara del capellán.

—Tengo mis dudas —y añadió—: Verdaderamente, para ser unos chicos tan listos no sois muy observadores. Supongo que estabais demasiado ocupados causando problemas a vuestro jefe de casa para ver lo que pasaba ante vuestras propias narices cuando estuvisteis en las clases la semana pasada.

—¿Qué, señor? Le… le aseguro que no hemos visto nada —dijo Beetle.

—Entonces os aconsejo que os fijéis. Cuando un niño pequeño llora en un rincón y lleva la ropa hecha trizas, y nunca trabaja nada, y es el más sucio de todos os fags, algo va mal en alguna parte.

—Ese es Clewer —dijo M’Turk inmediatamente.

—Sí, Clewer. Le doy clase de francés. Es su primer trimestre, y es un sastre casi absoluto como tú lo eras, Beetle. No tiene una gran inteligencia natural, pero le han machacado hasta convertirlo casi en un idiota.

—Oh, no. Se hacen los tontos para librarse de alguna paliza —dijo Beetle —. Yo lo sé muy bien.

—De hecho nunca he visto que le pegasen —dijo el reverendo John.

—El matón genuino no lo hace en público —dijo Beetle—. Fairburn nunca me tocó ni un pelo cuando había alguien delante.

—No hace falta que te hagas el experto, Beetle —dijo M’Turk—. Todos hemos pasado una época semejante.

—Pero la mía fue la peor de todas —dijo Beetle—. Si quiere una autoridad sobre las torturas, padre, consúlteme a mí: el sacacorchos, el cepillo, la llave, capones, brazos torcidos, la mecedora, estrangulamientos… y todo lo demás.

—Sí, te necesito como autoridad, o más bien quiero que tu autoridad acabe con esto; la de todos vosotros.

—¿Qué pasa con «el Tomates» y «el Navo», padre, Harrison y Craye? Son los protegidos de *Mr*. Prout —dijo M’Turk un poco amargamente—. Nosotros no somos ni siquiera subprefectos.

—Ya he pensado en eso; pero, por otra parte, como la mayoría de estas burradas se deben a la mera irreflexión…

—Nada de eso, padre —dijo M’Turk—. Los matones disfrutan torturando. Lo hacen muy conscientemente. Lo planean en clase y lo practican en el recreo.

—Da igual. Si la cosa llega a los prefectos puede haber otro conflicto en la casa, y ya habéis tenido uno hace poco. No os riáis. Escuchadme. Os pido,

querida «Décima Legión», que lo arregléis sin haceros notar demasiado. Quiero que el pequeño Clewer vuelva a estar limpio y arreglado.

—¡Que me corten la cabeza si le lavo! —susurró Stalky.

—Arreglado y con dignidad. Respecto al otro chico, sea quien sea, podéis usar vuestra influencia —una luz puramente profana brilló en los ojos del capellán— de la manera que os parezca mejor para… para disuadirle. Eso es todo. Lo dejo en vuestras manos. Buenas noches, *mes enfants*.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —los del número cinco se quedaron mirándose.

—El joven Clewer daría su cabeza por un lugar donde estar tranquilo. Lo sé muy bien —dijo Beetle—. ¿Qué tal si le hacemos *fag* de estudio?

—¡No! —dijo M'Turk firmemente—. Es un monstruito sucio, y lo dejaría todo hecho una porquería. Además, no nos vamos a dedicar a hacer el Eric. ¿Quieres estar todo el día andando con él con el brazo sobre su hombro?

—De todas formas podría limpiar los botes de mermelada; y la sartén del *porridge* [75] quemado; tal como está no sirve para nada.

—No es suficiente —dijo Stalky, poniendo los pies de golpe sobre la mesa—. Si encontramos al bromista que le ha estado torturando y haciendo la vida imposible, todo se arreglará. ¿Pero cómo es que no nos dimos cuenta cuando estuvimos en las aulas?

—Puede que un montón de *fags* se hayan unido para hacerle la vida imposible a Clewer. A veces lo hacen.

—Entonces vamos a tener que repartir patadas entre todos los pequeños de la casa. ¡Manos a la obra! —dijo M'Turk.

—Tranquilo, tranquilo. No hay que llamar demasiado la atención en este asunto. Sea quien sea, ha sido discreto, porque si no le habríamos visto —dijo Stalky—. Vamos a investigar un poco hasta que estemos seguros.

Recorrieron las aulas de la casa observando a todos los pequeños o mayores sospechosos; husmearon en los baños y los almacenes. Pero sin resultado. Todo el mundo parecía estar allí menos Clewer.

—¡Escuchad! —dijo Stalky parándose al lado de la puerta de un estudio —. ¡Aquí está!

Una aguda vocecita mezclada con sollozos se oía amortiguada a través de los paneles:

—«La pequeña Kitty iba de paseo…».

—¡Más fuerte, diablejo, o te tiro el libro!

—«… con una lechera… —¡Oh, Campbell, no, por favor—! … a la feria de…».

Un libro chocó contra algo blando, y se oyeron unos gritos.

—Vaya, nunca había pensado que pudiera ser un *fag* de estudio. Por eso no nos dimos cuenta de nada —dijo Beetle—. Sefton y Campbell son bastante duros de pelar. Además, no podemos entrar en su estudio como si fuese una clase.

—¡Qué cerdos! —M'Turk escuchaba—. No tiene ninguna gracia. Supongo que Clewer está a su servicio.

—No son prefectos. Va a ser un trabajo divertido —dijo Stalky con su sonrisa de batalla—. ¡Sefton y Campbell! ¡Ajá! ¡Campbell y Sefton! ¡Ah! Uno de ellos es un «cachorro particular».

Los dos eran unos jóvenes precozmente velludos de diecisiete o dieciocho años, mandados a la escuela por sus desesperados padres en la confianza de que seis meses de estudio intensivo podrían, quizás, llevarlos a Sandhurst. Figuraban como pertenecientes a la casa de Prout, pero en realidad eran supervisados por el director; y como éste evitaba cuidadosamente hacer prefectos a los recién llegados, se consideraban discriminados por la escuela. Sefton había pasado tres meses con un profesor particular londinense, y sus aventuras allí no perdían nada al ser contadas. Campbell, que tenía buen gusto para la ropa y un vocabulario fluido, despreciaba como su compañero al resto del mundo. Éste era sólo su segundo trimestre, y la escuela, acostumbrada a lo que llamaba irrespetuosamente «cachorros particulares», les había tratado con una reserva irritante. Pero sus patillas —Sefton tenía una auténtica navaja de afeitar— y bigotes eran sin duda impresionantes.

—¿Vamos a disuadirles ahora? —preguntó M'Turk—. Nunca he tenido mucho que ver con ellos, pero apuesto mi sombrero a que Campbell es un cobardica.

—¡Nooo! Eso es *oratio directa* —dijo Stalky sacudiendo la cabeza—. Prefiero la *oratio obliqua* [76]. Además, ¿cuál sería entonces nuestra influencia moral? ¡Piensa en esto!

—¡Porras! ¿Qué quieres que hagamos? —Beetle se fue a la clase número nueve, que estaba al lado del estudio.

—¿Yo? —luces guerreras brillaron en la cara de Stalky—. Lo que quiero es reírme un poco de ellos. ¡Callaos un momento!

Se metió las manos en los bolsillos y miró al mar por la ventana, silbando entre dientes. Después golpeó el suelo con un pie, levantó un hombro y empezó a girar arrastrando los pies con pasitos rápidos y cortos, la danza de guerra de Stalky en meditación. Tres veces recorrió de esta manera el aula vacía, con los labios a retados y las aletas de la nariz levantadas,

balanceándose a cada paso. Finalmente se paró delante de Beetle, que no decía nada, y le dio unas palmaditas en la cabeza, inclinándose a cada una de ellas el golpeado. M'Turk se agarraba una rodilla meciéndose. Oían a Clewer gritar como si se le estuviera rompiendo el corazón.

—Beetle va a ser el cebo —dijo Stalky—. Lo siento por ti, Beetle. ¿Te acuerdas de *El arte de viajar*, de Galton[77] —habían estado estudiando ese libro tan entretenido en una clase—, y el cabrito cuyos balidos excitaban al tigre?

—¡Oh, no! —dijo Beetle inquietamente. No era la primera vez que tenía que hacer de cebo—. ¿No te las puedes arreglar sin mí?

—No tengas miedo, querido Beetle. Turkey y yo te vamos a torturar. Cuanto más grites, mejor. Turkey, trae un palo y una cuerda de alguna parte. Le vamos a atar para hacer una trampa, a lo Galton. ¿Os acordaís cuando «Molly». Fairburn nos obligaba a hacer peleas de gallos descalzos y con las rodillas atadas?

—Pero eso dolía muchísimo.

—Claro que dolía. ¡Qué listo eres, Beetle! Turkey te va a perseguir por toda la clase. Recuerda que hemos tenido una pelea tremenda y que al final yo te he obligado a hacer esto. Déjanos tu pañuelo.

Beetle estaba ya listo para las peleas de gallos: además del palo transversal entre los codos y las rodillas, éstas estaban atadas con una cuerda. En esta postura, un empujón de Stalky le hizo caerse lateralmente, llenándose de polvo.

—Despéinale un poco, Turkey. Ahora átate tú también. «Los balidos del cabrito excitan al tigre». Estáis tan enfadados conmigo que sólo decís burradas. Acordaos. Yo os azuzaré con el palo. Tienes que gimotear.

—¡Vale! Enseguida empiezo —dijo Beetle.

—Venga, a lo vuestro, y acordaos de los balidos del cabrito.

—¡Parad, bestias! ¡Dejadme levantarme! Casi tengo cortadas las rodillas. ¡Sois unos asquerosos! ¡Parad! ¡No es broma! —los gritos de Beetle eran una verdadera obra de arte.

—¡Dale, Turkey! ¡Dale una patada! ¡Hazle rodar! ¡Mátale! No te rindas, Beetle, chorizo. Dale otra patada, Turkey.

—En realidad no está llorando. Levántate, Beetle, o te levanto a patadas —rugió M'Turk.

Hicieron un ruido espantoso y el cebo atrajo a su presa.

—Hola. ¿Qué es lo que pasa? —Sefton y Campbell entraron y encontraron a Beetle en el suelo, con la cabeza junto al guardafuegos de la

chimenea, llorando copiosamente mientras M'Turk le daba patadas en la espalda.

—Es Beetle —explicó Stalky—. Se hace el dolorido. No puedo conseguir que Turkey le sacuda como es debido.

Sefton les dio unas patadas a cada uno y su cara se iluminó

—Vale, yo me ocuparé de ellos. Levantaos y pelead vosotros dos. Dame el palo; yo sé cómo animarlos. ¡Va a estar bien! Vamos, Campbell, vamos a darles para el pelo.

Entonces M'Turk se volvió hacia Stalky y le dijo unas palabras muy malsonantes.

—Dijiste que tú también ibas a pelear, Stalky. ¡Vamos!

—¡Pues peor para ti por creerme! —gritó Stalky.

—¿Habéis tenido alguna discusión, chicos? —dijo Campbell.

—¿Discusión? —dijo Stalky—. No. Sólo los estoy educando… ¿Sabes algo de peleas de gallos, Seffy?

—¿Que si sé? Verás, en la casa ce Maclagan, donde me estaba preparando en la ciudad, solíamos hacer peleas de gallos en el cuarto de estar, y el pequeño Maclagan no se atrevía a decir nada. Pero es que allí todos éramos como personas mayores, por supuesto. ¿Que si sé? Ahora verás.

—¿Puedo levantarme? —gimió Beetle cuando Stalky se sentó encima de su hombro.

—Cállate, charlatán. Vas a pelearte con Seffy.

—¡Me va a matar!

—Eh, vamos a nuestro estudio —dijo Campbell—. Es tranquilo y agradable, Yo pelearé con Turkey. Esto está mejor que el joven Clewer.

—¡De acuerdo! Ellos sin zapatos y nosotros con zapatos —dijo Sefton alegremente. Y echaron a los dos chicos atados en el suelo del estudio. Stalky los llevó rodando detrás de un sillón.

—Ahora voy a ataros a vosotros y a dirigir la corrida. Vaya, menudas muñecas tienes, Seff. Son demasiado anchas para un pañuelo; ¿tenéis alguna cuerda? —dijo.

—Hay muchas en el rincón —contestó Sefton—. ¡Deprisa! Deja de berrear, animal, Beetle. Vamos a tener una fiesta movida. Los que pierdan tendrán que cantar para los ganadores, odas en honor del vencedor. Tú te consideras un gran poeta, ¿no, Beetle? Yo sí que te voy a hacer declamar bien —se puso en posición al lado de Campbell.

Rápida y científicamente los palos fueron introducidos en el lugar que les estaba destinado, y las muñecas atadas con firmes cuerdas, todo esto con un

acompañamiento de insultos a cargo de M'Turk, atado traicionado y gritón detrás de la butaca.

Stalky acabó con Campbell y Sefton se acercó a sus aliados, no sin antes cerrar la puerta con llave.

—Ya está todo listo —dijo en un nuevo tono de voz.

—¿Qué diablos…? —empezó Sefton. Las falsas lágrimas de Beetle se acabaron; M'Turk, sonriente, estaba de pie. Entre los dos ataron todavía más fuerte las rodillas y los tobillos del enemigo.

Stalky se sentó en el sillón y contempló la situación con su más dulce sonrisa. Un chico preparado para hacer peleas de gallos es, quizás, el ser más indefenso del mundo.

—«El balido del cabrito excita al tigre». ¡Oh, qué burros sois! —se echó hacia atrás y se rió hasta que no pudo más. Sólo lentamente las víctimas se empezaron a dar cuenta de la situación.

—¡Cuando nos levantemos os vamos a dar la mayor paliza que hayáis recibido en vuestra jóvenes vidas! —tronó Sefton desde el suelo—. No os vais a reír como ahora cuando terminemos con vosotros. ¿Qué diantres significa esto?

—Enseguida lo vais a ver —dijo M'Turk—. Y no digáis tantas palabrotas. Lo que queremos saber es por qué dos cerdos grasientos como vosotros habéis estado torturando a Clewer.

—No os importa.

—¿Para qué torturáis a Clewer? —la pregunta fue repetida enloquecedoramente una y otra vez por los tres uno detrás de otro. Sabían lo que se traían entre manos.

—Porque nos dio la real gana —fue la respuesta al cabo de un rato—. Dejadnos levantarnos —todavía no habían comprendido lo que les esperaba.

—Bueno, pues ahora os vamos a torturar a vosotros porque nos da la real gana. Vamos a ser tan amables con vosotros como vosotros lo habéis sido con Clewer. Él no podía haceros nada, y vosotros a nosotros tampoco. Curioso, ¿verdad?

—¿Que no podemos? Espera un poco y verás.

—Ah —dijo Beetle reflexivamente—. Eso significa que nunca os han torturado de verdad. Una paliza pública no es nada comparada con un tratamiento como el que os vamos a dar. Os apuesto un chelín a que vais a llorar y a prometernos cualquier cosa que os digamos.

—Mira, pequeño Beetle, cuando nos levantemos te vamos a dejar hecho unos zorros. Te lo prometo, lo haremos pase lo que pase.

—Más bien sois vosotros los que vais a estar hechos picadillo dentro de poco. ¿Le soléis dar capones a Clewer?

—¿Le habéis dado capones a Clewer? —repitió M'Turk como un eco. A la vigésima repetición, nadie puede aguantar la misma pregunta hecha una y otra vez, lo que constituye la esencia de la tortura, llegó la confesión.

—¡Sí, iros a la porra!

—Entonces recibiréis capones —y los recibieron, según las normas dictadas por años de experiencia. Dar capones no es ninguna fruslería. «Molly». Fairburn no lo habría hecho mejor en sus buenos tiempos.

—¿Le habéis aplicado «el cepillo» a Clewer?

Esta vez la respuesta no se hizo esperar tanto, y «el cepillo» funcionó durante cinco minutos según el reloj de Stalky. No odian mover ni un dedo atados como estaban. En «el cepillo» no se usa ningún cepillo.

—¿Le habéis hecho «la llave» a Clewer?

—No, no se la hemos hecho. ¡Os juro que no! —dijo Campbell, retorciéndose agónicamente.

—Entonces os la vamos a hacer, para que sepáis lo que sentiríais si se la hubierais hecho.

La tortura de «la llave», en la que tampoco hay ninguna llave, es muy dolorosa. Tuvieron que hacerla varios minutos y su manera de expresarse hizo que tuvieran que ser amordazados.

—¿Le habéis hecho «el sacacorchos» a Clewer? —Sí. ¡Oh, pudríos en el infierno! Dejadnos ya, gentuza.

Recibieron «el sacacorchos», tortura en la que tampoco aparece un sacacorchos por ninguna parte y que es aún más eficaz que «la llave».

El método y el silencio con que se realizaban los ataques les estaban destrozando los nervios. Entre cada tortura y la siguiente volvía la inmisericorde lluvia de preguntas y, cuando no contestaban con precisión, les metían en la boca pañuelos de colores.

—¿Esto es todo lo que lo habéis hecho a Clewer? Quítales la mordaza, Turkey, y déjalos responder.

—Sí, os juro que esto es todo. ¡Oh, nos estáis matando, Stalky! —gritó Campbell.

—Exactamente lo mismo que os decía Clewer a vosotros. Ahora os vamos a enseñar qué es torturar de verdad. Lo que menos me gusta de ti, Sefton, es que vienes al colegio con tu cuello duro y tus botas de cuero y te crees que nos puedes descubrir algo sobre el arte de torturar. ¿Crees que nos puedes

enseñar algo sobre la práctica de la tortura? Quítale la mordaza y déjale contestar.

—¡No! —respondió ferozmente.

—Dice que no. «Mécele» hasta que se duerma. Campbell puede mirar un poco.

Hacen falta tres chicos y dos guantes de boxeo para «mecer» a un chico hasta que se duerma. De nuevo la operación no tiene nada que ver con su nombre. Sefton fue «mecido» hasta que tuvo los ojos en blanco; jadeaba, emitía extraños sonidos buscando aliento, estaba mareado y sentía vértigo.

—¡Madre mía! —dijo Campbell, lívido y horrorizado, desde su rincón.

—Éste ya está —dijo Stalky—. Traed a Campbell. Esto sí que es auténtica tortura. ¡Ah, me olvidaba! Oye, Campbell, ¿para qué torturabais a Clewer? Quitarle la mordaza y que conteste.

—Yo… no lo sé. ¡Oh, dejadme libre! Os juro que habrá *pax*. ¡No me «mezáis»!

—«El balido del cabrito excita al tigre». Dice que no lo sabe. Prepárale, Beetle. Dame el guante y ponle la mordaza.

Campbell fue «mecido» silenciosamente sesenta y cuatro veces.

—¡Creo que me voy a morir! —consiguió decir.

—Dice que se va a morir. Fuera con él. ¡Ahora, Sefton! ¡Oh, me olvidaba otra vez! Sefton, ¿para qué torturabais a Clewer?

La respuesta es irreproducible; pero no causó el menor sonrojo en las relajadas mejillas de Stalky.

—¡Hazle un «ag, ag», Turkey!

Y un «ag, ag» le fue hecho en el acto. Casi dieciocho años de difícil experiencia se pusieron a su servicio, pero él pareció no apreciar el esto.

—Dice que somos unos barreneros. ¡Fuera con él! ¡Ahora, Campbell! ¡Ah, me olvidaba! Oye, Campbell, ¿para qué torturabais a Clewer?

Entonces llegaron las lágrimas, lágrimas ardientes; peticiones de piedad y abyectas promesas de paz. Si dejaban de torturarle, Campbell les prometía no hacer nunca nada contra ellos. Las preguntas comenzaron una y otra vez, acompañadas siempre por los más eficaces métodos de persuasión.

—Parece que te duele algo, Campbell. ¿Te duele algo?

—Sí. ¡Terriblemente!

—Dice que le duele algo. ¿Estás roto?

—¡Sí, sí! Os lo juro. ¡Parad, por favor!

—Dice que está roto. ¿Eres humilde?

—¡Sí!

—Dice que es humilde. ¿Eres endiabladamente humilde?

—¡Sí!

—Dice que es endiabladamente humilde. ¿Vas a seguir torturando a Clewer?

—No. ¡Nooo!

—Dice que no va a torturar más a Clewer. ¿Y a algún otro?

—No. ¡Os juro que no lo voy a hacer!

—Ni a ningún otro. ¿Y qué me dices de esa paliza que tú y Sefton nos ibais a dar?

—¡No os la vamos a dar! ¡No os la vamos a dar! ¡Os juro que no!

—Dice que no nos va a dar ninguna paliza. ¿Sigues pensando que sabes algo sobre la práctica de la tortura?

—¡No, no tengo ni idea!

—Dice que no tiene ni idea de torturar. ¿Es que no te hemos enseñado suficiente?

—¡Sí! ¡Sí!

—Dice que le hemos enseñado suficiente. ¿No nos estás agradecido?

—¡Sí!

—Dice que nos está agradecido. Lleváoslo. ¡Ah, me olvidaba! Oye, Campbell, ¿para qué torturabais a Clewer?

Se echó a llorar otra vez; tenía los nervios destrozados.

—Porque soy un matón. Eso es lo que queréis que diga, ¿no?

—Dice que es un matón. Y es la pura verdad. Lleváoslo al rincón. Se acabó la sesión con Campbell. ¡Ahora le toca a Sefton!

—¡Demonios! ¡Sois unos demonios! —estoy mucho más se oyó cuando Sefton era conducido a lo largo de la alfombra mediante hábiles rodillazos.

—«El balido del cabrito excita al tigre». Vas a ver lo que hacemos contigo. ¿Dónde tienes tus cosas de afeitar? —Campbell dijo dónde estaban —. Beetle, trae agua. Turkey, haz la espuma. Te vamos a afeitar, Seffy, así que mejor quédate quietecito, no sea que te cortes. Nunca antes he afeitado a nadie.

—¡No lo hagáis! ¡Oh, no! ¡Por favor!

—Te estás volviendo educado, ¿eh? Sólo voy a quitarte una de tus queridas patillitas.

—Yo… os prometo que habrá *pax* entre nosotros si no me hacéis nada. ¡Os juro que os perdono la paliza que iba a daros!

—Y la mitad de este bigote del que nos sentimos tan orgullosos. Dice que nos perdona la paliza. ¿Verdad que es muy amable?

M’Turk se rió dentro de la bacía niquelada y colocó la cabeza de Sefton entre las rodillas de Stalky.

—Un momento —dijo Beetle—. El pelo largo no se puede afeitar. Primero le tenemos que recortar el bigote hasta que esté más corto, y entonces es cuando le podremos afeitar.

—Pues yo no voy a ir a buscar unas tijeras. ¿Nos valdría con una cerilla? Pásame la caja de cerillas. Es un cerdo, ¿sabéis? Vamos a chamuscarle un poco. ¡No te muevas!

Encendió una cerilla, pero se contuvo.

—Sólo quiero quitarle medio bigote.

—Está bien —Beetle removió la brocha—. Si le pongo espuma hasta la mitad tú puedes quemarle el resto, ¿ves?

El fino bigotillo adolescente chisporroteó hasta la frontera de espuma en medio del labio, y Stalky quitó el resto de pelo quemado frotando con un dedo. No fue un afeitado muy delicado, pero cumplió su propósito a las mil maravillas.

—Ahora la patilla del otro lado. ¡Dadle la vuelta! —también ésta desapareció a base de cerilla y navaja—. Dale un espejo. Quítale la mordaza. Quiero oír lo que dice.

Pero no hubo palabras. Sefton observó la asimétrica ruina con horror y desesperación. Dos lagrimones resbalaron por sus mejillas.

—¡Por cierto, me olvidaba! Sefton, ¿para qué maltratabais a Clewer?

—¡Dejadme tranquilo! ¡Oh, asesinos infernales, dejadme tranquilo! ¡Ya ha sido suficiente!

—Dice que le tenemos que dejar tranquilo —dijo M’Turk.

—Dice que somos unos asesinos y apenas hemos empezado —dijo Beetle—. Eres un desagradecido, Seffy. ¡Increíble! ¡Si pareces un monstruo y medio!

—Dice que ya ha tenido suficiente —dijo Stalky—. ¡No sabe lo equivocado que está!

—¡Bueno, manos a la obra, al trabajo! —cantó M’Turk enarbolando un palo—. Vamos, querido Narciso[78], ¡no te enamores de tu propio reflejo!

—Oh, dejadle en paz —dijo Campbell desde su rincón—. Está dorando.

Sefton gimoteaba como un niño de doce años de dolor, vergüenza, vanidad herida y completa impotencia…

—Les prometes *pax*, Sefton, ¿verdad? No puedes seguir aguantando a estos bestias.

—No seas maleducado, Campbell, que-ri-di-to —dijo M’Turk—. ¡Porque te puede tocar otra vez!

—Sabéis que sois unos bestias —dijo Campbell.

—¿Por qué? ¿Por unas pocas torturas? ¡Es lo mismo que le habéis estado haciendo a Clewer! ¿Cuánto tiempo lleváis maltratándole? —dijo Stalky— ¿Todo el trimestre?

—¡Pero no le pegábamos todos los días!

—Lo hacíais siempre que lo podíais coger —dijo Beetle sentado en el suelo con las piernas cruzadas, dándole a Sefton de vez en cuando en el pie con un palo—. ¡Lo sé muy bien!

—Yo… puede que lo hayamos hecho…

—Y hacíais todo lo posible por cogerlo. ¡También lo sé muy bien! Porque era un animalito repelente, ¿eh? ¡Seguro! Ahora, ¿sabéis?, vosotros sois los animales repelentes, y estáis recibiendo lo que él recibió por ser un animal. Simplemente porque nos da la gana.

—Nosotros en realidad no le hemos torturado nunca como vosotros lo habeís hecho con nosotros.

—¡Claro! —dijo Beetle—, en realidad nunca hacen verdaderas torturas; es lo mismo que decía «Molly». Fairburn. Sólo los maltratan un poco. Eso es lo que dicen siempre. Los hacen sufrir hasta que se aburren. Y lo único que pueden hacer ellos es irse a llorar a alguna habitación vacía. Apoyan la cabeza en algún sitio y lloran. Escriben a casa tres veces al día, ¡sí, animal, yo he hecho eso!, pidiendo que vengan a llevárselos de aquí. A ti nunca te han torturado a conciencia. Es una pena que te hayas rendido tan pronto.

—¡Para mí no es una pena! —dijo Campbell, que tenía un cierto sentido del humor a su manera—. ¡Ten cuidado, te estás cargando a Sefton!

En su excitación, Beetle había estado manejando irreflexivamente el palo, y Sefton estaba ahora suplicando piedad.

—¡Y tú! —gritó, girándose donde estaba sentado—. Tampoco te han torturado nunca. ¿Dónde estabas antes de venir aquí?

—Yo… tenía un profesor particular.

—¡Claro! ¡Cómo no! Nunca has llorado antes en toda tu vida; pero ahora sí que lo estás haciendo, ¿eh? ¿Estás llorando o no?

—¿Es que no lo ves, bestia ciega? —Sefton cayó de medio lado, sus lágrimas abriéndose paso a través de la espuma seca. Y recibió un golpe propinado con el extremo curvo de un palo de críquet.

—¿O sea, que estoy ciego —dijo Beetle— y soy una bestia? Calla, Stalky. Ahora sí que voy a divertirme un poco con nuestro amigo *à la*[79] «Molly».

Fairburn. Yo creo que puedo ver. ¿O no puedo ver, Sefton?

—La pregunta es pertinente —dijo M’Turk viendo trabajar el palo—. Mejor será que le digas que sí que ve, Seffy.

—¡Sí, ves, claro que ves! ¡Te lo juro! —gritó Sefton, pues unos argumentos irrefutables le forzaban a opinar así.

—¿Verdad que tengo unos ojos adorables? —el palo subía y bajaba rítmicamente a lo largo de todo este catecismo.

—Sí.

—De un castaño precioso, ¿verdad?

—Sí… ¡Oh, sí!

—¡Qué mentiroso eres! Son de color azul celeste. ¿O no son azul celeste?

—Sí… ¡desde luego que sí!

—Cambias de opinión cada minuto. Tienes que aprender… tienes que aprender.

—¡Parece que le has cogido el gusto! —dijo Stalky—. No te pases, ¿eh, Beetle?

—Esto me lo han hecho a mí —dijo Beetle—. Ahora vamos a hablar sobre eso de que soy una bestia.

—*¡Pax!* ¡Oh, *pax!* -gritó Sefton—. Me rindo. ¡Abandono! ¡Dejadme ya! ¡Estoy roto! ¡Ya no puedo más!

—¡Qué pena! ¡Justo cuando empezábamos a entrar en calor! —refunfuñó M’Turk—. Estoy seguro de que ellos no le dejarían irse a Clewer.

—¡Confiesa, pide perdón, rápido! —dijo Stalky.

Desde el suelo Sefton hizo una rendición incondicional, aún más abyecta que la de Campbell. No iba a tocar a nadie nunca más. Iba a ser amable con todos, todos los días de su vida.

—¿Aceptamos su rendición, supongo? —dijo Stalky—. Muy bien, Sefton. ¿Que estás roto? Muy bien. ¡Cállate, Beetle! Pero antes de que os dejemos levantar, tú y Campbell vais a complacernos amablemente cantando *«Kitty de Coleraine»; á la Clewer*.

—Eso no es justo —dijo Campbell—. Nos hemos rendido.

—Claro que sí; pero ahora vais a hacer lo que os mandamos igual que lo haría Clewer. Si no os hubierais rendido habrían llegado las torturas de verdad. Habiéndoos rendido, ¿me sigues, Seffy?, os toca cantar odas en honor del conquistador. ¡Venga, deprisa!

Se sentaron cómodamente en las sillas. Campbell y Sefton se miraron y, no sintiendo ningún alivio a pesar de ello, entonaron «Kitty de Coleraine».

—Horrible —dijo Stalky cuando acabaron los deplorables gañidos—. Si no os hubierais rendido nuestro triste deber habría sido tiraras unos cuantos libros por cantar tan rematadamente mal. Y con esto hemos terminado.

Fueron librados de sus ataduras, pero no pudieron levantarse durante varios minutos. Campbell fue el primero en conseguir ponerse de pie, sonriendo nerviosamente. Sefton fue tambaleándose hasta la mesa, escondió la cabeza entre los brazos y sollozó convulsamente. No quedaba ni rastro de ganas de pelea en ninguno de ellos; sólo estupor, angustia y vergüenza.

—¿Po… Podría afeitarse él antes del té, por favor? —dijo Campbell—. Faltan diez minutos para el timbre.

Stalky movió la cabeza negativamente. Quería acompañar al medio afeitado al comedor.

M'Turk bostezó en su silla y Beetle estaba dormitando. Todos estaban agotados por la excitación y el esfuerzo.

—Si supiera cómo, os juro que os echaría un sermón mora —dijo Stalky severamente.

—No abuses; se han rendido —dijo M'Turk—. Esta sesión de persuasión moral acaba con cualquiera.

—¿No os dais cuenta de lo amables que hemos sido? Podríamos haber llamado a Clewer para que os viese —dijo Stalky—. «El balido del tigre excita al cabrito». Pero no lo hemos hecho. Si, les contásemos lo que ha pasado hoy a los chicos del colegio, no os dejarían en paz en ningún momento. Vuestra vida no merecería la pena de ser vivida. Pero tampoco vamos a hacer eso. Somos estrictamente paladines de la moral, Campbell; así que, a no ser que tú o Seffy habléis de esto, nadie más lo va a hacer.

—No eres tan mala persona —dijo Campbell—. Supongo que he sido bastante bestia con Clewer.

—Eso parecía por lo menos —dijo Stalky—. Pero no me parece necesario que Seffy vaya al comedor tuerto de patillas. Sería fatal para los fags si le vieran así. Que se afeite si quiere. ¿No me das las gracias, Sefton?

La cabeza no se movió. Sefton estaba profundamente dormido.

—Es raro —dijo M'Turk mientras Sefton emitía un ronquido mezclado con un sollozo—. Qué caradura. ¿O estará fingiendo?

—No, qué va —dijo Beetle—. Cuando «Molly». Fairburn se ejercitaba conmigo durante una hora más o menos, yo solía quedarme dormido en clase. ¡Pobre diablo! Pero dijo que yo era un poeta insoportable.

Debían haber bailado entonces una danza de guerra, pero los tres estaban tan cansados que dieron algunas cabezadas sobre sus tazas de té en el estudio

y después durmieron hasta la hora de la clase.

—Una carta realmente original. ¿Están locos de remate todos los padres o qué? ¿Qué piensas de esto? —dijo el director, dándole ocho páginas llenas de letra menuda al reverendo John.

—Es hijo único de madre viuda. Ésta es la especie menos razonable —el capellán leyó con los labios apretados.

—Si la mitad de lo que dice fuera verdad, su hijo debería estar en el hospital, pero en realidad está desagradablemente bien. Aunque es cierto que se ha afeitado. Ya me había dado cuenta de eso.

—Su madre dice que bajo coacción. ¡Qué delicioso! ¡Qué saludable!

—No tienes que contestarle. No se me escapan muchas cosas en el colegio, pero esto está más allá de mi compresión.

—Si me preguntase le diría que no hay nada raro en todo esto. Cuando uno se ve obligado a admitir cachorros particulares…

—Estaba perfectamente en la clase de ampliación conmigo esta mañana —dijo pensativamente el director—. Y además se portó anormalmente bien.

—O educan ellos al colegio o el colegio, como en este caso, los educa a ellos. Prefiero nuestros propios métodos —concluyó el capellán.

—¿Crees que haya sido ésa la razón? —el director marcó una ceja.

—¡Estoy seguro! Y no puede haber ningún tipo de justificación para un chico que intenta dar mala fama al colegio.

—Eso es lo que le voy decir cuando hable con él —contestó el director.

Los augures guiñaron el ojo.

Pocos días más tarde el reverendo John hizo una visita al número cinco.

—¿Por qué no le hemos visto antes, padre? —le preguntaron.

—He estado observando el tiempo y la estación, los acontecimientos y a los hombres… y también a algunos chicos —contestó—. Estoy satisfecho con mi décima legión. Os felicito sinceramente. Clewer estaba tirando bolas de papel con tinta esta mañana en clase en vez de hacer su trabajo. Ahora está copiando cincuenta líneas por… temeridad inaudita.

—No nos puede echar la culpa a nosotros, señor —dijo Beetle—. Nos dijo que quitásemos de en medio la presión que tenía encima. Eso es lo peor de los *fags*.

—He conocido chicos cincos años mayores que él que tiraban bolas de tinta, Beetle. A uno de ellos le tuve que mandar doscientas líneas no hace tanto tiempo. Y ahora que me acuerdo, ¿me fueron entregadas alguna vez esas líneas?

—¿Lo fueron, Turkey? —dijo Beetle sin sonrojo.

—¿No le parece que Clewer está ahora un poco más limpio, padre? —interrumpió Stalky.

—Somos unos grandes reformadores morales —dijo M'Turk.

—Todo fue obra de Stalky, pero nos lo pasamos estupendamente —añadió Beetle.

—He notado el efecto de la reforma moral en diferentes ámbitos. ¿No os dije que teníais más influencia que cualquier otro chico del colegio si queríais?

—Es una menudencia, pero demasiado agotadora para hacerlo a menudo… nuestro método de persuasión moral, quiero decir. Además, ¿lo ve?, sólo sirve para hacer que Clewer sea más gamberro.

—No estaba pensando en Clewer; estaba pensando en los otros, Stalky.

—Bah, no nos preocupamos mucho por los otros —dijo M'Turk—. ¿Verdad?

—Pues yo sí, desde el principio.

—¿Entonces usted sabía…, señor?

Una bocanada de humo descendió lentamente,

—Los chicos se educan mutuamente, dicen, más de lo que nosotros podemos o nos atrevemos a hacer. Si yo hubiera empleado la mitad de la persuación moral que vosotros habéis, o quizá no habéis, aplicado…

—Con la mejor intención del mundo. No olvide nuestros piadosos motivos, padre —dijo M'Turk.

—… supongo que ahora estaría languideciendo en la cárcel de Bideford, ¿no os parece? Bueno, para citar al director en un pequeño asunto que hemos acordado olvidar, esto no parece una flagrante injusticia… ¿De qué os reís, jóvenes pecadores? ¿No es verdad? No me voy a quedar aquí para que os riáis de mí, En realidad vine a este antro de iniquidad para ver si a alguien le apetecía venir a la playa a bañarse; pero ya veo que no.

—¿Cómo que no? ¡Un segundo, padre *sahib,* que cojamos las toallas, y enseguida *nous sommes avec vous* [80]!

UN ESTUDIO EXTRAORDINARIO

Qui procul hinc, dice la leyenda.
La tumba de la frontera está lejos;
qui ante diem periit,
sed miles, sed pro patria. [81].

NEWBOLT[82]

Sólo había pasado un mes del trimestre de Pascua cuando Stettson, un externo, contrajo la difteria, y el director estaba muy enfadado. Decretó unos nuevos límites más restringidos, pues el origen de la infección se había localizado en una granja cercana, ordenó severamente a los prefectos que diesen buenas palizas a los que fueran más allá de ellos y prometió atenciones especiales a cargo de él mismo. No había adjetivos suficientemente malos para Stettson, en cuarentena entonces en casa de su madre, que había rebajado notablemente la media de salud del colegio. Después tuvo que escribir unas doscientas cartas a otros tantos padres y tutores preocupados, y ordenó que todo siguiera funcionando como siempre. La enfermedad no se extendió, pero una noche un coche se acercó a la puerta de la residencia del director y por la mañana éste se había ido, dejando todo en manos de *Mr*. King, el decano de los jefes de casa. El director solía ir al pueblo, donde, según la creencia compartida por todos los alumnos de la escuela, se dedicaba a sobornar a los funcionarios para que le diesen las preguntas de los exámenes de ingreso en el ejército; pero esta ausencia estaba prolongándose más de lo normal.

—¡El viejo pájaro peludo! —dijo Stalky a sus aliados una húmeda tarde en el estudio—. Debe de haberse metido en algún lío y ahora estará encerrado bajo un nombre falso.

—¿Por qué? —Beetle aceptó la hipótesis gozosamente.

—Cuarenta peniques o un mes por dar patadas en la espinilla a algunos indeseables. Bates se va siempre de juerga cuando baja al pueblo. Pero me gustaría que volviese cuanto antes. No puedo aguantar más los «látigos y escorpiones» de King y los rollos sobre el espíritu de las escuelas públicas… ¡Ah, y sobre el saber!

—«¡Es la típica brutalidad grosera y materialista de las clases medias, que sólo leen para sacar buenas notas. Ni un solo erudito en todo el colegio!» —citó M’Turk pensativamente, haciendo agujeros en el mantel con un atizador caliente.

—Es una manera bastante tonta de pasar la tarde. Además huele muy mal. Vamos fuera a fumar. Mirad lo que tengo —Stalky sacó un largo cigarro indio—. Se cogí a mi padre en las últimas vacaciones. Está sin empezar; es algo más fuerte que una pipa normal. Podemos fumárnoslo mientras charlamos, pasándonoslo unos a otros, ¿eh? Vamos a tumbarnos detrás de la vieja traílla[83] que hay en la carretera de la granja de Monkey, venga.

—Eso está fuera de los límites. Están exageradamente estrictos con los límites estos días. Además, creo que nos va a sentar mal —Beetle olfateó escépticamente el cigarro—. Es un pestífero hediondez más que mediano.

—Tú te pondrás malo, pero yo no. ¿Qué dices tú, Turkey?

—Bueno, supongo que podría estar bien.

—Poneos los gorros, entonces. Dos contra uno, Beetle. ¡Te vienes de paseo!

Vieron a un grupo de chicos junto al tablón de anuncios del pasillo; el pequeño Foxy, el sargento de la escuela, estaba en medio de ellos.

—Más límites, supongo —dijo Stalky—. Hola, Fóxibus, ¿por quién estás de luto? —un ancho crespón negro rodeaba el brazo del sargento.

—Estaba en mi antiguo regimiento —dijo Foxy moviendo la cabeza hacia el tablón, donde un recorte de periódico asomaba entre las listas.

—¡Ahí va! —dijo Stalky leyendo la nota—. Es el viejo Duncan, el gordo cerdito Duncan, muerto en el cumplimiento de su deber en un sitio llamado Kotal o algo parecido. «Replegando a sus hombres con valor encomiable. —Como era de esperar en él—. El cuerpo fue recuperado». Eso está bien. A veces los cortan en pedazos, ¿no?

—Horrible —el sargento fue lacónico.

—¡Pobre viejo cerdito! Yo era un *fag* cuando se fue de aquí. ¿Cuántos llevamos en total, Foxy?

—*Mr*. Duncan es el noveno. Vino aquí cuando no era más grande que el pequeño Grey tercero. Estaba en mi antiguo regimiento. Sí, ya vamos nueve, *Mr*. Corkran, por ahora.

Los chicos salieron andando rápidamente al campo mojado.

—Me pregunto qué se siente cuando te disparan y todo eso —dijo Stalky mientras iba pisando todos los charcos del camino—. ¿Sabes dónde está ese sitio, Beetle?

—Oh, en alguna parte de la India. Siempre estamos de guerra por allí. Pero oye, Stalky, ¿qué tiene de bueno enmohecerse sentados debajo de una valla? Hace un frío bestial. Todo está calado y nos van a coger como que me llamo Beetle.

—¡Cállate de una vez! ¿Os ha metido en problemas alguna vez tío Stalky? —como muchos otros líderes, Stalky olvidaba fácilmente sus propios fracasos.

Se abrieron camino a través de un seto chorreante, aterrizaron en un terreno inundado y se sentaron en una traílla completamente enroñecida. El cigarro ardió con chisporroteos de salitre. Lo fumaron cuidadosamente, y se lo pasaban sosteniéndolo entre el pulgar y el índice.

—Menos mal que no teníamos uno para cada uno, ¿verdad? —dijo Stalky, tiritando, a través de unos dientes castañeteantes. Para subrayar sus palabras se tumbo delante de los otros, que inmediatamente siguieron su ejemplo.

—Os lo dije —se lamentó Beetle sudando gotas viscosas—. Oh, Stalky, eres un chorizo.

—*Je mareó, tu mareas, il marea. Nous mareons* **[84]**. -M’Turk aportó su contribución y se quedó tumbado irremediablemente sobre el frío hierro.

Algo no funciona en el maldito cigarro. Oye, Beetle, ¿le has metido tinta dentro?

Pero Beetle no estaba en condiciones de responder. Derrengados y lívidos yacían en la traílla llenándose la ropa de herrumbre y humeando todavía el abandonado cigarro justo debajo de sus ateridas narices. No habían oído nada, y de repente el mismísimo director apareció delante de ellos; el director, que estaba supuestamente en el pueblo sobornando a los examinadores; ¡el director, fantásticamente vestido de mezclilla y ropa de caza!

—¡Ah! —dijo, retorciendo las puntas de su bigote—. Muy bien. Tendría que haberme imaginado quiénes erais. Ahora vais a volver al colegio, saludar a *Mr*. King de mi parte y encargarle que os administre una paliza extra especial. Después me vais a copiar quinientas líneas. Mañana voy a volver. Quinientas líneas para mañana a las cinco en punto. Tampoco podréis salir del

colegio durante una semana. Ésta no es la mejor época para traspasar los límites. Extra especial, ¿eh?, no lo olvidéis.

Desapareció tras el seto tan repentinamente como había llegado. Se oyó un murmullo de voces de mujer en el camino.

—¡Oh, pedazo de animal prusiano! —dijo M'Turk cuando las voces se apagaron—. Stalky, todo es por tu culpa.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —logró emitir Beetle entrecortadamente.

—No puedo moverme. Todavía estoy mareado. Eso no me importa demasiado; lo malo es que King se va a reír de nosotros de lo lindo. ¡Extra especial, ooh!

Stalky no contestó, ni siquiera un susurro. Fueron al colegio y recibieron el castigo que les había sido asignado. King se esmeró más de lo habitual, pues por ser tan mayores los chicos estaban ya fuera del alcance de su mano, salvo en casos excepcionales como éste. Por suerte, no era un experto en el noble arte.

—«Extraño, cómo el deseo supera a la realización» —dijo Beetle citando una obra de Shakespeare que estaban destripando ese trimestre. Volvieron al estudio y se dedicaron a copiar las líneas impuestas.

—Tienes toda la razón, Beetle —Stalky habló suave y conciliadoramente —. ¡Si el director nos hubiera mandado a un prefecto sí que habría sido algo digno de recordar!

—Escucha —M'Turk empezó a hablar con frío rencor—. No vamos a pelearnos por lo que nos ha pasado hoy porque es demasiado grave para una simple pelea; pero queremos que entiendas que estás excomulgado definitivamente. Eres sencillamente un burro.

—¿Cómo podría yo saber que el director nos iba a coger? ¿Y qué hacía allí con esa ropa tan horrible?

—No intentes salirte por la tangente —gruñó Beetle severamente.

—Bueno, la culpa la tiene Stettson. Si no hubiera cogido la difteria no habría pasado nada. ¿Pero no os parece bastante raro el director apareciendo de repente de esa manera?

—¡Calla la boca! ¡Estás muerto! —dijo Beetle—. Te hemos quitado las espuelas de los talones. Hemos puesto tu escudo boca abajo, y… y creo que se te debería prohibir convivir con nosotros durante un mes.

—Oh, dejad de decir tonterías. Lo que quiero es…

—¿Que paremos? Pero…, pero… tenemos que estar una semana sin salir —M'Turk iba levantando la voz a medida que se daba cuenta de la gravedad

de la situación—. Una paliza de King, quinientas líneas y encerrados. ¿Esperas que te besemos, pedazo de animal?

—Callad un minuto. Quiero saber qué es lo que estaba haciendo el director en ese sitio.

—Bueno, ya lo sabemos. Le encontramos con las manos en la masa. Estaba galanteando con la madre de Stettson. Ella era la que estaba en el camino; reconocí su voz. Y de esa manera nos castigaron delante de la madre de un externo; una viuda huesuda, además —dijo M'Turk—. ¿Quieres saber algo más?

—No me importa nada de eso. Os aeguro que algún día me tomaré la revancha —rezongó Stalky.

—Sí, claro que sí —dijo M'Turk—. Extra especial, una semana sin salir y quinientas… ¡y ahora quieres armar algo para solucionarlo! ¡A por él, Beetle! —Stalky les acababa de tirar su Virgilio.

El director volvió al día siguiente sin dar ninguna explicación, y encontró las líneas calentitas esperándole y el colegio un poco relajado bajo el virreinato de *Mr*. King. Éste había estado hablando, alrededor de y sobre las cabezas de los chicos, en un estilo elevado pomposo, sobre el espíritu de las escuelas públicas y las tradiciones de los antiguos colegios; lo hacía siempre que tenía la ocasión. Aparte de despertar en doscientos cincuenta jóvenes corazones un odio mortal contra los otros colegios, no logró mucho; tan poco que dos días después de la vuelta del director encontró por casualidad a Stalky y Cía., encerrados pero siempre con recursos, jugando a las canicas en el pasillo, lo que le obligó a reconocer que no le sorprendía, no le sorprendía en absoluto. Esto era lo que se podía esperar de personas con una *morale* [85] como la de ellos.

—Pero no hay ninguna norma contra las canicas, señor. Es un juego muy interesante —dijo Beetle, con las rodillas blancas de polvo y tiza. Se ganó a causa de ello doscientas líneas por insolencia y la orden de ir a ver al prefecto más cercano para ser juzgado y adecuadamente castigado.

Esto es lo que pasó detrás de las puertas cerradas del estudio de Flint, que era por entonces el delegado de deportes:

—Hola, Flint. King me ha dicho que me presente a ti por jugar a las canicas en el pasillo y gritar «¡carambola!» y «¡gua!».

—¿Y que se supone que tengo que hacer yo ahora? —fue la respuesta.

—Ni idea. ¿Entonces? —Beetle sonrió burlona y maliciosamente—. ¿Qué quieres que le diga? Está muy irritable últimamente.

—Si el director decidiera poner un aviso en el pasillo prohibiendo jugar a las canicas, yo podría hacer algo; pero no puedo tomar ninguna medida a partir del informe de un jefe de casa. Él sabe eso tan bien como yo.

—Beetle transmitió la respuesta del oráculo a King sin suavizarlo lo más mínimo, y éste fue inmediatamente a entrevistarse con Flint.

Flint llevaba siete años y medio en el colegio, contando los seis meses que pasó con un profesor particular londinense, de cuya tutela había vuelto, por nostalgia, a la del director para recibir los últimos detalles de la preparación para el ejército. Había otros cuatro o cinco alumnos mayores que habían recorrido caminos semejantes, sin contar a algunos chicos que, rechazados por otros colegios por ser casos difíciles, había tomado a su cargo el director logrando buenos resultados. No era, pues, un sexto curso fácil de manejar sin guantes, como descubrió King.

—¿Debo entender que tienes la intención de permitir juegos infantiles debajo de la ventana de tu estudio, Flint? En tal caso sólo puedo decir que… —dijo muchas cosas, y Flint le escuchó educadamente.

—Bueno, señor, si al director le parece bien convocar una reunión de prefectos puede que podamos plantear el asunto. Pero la tradición del colegio es que os prefectos no pueden hacer nada sobre asuntos que afecten a todo el colegio sin órdenes expresas del director.

Siguieron discutiendo un buen rato, perdiendo ambas partes la calma.

Después del té, en una reunión informal de prefectos en su estudio, Flint relató el incidente.

—Se lo ha estado buscando durante una semana y ahora lo ha conseguido. Sabéis tan bien como yo que si no hubiera estado desbarrando como lo ha estado haciendo, a ese diablo de Beetle no se le habría ocurrido ponerse a jugar a las canicas.

—Eso ya lo sabemos —dijo Perowne—; pero ése no es el problema. Cuando lo de Flint, King nos ha llamado a los prefectos cosas que justificarían armar un zipizape de primera clase. «Saldos particulares», «adolescentes inmaduros», ¿no era algo así? Ahora es imposible para los prefectos…

—Nada de eso —dijo Flint—. King es el mejor profesor de clásicas que tenemos; y no está bien molestar tanto al director. Está hasta el cuello con las clases extra de preparación para el ejército. Además, como le dije a King, no somos una escuela pública, sino una sociedad limitada que da el cuatro por ciento. Mi padre es uno de los accionistas.

—¿Y qué tiene que ver eso? —dijo Venner, un chico pelirrojo de dieciocho años.

—Pues que me parece que no deberíamos ponernos las cosas difíciles a nosotros mismos. Tenemos que entrar en el ejército o… quedarnos fuera, ¿no es verdad? A King le paga la junta para que nos dé clase. Todo lo demás son tonterías. ¿No os dais cuenta?

Quizá fuera porque sentía la atmósfera cargada por lo que el director se llevó su cigarro de sobremesa al estudio de Flint; pero él empezaba las tardes tan a menudo en el cuarto de algún prefecto que nadie sospechó nada cuando entró educadamente, después de amar a la puerta como exige la etiqueta.

—¿Reunión de prefectos? —una ceja se enarcó.

—No exactamente, señor; sólo estamos charlando un poco. ¿No quiere sentarse en la butaca?

—Gracias. Sois unos jóvenes lujosos —se dejó caer en el gran medio canapé de Flint y dio algunas chupadas al cigarro durante un rato sin decir nada—. Bueno, ya que estáis todos aquí creo que os debería confesar que soy el mudo que lleva la cuerda de ahorcar.

Los jóvenes rostros se pusieron serios. La frase significaba que algunos de ellos tendrían que dejar los deportes para concentrarse más en los estudios. Podría también significar un futuro éxito en Sandhurst; pero por el momento era un desastre para el equipo de fútbol.

—Sí, he venido a por mi libra de carne. Debería baberos sacado del equipo antes del partido contra Exeter; pero ganar a Exeter es nuestro deber sagrado.

—¿El partido de los antiguos alumnos no es sagrado también, señor? —dijo Perowne. Ese partido era el acontecimiento deportivo del trimestre de Pascua.

—Esperemos que no estén entrenados. Ahora vamos a ver la lista. Primero Flint. Tiene que ver con Euclides. Tú y yo tenemos que trabajar las derivadas. Perowne necesita más dibujo técnico. Dawson irá a la clase de King a perfeccionar su latín, y Venner conmigo con el alemán. ¿He estropeado mucho el equipo? —sonrió cariñosamente.

—Me temo que lo ha destruido, señor —dijo Flint—. ¿No lo podríamos retrasar hasta el final del trimestre?

—Imposible. Va a haber mucha competencia para Sandhurst este año.

—Y todo para ser masacrados por esos viles afganos —dijo Dawson—. Es un poco raro que haya tanta competencia, ¿no le parece?

—Oh, eso me recuerda algo. Crandall va a jugar con los antiguos alumnos; les dije que hacían falta veinte, pero creo que no va a ser un equipo fuerte. De todas formas no sé si su inclusión les va a ser muy útil. Estaba bastante afectado desde que fue a recoger el cadáver del viejo Duncan.

—¿Crandall el mayor, el fusilero? —preguntó Perowne.

—No, el pequeño, «Toffee». Crandall. En un regimiento de infantería nativa. Es justo antes de tu época, Perowne.

—El periódico no decía nada sobre él. Leímos lo del cerdito Duncan, por supuesto. ¿Qué es lo que hizo Crandall?

—He traído un periódico indio que me mandó su madre. Es un artículo que contiene bastantes detalles. ¿Os lo leo?

El director sabía leer. Cuando terminó el cuarto de columna de letra pequeña todos se lo agradecieron sinceramente.

—¡Bien por el viejo colegio! —dijo Perowne—. Lástima que no le diera tiempo de salvar al gordito Duncan. Con él van nueve en los tres últimos años, ¿no?

—Sí… Y yo le saqué a Duncan del equipo de fútbol para que apretase en sus estudios hace cinco años por estas fechas —dijo el director—. Por cierto, ¿a quién le vas a pasar tu cargo de delegado de deportes, Flint?

—Todavía no lo he pensado. ¿A quién me recomienda, señor?

—No, gracias. Casualmente he oído decir hace poco detrás de mí eso de que «Bates el prusiano es un pájaro de cuidado», pero sabed que no se va a responsabilizar de elegir a un nuevo delegado de deportes. Arregladlo entre vosotros. Buenas noches.

—Y éste es el hombre —dijo Flint cuando se cerró la puerta— al que querías molestar por un problemilla de nada.

—Sólo te estaba tomando el pelo —contestó Perowne rápidamente—. Te tomas todo demasiado en serio, Flint.

—Bueno, da igual. El director ha deshecho el equipo, así que tenemos que recoger los pedazos o los antiguos alumnos lo van a tener muy fácil. Vamos a reclutar gente más pequeña. Podemos hacer unos partidos de selección. Hay montañas de talento en bruto en alguna parte que pomos pulir para el día del partido.

El caso fue planteado a la escuela en tales términos que incluso Stalky y M'Turk, que solían despreciar el fútbol, jugaron en serio uno de los partidos de selección. Y fueron seleccionados antes de que su ardor tuviera tiempo de enfriarse: la dignidad de sus colores les exigía mostrarse más entregados que

de costumbre. El equipo resultante entrenó por lo menos cuatro días de cada siete y la escuela miró el futuro con esperanza.

La última semana del trimestre empezaron a llegar los antiguos alumnos, y la bienvenida que se les hizo fue proporcional al valor demostrado por cada uno de ellos. Caballeros cadetes de Sandhurst y Woolwich, que sólo se habían ido hacía un año, pero que lucían enormes bandas, fueron saludados con un «¡Hola! ¿Qué tal va eso?» por los que habían compartido sus estudios con ellos. Los suboficiales de la milicia eran tratados con más respeto, pero se opinaba que todavía no estaban hechos de metal puro. Los que no pudiendo entrar en el ejército se habían dedicado a los negocios o la banca eran recibidos porque, al fin y al cabo, habían estudiado en el colegio, pero nadie les hacía demasiado caso. Pero cuando los verdaderos suboficiales, oficiales y caballeros hechos y derechos —que habían estado en los países más lejanos y vuelto y por eso no llevaban banda— aparecieron en escena andando con el director, la escuela se separó a izquierda y derecha en admirado silencio. Y cuando uno se acercó a Flint, que estaba al lado del nuevo delegado de deportes, gritando: «¡Válgame Dios! ¿Cómo has crecido tanto? Cuando yo me fui tú eras un asqueroso *fag*», un halo visible rodeó a Flint. Se dedicaron a ir y venir por los pasillos con el pequeño sargento pelirrojo de la escuela, contándole noticias de sus antiguos regimientos; a entrar en las aulas oliendo los familiares olores a tinta y tiza; a buscar sobrinos y primos en los cursos inferiores y hacerles espléndidos regalos; o a invadir el gimnasio y hacer que Foxy les demostrase lo que las nuevas promociones sabían hacer en las barras paralelas.

Pero sobre todo hablaron con el director, que era el padre confesor y el consejero general de todos ellos. Los que habían gritado en su juventud irreflexiva «Bates el prusiano es un pájaro de cuidado» lo habían ido comprobando a medida que se hacían mayores pero no por ello más sensatos. Sangre caliente que se había visto obligada a casarse con la hija de un pastelero de Plymouth; inexperiencia que se había encontrado con una pequeña herencia pero desconfiaba de los abogados; ambición detenida en un cruce de caminos, deseando escoger el que le llevara más lejos; despilfarro perseguido por el prestamista; arrogancia en medio de un regimiento conflictivo… cada uno le contaba su problema al director; y Quirón[86] les mostraba, en un lenguaje no apto para oídos infantiles, una salida clara y segura alrededor, hacia afuera o por abajo del problema. Así que los antiguos alumnos inundaron su casa, fumaron sus cigarros y bebieron a su salud como

lo hacían en cualquier parte de la tierra cuando dos o tres de la escuela se juntaban.

—No dejéis de fumar ni un minuto —dijo el director—. Cuanta peor forma tengáis, mejor para nosotros. He desmoralizado a los mayores con mucho estudio extra.

—Ah, pero nuestro equipo es bastante caótico. ¿Les ha dicho que vamos a necesitar un suplente aunque Crandall pueda jugar? —dijo un teniente de ingenieros que estaba condecorado por servicios distinguidos.

—En una carta me dijo que podría jugar, así que no debe de estar muy mal. Viene mañana por la mañana.

—¿Es el Crandall que recuperó el cadáver del pobre Duncan?

El director asintió

—¿Dónde lo va a meter? Ya le hemos echado a usted de su casa, *sahib* director —dijo un capitán de lanceros bengalíes de permiso.

—Me temo que va a tener que alojarse en su antiguo dormitorio. Ya sabéis que los antiguos alumnos tienen derecho a ello. Sí, me parece que el pequeño Crandall va a tener que dormir allí una vez más.

—*Sahib* Bates —un fusilero apoyó su pesado brazo sobre los hombros del director—. Usted se guarda algo en la manga. ¡Confiese! Conozco bien esa mirada.

—¿Es que no te das cuenta, tío listo? —le interrumpió un minador submarino—. Crandall va al dormitorio para servir de ejemplo, por el efecto moral y todo eso. ¿No es verdad, *sahib* director?

—Sí. Sabes demasiado, Purvis. Te tuve que dar una buena paliza por eso en el 79.

—Es cierto, señor, y desde entonces estoy convencido de que pone tiza en la vara.

—No, qué va. Es que tengo buena puntería. Quizá eso te confundiera.

Esta historia abrió las compuertas de muchos recuerdos frescos, y todos ellos contaron anécdotas del colegio.

Cuando el pequeño Crandall —es decir, el teniente R. Crandall, de un regimiento regular de la India— llegó de Exeter la mañana del partido, fue vitoreado a lo largo de toda la entrada del colegio, porque los prefectos habían divulgado lo que el director les había leído en el estudio de Flint. Cuando la casa de Prout supo que Crandall iba a usar su derecho como antiguo alumno de pasar una noche en su antigua casa, Beetle fue corriendo a la casa de King y lo dijo a grandes voces en el aula grande del enemigo; inició el retorno bajo una lluvia de tinteros.

—¿Por qué les prestas atención a esos desgraciados? —dijo Stalky, que iba a jugar de suplente con los antiguos alumnos, magníficamente vestido con un jersey negro, pantalones blancos y medias negras—. Hablé con él en el dormitorio cuando se estaba cambiando. Le ayudé a ponerse el jersey. Tiene muchas cicatrices en los brazos, horribles, de color púrpura. Esta noche nos va a contar cómo se las hizo. Se lo pedí cuando le ataba los cordones de las botas.

—Vaya, menuda cara tienes —dijo Beetle con envidia.

—Se fue justo después; pero no estaba enfadado. Es un tipo estupendo. Te juro que voy a jugar a tope. ¡Díselo a Turkey!

La técnica exhibida en el partido pertenece a una época muy superada: las riñas fueron fuertes y largas; las patadas, directas y voluntarias; y alrededor del campo de batalla la escuela en pleno gritaba: «¡Bajad la cabeza y empujad!». Al final todos perdieron completamente el recato y las madres de los externos que se acercaron demasiado al borde del campo tuvieron la ocasión de oír expresiones que no figuraban en el programa. Nadie tuvo que ser levado alfa enfermería, pero los dos bandos se sintieron mejor cuando se acabó el partido, y Beetle ayudó a Stalky y M'Turk a ponerse el abrigo. Los dos se las habían visto en el barullo lleno de piernas del acontecimiento deportivo y, como dijo Stalky, se habían «hecho mutuamente los honores». Mientras iban andando torpemente detrás de los equipos —pues los suplentes no se codean con los hombres de pelo en pecho— pasaron junto a un coche que había cerca de la valla, y una voz ronca gritó:

—Bien jugado. ¡Muy bien! —era Stettson, con las mejillas blancas y los ojos hundidos, que se había abierto camino hasta el campo con la ayuda de un impaciente cochero.

—Hola, Stettson —dijo Stalky—. ¿Se puede uno acercar a ti sin peligro?

—Oh, sí. Estoy perfectamente. No me han dejado salir hasta ahora, pero quería venir al partido. Parece que tienes hinchado el labio.

—Es que Turkey me pisó accidentalmente a posta. Hombre, me alegro de que estés mejor porque te debemos algo. Tú y tus membranas nos habéis metido en un buen lío.

—Sí, ya he oído algo de eso —dijo el chico riéndose—. Me lo contó el director.

—¿El director? ¿Cuándo?

—Eh, vamos al colegio. Me voy a congelar si seguimos aquí charlando.

—Cala, Turkey. Quiero enterarme bien de esto. Sigue.

—Estuvo viviendo con nosotros todo el tiempo que estuve enfermo.

—¿Para qué? ¿Olvidándose del colegio de esa manera? Creíamos que estaba en el pueblo.

—A veces deliraba, y me han dicho que le llamaba todo el tiempo.

—¡Qué cara más dura! Si sólo eres un externo. —De todas formas vino, y él fue el que me salvó la vida. Una noche yo estaba fatal, decía el doctor que a punto de palmarla, y me metieron un tubo o algo parecido en la garganta y el director aspiró lo que había dentro.

—¡Aj! ¡Qué asco!

—El médico dijo que podía haberse contagiado de difteria, así que se quedó en casa en vez de volver al colegio. El médico dijo que me habría muerto en menos de veinte minutos.

En este momento el cochero, que tenía instrucciones precisas, puso el coche en marcha y casi pasó por encima de los tres.

—¡Qué bárbaro! —dijo Beetle—. Eso es casi una heroicidad.

—¿Casi? —la rodilla de M’Turk aplicada a la parte baja de la espalda le lanzó sobre Stalky, que le empujó de vuelta—. ¡Deberían colgarte!

—Y al director le deberían dar la Cruz de la Victoria —dijo Stalky—. Ahora podría estar muerto y enterrado. Pero no lo está. ¡Ja, ja! Se limitó a mirar desde el seto como un viejo mirlo curioso. Extra especial, quinientas líneas y sin salir durante una semana. ¡No pasa nada!

—He leído algo parecido en un libro —dijo Beetle—. ¡Qué tío más grande! ¡Imagináoslo!

—¡Me lo estoy imaginando! —dijo M’Turk, y dio un salvaje grito irlandés que hizo darse la vuelta a los del equipo.

—Cierra la, boca —dijo Stalky, bailando impacientemente—. Deja hacer a tío Stalky y tendremos al director en nuestras manos. Si dices una sola palabra, Beetle, antes de que te lo diga yo, te juro que te mato. *Rabeo capitem crtnibus minimis* **[87]**. ¡Le tengo cogido y bien cogido! Ahora, haced como si no hubiera pasado nada.

No les hizo falta disimular mucho. La escuela estaba demasiado ocupada comentando el empate en que había terminado el partido. Se concentró alrededor de los baños mientras el equipo se bañaba sin tener en cuenta sus botas embarradas. Aplaudían a Crandall cada vez que le veían, y los gritos se hicieron más salvajes que nunca después de las oraciones, porque los antiguos alumnos, en traje de tarde y retorciéndose los bigotes sin disimulo, asistieron, y en vez de ponerse con los profesores formaron a lo largo de la pared inmediatamente delante de los prefectos; y el director los fue nombrando

también al pasar lista, diciendo «mayor», «pequeño» o «tercero» después de sus nombres.

—Sí, todo está muy bien —dijo a sus invitados después de la cena—, pero los chicos se están poniendo nerviosos. Y me temo que después vendrán los problemas y las lamentaciones. Mejor vete a la cama pronto, Crandall. Seguro que los del dormitorio te están esperando. No sé a qué alturas de vértigo llegarás en tu profesión, pero estoy seguro de que nunca vas a ser adorado tan incondicionalmente como ahora.

—Que espere la adoración. Quiero terminar el cigarro, señor.

—Es oro puro. Ve donde te espera la gloria, Crandall.

El lugar de la apoteosis era un ático dormitorio de diez camas, comunicado sin puertas con los otros dormitorios. Las llamas de gas vacilaban encima de los lavabos de madera de pino. Se oía el incesante silbido de las corrientes de aire y, a través de las desnudas ventanas, el romper de las olas en la playa.

—La misma vieja cama… el mismo colchón, creo —dijo Crandall bostezando—. Todo sigue igual. ¡Oh, estoy cojo! No sabía que jugaseis así —se frotó una magullada espinilla—. Nos habéis dejado unos buenos recuerdos.

Hicieron falta algunos minutos hasta que todos se calmaron; y, por algún motivo que nadie entendía, la calma llegó definitivamente cuando Crandall se dio la vuelta para decir sus oraciones; una ceremonia que llevaba años sin hacer.

—Oh, lo siento. He olvidado apagar la luz.

—No te preocupes, por favor —dijo el prefecto del dormitorio Worthington es el encargado.

Un niño con bata, doce años, que había estado esperando el momento de su intervención, saltó de la cama hasta la lámpara y viceversa, pasando en ambos casos por uno de los lavabos.

—¿Cómo os las arregláis cuando está dormido? —dijo Crandall riéndose.

—Le metemos un trapo de agua fría por el cuello.

—Cuando yo estaba aquí solíamos usar una esponja. Pero… ¿qué es lo que pasa?

La oscuridad se había llenado de murmullos, ruido de alfombras arrastradas, pies descalzos sobre tablas desnudas, protestas, risas y amenazas como:

—¡Calla, bestia…! ¡Siéntate en el suelo, entonces!… ¡Te aeguro que no te vas a sentar en mi cama!… Cuidado con el vaso —etcétera.

—Stal… Corkran nos ha dicho —empezó el prefecto, mostrando en el tono que se daba perfecta cuenta de la insolencia de Stalky— que quizás nos contarías algo sobre lo del cadáver de Duncan.

—Sí… Sí… Sí —pidieron vehementes susurros—. Cuéntanoslo.

—No hay nada que contar. ¿Por qué habéis salido de la cama con el frío que hace?

—No te preocupes por nosotros —dijeron las voces—. Cuéntanos lo del gordito Duncan.

Así que Crandall se apoyó en la almohada y habló para la generación a la que no podía ver.

—Bueno. Hace unos tres meses él estaba al mando de una misión, una carreta llena de rupias para pagar a la tropa, cinco mil rupias de plata en total. Se dirigieron hacia un lugar llamado el Fuerte Pearson, cerca de Kalabagh[88].

—Yo nací allí —dijo la voz aguda de un pequeño *fag*—. Le pusieron el nombre de mi tío.

—¡Callate, tú y tu tío! No le hagas ni caso, Crandall.

—Bueno, no importa. Los afridis[89] se enteraron de que llevaban dinero, hicieron una emboscada un par de millas antes del fuerte y separaron el cargamento de la escolta. Duncan resultó herido, y la escolta huyó. Sólo eran veinte cipayos, y había muchísimos afridis. En aquella época yo estaba al mando del Fuerte Pearson. El caso es que oí los disparos y estaba a punto de salir para ver qué pasaba cuando llegaron los hombres de Duncan. Volvimos juntos al lugar de la emboscada. Me decían algo sobre un oficial, pero no entendí la situación hasta que vi a alguien debajo de las ruedas del carro apoyado en uno de sus brazos y haciendo señales con el revólver. Lo que había pasado es que la escolta había abandonado la carreta y los afridis, que son muy desconfiados, pensaron que la retirada era una trampa y la carreta el cebo. Y por eso no se habían acercado al pobre Duncan. Pero en cuanto se dieron cuenta de los pocos que éramos empezó una carrera en la llanura a ver quién llegaba antes donde el viejo Duncan. Nosotros corrimos, y ellos corrieron, y nosotros ganamos, y después de algunos disparos se fueron. Yo no supe que era del colegio hasta que estuve justo encima de él. Hay un montón de Duncans en el ejército, y el nombre no me decía nada. Seguía igual que siempre. Una bala le había atravesado un pulmón, pobre viejo, y tenía mucha sed. Le di de beber y me senté a su lado. Y, tuvo gracia, me dijo: «Hola, Toffee, —y yo le contesté—: ¡Hola, gordi! Espero que no te duela mucho», o algo parecido. Pero se murió antes de dos minutos, con la cabeza

apoyada en mis rodillas… Pero esos chicos que están ahí se van a morir de frío. Mejor iros a la cama ya.

—Sí, sí. Dentro de un minuto. Pero las heridas… las cicatrices. ¿Cómo te las hiciste?

—Eso fue cuando llevábamos el cadáver al fuerte. Volvieron y hubo un poco de lucha.

—¿Mataste alguno?

—Sí. Seguro. Buenas noches.

—Buenas noches. Gracias, Crandall. Muchas gracias, Crandall. Buenas noches.

Las muchedumbres invisibles se retiraron. Los de su propio dormitorio se fueron a la cama y yacieron en silencio un rato.

—Oye, Crandall —la voz de Stalky sonó inhabitualmente respetuosa.

—¿Sí?

—Supón que uno encuentra a alguien muriéndose de difteria, lleno de ella, le mete un tubo en la garganta y absorbe todo. ¿Qué te parecería?

—Humm —dijo Crandall reflexivamente—. Sólo he oído de un caso como ése, y se trataba de un médico. Se lo hizo a una mujer.

—Oh, en este caso no era una mujer. Sólo era un chico.

—Pues mucho mejor entonces. Es de las cosas más valerosas que se pueden hacer. ¿Por qué?

—Ah, es que oí algo acerca de un tipo que lo había hecho. Eso es todo.

—Un tipo realmente valiente.

—¿A ti te daría miedo hacerlo?

—¡Claro! Como a todo el mundo. Imagínate morir de difteria así, a sangre fría.

—Bueno, ¡ejem! ¡Eh! ¡Escuchad! —la frase acabó en un gruñido, porque Stalky había saltado de su cama y estaba sentado con M’Turk encima de Beetle, que había estado a punto de gritar toda la historia en ese mismo momento.

El día siguiente, que era el último del trimestre y se dedicaba a algunos exámenes sin apenas importancia, comenzó mal. *Mr*. King había descubierto que casi todos los chicos de su casa —que estaba, como sabe el lector, casi al lado de la de Prout en la larga serie de edificios— habían abierto las puertas que había entre los dormitorios y habían ido a oír una historia contada por Crandall. Fue a ver al director indignado, ofendido, vociferante, porque nunca había estado de acuerdo con que se permitiera a jóvenes mundanos corromper la moral de la infancia.

—Muy bien —dijo el director—. Yo me haré cargo de esto.

—Lo siento mucho —dijo Crandall culpablemente—; pero creo que no les conté nada que no debieran oír. Que no se metan en problemas por mi culpa.

—¡Humm! —contestó el director esbozando un guiño—. No son los chicos los que crean problemas; son los profesores. Sea como sea, Prout y King no aprueban reuniones de esta escala en los dormitorios, y mi deber es apoyar a los jefes de casa. Y por otra parte es inútil castigar sólo a dos casas en las actuales circunstancias. Debemos ser justos e incluir a todos. Vamos a ver. Tienen deberes de Semana Santa a los que, como es natural, ninguno de ellos va a mirar siquiera una vez. Esta tarde toda la escuela, menos los prefectos y los chicos de los estudios, tendrán estudio como siempre; y el claustro tendrá que designar a un profesor para que se encargue de vigilarlos. Debemos ser justos con todos.

—Estudio la última tarde del trimestre. ¡Puf! —dijo Crandall recordando su propia juventud salvaje—. No creo que rindan mucho.

La escuela, jugando entre los baúles llenos, gritando por los pasillos y riéndose en las clases, recibió la noticia con sorpresa y rabia. Ningún colegio del mundo tenía estudio la última tarde del trimestre. Este hecho era monstruoso, tiránico, subversivo de la ley, la religión y la moralidad. Irían a las clases y llevarían consigo los deberes de vacaciones, pero… al pensar esto sonreían y especulaban sobre qué tipo de persona mandaría el claustro a enfrentarse con ellos. La papeleta le tocó a Mason, crédulo y entusiasta, gran amante de la juventud. Ningún otro profesor estaba dispuesto a vigilar ese estudio, pues la escuela carecía de la influencia remansadora de la tradición; y hombres como ellos, acostumbrados a la rutina ordenada de las antiguas instituciones, la encontraban en ocasiones demasiado insubordinada. Las cuatro largas aulas, en las que trabajaban todos los que estaban por debajo de los chicos con estudio propio, le recibieron con una gran salva de aplausos. Antes de que hubiera podido toser dos veces le recitaron un resumen métrico de las leyes de matrimonio en Gran Bretaña según la visión del sumo sacerdote de los israelitas y el comentario del jefe del ejército. Los más pequeños le recordaron que era el último día y por eso tenía que «tomarse todo a broma». Cuando iba a empezar a reñirles, los de tercero y cuarto empezaron a hacerse los enfermos de manera sonora y realista. *Mr*. Mason intentó hablar con ellos —una de las cosas más difíciles bajo el cielo—, y un espíritu audaz de las últimas filas le mandó copiar cincuenta líneas por no levantar la mano antes de hablar. Orgulloso como estaba de la precisión de su

inglés, esto le obligó a Mason a abreviar y, mientras buscaba al descarado, los de segundo, a tres clases de distancia, apagaron la luz y comenzaron una guerra de tinteros. Fue un estudio agradable y estimulante. Los de los estudios y los prefectos oyeron sus ecos a distancia, y los demás profesores sonreían mientras tomaban el postre.

Stalky esperó, con el reloj en la mano, hasta las ocho y media.

—Si siguen así mucho tiempo el director va a subir —dijo—. Se lo contamos primero a los estudios y luego a las clases. ¡Vamos!

Beetle no tuvo tiempo de ponerse dramático ni M'Turk de tartamudear. Fueron entrando a un estudio detrás de otro, contando su historia y yéndose tan pronto como veían que habían sido entendidos, sin pararse a comentar nada más. Mientras, el ruido del impío estudio se hacía más grande y profundo. Al pasar por la puerta del estudio de Flint se cruzaron con Mason, que iba a toda velocidad hacia el pasillo.

—Va a buscar al director. ¡Deprisa! ¡Vamos!

Entraron en el aula doce juntos y jadeantes.

—¡El director! ¡El director! ¡El director! —estos gritos calmaron el tumulto durante un minuto, y Stalky, saltando sobre un pupitre, gritó:

—El director había ido a absorber la sustancia de la difteria de la garganta de Stettson cuando creíamos que estaba en el pueblo. ¡Callaos de una vez, animales! Stettson la habría palmado si el director no lo hubiera hecho. El propio director podría haberse muerto. Crandall dice que es lo más valiente que se puede hacer y —su voz se quebró— ¡el director no sabe que lo sabemos!

M'Turk y Beetle, saltando de pupitre en pupitre, divulgaron la noticia entre los más pequeños. Hubo una pausa y llegó el director seguido por Mason. Era parte del orden de cosas establecido que ningún chico hablase o se moviese en su presencia. Esperaba encontrar la habitual quietud del miedo. Fue recibido por vítores y aplausos fuertes e incesantes. Como era un hombre con experiencia, se fue, y las aulas quedaron en silencio y un poco asustadas.

—No pasa nada —dijo Stalky—. No puede hacernos demasiado. No es lo mismo que si hubiéramos tirado los pupitres como esa vez que el viejo Carlton estuvo vigilándonos al estudiar. ¡Vamos a seguir! ¡Oíd la que están montando los estudios! Salió disparado dando gritos y se encontró con Flint y los prefectos atronando el pasillo.

Cuando el director de una sociedad de responsabilidad limitada que paga el cuatro por ciento es vitoreado en su santo camino hacia las oraciones, no sólo por cuatro clases de chicos que se exponen a ser castigados sino también

por los prefectos en los que tanto confía, puede o pedir una explicación o seguir andando con dignidad, mientras el decano de los jefes de casa se mueve como un gato excitado y le indica aún pálido y tembloroso profesor de matemáticas que ciertos métodos —no el suyo, gracias a Dios— suelen producir ciertos resultados. Por delicadeza los antiguos alumnos no asistieron cuando se pasó lista. El director habló fríamente a los alumnos en pleno congregados en el gimnasio.

—No es frecuente que no os entienda; pero os confieso que eso es lo que me pasa esta tarde. Algunos de vosotros, en vista de vuestra actuación de idiotas en el estudio, parecen pensar que soy una persona adecuada para ser vitoreada. Os voy a demostrar que no lo soy.

Uno, dos, tres… Tres hurras refutaron lo que se acababa de decir, y el director miró a los chicos amenazadoramente bajo la luz de la lámpara de gas.

—Basta ya. No vais a ganar nada. Los niños pequeños —a los cursos inferiores no les gusta que les llamen así— me van a escribir trescientas líneas por cabeza en vacaciones. No quiero saber nada más de ellos. Los mayores copiarán mil líneas cada uno, y las entregarán la tarde del día que vuelvan. Y además…

—¡Eh, se está pasando! —susurró Stalky.

—Por su comportamiento con *Mr*. Mason los cursos superiores van a recibir un correctivo físico mañana cuando reciban el dinero de viaje. Esto incluye a los tres chicos de estudio que encontré bailando en los pupitres de las aulas cuando subí. Los prefectos se quedarán después que pase lista.

La escuela salió en silencio, pero se reunieron en grupos junto a la puerta del gimnasio para ver lo que pasaba.

—Y bien, Flint —dijo el director—, ¿serás tan amable de explicarme vuestra conducta?

—Pues verá, señor —dijo Flint desesperado—, si usted salva la vida de un chico arriesgando la suya cuando él se está muriendo de difteria y la gente del colegio se entera, ¿qué es lo que se puede esperar, señor?

—Humm, ya veo. Entonces todo ese ruido no se debía a… eh, gamberrismo. Puedo soportar la inmoralidad, pero no el descaro. Además, eso no excusa su insolencia con *Mr*. Mason. Les perdonaré las líneas, pero las palizas siguen en pie.

Cuando la noticia se hizo pública, la escuela, maravillada y asombrada, contempló admirativamente al director mientras éste volvía a su casa. Era un hombre verdaderamente digno de respeto. En las raras ocasiones en que

pegaba con la caña lo hacía muy científicamente, y la ejecución de cien chicos sería algo épico, tremendo.

—Muy bien, *sahib* director. Lo sabemos todo —dijo Crandall mientras el director se quitaba la toga en el fumadero dando un gruñido—. Me lo acaba de decir nuestro suplente. Anoche en el dormitorio me pidió mi opinión sobre su actuación. Entonces no sabía que estaba hablando de usted. Es un pícaro. Un chico pecoso con ojos en la cara… Corkran, creo que se llama.

—Ah, sí, ya lo conozco —dijo el director; y añadió reflexivamente—: Sí, debería haberlos incluido en el castigo aunque no los hubiera visto.

—Si el colegio no estuviera ya algo alterado, le escoltaríamos a lo largo del pasillo —dijo el ingeniero—. Oh, Bates, ¿cómo pudo hacerlo? Podía haberse contagiado, y ¿qué sería de nosotros entonces?

—Yo siempre supe que usted valía más que veinte de nosotros juntos, y ahora estoy completamente seguro —dijo el jefe de escuadrón, mirando a su alrededor para ver si alguien le contradecía.

—Sin embargo, no es la persona idónea para dirigir un colegio. Prometa que nunca más lo va a hacer, *sahib* Bates. No vamos a poder irnos tranquilos sabiendo que hace estas barbaridades —dijo el fusilero.

—*Sahib* Bates, ¿verdad que no va a zumbar a los cursos superiores? —dijo Crandall.

—Puedo aceptar la inmoralidad, como dije antes, pero no soporto la insolencia. Mason lo asa muy mal incluso cuando yo le respaldo. Además, los del club de golf les han oído cantar «Aarón y Moisés». Voy a tener quejas por eso de los padres de los externos. Hay que mantener a toda costa la buena educación.

—Vamos con usted para echarle una mano —dijeron todos los invitados.

Todos los alumnos de los cursos superiores recibieron su castigo uno detrás de otro, con el abrigo en la mano, los coches esperando en la carretera para llevarlos a la estación y el dinero de viaje sobre la mesa. El director empezó con Stalky, M’Turk y Beetle. Los golpes tuvieron la precisión habitual.

—Y aquí está vuestro dinero para el viaje. Adiós y felices vacaciones.

—Adiós. Gracias, señor. Adiós. Le estrecharon la mano.

—No creo que sea muy duro en general esta mañana. Lo peor nos lo hemos llevado nosotros —dijo Stalky—. Vamos a esperar a que salgan algunos más para aplaudirle como realmente merece.

—No esperéis por nosotros, por favor —dijo Crandall en nombre de los antiguos alumnos—. Nosotros vamos a empezar ahora mismo.

Estuvo muy bien mientras los gritos y cánticos se limitaban al pasillo; pero cuando se extendieron hasta el gimnasio, cuando se unieron a ellos los chicos que esperaban su turno, el director tuvo que dejar la caña sin saber qué hacer y los que quedaban se arremolinaron en torno a él intentando darle la mano.

Entonces, todos a una, se dedicaron en serio a dar vivas hasta que los coches empezaron a ponerse en marcha lenta y silenciosamente.

—¿No os había dicho que me desquitaría? —dio Stalky en su asiento mientras el coche se bamboleaba a lo largo de la calle Northam—. Ahora, todos juntos, siguiendo el ritmo que marque tío Stalky:

Así lo hacemos en el ejército,
así lo hacemos en la marina,
así lo hacemos en los colegios,
¡y que nadie diga que no!

LA BANDERA DE SU PAÍS

Era invierno y el frío de la mañana se hacía notar. Por eso Stalky y Beetle —M’Turk era del tipo aguerrido que no prescinde del aseo bajo ninguna circunstancia— se solían quedar en la cama hasta el último momento antes de ir al gimnasio iluminado por lámparas de gas donde se pasaba lista a primera hora.

A menudo llegaban tarde; y como cada falta de puntualidad significaba un punto negro, y tres puntos negros por semana significaban tener que hacer instrucción, los dos dormilones pasaban horas a las órdenes del sargento. Foxy hacía desfilar a los castigados con toda la pompa de su antigua plaza de armas.

—No crean que me lo paso bien —su arenga era siempre la misma—. Preferiría cien veces estar en mi cuarto fumando tranquilamente una pipa, pero ya veo que tengo la brigada antigua en mis manos esta tarde. Si practicara más a menudo, señor Corkran… —dijo, situando correctamente una fila.

—Me has tenido aquí durante seis semanas, glotón. ¡Numérense empezando por la derecha!

—Todavía no, por favor. Yo soy el que da las órdenes. Izquierda, media vuelta, ¡ar! Despacio, marchen —veinticinco gandules, todos ellos malhechores conocidos, entraron en el gimnasio—. En silencio, cojan las palanquetas de gimnasia; vuelvan en silencio a sus sitios. Numérense empezando por la izquierda, en voz baja. Un paso al frente los impares. Los pares no se mueven. Ahora dóblense por la cintura, al ritmo que yo diga.

Las palanquetas subieron y bajaron, golpearon en el suelo y volvieron a su sitio rítmicamente. Los chicos eran expertos en este cansado ejercicio.

—Muy bien. Les voy a echar de menos cuando alguno de ustedes vuelva a ser puntual. Pongan las palanquetas donde estaban, en silencio. Ahora vamos a hacer un ejercicio muy fácil.

—¡Bah! Ya sé cuál es ese ejercicio tan fácil. —Sería una verdadera vergüenza que no lo supiera, *Mr*. Corkran. Y no es tan fácil como parece.

—Te apuesto un chelín a que lo dirijo tan bien como tú, Foxy.

—Ya lo veremos más tarde. Ahora tratad de imaginaron que no sois una pandilla de holgazanes sino una compañía desfilando, y que yo soy vuestro oficial jefe. ¿Qué es lo que os hace tanta gracia? Si tenéis suerte la mayoría de vosotros tendréis que desfilar en el futuro. Intentad hacerlo bien. Llevamos practicando mucho tiempo, el Señor lo sabe.

Formaron a cuatro en fondo, marcharon, giraron y contramarcharon, bajo el embrujo del movimiento ordenado. Como había dicho Foxy, ya tenían mucha práctica.

La puerta del gimnasio se abrió y por ella apareció M'Turk acompañando a un anciano caballero.

El sargento, que estaba dirigiendo un giro, no los vio entrar.

—No está mal del todo —murmuró—. No, señor. El hombre eje del giro es el que marca el tiempo, *Mr*. Swayne. Bueno, *Mr*. Corkran, ¿dice usted que conoce bien el ejercicio? Hágame el favor de tomar el mando y, haciendo justo lo contrario que acabamos de hacer, vuelva a situarlos en su primera formación.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —gritó el visitante con autoridad.

—Un… un poco de instrucción, señor —balbuceó Foxy, que refirió omitir las causas primeras.

—Excelente, excelente. Sólo me gustaría que fueran más —gorjeó—. Pero no se paren por mi culpa. Usted estaba a punto de pasarle el mando a alguien, ¿no es verdad? —se sentó, respirando temblorosamente el aire gélido.

—Lo voy a hacer mal; estoy seguro —susurró Stalky inquietamente; y su incomodidad no disminuyó cuando un murmullo de la última fila comunicó que se trataba del general Collinson, miembro de la junta de administración del colegio.

—¿Eh? ¿Cómo? —dijo Foxy.

—Collinson, caballero comendador de la Orden del Baño[90]. Mandó a los Pompadours, el antiguo regimiento de mi padre —dijo Swayne en voz baja.

—No tengas prisa —dijo el visitante—. Sé cómo se siente uno. Tu primer ejercicio, ¿eh?

—Sí, señor —Stalky suspiró infelizmente—. Atención. ¡A formar! —el eco de su propia voz le devolvió la confianza.

Giraron, retrocedieron, se dividieron en cuatro filas y volvieron al punto de partida sin un solo error. La hora oficial del castigo había terminado hacía mucho, pero nadie se acordaba de eso. Estaban respaldando a Stalky, muerto de miedo de que le pueda fallar la voz.

—Se nota que tiene un buen profesor, sargento —fue el comentario del visitante—. Una buena dirección y un buen material humano para realizar el ejercicio. Claro que es algo curioso: he estado comiendo con vuestro director y no me ha dicho que hubiera un cuerpo de cadetes en el colegio.

—No lo hay, señor. Esto sólo es un poco de instrucción —dijo el sargento.

—Pero ¿verdad que lo hacen bien? —dijo M'Turk hablando por primera vez, brillantes sus ojos hundidos.

—¿Y por qué no participas tú, Willy?

—Oh, yo no soy suficientemente puntual —dijo M'Turk—. El sargento sólo escoge a los mejores.

—¡Descansen! ¡Rompan filas! —dijo Foxy temiendo una explosión de risa en la formación—. Yo… yo debería haberle dicho, señor, que…

—Pues debería haber un cuerpo de cadetes —el general seguía su propia línea de pensamiento—. Y habrá un cuerno de cadetes si en a junta tienen en cuenta mis sugerencias. Pocas veces me he sentido tan satisfecho como ahora. Los chicos con un espíritu como el vuestro deberían ser un ejemplo para toda la escuela.

—Ya lo son —dijo M'Turk.

—¡Dios bendito! ¿Puede ser tan tarde? Mi coche lleva esperándome media hora. Bueno, me tengo que ir inmediatamente. No hay nada mejor que ver las cosas personalmente. ¿Por dónde se sale del edificio? ¿Me acompañas, Willy? ¿Quién es el chico que tomó el mando?

—Creo que se llama Corkran.

—Deberías hacerte amigo suyo. Es el tipo de chico con el que deberías tratar. Evidentemente excepcional. Un espectáculo maravilloso. Veinticinco chicos para los que, me atrevería a decir, sería mucho más cómodo estar jugando al críquet —era lo más frío del invierno; pero los adultos, sobre todo los que han vivido mucho tiempo en el extranjero, tienen estas pequeñas desorientaciones, y M'Turk no le corrigió—, desfilando por el puro placer de hacerlo. Sería una pena desperdiciar una disposición tan buena; pero creo que me harán caso.

—¿Quién es ese amigo tuyo de las patillas blancas? —preguntó Stalky cuando M'Turk volvió al estudio.

—El general Collinson. A veces va a cazar con mi padre. Un tipo muy majo. Me dijo que debería hacerme amigo tuyo, Stalky.

—¿Te dio dinero?

M’Turk mostró una bendita libra.

—Ah —dijo Stalky cogiéndola, pues era el tesorero—; vamos a tener una merienda estupenda. Menuda cara tuviste, Turkey, diciendo que nos elegían por ser los más puntuales.

—¿El caballero no sabía que estábamos castigados? —dijo Beetle.

—Ni idea. Vino para comer con el director. Le encontré merodeando solo por el colegio y me pareció interesante llevarle a ver vuestros ejercicios. Cuando me di cuenta de lo entusiasmado que estaba no me atreví a desilusionarle. Si lo hubiera hecho puede que no me hubiera dado nada.

—¿No os parece que también Foxy estaba muy orgulloso? ¿Visteis cómo estaba de rojo por detrás de las orejas? —dijo Beetle—. Ha sido un triunfo increíble para él. Y le apoyamos como unos buenos chicos. Vamos a la tienda de Keyte a comprar cacao y algo de comer.

Se encontraron con Foxy, que bajaba a contarle la aventura a Keyte, quien había sido sargento mayor de tropa en un regimiento de caballería, y ejercía ahora, como veterano de guerra, de administrador de correos y confitero.

—Nos debes algo —le dijo Stalky.

—Se lo agradezco mucho, *Mr*. Corkran. Nos hemos visto las caras por motivos oficiales de vez en cuando; pero debo decir que aparte de estos encuentros, debidos a los límites, fumar y cosas parecidas, usted es el alumno en quien más confiaría para que me sacase de algún aprieto. Dirigió estupendamente la formación. Si sigue viniendo con regularidad a partir de ahora…

—Pero para eso tendría que llegar tarde tres días cada semana —dijo Beetle—. No puedes esperar que un chico haga eso sólo por darte gusto, Foxy.

—Ah, es verdad. De todas formas, si se pudiera arreglar… y también usted, *Mr*. Beetle… tendrá muchas posibilidades cuando se cree el cuerpo de cadetes. Supongo que el general lo propondrá en la junta.

Pagaron lo que les pareció en la tienda de Keyte, porque el anciano, que los conocía bien, estaba embebido en su conversación con Foxy.

—Creo que en total son siete chelines y seis peniques —dijo Stalky después de hacer cuentas—; pero mejor súmelo usted.

—No, no. Me fío de su palabra diga lo que diga, *Mr*. Corkran. Así que estaba en los Pompadours, ¿no, sargento? Estuvimos con ellos una vez… en

Umballa[91] creo que era.

—No sé si esta lata de jamón y lengua cuesta dieciocho peniques o un chelín y cuatro peniques.

—¿A ver? Uno y cuatro, *Mr*. Corkran… Por supuesto, sargento, si pudiera ayudar en algo estaría encantado, pero soy demasiado viejo. Me gustaría ver desfilar otra vez.

—Oh, venga, Stalky —dijo M'Turk—. No te está haciendo ni caso. Déjale ahí el dinero.

—Quiero que nos dé cambio, burro. ¡Keyte! ¡Soldado Keyte! ¡Cabo Keyte! ¡Sargento mayor de tropa Keyte! ¿Tiene cambio de una libra?

—Sí…, sí, por supuesto. Siete chelines y seis peniques —miró distraídamente, cogió la moneda de planta y desapareció en la oscuridad del cuarto interior.

—Ahora esos dos van a seguir hablando del motín hasta la hora del té —dijo Beetle.

—El viejo Keyte estuvo en Sobraon[92] —dijo Stalky—. Es muy interesante cuando habla de eso a veces. Foxy no se pierde ni una palabra.

La cara del director, inescrutable como siempre, estaba inclinada sobre un montón de cartas.

—¿Qué te parece? —dijo finalmente el reverendo John Gillet.

—Creo que es una buena idea. No se puede negar que es una idea estimable.

—No te veo muy partidario. ¿Por qué?

—Tengo algunas dudas sobre ello, eso es todo. Cuanto más sé de los chicos menos capaz me considero de predecir sus estados de ánimo; pero reconozco que me sorprendería mucho que el proyecto tuviera éxito. No… no está en la línea habitual del colegio. Nosotros nos limitamos a preparar a los chicos para que aprueben el examen de ingreso en el ejército.

—Mi obligación en este asunto es hacer que se lleven a cabo los deseos de la junta. Quieren que haya un cuerpo voluntario de cadetes tendrán un cuerpo voluntario de cadetes. He sugerido, sin embargo, que no es necesario que compremos los uniformes hasta que los chicos estén entrenados. El general Collinson nos manda cincuenta armas letales cuidadosamente taponadas; «quitapenas rebajados» los llama él.

—Sí, eso parece necesario en una escuela que suele usar pistolas de tiro al blanco cargadas —el reverendo John sonrió.

—Entonces el único gasto que va a haber va a ser el del tiempo del sargento.

—Pero si fracasa toda la culpa te la vas a llevar tú.

—Oh, sin duda. Pondré un aviso en el pasillo esta tarde, y…

—Ya veremos el resultado.

—Por favor, señores, no toquen más el armero.

Foxy intentaba poner orden en la muchedumbre turbulenta que llenaba el gimnasio.

—Ni siquiera a estos viejos fusiles les hará ningún bien el que usted consiga hacer saltar el cerrojo, *Mr*. Swayne. Sí, los uniformes llegarán más adelante, cuando lo hagamos mejor; por el momento nos limitaremos a desfilar. Estoy aquí para tomar los nombres de los que se quieran apuntar. ¡Deje ese fusil, *Mr*. Hogan!

—¿Qué vas a hacer, Beetle? —preguntó una voz.

—Ya he desfilado más de lo que quería, gracias.

—¡Cómo! ¿Después de todo lo que has aprendido? Anda, ¡no seas esquirol! Te harían cabo en una semana —gritó Stalky.

—Yo no voy a entrar en el ejército —Beetle señaló sus gafas.

—Espera un poco, Foxy —dijo Hogan—. ¿Dónde nos vamos a entrenar?

—Aquí, en el gimnasio, hasta que estéis preparados para salir a la carretera —dijo gravemente el sargento.

—¿Para que nos mire toda la gente de Northam? Eso no me gustaría demasiado, Fóxibus.

—Bueno, eso es lo de menos. Primero os aprendéis bien los ejercicios y luego ya veremos.

—Hola —dijo Ansell, de la casa de Macrea, abriéndose paso en el tumulto—. ¿Qué es todo este lío del cuerpo de cadetes?

—Os ahorrará mucho tiempo en Sandhurst —contestó el sargento enseguida—. Podréis dejar de hacer instrucción pronto si vais con una buena base previa.

—¡Humm! No me importa aprender a desfilar, pero no voy a hacer el tonto por las carreteras con un fusil de juguete. Perowne, ¿qué vas a hacer tú? Hogan se va a apuntar.

—No sé si tengo tiempo —dijo Perowne—. Tengo muchas horas de clases extra.

—Bueno, considera esto como otra clase extra —dijo Ansell—. No podemos tardar mucho en dominar el ejercicio.

—Ya, eso no me parece mal, pero ¿qué me dices de lo de desfilar en público? —di o Hogan, sin saber que iba a morir tres años más tare bajo el sol de Birmania cerca del fuerte Minhle.

—¿Tienes miedo de que el uniforme no pegue con tu complexión cremosa? —preguntó M'Turk con una burlona sonrisa de bellaco.

—Cállate, Turkey. Tú no aspiras a entrar en el ejército.

—No, pero voy a mandar un sustituto. ¡Je! ¡Morrell y Wake! Esos dos *fags* que están al lado del armero, que se presenten voluntarios.

Sonrojándose como tomates —no se habían ofrecido antes por timidez— los chicos se acercaron al sargento.

—Pero yo no quiero chicos pequeños, por lo menos no al principio —dijo el sargento con disgusto—. Lo que quiero es… me gustaría que viniera alguien de la vieja brigada, los castigados, para reforzar un poco.

—No seas desagradecido, sargento. Son casi tan grandes como los que entran azora en el ejército —M'Turk solía leer los periódicos, por lo que se podía confiar en su grado de información general, que utilizaba a menudo como arma arrojadiza. Sin embargo, no sabía que el pequeño Wake sería oficial del ejército egipcio antes de cumplir los treinta.

Hogan, Swayne, Stalky, Perowne Ansell discutían profundamente al lado del caballo de saltos y Stalky era, como siempre, el que llevaba la voz cantante. El sargento los miraba con inquietud, porque sabía que muchos harían lo mismo que ellos.

—A Foxy no le gustan mis reclutas —dijo M'Turk con tono dolido a Beetle—. Consíguele algunos tú.

Y, sin dilación alguna, Beetle aportó otros dos *fags*, los más pequeños que pudo encontrar.

—Aquí los tienes, Foxy. Aquí tienes tu carne de cañón.

—Desapareced de mi vista, piojillos, y a toda velocidad.

—Sigue sin estar satisfecho —dijo M'Turk.

«Lo mismo que hacemos en el ejército es lo que hacemos en la marina».

Aquí se le unió Beetle. Habían encontrado el poema en un viejo volumen de *Punch* [93], y parecía encajar muy bien en la situación.

«Ambos producen problemas,
¡y que nadie diga que no!».

—Estése quieto, joven caballero. Si no puede ayudar por lo menos no moleste —Foxy estaba todavía pendiente del grupo que discutía al lado del caballo. Carter, White y Tirrell, todos ellos chicos influyentes, se habían incorporado a él. Los demás tocaban los rifles indecisos.

—Un momento —gritó Stalky—. ¿Podemos echar a los mirones antes de empezar a trabajar?

—Desde luego —dijo Foxy—. Los que quieran unirse se quedarán. Los que no, se irán cerrando la puerta suavemente al salir.

Media docena de los más serios se acercaron rápidamente a M'Turk y Beetle, que apenas tuvieron tiempo para escaparse al pasillo.

—Oye, ¿por qué no te has quedado? —preguntó Beetle arreglándose el cuello de camisa.

—¿Y tú qué?

—¿Qué tiene de bueno? Nosotros no queremos ir al ejército. Además yo ya me sé el ejercicio…, todo menos dirigirlo, claro. ¿Qué estarán haciendo ahí dentro?

—Están haciendo un pacto con Foxy. No oíste decir a Stalky: «Eso es lo que vamos a hacer; y si no le parece bien, que desfile él solo». Van a aprovecharse de Foxy. ¿No te das cuenta, idiota? Van a ir a Sandhurst o a algún sitio parecido antes de un año. Aprenderán los ejercicios que les interesen y después dejarán las prácticas. ¿Crees que teniendo tantas clases extra se han hecho voluntarios por diversión?

—Pues no lo sé. Había pensado escribir un poema sobre todo esto, poniéndolos verdes, ¿sabes? «La balada de los cazaperros» o algo así. ¿Qué te parece?

—No creo que sea conveniente, porque King está muy mosca con el cuerpo. Nadie le ha consultado. Ha estado rondando por el tablón de avisos. Vamos a ver lo que se cuenta —se acercaron como por casualidad al jefe de la casa, una pareja de lo más dócil.

—¿Cómo es posible? —dijo King fingiendo sorpresa—. Imaginaba que estaríais aprendiendo a luchar por vuestro país.

—Creo que la compañía está completa, señor —dijo M'Turk.

—Es una verdadera lástima —dijo Beetle suspirando.

—¿Contamos, pues, con cuarenta bravos guerreros? ¡Cuán noble! ¡Qué devoción! Sospecho que pudiera haber un deseo de evadirse de sus responsabilidades habituales como trasfondo de este súbito celo. Sin duda gozarán de privilegios extraordinarios, igual que el coro y la Sociedad de Historia Natural… a los que no hay que llamar «cazachinches».

—Oh, supongo que sí, señor —dijo alegremente M'Turk—. El director no ha dicho nada sobre eso todavía, pero seguro que lo hará.

—Oh, seguro.

—Es posible, mi buen Beetle —King se volvió hacia el último que había hablado—, que los jefes de casa, un factor necesario pero pasado por alto de alguna manera en nuestro humilde modo de existencia, tengan algo que decir sobre el asunto. La vida, al menos para los jóvenes, no consiste sólo en armas y municiones de guerra. La educación es también uno de nuestros objetivos.

—Qué cerdo más monótono —murmuró M'Turk cuando King ya no le podía oír—. Siempre se sabe lo que va a decir. ¿Te fijaste cómo se metió con el director y los privilegios especiales?

—Que se vaya a la porra. Podía haber tenido la decencia de apoyar el proyecto. En ese caso yo hubiera podido escribir una preciosa balada ridiculizándolo; y ahora voy a tener que ser su defensor acérrimo. Pero esto no nos impide tomarle el pelo a Stalky en el estudio, ¿no?

—Oh, no; pero públicamente tenemos que estar completamente a favor del cuerpo de cadetes. ¿No puedes hacer un epigrama ligero, *à la* Catulo, sobre King oponiéndose a él? —Beetle estaba entregado a esta noble tarea cuando Stalky volvió de sus prácticas.

—¡Hola, artista de circo! —empezó M'Turk—. ¿Qué tal ha estado la sesión? ¿Has saltado tú o te han hecho saltar?

—He saltado yo —dijo Stalky, y saltó encima del otro—. Mira, Turkey, no te metas con el cuerpo. Lo hemos organizado perfectamente. Foxy jura que no nos va a hacer salir al campo hasta que queramos.

—Asquerosa exhibición de infantes inmaduros imitando como simios la idiosincrasia de sus mayores. ¡Bah!

—¿Habéis visto a King, Beetle? —preguntó Stalky dejando de pelear un momento.

—No exactamente; pero éste es su estilo altisonante.

—Bueno, escuchad a tío Stalky, que es un gran hombre. Además Foxy nos va a dejar dirigir el cuerpo por turnos, *privatim et seriatim*, de manera que todos vamos a aprender a manejar media compañía. *Ergo y propter hoc* [94], cuando vayamos a la tienda las prácticas se acabarán muy temprano; es decir, mis queridos oyentes, vamos a combinar la educación con la sana diversión.

—Sabía que ibais a convertirlo en una especie de clase extra, so animal de sangre fría —dijo M'Turk—. ¿Es que no quieres morir por tu señora patria?

—No si lo puedo evitar. Así que no critiques al cuerpo.

—Hace años que lo tenemos claro —dijo Beetle desdeñosamente—. King es el que lo va a criticar.

—Entonces tú tienes que meterte con King, mi querido poeta. Haz unos ripios pegadizos, de esos que tú sabes hacer, para que los canten los *fages*.

—Oye, limítate a tu voluntariado y déjame hacer lo que me apetezca.

—King no va a tener nada con lo que meterse —dijo Stalky enigmáticamente.

No entendieron lo que quiso decir hasta que, algunos días más tarde, decidieron ir a ver lo que hacían los del cuerpo. Encontraron la puerta del gimnasio cerrada y a un *fag* haciendo guardia.

—¿Qué están tramando? —dijo M'Turk agachándose.

—No podéis mirar por el ojo de la cerradura —dijo el centinela.

—¿Qué te parece? Wake, pedazo de animalito, yo te hice voluntario.

—No depende de mí. Mis órdenes son no dejar que nadie mire.

—¿Y qué pasa si lo hacemos? —dijo M'Turk¿Qué pasa si te cascamos?

—Mis órdenes son que tengo que dar el nombre de cualquiera que me moleste a los del cuerpo, y ellos se ocuparán de solucionarlo después de las prácticas aplicando la ley marcial.

—¡Qué bestia es Stalky! —dijo Beetle. Ni por un momento dudaron a quién se le había ocurrido esa medida—. ¿Te crees un glorioso centurión, no? —continuó Beetle, oyendo el ruido de las armas dentro del gimnasio.

—Mis órdenes son no hablar excepto para explicar mis órdenes. Me darán una paliza si no lo hago exactamente así.

M'Turk miró a Beetle. Ambos movieron la cabeza y se fueron.

—Realmente Stalky es un gran hombre —dijo Beetle después de un largo silencio—. El único consuelo es que esta especie de sociedad secreta va a volver loco a King.

Molestó a muchos, aparte de King, pero los miembros del cuerpo estaban mudos como ostras. Foxy, que no había hecho ninguna promesa, compartía su aflicción con Keyte.

—Nunca he visto nada más absurdo. Cierran el gimnasio a cal y canto, con guardia interior y exterior, y luego se ponen a trabajar como si les fuera en ello la vida.

—¿Pero para qué hacen todo eso? —preguntó el exsargento mayor de tropa.

—Para aprender a desfilar bien. Nunca se ha visto nada parecido. Cuando les digo que se pueden ir es cuando empiezan a practicar más en serio; pero no están dispuestos de ninguna manera a salir al aire libre. Es una situación

sin pies ni cabeza. Si sois un cuerpo de cadetes, les digo, sedlo de verdad en vez de esconderos detrás de puertas cerradas.

—¿Y qué dicen las autoridades sobre esto?

—Esa es otra —el sargento estaba muy enojado—. Voy al director y no me da ninguna ayuda. A veces pienso que se ríe de mí. Nunca he sido sargento de voluntarios, gracias a Dios, pero siempre he tenido la consideración de compadecerlos. Estoy satisfecho de ello.

—Me gustaría verlos —dijo Keyte—. Por lo que dices, sargento, no puedo imaginarme lo que están tramando.

—¡No me lo digas a mí, mayor! Díselo al pecoso de Corkran. Él es su generalísimo.

No se rechaza a un combatiente de Sobraon, ni menos aún al único pastelero que había dentro de los límites.

Así que Keyte asistió como invitado, apoyado en su bastón, trémulo por la edad, y se sentó en un rincón a mirar.

—Lo hacen bien. Lo hacen extraordinariamente bien —susurraba ante las evoluciones de los chicos.

—Oh, esto no es lo que les interesa. Espera a que les diga que hemos terminado.

A la voz de «rompan filas» los chicos siguieron firmes. Perowne salió de la formación, se puso frente a ella y, refrescándose la memoria mirando de vez en cuando un libro rojo y metálico, dirigió la instrucción durante diez minutos. Este era el Perowne que luego resultó muerto en África Ecuatorial por disparos de sus propios hombres.

Le siguió Ansell, y a éste Hogan. Los tres fueron obedecidos sin rechistar.

Entonces Stalky dejó en el suelo su fusil e, inspirando profundamente, obsequió a la compañía con una tormenta de invectivas sonrojantes.

—Mal hecho, *Mr*. Corkran. Eso no se hace nunca en los desfiles —gritó Foxy.

—De acuerdo, sargento. Pero nunca se sabe lo que habrá que decirles a los hombres, y hay que estar preparados. Por compasión, intentad estar firmes sin apoyaros los unos en los otros, pandilla de vagos, legañosos, mequetrefes. Para mí no es ninguna diversión tener que dirigiros. ¡Eso ya lo teníais que haber sabido antes de venir aquí, soldaditos de pacotilla!

—El antiguo toque, el toque antiguo. Nosotros lo conocimos —dijo Keyte frotándose los reumáticos ojos—. Pero ¿dónde lo ha aprendido este chico?

—De su padre, o de su tío. ¡Yo qué sé! La mitad de ellos deben de haber nacido al lado de un cuartel —Foxy no se equivocaba en su suposición—. He

oído más arengas desde que empezó este absurdo de los voluntarios que en un año de servicio.

—Uno de la última fila parece que tiene la barriga en la casa de empeño. Sí, hablo de usted, soldado Ansell —y la lengua de Stalky flageló a la víctima sin misericordia, en general y en detalle, durante tres minutos—. ¡Muy bien! —volvió a su tono normal—. No lo has aguantado. Te has puesto rojo, Ansell. Y te has movido.

—No he podido evitar sonrojarme —fue la respuesta—; pero creo que no me he movido.

—Vale, ahora te toca a ti —Stalky volvió a su puesto en la formación.

—¡Señor, Señor! Es más divertido que una obra de teatro —dijo Keyte, que no les quitaba ojo, riéndose.

Ansell también había sido bendecido con parientes en el ejército, y lentamente, arrastrando perezosamente las palabras —su estilo era más reflexivo que el de Stalky—, descendió hasta las más abismales simas de la personalidad.

—¡Lo he conseguido! —gritó triunfalmente—. Tampoco lo has podido soportar —Stalky estaba muy rojo, y su fusil temblaba visiblemente.

—No creía que me fuera a pasar —dijo, esforzándose por recuperar la compostura—, pero al cabo de un poco de tiempo empezó a afectarme. Curioso, ¿verdad?

—Es bueno para el carácter —dijo el lento Hogan cuando colocaban las armas en su sitio.

—¿Has visto alguna vez algo parecido? —dijo Foxy, desesperado, a Keyte.

—No sé mucho sobre voluntarios, pero es el espectáculo más raro que he visto en mi vida. Sin embargo, me doy cuenta de lo que van consiguiendo. ¡Señor, cuántas veces me he llevado broncas como éstas en mis buenos tiempos! Lo hacen bien; extremadamente bien lo hacen.

—Si pudiera sacarlos al aire libre haría con ellos lo que me apeteciera. ¡Quizá cambien de actitud cuando lleguen los uniformes!

Ya era ciertamente hora de que el cuerpo hiciera alguna concesión a la curiosidad de la escuela. Tres veces habían pegado al guardián y tres veces había aplicado el cuerpo la ley marcial al agresor. La escuela rabiaba. ¿Para que servía, preguntaban, un cuerpo de cadetes que nadie podía ver? *Mr*. King felicitaba a los chicos por la invisibilidad de sus campeones y ellos no sabían qué contestar. Foxy estaba cada vez más sombrío e inquieto. Algunos miembros del cuerpo expresaron abiertamente dudas sobre la sensatez de lo

que hacían; y el problema de los uniformes amenazaba en el horizonte cercano: si llegaran les obligarían a usarlos.

Pero, como pasa tan a menudo en esta vida, el asunto se arregló desde fuera.

El director había informado debidamente a la junta de que su propuesta había sido tenida en cuenta y que, por lo que sabía, los chicos se estaban ejercitando.

No dijo nada de cómo lo hacían. Naturalmente, el general Collinson estaba encantado y se lo dijo a sus amigos. Uno de éstos se acordó de un conocido que era miembro del parlamento, una persona celosa, inteligente y, sobre todo, patriótica, deseosa de hacer el máximo bien en el tiempo más breve posible. Pero uno no puede confiar en los amigos de los amigos sin conocerlos personalmente. Si el amigo de Collinson se lo hubiera presentado, éste habría sabido a qué atenerse y se hubieran evitado problemas. Pero el amigo se limitó a hablar de su amigo; y, como suele pasar en estos casos, el retrato no fue muy exacto. Además, el hombre era un M. P.[95] un conservador impecable, y el general albergaba en su corazón el oculto respeto que todo soldado inglés siente por cualquier miembro de la corte de última apelación. El hombre iba a ir al oeste del país para derramar la luz de su oratoria sobre algún ignorante distrito electoral. ¿No sería una buena idea que tan indicado personaje hablase algunas palabras sobre el recién creado cuerpo de cadetes?

—Sólo hablar un poco a los chicos, ¿eh? Conoces el tipo de discurso que sería aceptable; y él sería el hombre indicado para pronunciarlo. El tipo de charla que los chicos entienden, ya sabes.

—En mi época no había discursos para los chicos —dijo el general suspicazmente.

—¡Ah!, pero los tiempos cambian, con la extensión de la educación y todo eso. Los chicos de hoy son los hombres de mañana. Una impresión que se graba en la juventud será probablemente permanente. ¡Y con los tiempos que corren, ya sabes, con el país de mal en peor!

—Tienes toda la razón —la isla entraba entonces en los cinco años del gobierno de *Mr*. Gladstone, y al general no le gustaba en lo más mínimo lo que había visto hasta ese momento. Ciertamente le escribiría al director, porque no cabía ninguna duda de que los chicos de hoy son los hombres de mañana. Eso, si se le permitía decirlo, estaba muy bien expresado.

El director contestó que estaría encantado de recibir a *Mr*. Raymond Martin, M. P., de quien había oído tanto bueno; encantado también de alojarle

durante una noche y permitirle hablar a los chicos sobre cualquier tema que pensara les pudiera interesar. Si *Mr*. Martin no había tenido todavía la ocasión de encontrarse ante un auditorio compuesto por este sector particular de la juventud británica, el director estaba seguro de que iba a ser una experiencia interesante para él.

—Podría jurar esto último —le dijo confidencialmente al reverendo John —. ¿Tienes idea de quién pueda ser ese tal Raymond Martin?

—En el colegio tenía un compañero que se llamaba así —contestó el capellán—. Creo recordar que tenía la cabeza hueca, pero era horriblemente serio.

—Va a hablar a los chicos sobre «El patriotismo» el próximo sábado.

—Si hay algo que los chicos detesten especialmente es que les estropeen un sábado por la tarde. El patriotismo no tiene ningún atractivo comparado con una buena merienda.

—Tampoco el arte. ¿Te acuerdas de nuestras «Tardes con Shakespeare»? —los ojos del director brillaron—. ¿O del simpático caballero de la linterna mágica?

—¿Quién diantres es este Raymond Martin, M. P.? —preguntó Beetle cuando leyó el anuncio de la conferencia en el pasillo—. ¿Por qué los pesados siempre vienen los sábados?

—¡Oh! ¡Rromeo, Rromeo! ¿Dóoonde te encueeentras, Rrromeo? —dijo M'Turk por encima del hombro de Beetle, imitando a la actriz shakesperiana del trimestre anterior—. No puede ser tan horrible esta vez, espero. Stalky, ¿eres un verdadero patriota? Porque si no lo eres, este tipo te va a convertir en uno.

—Ojalá que no hable toda la tarde. Supongo que será obligatorio aguantarle.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo M'Turk—. Para muchos la mujer del Romeo Romeo fue un rollo; pero para mí no. ¡Me lo pasé de miedo! ¿Os acordáis cuando le dio el hipo en medio de la actuación? Puede que a éste también le entre hipo. El primero que llegue al gimnasio, que coja asientos para los otros.

No hubo nerviosismo, pero sí una animada y alegre afabilidad en torno a *Mr*. Raymond, M. P., cuando se acercaba en su coche, observado por muchos pares de ojos, a la casa del director.

—Parece un orador de pacotilla —fue el comentario de M'Turk—. No me sorprendería que fuese un radical. Le oí discutir con el cochero so re el precio del pasaje.

—En eso consiste su patriotismo —explicó Beetle.

Después del té corrieron con todos en busca de asientos, ocuparon un rincón privado y oculto y empezaron a criticar. Todas las lámparas de gas estaban encendidas. En la pequeña tarima al fondo estaba el pupitre oficial del director, desde el cual iba a pronunciar su discurso *Mr*. Martin, y había un semicírculo de sillas para los profesores.

Entonces entró Foxy, con porte oficial, y dejó algo parecido a una tela enrollada alrededor de un palo apoyado contra el pupitre. Todavía no había ninguna autoridad presente, así que los alumnos aprovecharon para aplaudir, gritando:

—¿Qué es eso, Foxy? ¿Por qué le robas el paraguas al caballero? ¡Aquí no se usan varas de abedul, sino cañas! ¡Llévate esa varilla de bufón! Numérense desde la derecha —etcétera, hasta que la entrada del director y los profesores acabó con estas manifestaciones.

—Fijaos: a los profesores les aburre esto tanto como a nosotros. Mira cómo King hace todo lo que puede por quedarse al margen.

—¿Dónde está el Raimundífero Martin? La puntualidad, mis queridos oyentes, es una virtud de caballeros…

—Calla. Aquí llega el duque. ¡Menuda papada! —*Mr*. Martin, vestido de frac, estaba innegablemente impresionante; un hombre alto, de proporciones generosas, blanco y rosado. De todas formas, Beetle no tenía por qué decir groserías.

—Mira su espalda mientras habla con el director. ¡Qué maleducado, dando la espalda al público! Es un filisteo, un mediocre, un jebuseo y un hivita**[96]** —M’Turk se apoyó en el respaldo y emitió un bufido despectivo.

El director presentó al conferenciante en unas breves palabras sin color y se sentó entre aplausos. Cuando *Mr*. Martin se levantó, los aplausos arreciaron. Pasó algún tiempo antes de que pudiera empezar. No conocía la escuela, sus tradiciones ni sus antecedentes. No sabía que según el último registro el ochenta por ciento de los alumnos habían nacido en el extranjero, en campamentos, acantonamientos o incluso en alta mar; que el setenta y cinco por ciento eran hijos de oficiales de uno u otro de los cuerpos —Willoughbys, Paulets, De Castros, Maynes, Randalls, según su linaje— que querían adoptar la profesión de sus mayores. El director le podía haber contado esto y mucho más; pero, después de una comida de una hora en su compañía, decidió no volver a abrir la boca. *Mr*. Raymond Martin parecía saberlo todo.

Se zambulló en el discurso con un largo y ronco «Bueno, chicos», que, aunque no se dieran cuenta de ello, puso los nervios de punta a todos los alumnos. Suponía que sabían, ¿eh?, a qué había venido. No tenía muy a menudo la oportunidad de hablar a gente de su edad. Imaginaba que serían parecidos —bastante extraños según algunos— a como él había sido de joven.

—Este tipo —dijo M'Turk con convicción— es el cerdo gadareno[97].

Pero tenían que recordar que no siempre iban a ser pequeños. Se convertirían en adultos, porque los chicos de hoy son los hombres de mañana, y la justa fama de su glorioso país natal dependía de esos hombres del mañana.

—Si esto sigue así, queridos oyentes, va a ser mi penosa obligación devolver este saldo —Stalky exhaló un fuerte suspiro por la nariz.

—No puedes hacerlo —dijo M'Turk—. No cobra nada por su Romeo.

Y por eso tenían que pensar en los deberes y responsabilidades de la vida que se abría delante de ellos.

La vida no se limitaba a… enumeró algunos juegos, y, para que el impacto de su cadencia fuese máximo, añadió «las canicas».

—Sí, la vida no es —dijo— un juego de canicas.

El ambiente se tensó súbitamente —los más pequeños casi gritaron— cargándose de un horror estremecido. ¡Era un hereje, un descastado, más allá del límite extremo de lo tolerable, maldito ante todos los hombres! Stalky se tapó la boca con las manos. M'Turk, con mirada alegre y luminosa, saboreaba cada palabra, y Beetle expresaba aprobación asintiendo solemnemente.

Algunos de ellos, indudablemente, tendrían dentro de pocos años el honor de servir a la Reina y llevar una espada. El mismo conocía estos deberes, pues había servido como mayor en un regimiento de voluntarios, y le alegraba saber que ellos también habían establecido un cuerpo de cadetes. El establecimiento de tal institución fomentaba el desarrollo de un espíritu sano e idóneo que, al desarrollarse, sería muy beneficioso para la patria que amaban y a la que estaban tan orgullosos de pertenecer. Algunos de los presentes estaban deseando —no le cabía la menor duda—, más aún, esperaban ardientemente, el momento de dirigir a sus hombres contra las balas de los enemigos de Inglaterra; el momento de batirse en el campo del honor con todo el orgullo de su joven hombría.

El pudor de un chico es diez veces más profundo que el de una señorita, pues ella está hecha sólo para una cosa por la ciega naturaleza mientras que el hombre está hecho para varias. Con mano larga y saludable el orador rompió estos velos y los pisó bajo los pies bienintencionados de la elocuencia. Con

voz ronca gritó sobre asuntos sin importancia, como la esperanza de honor y el sueño de gloria, de los que los chicos no hablan ni con sus amigos más íntimos; gozosamente seguro de que, hasta que le oyeron a él, nunca habían pensado en esas posibilidades. Les habló de objetivos brillantes que quedaron tiznados por las huellas de sus dedos. Profanó los más secretos rincones de sus almas con alaridos y gesticulaciones. Les recordó las hazañas de sus antepasados hasta que se pusieron rojos como tomates. Algunos de ellos —la voz lancinante cortó una inmovilidad helada— habrían tenido parientes que murieron en defensa de su país. No pocos recordaron una vieja espada en un pasillo o encima de la mesa del comedor, vista y tocada a hurtadillas desde que aprendieron a andar. Les animó a emular sus ilustres ejemplos; y ellos miraban en todas las direcciones sintiéndose extremadamente incómodos.

La edad les impedía incluso representarse claramente sus propios pensamientos. Sentían vagamente que estaban siendo ultrajados por un gordinflón que creía que las canicas era un mero juego.

Y así siguió avanzando en su perorata —que, por cierto, repitió más tarde con enorme éxito en un mitin electoral— mientras ellos aguantaban sentados, sonrojados, inquietos y enfadados. Muchas palabras después, cogió el palo envuelto en un trapo y se puso una mano en el pecho. ¡Éste, éste era el símbolo concreto de su patria, digno de todo honor y respeto! Que nadie mirase esta bandera sin proponerse añadir méritos a su imperecedero esplendor. La desplegó delante de ellos, una gran bandera de Inglaterra de percal con sus tres colores brillantes, y se quedó inmóvil esperando el aplauso atronador que debería coronar su esfuerzo.

Los chicos miraron en silencio. Ciertamente habían visto antes esa cosa, abajo en el puesto de los guardacostas, o por el telescopio, izada a medio mástil cuando algún bergantín se acercaba a la costa de Braunton; sobre el tejado del club de golf y en la ventana de la tienda de Keyte, en la cual se vendía una marca de dulces en cuyos envoltorios estaba impresa. Pero el colegio nunca la exhibía; no era parte de su vida diaria; el director nunca la había mencionado; sus padres no les habían explicado su significado. Era un asunto misterioso, sagrado y reservado. ¿Qué pretendía conseguir haciendo esa pantomima, agitando ese horror ante sus ojos? ¡Ya está! Seguro que estaba borracho.

El director salvó la situación poniéndose rápidamente de pie para darle las gracias, pero antes de que pudiera decir nada la escuela rompió a aplaudir furiosamente de puro alivio.

—Y estoy seguro —concluyó, con la luz de las lámparas de gas iluminándole la cara de pleno— de que agradecéis como yo de todo corazón a *Mr*. Martin la charla tan interesante que nos ha dado.

Nunca sabremos qué pasó de verdad. El director jura que no hizo nada parecido; o que, si lo hizo, debió de ser por habérsele metido algo en el ojo; pero los que allí estaban aseguran que les guiñó un ojo, clara y solemnemente, después de decir la palabra «interesante». *Mr*. Raymond recibió el aplauso que esperaba. Como dijo más tarde:

—Hablando sin vanidad, creo que mis breves palabras les llegaron al corazón. No sabía que los chicos pudiesen entusiasmarse tanto con estos temas.

Salió al sonar la campana de las oraciones, y los chicos se pusieron en fila a lo largo de la pared. La bandera seguía desplegada en el pupitre; Foxy la contemplaba con orgullo, porque la elocuencia de *Mr*. Martin le había emocionado profundamente. El director y los profesores, de pie en la tarima, no podían ver el notorio ultraje, pero un prefecto salió de la fila, la enrolló rápidamente y con la misma velocidad la guardó en un cajón.

En ese momento, como si hubieran apretado un botón, comenzó un suave murmullo de satisfacción que se convirtió poco a poco en una rápida y ligera salva de aplausos.

Hablaron del discurso en los dormitorios. La unanimidad era absoluta. Indudablemente *Mr*. Raymond Martin era una persona de baja extracción que se había criado en un internado donde se juega a las canicas. Era además —sólo mencionaremos unas pocas de la gran cantidad de cosas que le llamaron— un pájaro aleteante, un ridículo apestoso, un barrigudo agitabanderas (ésta fue la aportación de Stalky) y al unas otras cosas que no nos parece adecuado transcribir en este momento.

El cuerpo voluntario de cadetes se presentó el lunes siguiente deprimido y con cara de vergüenza. Incluso en ese estado, un diplomático silencio podría haber mantenido las cosas como estaban.

Pero Foxy dijo:

—Después de un discurso tan bueno como el de la tarde del sábado, deberíais reanudar la instrucción con bríos renovados. No sé cómo vais a poder evitar ahora el salir a desfilar al aire libre.

—¿No podemos evitarlo de ninguna manera, Foxy? —el suave y respetuoso tono de Stalky debería haberle puesto en guardia.

—No. Sobre todo después de habernos regalado tan generosamente esa bandera *Mr*. Martin. Me dijo antes de irse esta mañana que no tenía ninguna

objeción a que el cuerpo la adoptase como propia. Es una bonita bandera.

Stalky puso su rifle en el armero silenciosamente y se quedó fuera de la formación. Hogan y Ansell siguieron su ejemplo. Perowne dudó:

—Escuchad, ¿no creéis que deberíamos…? —empezó.

—La sacaré del cajón enseguida —dijo de espaldas el sargento—. Entonces podremos…

—¡Venga! —gritó Stalky—. ¿A qué diablos esperáis? ¡Disolveos! ¡Romped filas!

—¿Cómo? ¿Qué…? ¿Dónde…?

El ruido de los fusiles al ser colocados en el armero ahogó su voz. Los chicos estaban abandonando la formación uno detrás de otro.

—Yo… le tendré que informar de esto al director —tartamudeó.

—Infórmale, entonces, y vete a la porra —gritó Stalky lívido de ira, y salió corriendo.

—¡Qué cosa más rara! —dijo Beetle a M’Turk—. Estaba en el estudio haciendo un poemita sencillamente adorable sobre el barrigudo agitabanderas y Stalky entró. Le dije «¡hola!» y se puso a insultarme y luego empezó a llorar como un loco. Apoyó la cabeza en la mesa y aulló durante un rato. ¿No crees que sería mejor hacer algo?

M’Turk se preocupó.

—Puede que se haya dado un golpe en la cabeza. Lo encontraron con los ojos muy brillantes y silbando.

—¿Picaste, Beetle? Sabía que lo conseguiría. ¿A que fue una buena actuación? ¿Verdad que te creíste que estaba llorando? ¿Verdad que lo hice bien? ¡Oh, viejo burro gordo! —y empezó a tirarle a Beetle de las orejas y a pellizcarle las mejillas de la manera que se llamaba técnicamente «ordeñar».

—Yo sabía que estabas llorando —contestó Beetle sin perder la compostura—. ¿Por qué no estás en la instrucción?

—¿Instrucción? ¿Qué instrucción?

—No te hagas el tonto. La instrucción en el gimnasio.

—Porque ya no hay. El cuerpo voluntario de cadetes está disuelto, licenciado, muerto, podrido, corrupto, ya huele mal. Y si me sigues mirando así, Beetle, te voy a matar a ti también… Ah, sí, me van a llevar al director por decir palabrotas.

EL ÚLTIMO TRIMESTRE

Faltaban pocos días para las vacaciones, para los exámenes finales del trimestre y, más importante todavía, para la salida del número correspondiente del periódico del colegio, que Beetle se encargaba de publicar. Había aceptado ese trabajo por las lisonjas de Stalky y M'Turk el extremo rigor le la ley de estudios. Una vez instalado en su oficina descubrió, como todos sus antecesores en el puesto, que su obligación consistía en hacer todo el trabajo y recibir todas las críticas. Stalky lo bautizó *El patriota de Swillingford*, en recuerdo piadoso de Sponge, y M'Turk lo comparaba desfavorablemente con las publicaciones de Ruskin y De Quincey. Sólo el director se mostraba algo interesado, y sus métodos eran originales. Permitió a Beetle usar su biblioteca forrada de marrón y que olía a tabaco sin prohibirle ni aconsejarle nada. Allí Beetle disponía de un gran sillón, un tintero de plata y una cantidad ilimitada de plumas y papel. Había decenas y decenas de dramaturgos antiguos; estaban los viajes de Hakluyt[98]; traducciones francesas de unos autores moscovitas llamados Pushkiny Ler montoff[99]; relatos breves turbadores y violentos, llenos de extrañas canciones y escritos por un tal Peacock[100]; estaba el *Lavengro* de Borrow[101]; un volumen raro, supuestamente una traducción de algo llamado una *Rubaiyata* [102], que según el director era un poema cuyo verdadero valor todavía no había sido reconocido; había cientos de volúmenes de poesía: Crashaw, Dryden, Alexander, Smith, L. E. L., Lydia Sigourney, Fletcher y una isla púrpura, Donne, el *Fausto* de Marlowe[103] y —esto le produjo a M'Turk, a quien Beetle se lo prestó, una borrachera de tres días— Ossian[104]; *El paraíso terrenal*, *Atalanta en Calydon* y Rossetti[105], por nombrar sólo algunos. El director, que entraba de vez en cuando con la excusa de supervisar el periódico, le leía versos sueltos de estos poetas, abriéndose a Beetle verdaderas avenidas literarias. Y respirando calmadamente, con los ojos medio cerrados y un cigarro encendido, hablaba sobre algunos grandes

hombres vivos y sobre los periódicos, hacía mucho desaparecidos, que habían fundado en su turbulenta juventud; de años en que todos estos poetas eran sólo pequeñas estrellas recién nacidas que intentaban encontrar su lugar en el inhóspito vacío, y él, el director, los había conocido. Así que los estudios normales de Beetle quedaron totalmente marginados al estar éste volcado en otros asuntos, atesorando saber en secreto. Y sólo hablaba de ello a veces con M'Turk por la tarde, en la arena de la playa, caminando altiva y soñadoramente alrededor de los restos de un galeón de la Armada[106], gritando y declamando frente al mar lleno de arrecifes.

Debido en parte a la desconfianza de su jefe de casa, los tres habían sido pasados por alto durante tres trimestres consecutivos a la hora de elegir prefectos, un puesto que se otorgaba por méritos y que daba derecho a usar, con restricciones, la vara de fresno.

—Pero —dijo Stalky—, pensad en ello, nos hemos reído más de los de sexto desde que no nos han hecho prefectos que cualquier otro en los últimos siete años.

Se tocó el cuello orgullosamente. Ostentaba el más duro de los cuellos de camisa que, según dictaba la costumbre, era patrimonio exclusivo de los de sexto. Y éstos veían esos cuellos y no abrían la boca. «Pussy». Abenazar o Dick Cuatro, que habían estado en sexto el año anterior, les habrían obligado a quitárselos inmediatamente si no querían… Pero el sexto curso de ese trimestre estaba compuesto principalmente por chicos jóvenes, pero brillantes e inteligentes, muy estimados por los jefes de casa, demasiado celosos de su dignidad como para enfrentarse abiertamente a esos tres chicos tan llenos de recursos. Así que éstos se ponían la gorra en la coronilla en vez de inclinada sobre un ojo, como solían hacer los de quinto, lucían botas de cuero entre semana y maravillosas corbatas de fantasía los domingos sin que nadie protestara. M'Turk quería entrar en Cooper's Hill[107] y Stalky en Sandhurst en primavera; y el director les había dicho que, como no se hundieran estrepitosamente en vacaciones, lo conseguirían sin problemas. Como un domador de potros, el director no solía equivocarse al calcular las posibilidades de éxito de sus pupilos.

Había estado hablando a solas con Beetle ese día. Y dándole muy buenos consejos, que Beetle había olvidado por completo cuando llegó al estudio, pálido de emoción, y empezó a contar la maravillosa historia. Hacía falta mucha fe para creerla.

—¿Empiezas con cien al año? —dijo secamente M'Turk—. ¡Vaya porquería!

¡Y me pagan el viaje! Todo está arreglado. El director dice que llevaba mucho tiempo buscándome esto, y yo no tenía ni idea, ni la más remota idea. Uno no empieza a escribir desde el principio, ya sabéis. Se empieza mandando telegramas y recortando cosas de los periódicos con tijeras.

—¿Con tijeras? Vas a armar una buena —dijo Stalky—. Pero en cualquier caso éste es también tu último trimestre. Siete años… y no somos prefectos.

—No han estado tan mal estos años, ¿eh? —dijo M'Turk—. Me va a dar pena irme del viejo colegio. ¿A vosotros no?

Miraron las olas espumeantes rompiendo en la playa en la clara luz invernal.

—Me pregunto dónde estaremos dentro de un año —dijo Stalky distraídamente.

—Y dentro de cinco —dijo M'Turk.

—Ah —dijo Beetle—, lo de que me voy es un secreto. El director no se lo ha contado a nadie. Lo sé porque Prout me ha dicho que si fuera un poco razonable podría ser prefecto el trimestre que viene. Debe de estar harto de los que tiene ahora.

—Vamos a acabar nuestra estancia aquí haciéndoles algo a los de sexto, ¿vale? —propuso M'Turk.

—¡Pequeños escolares tiñosos! —dijo Stalky, que ya se consideraba un cadete de Sandhurst—. ¿Para qué?

—Por el efecto moral —contestó—. Podemos crear una tradición imperecedera y todas esas cosas.

—Mejor sería ir a Bideford a pagar nuestras deudas —dijo Stalky—. Mi padre me ha mandado tres libras *ad hoc* **[108]**. Sólo debemos treinta chelines, de todas formas. Ve a ver al director, Beetle, y pídele permiso ara salir. Di que quieres corregir *El patriota de Swillingford*.

—Es que es verdad que quiero corregirlo —dijo Beetle—. Va a ser mi último número y me gustaría que saliera bien. Se lo diré antes de la comida.

Diez minutos más tarde salieron uno detrás de otro con permiso para no estar cuando pasasen lista a las cinco, con toda la tarde a su disposición. Desafortunadamente Beetle se encontró con King, que nunca podía dejar sus ingeniosidades. Pero batallones enteros de Kings no podrían conseguir que Beetle se enfadara ese día.

—¡Ajá! Disfrutando de la alta literatura, ¿no, amigo mío? —dijo frotándose las manos—. Las matemáticas vulgares no son para una mente tan sutil como la tuya, supongo.

«Cien libras al año», pensaba Beetle sonriendo abstraídamente.

—Nuestra abierta incompetencia se refugia en las floridas sendas de la infiel ficción. Pero el día del juicio se acerca, mi querido Beetle. Yo mismo he elaborado algunas insignificantes preguntitas de prosa latina de las que incluso tú no te podrás evadir con toda tu experiencia en las artes del engaño. Sí, prosa latina. Creo, si se me permite opinar así, y veremos si es cierto cuando los exámenes estén preparados, que Ulpiano[109] te va a sentar muy bien. ¡Ajá! *Elucescebat* [110], dijo nuestro amigo. ¡Veremos lo que pasa! ¡Veremos lo que pasa!

Ninguna reacción por parte de Beetle. Estaba navegando en un vapor, con pasaje para el ancho y maravilloso mundo, mil leguas[111] más allá de la isla de Lundy.

King le dejó dando un gruñido.

«No lo sabe. Seguirá corrigiendo exámenes, burlándose y luciéndose delante de los pequeños el trimestre que viene… y el otro». Beetle se dio prisa para alcanzar a sus compañeros en el empinado sendero de la colina llena de matorrales que había detrás del colegio.

Tiraron algunas piedras al gasómetro, y el encargado, totalmente manchado de negro, les gritó que parasen de una vez. Observaron cómo engrasaba una llave que estaba hundida en un hueco entre dos arbustos.

—Cockey, ¿para qué sirve eso? —dijo Stalky.

—Para mandaros el gas a vuestras cocinas —dijo Cokey—. Si yo no la mantuviese abierta, jóvenes caballeros, tendríais que estudiar a la luz de una vela.

—¡Humm! —dijo Stalky, y se quedó en silencio durante más de un minuto.

—¡Hola! ¿Dónde vais, chicos?

Al tomar una curva del camino se encontraron cara a cara con Tulke, prefecto principal de la casa de King, un chico bajito, con pelo blanco, del tipo que hacen prefecto por su intelecto, y que después siempre tiene que recurrir al director para que apoye su autoridad cuando el celo ha sido mayor que la discreción.

No le hicieron ni caso. Tenían permiso para salir. Tulke repitió la pregunta impacientemente, pues el estudio número cinco le había humillado muchas veces y creía que por fin los había cogido con las manos en la masa.

—¿A ti qué te importa? —contestó Stalky con su sonrisa más dulce.

—Oídme bien, no voy… ¡no voy a dejar que los de quinto me toméis el pelo! —farfulló Tulke.

—Entonces deja de decir tonterías y convoca una reunión de prefectos —dijo M’Turk, que conocía la debilidad de Tulke.

El prefecto se quedó mudo de rabia.

—No debes gritar así a los de quinto —dijo Stalky—. Es de muy mala educación.

—¡Calla la boca, patoso! —dijo M’Turk tranquilamente.

—Yo…, yo lo que quiero es que me digáis qué estáis haciendo fuera de los límites —esto blandiendo amenazadoramente su vara de prefecto.

—¡Ah, bueno! —dijo Stalky—. Ahora está más claro. ¿Por qué no lo has preguntado antes?

—Bueno, lo pregunto ahora. ¿Qué estáis haciendo?

—Te estamos admirando, Tulke —dijo Stalky—. Pensamos que eres un tipo estupendo en todos los sentidos. ¿Verdad?

—¡Claro que sí! ¡Sí, claro! —un coche lleno de chicas apareció en la curva, y Stalky se arrodilló ante Tulke en actitud de oración. Tulke se sonrojó.

—Tengo razones para creer… —empezó.

¡Oyez! ¡Oyez! ¡Oyen! **[112]** —gritó Beetle imitando al pregonero de Bideford—. ¡Tulke tiene razones para creer! ¡Tres hurras por Tulke!

Tres hurras fueron dados.

—Esto es para expresar nuestra admiración sin límites por ti —dijo Stalky—. Ya sabes cuánto te queremos. Te queremos tanto que nos parece que lo mejor sería que te fueras a casa y te murieras. Eres demasiado bueno para vivir.

—Sí —dijo M’Turk—. Haznos el favor de morirte. ¡Piensa qué adorable estarías en el ataúd!

Tulke desapareció por la carretera con mirada torva.

—Eso significa una reunión de prefectos, segurísimo —dijo Stalky—. El honor de sexto está en juego y todo eso. Tulke se dedicará a escribir notas después de comer y Carson nos llamará después del té. En este caso no van a poder hacer la vista gorda.

—¡Os apuesto un chelín a que nos sigue! —dijo M’Turk—. Es un enchufado de King, y sería una victoria para los dos si nos cogiese haciendo algo prohibido. Hoy tenemos que ser unos buenos chicos.

—Entonces vamos al mesón de mamá Yeo a darnos la última comilona. Le debemos diez peniques, y Mary va a llorar amargamente cuando sepa que nos vamos —dijo Beetle.

—Pues a mí me dio un buen golpe en la cabeza la última vez que fuimos —dijo Stay.

—Lo hace si uno no se agacha a tiempo —dijo M’Turk—. Pero normalmente devuelve los besos que se le dan. Vamos a ver a mamá Yeo.

Entraron en una pequeña casita antigua, como de unos doscientos años, con ventanas de cristal verde, medio lechería medio restaurante, que estaba al fondo de una estrecha callejuela. Eran clientes asiduos desde su época de *fags*, y muy amigos de la casa.

—Hemos venido a pagar nuestras deudas, mamá —dijo Stalky rodeando con su brazo las cincuenta y seis pulgadas de cintura de la señora de la casa —. A pajar nuestras deudas y a decir adiós… y… tenemos un hambre tremendo.

—¡Eh! —dijo mamá Yeo—. ¡Galanteando conmigo! Me avergüenzo de vosotros…

—Tenga en cuenta que no lo haríamos si Mary estuviera aquí —dijo M’Turk adoptando el acento del norte de Devon que los chicos usaban en sus correrías.

—¿Quién está tomando mi nombre en vano? —la puerta interior se abrió y por ella apareció Mary, ruda, con ojos azules y mejillas rojas como manzanas, con un tazón de nata en las manos. M’Turk la besó. Beetle le imitó con calma ejemplar. Ambos recibieron sendos bofetones.

—Nunca beses a la doncella si puedes besar a la señora —dijo Stalky guiñándole el ojo sin vergüenza a mamá Yeo a la vez que inspeccionaba un estante lleno de botes de mermelada.

—¡Hombre, por fin uno que no es aficionado a las tortas! —dijo Mary mirándole provocativamente.

—¡Nada de eso! A mí me besan cuando yo quiero —dijo Stalky de espaldas.

—¿Yo? ¡Ni loca! Habrase visto, el creído…

—No he dicho nada de ti. En Northam hay miles de chicas. Sí, y en Appledore —un sorbetón irreproducible, medio de desprecio, medio de añoranza, cerró la réplica.

—¡Vaya! Nunca llegarás a nada. Pero ¿qué haces oliendo la nata?

—Está podrida —dijo Stalky—. Mira, huélela.

Mary hizo incautamente lo que le pedían.

—Los besos de Bidevoor no son desdeñables —dijo Stalky dándole uno a Mary sin recibir ningún golpe a cambio.

—Tú…, tú…, tú… —balbuceó Mary más que contenta.

—Son mejores los de Northam, más ricos, como… Y además te los devuelven —dijo, mientras M’Turk bailaba solemnemente un vals con mamá

Yeo, que estaba casi sin respiración, y Beetle le contaba a Mary las malas noticias. Se sentaron ante un festín de nata batida, mermelada y pan caliente.

—Sí. Nunca más nos vas a volver a ver, Mary. Vamos a ser pastores y misioneros.

—¡Atención todos! —dijo M’Turk mirando por las rendijas de la persiana —. Tulke nos ha seguido. Está llegando por la calle.

—Nunca nos han puesto fuera de los límites —dijo mamá Yeo—. No os preocupéis, queriditos míos —se fue al cuarto interior para hacer la cuenta.

—Mary —dijo Stalky de repente con intensidad trágica—. ¿Me quieres, Mary?

—¡Sí, claro! ¡Te lo llevo diciendo desde que eras así de alto! —contestó la damisela.

—Entonces, ¿ves a ese que viene por la calle? —Stalky señaló a Tulke, que no se daba cuenta de nada—. Nunca le ha besado ninguna chica desde el día que nació, Mary. ¡Es una vergüenza!

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? Ya le llegará la hora, digo yo —miró a Stalky perspicazmente—. No pretenderás que le dé un beso, ¿verdad?

—Te doy media corona si lo haces —dijo Stalky enseñándole la moneda.

Media corona era mucho para Mary Yeo, y le tentaba gastar una broma; pero…

—Te da miedo —dijo M’Turk en el momento psicológico.

—¡Sí! —Beetle le secundó aprovechando el punto débil de Mary—. Ninguna chica de Northam lo pensaría dos veces. ¡Y siendo tú una chica tan guapa!

M’Turk apoyó un pie contra la puerta interior por si mamá Yeo volviera inoportunamente, porque Mary ya estaba decidida. Fue entonces cuando Tulke encontró su camino obstaculizado por una alta chica de Devon, ese país de besos fáciles, los más agradables bajo el sol. Se apartó educadamente. Ella reflexionó un momento y posó una gran mano en el hombro del prefecto.

—¿Dónde vas, querido?

A pesar del enorme pañuelo que se había metido en la boca, Stalky pudo ver cómo el chico se ponía de color escarlata.

—¡Dame un beso! ¿Es que no te enseñan modales en el colegio?

Tulke tragó saliva y se dio la vuelta. Mary le dio dos besos solemnes y concienzudos, y el infortunado chico salió corriendo.

Mary volvió a la tienda con expresión de total asombro.

—¿Le has besado bien? —dijo Stalky dándole el dinero prometido.

—¡Sí, claro! Pero no parecía del colegio. Estuvo a punto de echarse a llorar.

—Eso no nos pasaría a nosotros. Tú no podrías hacernos llorar de esa manera —dijo M'Turk—. Inténtalo.

En vista de lo cual, Mary los persiguió por toda la tienda dando bofetones a diestro y siniestro.

—No creo que vaya a haber una reunión de prefectos.

—¿No? —dijo Beetle—. Escuchad. Si él la besó, que es lo que diremos nosotros, es un marrano cínicamente inmoral, y su conducta una indecencia clamorosa. *Confer orationes Regis furiosissimi* [113] cuando me pilló leyendo *Don Juan* [114].

—Claro que la besó —dijo M'Turk—. En medio de la calle. ¡Con la gorra de su casa puesta!

—A las cuatro menos tres minutos exactamente. Acordaos de eso. ¿Qué pasa, Beetle? —dijo Stalky.

—Pues que como es uno de esos bichos que dicen siempre la verdad, igual le da por confesar que sí que le besaron.

—¿Y qué? Mejor.

—¿Cómo que y qué? —Beetle se estremecía de regocijo con sólo imaginárselo—. ¿No te das cuenta? La conclusión que se sigue lógicamente es que los de sexto no se saben proteger del ultraje y la violación. ¡Necesitan niñeras que cuiden de ellos! Sólo tenemos que insinuar esto en el colegio; entonces… ¡Juerga para sexto! ¡Y juerga para vosotros! ¡Pase lo que pase va a ser divertido!

—¡Bien! —dijo Stalky—. Nuestro último trimestre está terminando muy bien. Venga, ve ahora a acabar tu periodicucho, y Turkey *y yo* te echaremos una mano. Vamos por detrás. No hace falta molestar a Randall.

—Pero no me desordenéis todo, ¿eh? —Beetle sabía lo que podía esperar de su ayuda, pero no le disgustaba en absoluto mostrar a sus aliados lo importante que era. El pequeño desván que había detrás de la imprenta de Randall era su territorio, desde donde se veía ya a sí mismo dirigiendo el *Times* [115]. Aquí, siguiendo las orientaciones del entintado aprendiz, se había acostumbrado a arreglárselas con más o menos trabajo con la caja de los tipos, y se consideraba un experto cajista.

Los moldes acuñados del periódico del colegio descansaban sobre una mesa al lado de una prueba; pero Beetle no estaba dispuesto de ninguna manera a corregir unas meras pruebas. Con un macillo y unas pinzas quitó algunas misteriosas cuñas de madera que dejaron el molde libre, sacó una

letra de aquí y metió otra allá, leyendo todo lentamente y deteniéndose con mucha frecuencia para reírse de sus propias ocurrencias.

—No te pondrás tan chulo —dijo M'Turk— cuando tengas que hacerlo para ganarte la vida. Déjame ver si puedo leerlo.

—¡Fuera! —dijo Beetle—. Lee esos moldes que están en la rama si te crees que sabes tanto.

—¡Moldes en una rama! ¿Qué es eso? ¡No seas tan exageradamente profesional!

M'Turk se dedicó con Stalky a merodear por la oficina. Dejaron pocas cosas donde estaban antes.

—Ven aquí un momento, Beetle. ¿Qué es esto? —dijo Stalky algunos minutos después—. Tiene un aspecto familiar.

—Es el examen de prosa latina de King —dijo Beetle después de echar un vistazo—. In… *in Verrem: actio prima* [116]. ¡Menudo descubrimiento!

—¡Imagínate cuántos chicos de alma pura y mente elevada darían un brazo por poder ver lo que estamos viendo nosotros! —dijo M'Turk.

—No, querido Willie —dijo Stalky—; eso estaría feo y les sentaría mal a nuestros amables profesores. Tú nunca harías trampas en un examen, ¿verdad?

—De todas formas no se entiende nada —fue la respuesta—. Además, nos vamos al final del trimestre, así que a nosotros nos da igual.

—¿Os acordáis de lo que hizo Bloomer el considerado con los sabuesos de Puffington[117]?. Vamos a ayudar un poco a King —dijo Stalky, exultante con un gozo diabólico—. A ver qué es lo que puede hacer Beetle con esos fórceps de los que está tan orgulloso.

—No creo que la prosa latina pueda liarse más de lo que ya lo está por naturaleza, pero se hará lo que se pueda —dijo Beetle, intercambiando los puestos de un *aliud* y un *Asiae*.

—¡Vamos a ver! Pongamos este punto un poco más allá, para que la frase empiece con la siguiente mayúscula. ¡Bien! Podemos subir estas tres líneas en bloque.

—«Uno de esos descansos científicos por los que este eminente cazador es celebrado tan justamente». —Stalky se sabía el episodio de Puffington de memoria.

—¡Mira! Aquí hay un *vol… voluntate quidnam* muy interesante —dijo M'Turk.

—Sí, ahora mismo… *Quidnam* va detrás de *Dolabella*.

—El viejo Dolabella —murmuró Stalky—. Ten cuidado. Qué prosa infame la de Cicerón, ¿verdad? Debería estarnos agradecidos por…

—¡Atención! —dijo M'Turk intentando descifrar otro molde— ¿Qué os parece una oda? *Qui… quis…*, eh, es la de *Quis multa gracilis*, claro.

—Tráela aquí. Esto ya está arreglado —dijo Stalky después de unos minutos de trabajo afanoso—. «No pegues a los perros sin necesidad».

—*¿Quis Munditiis?* No está mal, no está mal —dijo Beetle manejando las tenacillas—. ¿A que suena bien esta pregunta? *¡Heu quoties fidem!* Suena como si el tipo este estuviera inquieto y nervioso. *Cuiflavana religas in rosa*, qué sabor se relega a la rosa. *Mutatosque Deos flebit in antro*.

—Dioses mudos llorando en una cueva —tradujo Stalky—. Increíble, Horacio necesita que lo cuidemos tanto como… Tulke.

Siguieron redactando fidedignamente hasta que ya no se pudo ver más por la oscuridad.

—«¡Ajá! *Elucescebat*, dijo nuestro amigo». ¿Viene bien Ulpiano, verdad? Si King puede aprovechar algo de esto, soy un espantapájaros con ojos azules —dijo Beetle mientras salían por la ventana a un camino trasero conocido por ellos desde hacía mucho y emprendían un trote de tres millas hacia el colegio. Pero la revisión de los clásicos les había entretenido demasiado. Se detuvieron, agitados y jadeantes, entre los arbustos que había detrás del gasómetro, desde donde se veía parpadear allá abajo las luces del colegio. Ya llevaban un retraso de más de diez minutos para el té; y debían de haber cerrado.

—No hay nada que hacer —resoplo M'Turk—. Os apuesto un chelín a que Foxy está esperando a los que llegan tarde debajo del farol del patio. Es un fastidio, porque el director nos dio permiso para salir y no está bien pasarse en estos casos.

—«Déjame buscar en el almacén cautivo de mi conocimiento» —dijo Stalky.

—¡Oh, porras! Deja en paz a Jorrock. Vamos a darnos prisa —le interrumpió M'Turk.

—«*Mr*. Radcliffe también estaba en contra de las botas de obispo, pero hablaba maravillas de las de campanas limpiadas con *champagne* y mermelada de albaricoque». ¿Dónde está eso que Cokey estaba haciendo girar esta tarde?

Le oyeron palpar en medio de la humedad y, de repente, contemplaron un gran milagro. Las luces de las casas de los guardacostas, que estaban cerca del mar, se apagaron; las ventanas brillantemente iluminadas del club de golf

desaparecieron, siendo imitadas enseguida por las fachadas de los dos hoteles. Las dispersas casas de campo parpadearon un poco y se desvanecieron. Finalmente, también las luces del colegio se extinguieron. Se quedaron solos en la total oscuridad de una ventosa noche de invierno.

—«Mil demonios. Es una helada. ¡Las dalias están muertas!» —dijo Stalky—. ¡A casa!

Se lanzaron entre los calados arbustos, mientras la escuela zumbaba como un enjambre enfadado y los comedores gritaban «¡luz!, ¡luz!, ¡luz!», hasta que llegaron al borde del camino que conducía a su estudio. Rápidos como balas pero dando botes como chicos que eran, se precipitaron en el estudio, se pusieron unos pantalones y unos abrigos secos en menos de dos minutos y bajaron en zapatillas al tumulto del comedor, que parecía el epicentro de una revolución sudamericana.

—«Oscuridad diabólica… y además huele a queso». —Stalky se abrió paso a codazos entre la muchedumbre exigiendo más luz como todos—. Cokey debe de haberse ido a dar una vuelta. Foxy va a tener que ir a buscarle.

Prout intentaba, como jefe de casa, restaurar el orden, pues algunos chicos maleducados estaban tirando bolas de mantequilla en medio del caos, y M’Turk había volcado la tetera de los *fages*, de manera que muchos se habían quemado y lloraban de dolor no fingido. Los de tercero y cuarto entonaban la canción del colegio «Viva la compañía», con acompañamiento de mangos de cuchillos golpeados contra la mesa; y los más pequeños chillaban como murciélagos y se quitaban mutuamente la comida. Doscientos cincuenta chicos en plenitud de facultades en busca de más luz son una masa imposible de controlar.

Cuando un olor a gas mareante demostró que el suministro había sido reanudado, Stalky, con el chaleco desabrochado, estaba sentado, ahíto, ante la que hubiera sido su cuarta taza de té.

—Y todo va bien —dijo—. ¡Eh! ¡Aquí llega Pomponius Ego!

Era Carson, el jefe de los prefectos, una persona sencilla e íntegra, pilar fundamental del equipo de fútbol, que se acercó a ellos desde la mesa de los prefectos y los invitó, con voz ronca y oficial, a pasarse por su estudio media hora más tarde.

—¡Reunión de prefectos! ¡Reunión de prefectos! —el murmullo se extendió por todas las mesas, que empezaron a imitar exageradamente las acciones y efectos de las varas de fresno en funcionamiento.

—¿Cómo les tomamos el pelo hoy? —preguntó Stalky mirando a Beetle — ¡Hoy te toca a ti dirigir el juego!

—Mirad —respondió—. Lo único que os pido es que no os riáis. Me voy a encargar de la inmoralidad del joven Tulke *à la* King; va a ser algo serio. Si no podéis aguantaros la risa, no me miréis porque seguro que me la pegáis.

—Ajá. Muy bien —dijo Stalky.

Todos los músculos del flaco semblante de M'Turk se tensaron, y los párpados se entrecerraron sobre sus ojos. Esto último era una clara señal de guerra.

Los ocho o nueve prefectos, con expresión grave y resuelta, estaban sentados en semicírculo en el estudio severamente amueblado de Carson. Tulke no era muy popular entre ellos, y algunos que conocían más a Stalky y compañía se preguntaban si habría hecho bien o se iba a poner en ridículo. Pero había que defender la dignidad del sexto curso. Así que Carson empezó sin perder tiempo:

—Bueno, chicos, os he… os hemos hecho venir para deciros que sois demasiado descarados con los de sexto…, es decir, desde hace algún tiempo… y… y hemos aguantado todo lo que hemos podido, pero parece que habéis estado insultando a Tulke en la carretera de Bideford esta mañana, y os vamos a demostrar que no lo podéis hacer. Eso es todo.

—Es muy amable por vuestra parte —dijo Stalky—, pero resulta que nosotros también tenemos nuestros derechos. Vosotros no podéis, sólo porque os hayan hecho prefectos, llamar a unos alumnos de los cursos superiores para sermonearlos como si fueseis jefes de casa. No somos *fags*, Carson. Esto puede irle bien a Davies tercero, pero no a nosotros.

—Además, no somos prefectos desde hace tiempo porque Prout está chiflado, y lo sabéis tan bien como nosotros —dijo M'Turk—. No tenéis ningún tacto.

—Y esto no es todo —dijo Beetle—. Una reunión de prefectos debe ser comunicada al director. Quiero saber si el director respalda a Tulke en este asunto.

—Bueno… esto no es exactamente una reunión de prefectos —dijo Carson—. Sólo os hemos llamado para advertiros.

—Pero todos los prefectos están aquí —insistió Beetle—. ¿Cuál es la diferencia?

—¡Cómo! —dijo Stalky—. ¿Queréis decir que sólo es una advertencia, y para eso nos habéis mandado a buscar delante de toda la escuela a la hora del té y dejándoles convencidos de que se trataba de una reunión de prefectos? Desde luego, Carson, te estás metiendo en un lío, en un verdadero lío.

—Es un asunto de lo más feo, de lo más feo —dijo M’Turk moviendo la cabeza—. Muy sospechoso.

Los de sexto se miraron unos a otros nerviosamente. Tulke había convocado tres reuniones de prefectos en dos trimestres, hasta que el director les había dicho que su cometido era mantener la disciplina sin necesidad de recurrir continuamente a su autoridad. Ahora parecía que se habían equivocado una vez más, pero cualquier chico se habría olvidado de plantearse el grado de legalidad de la reunión impresionado por la gravedad de la corte. Las protestas de Beetle eran una prueba más de su célebre desparpajo.

—Bueno, en cualquier caso os merecéis una paliza —gritó un tal Naughten incautamente. Entonces es cuando le llegó la inspiración a Beetle.

—¿Por qué? ¿Por mezclarnos en los amoríos de Tulke? —éste cambió de color como un camaleón.

—¡Oh, no, no puedes! —dijo; pero Beetle siguió hablando.

—Tú ya has tenido tu turno. ¡Han montado todo esto por haberte insultado sólo para darnos un aviso! ¿No es verdad? Ahora nos toca a nosotros.

—Yo…, yo… —Tulke no sabía qué decir—. No permitáis que este diablejo empiece con sus injurias.

—Si tienes algo que decir, Beetle, dilo educadamente.

—¿Educadamente? Vale. Escuchad. Cuando fuimos a Bideford encontramos a este adorno del sexto curso, ¿es eso suficientemente educado?, bajando por la carretera con una expresión francamente indecente. Entonces no sabíamos por qué tenía tanto interés en hacernos volver, pero a las cuatro menos cinco, cuando estábamos en la tienda de Yeo, vimos a Tulke a plena luz del día, con la gorra de su casa puesta, besando y abrazando a una mujer en la calle. ¿Lo he contado educadamente?

—Yo no hice… yo no estaba…

—¡Nosotros te vimos! —dijo Beetle—. Y ahora…, voy a ser educado, Carson,… vuelves con el calor de sus besos en tus labios —Beetle aprovechó sus recientes lecturas poéticas— y convocas reuniones de prefectos que no son tales para defender el honor del sexto curso —un nuevo y prometedor camino se abrió delante de él en ese momento—. ¿Y cómo sabemos —gritó —, cómo podemos saber cuántos más de sexto están implicados en este abominable suceso?

—Sí, eso es lo que queremos saber —dijo M’Turk firme y dignamente.

—Queríamos comentarlo contigo en privado, Carson, pero te has empeñado en hacer una reunión —dijo Stalky compasivamente.

Los de sexto estaban demasiado asombrados para contestar. Así que Beetle aprovechó para proseguir su ataque imitando cuidadosamente la retórica de King, superándose y sorprendiéndose a sí mismo.

—No…, no tanto la cínica inmoralidad del hecho en cuestión cuanto la llamativa obscenidad del mismo, eso es lo espantoso. Por lo que a nosotros respecta, nos es imposible ir a Bideford sin darnos de narices con los amoríos de algún prefecto. No hay motivo para reírse tontamente, Naughten. No presumo de saber mucho sobre estas cosas, pero me parece que uno debe de estar profundamente hundido en el pecado —eso era una cita del capellán del colegio— cuando llega a abrazar a su amante —eso era de Hakluyt— delante de toda la ciudad —un homenaje a Milton—. Podría por lo menos haber tenido la buena educación, tema en el que creo que sois expertos, de esperar hasta la noche. Pero no la tuvo. ¡No la tuviste! Oh, Tulke. Tú…, ¡animalito incontinente!

—Eh, cállate un minuto. ¿Qué hay de cierto en esto que ha contado, Tulke? —dijo Carson.

—Yo… veréis. Lo siento mucho. Nunca imaginé que Beetle sacara este tema.

—¡Porque… no tienes… decencia… pensaste… que yo tampoco la tenía! —gritó Beetle indignadamente.

—Lo intentabas ocultar todo con el cuento de una conspiración, ¿no? —dijo Stalky.

—Esto es un insulto tremendo contra nosotros tres —dijo M’Turk—. Tienes una mente de lo más sucia.

—Si seguís hablando en ese tono os voy a echar ahora mismo —dijo Carson enfadado.

—Eso demuestra que es una conspiración —dijo Stalky con el aire de una virgen mártir.

—Yo… yo iba por la calle… os lo juro —gritó Tulke—, y… lo siento muchísimo…, una mujer se me acercó y me besó. Os juro que yo no la besé a ella.

Se produjo un silencio pesado, interrumpido sólo por el largo silbido de desprecio, pasmo y mofa de Stalky.

—Por mi honor —masculló el acusado—. Oh, que dejen de burlarse de mí.

—Bueno —intervino M’Turk—. Estamos obligados, por supuesto, a aceptar lo que dices.

—¿Qué pasa aquí? —rugió Naughten—. Tú no eres el jefe de prefectos, M'Turk.

—Claro, caro —contestó el irlandés—. Vosotros conocéis a Tulke mejor que nosotros. Yo sólo hablo por nosotros. Nosotros aceptamos la palabra de Tulke. Lo único que digo es que si me hubierais encontrado a mí en esa situación tan lamentable y lo hubiera explicado como lo ha hecho Tulke…, no sé lo que habríais dicho. Pero parece, por la palabra de honor de Tulke…

—Y Tulkus, perdón, Tulkiss[118], por supuesto… Tulkiss es un caballero de palabra —apostilló Stalky.

—¡… parece que los de sexto no pueden evitar que los besen cuando van de paseo! —gritó Beetle elevando de repente el tono del ataque—. Dulce asunto este, ¿no es verdad? Divertido para contárselo a los *fags*, ¿eh? Nosotros no somos prefectos, es cierto, pero tampoco nos van besando por la calle. No creo que lleguemos a entenderlo nunca, ¿verdad, Stalky?

—¡Imposible! —dijo Stalky, dándose la vuelta para esconder sus emociones. El rostro de M'Turk sólo expresaba un desdén soberano y algo cansado.

—Pues parece que sabéis mucho de este asunto —replicó un prefecto.

—No podemos evitarlo cuando vosotros nos lo ponéis delante de las narices —Beetle cambió el registro hacia una parodia del estilo mordaz más coloquial de King, algo así como una lluvia ligera después de una tormenta eléctrica—. Todo esto es bastante vil y desgraciado, ¿no os parece? No sé quién queda en peor posición: Tulke, que ha tenido la mala suerte de ser descubierto, o los otros que no lo han sido. Y nosotros —se volvió con mirada feroz hacia los otros dos— tenemos que aguantar de pie sus insultos sólo porque les hemos molestado en sus intrigas.

—¡Déjalo ya! Sólo quería advertiros —dijo Carson poniéndose con ello enteramente en manos del enemigo.

—¿Advertirnos? ¿Tú? —dijo con la expresión del que encuentra algo repugnante en su armario—. Carson, ¿serías tan amable de explicarnos qué motivo concebible puedes tener para advertirnos de nada después de lo que ha pasado? ¿Advertir? ¡Oh, esto ya es demasiado! Vamos a algún sitio donde se pueda respirar.

Un portazo subrayó la salida de tanta inocencia tan ultrajada.

—¡Oh, Beetle! ¡Beetle! ¡Beetle! ¡Dorado Beetle[119]! —sollozó Stalky echándose encima de Beetle en cuanto llegaron al estudio—. ¿Cómo has conseguido hacer eso?

—¡Querido amigo! —dijo M’Turk abrazando la cabeza de Beetle con ambos brazos, haciéndola girar adelante y atrás y cantando al mismo tiempo:

Lindos labios —dulces como— miel o flan.
Siempre cantan —siempre alegres—
floridos de risa están.
Y te invitan —dame un beso— vamos, ya.
¡Tarariro! —¡Tarariro!— ¡Tarariro! —¡Mua!

—¡Cuidado! Vas a cargarte mis faroles —jadeó Beetle emergiendo—. ¿Verdad que he estado glorioso? ¿A que hice el Eric espléndidamente? ¿Os disteis cuenta de cómo he plagiado a King? ¡Oh, porras! —su semblante se ensombreció—. Me he olvidado de usar un adjetivo: impúdico. No sé cómo lo pude olvidar. Es uno de los favoritos de King.

—Da igual. Enseguida van a empezar a mandar embajadores para pedirnos que no se lo contemos a los demás. Es un asunto endiabladamente fastidioso para ellos —dijo M’Turk—. Pobre sexto, ¡pobre viejo sexto!

—Ballenatos inmorales —refunfuñó Stalky—. ¡Menudo ejemplo para chicos de alma pura como tú y yo!

Los de sexto estaban horrorizaos en el estudio de Carson, mirando amenazadoramente a Tulke, que estaba al borde de las lágrimas.

—Estarás contento —dijo agriamente el jefe de prefectos—. Has conseguido meternos a todos en un lío espantoso, Tulke.

—¿Por… por qué no le cascasteis a ese diablo de Beetle antes de que empezara a decir burradas? —sollozó Tulke.

—Sabía que iba a haber problemas —dijo un prefecto de la casa de Prout —; pero insististe en tener la reunión, Tulke.

—Sí, y ha sido estupendo —dijo Naughten—. Vienen y se ríen de nosotros cuando se supone que somos nosotros los que les vamos a sermonear a ellos. Beetle nos habla como si fuésemos un puñado de idiotas y… y todo eso. Y cuando ya no pueden decir nada más para ponernos verdes, se van dando un portazo como si fueran jefes de casa. Y todo esto por tu culpa, Tulke.

—Pero yo no la besé.

—¡Pedazo de bruto! Si hubieras dicho que lo habías hecho y te hubieras reafirmado en ello habría sido diez veces mejor —replicó Naughten—. Ahora se lo van a contar a toda la escuela, y Beetle se inventará un montón de rimas y de apodos.

—¡Pero es que me besó ella! —el cerebro de Tulke se movía lentamente para todo lo que no fueran estudios.

—No esto pensando en ti, sino en nosotros. Voy a ir a su estudio a ver si puedo conseguir que se queden callados.

—Tulke está deshecho por todo este asunto —empezó Naughten intentando congraciarse con Beetle cuando lo encontró.

—¿Quién le ha besado ahora?

—… y he venido para pediros, especialmente a ti, Beetle, que no permitáis que se sepa en todo el colegio. Por supuesto, alumnos tan mayores como vosotros comprenderéis fácilmente por qué.

—¡Humm! —dijo Beetle, con la desgana de alguien que tiene que afrontar un deber cívico desagradable—. Supongo que debería volver a hablar a los de sexto.

—No, no hace ninguna falta, querido amigo, te lo aeguro —se apresuró a decir Naughten—. Yo les transmitiré cualquier mensaje que les quieras mandar.

Pero la ocasión de emplear el adjetivo que faltaba era demasiado tentadora. Así que Naughten volvió a la reunión, todavía no disuelta, seguido por un Beetle pálido, frío y huraño.

—Parece —empezó, con una pronunciación laboriosa y crispada— que se da entre vosotros un cierto grado de inquietud respecto a los pasos que pudiéramos considerar oportuno tomar relativos a esta revelación de, eh, lo impúdico. Si os sirve de consuelo saber que hemos decidido, por el honor de la escuela, ya lo entendéis, no decir nada sobre tanta impudicia, pues… sabed que es así.

Se dio la vuelta, con la cabeza entre las estrellas, y volvió lentamente al estudio donde Stalky y M’Turk, apoyados en la mesa, se frotaban los ojos llenos de lágrimas, demasiado débiles todavía para moverse.

El examen de prosa latina fue un éxito mayor que el que nunca hubieran podido soñar. Stalky y M’Turk ya no tenían exámenes, porque sólo iban a las clases extra del director, pero Beetle tenía que seguir asistiendo.

—Esto, supongo, será un *parergon*[120] para ti —dijo King sacando los exámenes—, una exhibición final antes de ser llevado a esferas superiores, un último ataque a los clásicos. Ya antes de empezar pareces algo confuso.

Beetle estudió el texto con las cejas fruncidas.

—No entiendo nada —murmuró—. ¿Qué significa esto?

—¡No, no! —dijo King con coquetería escolástica—. Eres tú el que tienes que decir lo que significa. Esto es un examen, Beetle mío, no un concurso de

adivinanzas. Verás que tus compañeros no tienen la menor dificultad para…

Tulke se levantó de su sitio y dejó el papel en la mesa del profesor. King lo miró, rojo, y poco a poco se fue poniendo de un verde cadavérico.

«Lo que se está perdiendo Stalky —pensó Beetle—. ¿Cómo se las arreglará King para salir airoso de ésta?».

—Parece que, al fin y al cabo —empezó King, tragando saliva—, hay algo de cierto en la observación de nuestro estimado Beetle. Me… eeh… inclino a creer que el simpático Randall debe de haber desordenado el molde… si es que sabéis lo que esto significa. Beetle, tú que te las das de redactor: quizá podrías ilustrar a tus compañeros sobre la naturaleza y función de los moldes.

—¿Qué, señor? ¿Qué moldes? No encuentro ningún verbo en esta frase, y… y… la oda es totalmente diferente, me parece.

—Estaba a punto de decir, antes de que adelantases tus críticas, que debe de haberse producido algún accidente en la imprenta, y que el cajista probablemente haya intentado ordenarlo de nuevo a la luz de sus conocimientos innatos. No… —sostuvo el impreso con el brazo estirado delante de sí—, nuestro buen Randall no es una autoridad en Cicerón u Horacio.

—Qué cara, echándole la culpa a Randall —susurró Beetle a su vecino—. King debía de estar borracho como una cuba cuando lo escribió.

—Pero, queridos discípulos, podemos corregir el error dictando el examen.

—No, señor —la respuesta salió de una docena de gargantas a la vez—. Eso nos dejaría con menos tiempo para el examen. Sólo tenemos dos horas, señor. No es justo. Era un examen sobre un texto impreso. ¿Cómo se nos va a calificar? Todo es culpa de Randall. Nosotros no tenemos la culpa che nada. Un examen es un examen —etc.

Naturalmente, *Mr*. King interpretó la situación como un intento de socavar su autoridad y, en vez de empezar inmediatamente el dictado, aleccionó a sus muchachos sobre el espíritu con el que habría que enfrentarse a los exámenes. Cuando la tormenta estaba a punto de extinguirse, Beetle la reavivó con más fuerza que antes.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué le estabas diciendo a MacLagan?

—Sólo decía que quizás se debería haber mirado los papeles antes de repartirlos, señor.

—¡Eso, eso! —gritó alguien desde los últimos bancos.

Mr. King quiso saber si Beetle consideraba como su responsabilidad personal la dirección de la política educativa del colegio. Su interés inquisitivo consumió otro cuarto de hora, al final del cual los prefectos mostraban inequívocos síntomas de aburrimiento.

—Oh, fue un rato curioso —dijo Beetle después en el número cinco, ya medio desamueblado—. Se dedicó a farfullar, *y yo* provoqué que siguiera haciéndolo, y después apenas le dio tiempo de dictar la mitad de Dolabella y compañía.

—¡El viejo Dolabella! Mi viejo amigo. ¿Te refieres a ése? —dijo Stalky tiernamente.

—Entonces, claro, le tuvimos que preguntar cómo se escribía casi cada palabra, y aprovechó esto para soltarnos otro discurso de esos que tanto le gustan. Echó pestes de mí, de MacLagan, que estuvo muy gracioso, de Randall, de la «ignorancia materialista de las clases medias iletradas», del «preocuparse sólo por las notas» y todo lo demás. Fue lo que podríamos amar una exhibición final, un último ataque, un *par-ergon*.

—Pero estaba totalmente borracho cuando escribió el examen. Supongo que les explicarías esto a los demás —dijo Stalky.

—Oh, sí. Se lo dije a Tulke. Le dije que un prefecto inmoral y un jefe de casa borracho era una combinación de lo más previsible. Tulke casi se echa a llorar otra vez. Está muy sensible con nosotros desde lo de Mary.

Tulke mantuvo ese recelo hasta el último momento, hasta que les hubieron pagado el dinero de viaje y los chicos empezaban a llenar los coches que les llevarían a la estación. Entonces los tres le pidieron sonrientemente que viniera a hablar un poco con ellos.

—Mira, Tulke, tú serás prefecto —dijo Stalky—, pero yo ya no estoy en el colegio. ¿Te das cuenta, querido Tulke?

—Sí, ya lo veo. Me parece muy bien, Stalky.

—¿«Stalky»? Sin faltar al respeto, pedazo de zopenco —gritó Stalky, magnífico con su sombrero, su cuello duro, sus botines y su abrigo de paño grueso—. Quiero que entiendas bien esto: yo soy *Mr*. Corkran, y tú un escolarcillo mocoso de tres al cuarto.

—Además de un epítome de inmoralidad —dijo M'Turk—. ¡Me pregunto cómo te atreves a mezclarte con chicos de mente pura como nosotros!

—Vamos, Tulke —gritó Naughten desde el coche de los prefectos.

—Sí, ahora vamos. Apretaos y hacednos un hueco, colegiales. Todos vais a volver el próximo trimestre con vuestro «sí, señor», «oh, señor», «no, señor» y «por favor, señor»; pero antes de deciros adiós os vamos a contar

una pequeña historia. En marcha, Dickie —le dijo al cochero—; ya estamos listos. Corred esa caja de debajo del asiento y no empujéis a tío Stalky.

—Qué grupo de jovenzuelos tan simpático —dijo M'Turk mirando alrededor con amable condescendencia—. Un poco inmorales, pero… los chicos son chicos. No sirve de nada ponerse tan serio, Carson. Alegra esa cara. ¡*Mr*. Corkran nos va a deleitar contándonos la historia de Tulke y Mary Yeo!

LOS GENIOS DE LA LÁMPARA

Segunda parte

El mismo Infant que le contó la historia de la captura de Bah Naquee[121] al novelista Eustace Clewer heredó la dignidad de *baronet*[122] con las propiedades correspondientes, dejó el ejército y se convirtió en un hacendado, mientras su madre no le quitaba el ojo de encima vigilando para que se casase con la chica adecuada. Pero, nuevo en su estado, regaló a los voluntarios locales un campo de tiro de dos millas en medio de sus terrenos, y las familias vecinas, que vivían recluidas entre bosques llenos de faisanes, le consideraban un loco descarriado. El ruido de los disparos molestaba a sus aves, y el militar retirado fue excluido de la sociedad de los jueces de paz y las personas decentes mientras alguna hija del país no le hiciera sentar la cabeza. Se vengó llenando su casa de grupos selectos de compañeros de colegio de permiso, malos partidos que las doncellas ciclistas de las familias del lugar sólo podían ver de lejos. Yo sabía cuándo un barco de tropas había llegado al puerto por las invitaciones del *baronet*. A veces se trataba de viejos amigos de su edad; en otras ocasiones eran jóvenes gigantes proclives al sonrojo que yo recordaba como pequeños *fags* de segundo a lo sumo; y a éstos Infant y sus amigos les explicaban todos los secretos de la vida militar.

—He tenido que dejar el servicio —decía Infant—; pero eso no es razón para que mi vasta experiencia quede perdida para siempre; sólo tenía treinta años, y ese mismo verano un imperioso telegrama me llevó a su castillo: «Buena redada. Del *Tamar*. Ven».

Había sido, efectivamente, una redada excepcional, como hecha adrede para mí. Había un capitán calvo y decrépito de infantería nativa, cuya indómita nariz roja temblaba febrilmente; se trataba del capitán Dickson. Había otro capitán, también de infantería nativa, con un imponente bigotón; su tez era como de cristal blanco y sus manos delicadas, pero respondía

vivazmente al nombre de Tertius. Había un hombre enormemente grande y bien conservado al que se le notaba que hacía años que no estaba en el frente: bien afeitado, con voz mesurada y aspecto felino, pero que seguía llamándose Abenazar y que trabajaba en el Servicio Político de la India. Y había también un enjuto irlandés, muy tostado por el sol, del Departamento de Telégrafos. Afortunadamente, las puertas de bayeta del ala reservada a los solteros estaban bien cerradas, porque nos arreglamos todos en el pasillo o en los cuartos ajenos, charlando, gritando, llamándonos o incluso bailando en parejas las canciones que Dick Cuatro se iba inventando.

Sumábamos en total sesenta años de servicio para contarnos y, como nos habíamos encontrado de vez en cuando en el cambiante escenario de la India —en alguna comida, algún campamento o las carreras de caballos; en un *dak-bungalow*[123] o una estación de ferrocarril, en la ciudad o en el campo—, nunca habíamos perdido totalmente el contacto. Infant se sentaba en la balaustrada, bebiendo lo que se contaba con interés y envidia. Disfrutaba de su posición, pero su corazón suspiraba por los viejos tiempos.

Era una Babel divertida de asuntos personales, provinciales e imperiales, fragmentos de antiguas listas de colegio y actualidad política, que fue interrumpida por el tañido de un gong birmano. Bajamos no menos de un cuarto de milla para saludar a la madre de Infant, que nos había conocido en los años de colegio y nos recibió como si nos hubiéramos visto la semana anterior. Pero habían pasado quince años desde que me había prestado, con lágrimas de risa, una falda gris de princesa para una representación de teatro.

Fue una comida de las mil y una noches servida en una sala de ochenta pies de largo llena de antepasados y floreros de rosas; y, esto era lo más impresionante, con calefacción de vapor. Cuando terminamos y la pequeña madre se hubo ido —«Chicos, querréis hablar, así que yo os digo buenas noches ahora»—, nos reunimos alrededor de un fuego de madera de manzano que ardía en una gigantesca chimenea de acero, bajo una campana de diez pies de altura. Infant nos suministró una gran variedad de licores curiosos y ese tipo de cigarrillos que son la mejor introducción para la pipa de uno.

—¡Qué maravilla! —murmuró Dick Cuatro desde el sofá donde se había instalado cubierto con una manta—. Es la primera vez que estoy calentito desde que volví a casa.

Estábamos todos casi dentro del fuego, menos Infant, que llevaba suficiente tiempo en casa como para haberse acostumbrado a hacer ejercicio cuando tenía frío. No es la ocupación más divertida, pero los ingleses la practican mucho cuando están en su isla.

—Si dices una sola palabra sobre las virtudes de los baños fríos y los paseos rápidos —tartamudeó M'Turk—, te mato, Infant. Yo también tengo mi corazoncito. ¿Os acordáis cuando nos parecía un reto levantarnos el domingo por la mañana, a cincuenta y siete grados si era verano[124], y bañarnos en la playa? ¡Uf!

—Una cosa que no entiendo —dijo Tertius— es cómo podíamos bajar a los baños, cocernos hasta ponernos completamente de color rosa y subir después con todos los poros abiertos a meternos en una tormenta de nieve o una helada ártica. Y sin embargo recuerdo perfectamente que nadie se murió.

—Hablando de baños —dijo M'Turk riéndose—. ¿Te acuerdas cuando nos bañamos en el número cinco la noche en que el Gallina apedreó a King? ¡Qué no daría por ver al viejo Stalky ahora! Es el único de los dos estudios que no está presente.

—Stalky es el gran hombre de su siglo —dijo Dick Cuatro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—¿Que cómo lo sé? —dijo Dick Cuatro desdeñosamente—. Si hubieras estado alguna vez metido en algún verdadero aprieto con Stalky no lo preguntarías.

—No lo veo desde el campamento de Pindi[125], en el 87 —dije—. Estaba haciéndose un gigante, unos siete pies de alto por cuatro de ancho.

—Un tipo proporcionado. Infernalmente proporcionado —dijo Tertius tirándose del bigote y mirando el fuego.

—Casi le hacen un consejo de guerra y se la carga en Egipto, en el 84 —dijo Infant—. Salimos juntos, los dos igual de novatos; sólo que a mí se me notaba y a Stalky no.

—¿Cuál fue el problema? —dijo M'Turk, acercándoseme distraídamente para colocarme bien la corbata.

—Bah, no fue nada. Su coronel le confió veinte hombres para que lavasen unos camellos, o los cepillasen, o algo parecido, detrás de Suakin[126], y Stalky se encontró con un montón de enemigos a cinco millas de distancia. Realizó una retirada magistral en la que murieron ocho de ellos. Sabía muy bien que no tenía derecho a alejarse tanto, así que tomó la iniciativa y le escribió una carta a su coronel, que echaba espuma por la boca, quejándose de la «escasez de contingentes que se le asignaban para realizar sus misiones». ¡Como si fuera un brigadier gordo charlando con otro! Después fue a hablar con la plana mayor.

—Eso es Stalky puro —dijo Aberazar desde su sillón.

—¿También te le has encontrado tú? —le pregunté.

—Oh, sí —contestó con suavidad—. Estuve con él en esa… esa epopeya. ¿No la conocéis?

Infant, M’Turk *y yo* no sabíamos nada, y le pedimos información muy educadamente.

—No fue nada —dijo Tertius—. Nos metimos en un lío en las montañas de los khye-kheen hace un par de años, y Stalky nos sacó de él. Eso es todo.

M’Turk miró a Tertius con todo el desprecio que un irlandés puede sentir por un sajón incapaz de hablar su propio idioma.

—¡Increíble! —dijo—. Y sois tú y los de tu raza los que gobernáis Irlanda. Tertius, ¿no te da vergüenza?

—Bueno, yo no soy un buen narrador. Puedo meter baza de vez en vez cuando otro cuenta algo. Pregúntale a él —señaló a Dick Cuatro, cuya nariz asomaba brillando insolentemente sobre la colcha.

—Sabía que no lo ibas a contar —protestó Dick Cuatro—. Dadme un *whisky* con soda. He estado bebiendo batidos de limón y tónica mientras vosotros os bañabais en champán, y mi cabeza ya no aguanta más.

Asomó su desigual bigote al vaso de *whisky* y empezó a hablar, con los dientes castañeteando:

—¿Os acordáis de la expedición contra los khye-kheen y los malôt, cuando les metimos tanto miedo en el cuerpo que no se atrevían a luchar contra nosotros? Pues bien: ambas tribus, pues se trataba de una coalición, se rindieron sin un solo disparo, y un montón de villanos melenudos, que no tenían más poder sobre sus hombres que yo mismo, prometieron y juraron todo tipo de cosas. Creyendo que todo estaba arreglado, querido Pussy…

—Yo estaba en Simla**[127]** —se apresuró a puntualizar Abenazar.

—Da igual, todos sois iguales. Sobre la base de esos tratados de dos peniques y medio, los bestias de los políticos informasteis que el país estaba pacificado, y el gobierno, tan tonto como siempre, empezó a construir una carretera empleando trabajadores nativos. ¿Te acuerdas, Pussy? La mayoría de nuestros hombres, que no se habían dado cuenta de nada durante la campaña, querían volver a la India; pero yo había estado dos veces en situaciones semejantes y no lo tenía tan claro. Me las arreglé, *summo ingenio***[128]**, para ponerme al frente de una patrulla de carretera; nos dedicábamos simplemente a marchar arriba y abajo supervisando las obras. Habían retirado todas las tropas que habían podido, pero yo utilicé sólo unos cuarenta patanes**[129]**, casi todos ellos reclutas, de mi regimiento y nos quedábamos cerca del campamento mientras los demás se iban a trabajar a la carretera como habían mandado los políticos.

—En el campamento teníamos algunas canciones estupendas —dijo Tertius.

—Mi cachorro —así es como Dick Cuatro llamaba a su alférez— era un verdadero animal. Cogió una pulmonía orque no le gustaba cantar. Un día estaba paseando por el campamento y me encontré a Tertius diciendo tonterías como teniente ayudante de intendencia, cargo que no le pegaba nada. Había seis u ocho del colegio en el campamento, siempre los hay cuando tenemos problemas en la frontera, pero me habían hablado bien de Tertius, así que le dije que colgase sus pantalones de teniente ayudante de intendencia y viniese a ayudarme a mí. Se vino sin pensarlo dos veces, lo arreglamos con los superiores y salimos, cuarenta patanes, Tertius y yo, para apoyar a los pelotones de carretera. El grupo de Macnamara, ¿os acordáis del viejo Mac, el zapador, que tocaba el violín tan horriblemente en Umballa? El grupo de Mac era el penúltimo. El último era el de Stay. Estaba en la cabecera de la carretera con algunos de sus sikhs[130]. Mac nos dijo que creía que estaba bien.

—Stalky es un verdadero sikh —dijo Tertius—. Lleva a sus hombres a rezar al Durbar *Sahib* de Amritsar[131] siempre que tiene ocasión.

—No interrumpas, Tertius. Tuve que andar más de cuarenta millas desde la posición de Mac hasta que le encontré; y mis hombres me hicieron notar respetuosa pero firmemente que el país estaba a punto de rebelarse. Te preguntarás cómo era el país, Beetle. Bueno, yo no soy poeta, gracias a Dios, pero tú dirías que es un país diabólico. Cuando no estábamos hasta el cuello de nieve, rodábamos por terraplenes polvorientos. Los acogedores nativos, que supuestamente estaban colaborando en la construcción de la carretera, no olvides esto, querido Pussy, se sentaban cómodamente detrás de grandes rocas y practicaban tiro al blanco con nosotros. ¡La historia de siempre! Teníamos ganas de encontrar a Stalky. Yo intuía que estaba en algún lugar seguro, y cuando anochecía dimos con su pelotón, tan tranquilo como si estuviese en su casa, en un viejo fuerte de piedra con una garita en una esquina. Colgaba encima de la carretera que habían abierto cincuenta pies más abajo, en pleno barranco; y debajo de la carretera la pared seguía descendiendo verticalmente quinientos o seiscientos pies hasta llegar a una garganta de aproximadamente media milla de ancho y dos o tres de largo. Golpeé en la puerta y entré, encontrando a Stalky sentado en el suelo, vestido como un nativo y comiendo con sus hombres. Sólo le había visto medio minuto unos tres meses antes, pero era como si nos hubiéramos visto el día anterior. Me saludó con la mano.

»—¡Hola, Aladino! ¡Hola, emperador! —dijo—. Habéis llegado justo a tiempo para la función.

»Me di cuenta de que sus sikhs parecían un poco desanimados.

»—¿Dónde están tus hombres? ¿Y tu teniente? —le pregunté.

»—Aquí ves a los que quedan —dijo Stalky—. Si preguntas por el joven Everett, está muerto, y su cuerpo en la garita. Nos atacaron la semana pasada y tuvimos otras siete bajas además de él. Llevamos cinco días sitiados. Supongo que te han dejado pasar para cogernos a todos juntos. Todo el país está sublevado. Os habéis metido en una ratonera de primera clase.

»Se rió, pero ni Tertius ni yo le veíamos la gracia a la situación por ninguna parte. No habíamos llevado provisiones, y Stalky sólo tenía reservas para cuatro días. Eso por culpa de los burros de los políticos, querido Pussy, según los cuales los nativos se mostraban amistosos.

»Para que nos sintiéramos más cómodos, Stalky nos llevó a la garita a ver el cuerpo del pobre Everett, que estaba extendido sobre un montón de nieve. Parecía una chica de quince años, sin un solo pelo en la cara. Había recibido un disparo en la sien; pero los malôts habían dejado su seña en él. Stalky le desabotonó la camisa y nos la enseñó: un extraño corte en forma de hoz en el pecho.

»¿Te acuerdas de la nieve, tan blanca, en sus cejas, Tertius? ¿Te acuerdas cuando Stalky movió la lámpara y parecía que estaba vivo?

—Sí —dijo Tertius estremeciéndose—. Pero ¿recuerdas tú la mirada de Stalky, con las aletas de la nariz levantadas, igual que se ponía cuando torturaba a un *fag*? Fue una tarde encantadora.

—Hicimos un consejo de guerra allí mismo, en torno al cuerpo de Everett. Stalky nos dijo que los malôts y los khye-kheens se habían aliado; habían olvidado sus diferencias para acabar con nosotros. Los que habíamos visto al otro lado de la garganta eran khye-kheens. Había media milla en línea recta entre ellos y nosotros, y habían construido una serie de refugios para dormir en ellos y rendirnos por hambre. Los malôts, dijo, estaban desperdigados enfrente de nosotros. Detrás del fuerte no se podían ocultar adecuadamente, y por eso no estaban allí también. A Stalky no le importaban los malôts ni la mitad que los khye-kheens. Decía que los malôts eran unos perros desleales. Lo que yo no entendía es por qué las dos tribus no atacaban juntas de una vez para acabar con nosotros. Debía de haber por lo menos quinientos en total. Stalky explicó que no confiaban mucho los unos en los otros porque eran enemigos ancestrales, y que la única vez que habían intentado un ataque,

había contraatacado con un par de cargas decididas que les hicieron coger bastante respeto.

»Acabamos ya tarde, y Stalky, siempre tranquilo, dijo:

»—Tú mandas ahora. Supongo que no te importará que haga lo que me parezca necesario para traer provisiones al fuerte, ¿verdad?

»—Claro que no —contesté, y la lámpara se apagó.

»Así que Tertius y yo bajamos de la garita, pues no nos apetecía seguir allí con Everett, y volvimos con nuestros hombres. Stalky se había ido, supuse que a ver cómo andábamos de provisiones. Tertius y yo nos quedamos despiertos por si había un ataque, ya que nos estaban tiroteando continuamente, y nos estuvimos relevando durante toda la noche.

»La mañana llegó. Ni rastro de Stalky. No había aparecido. Hablé con su oficial nativo de mayor graduación, un tipo grande con patillas blancas, Rutton Singh, de la zona de Jullunder**[132]**. Se limitó a reírse y a decir que todo estaba bajo control. Stalky había estado fuera del fuerte otras dos veces, en algún sitio, según él. Dijo que volvería sano y salvo y me dio a entender que Stalky era una especie de *guru***[133]** invulnerable. De todas formas, puse a todos los hombres a media ración y los mandé abrir aspilleras.

»Al mediodía cayó una intensa tormenta de nieve, y el enemigo dejó de disparar. Nosotros respondíamos moderadamente, pero estábamos escasos de munición. Creo que no disparábamos más de cinco veces por hora, pero generalmente acertábamos. Mientras hablaba con Rutton Singh vi a Stalky bajar de la garita con los ojos hinchados y la ropa cubierta de hielo rosado.

»—No se puede fiar uno de estas tormentas —dijo—. Aprovechad ahora. Salid y coged lo que podáis encontrar. Hay un cierto grado de fricción entre los khye-kheens y los malôts en estos momentos.

»Mandé salir a Tertius con veinte patanes. Anduvieron un rato por la nieve antes de llegar a una especie de campamento a unas ochocientas yardas**[134]** de distancia, en el que había algunos hombres y media docena de ovejas junto al fuego. Dieron buena cuenta de los hombres, cogieron todo el grano que pudieron cargar y las ovejas y volvieron. Nadie les disparó un solo tiro. No parecía haber nadie en las cercanías, y la nieve caía cada vez con más fuerza.

»—No está mal —dijo Stalky mientras comíamos *kababs***[135]** de carnero ensartados en una vara de metal—. Es una tontería poner a los hombres en peligro. Los khye-kheens y los malôts se las están viendo al fondo de las garganta. No creo que estas llamadas coaliciones sean muy útiles.

»¿Sabes lo que había hecho el loco? Tertius y yo se lo fuimos sacando poco a poco. Había un almacén subterráneo para el grano debajo de la garita, y con las explosiones de la construcción de la carretera se había abierto un boquete en una de sus paredes. Siendo Stalky como es, decidió dejar abierto el agujero por si pudiera servir para algo; y colocó el cuerpo del pobre Everett tapando el pozo por donde se bajaba al sótano desde la garita. Tenía que quitar y volver a poner el cadáver en su sitio cada vez que usaba ese paso. Los sikhs, claro, no se atrevían a acercarse por allí. Bueno, el caso es que se metió por el agujero y salió a la carretera. Entonces, de noche y en plena tormenta de nieve, bajó por los riscos hasta el fondo de la garganta, vadeó el riachuelo, que estaba medio helado, escaló el lado contrario por una ruta practicable que había descubierto y se situó a la derecha de los khye-kheens. Después, ¡fijaos bien!, cruzó unas rocas que había detrás de ellos, anduvo media milla y salió a su izquierda, donde la garganta se hacía menos profunda y había un camino que unía el campamento malôt y el khye-kheen. A eso de las dos de la mañana parece que un khye-kheen descubrió a Stalky, que se vio obligado a eliminarlo silenciosamente. Después le hizo en el pecho la señal de los malôts, igual que la que tenía Everett.

»—Fui tan rápido como pude —nos dijo Stalky—. Si hubiera gritado habría acabado conmigo. Sólo había hecho algo parecido una vez antes, y era la primera vez que me metía por ese camino. ¿Sabéis?, es perfectamente utilizable por la infantería.

»—¿Cómo mataste a tu primer hombre? —le pregunté.

»—Oh, eso fue la noche del día que mataron a Everett. Salí a buscar una línea de retirada para mis hombres, un vigilante me encontró y yo le suprimí, me lo cargué *privatim*. Pero pensando en ello más tarde se me ocurrió que si encontraba el cuerpo, que había despeñado por unas rocas, lo podría decorar con la señal de los malôt y dejárselo a los khye-kheens para que sacaran conclusiones. Así que salí otra vez noche siguiente y lo hice. Los khye-kheens están sorprendidos de que los malôts actúen así después de haber jurado olvidar sus rencillas. Esta mañana temprano me escondí detrás de sus posiciones y los estuve observando. Fueron todos a discutir este asunto al comienzo de la garganta. Están terriblemente enfadados. No es raro.

»Ya sabéis cómo habla Stalky, soltando las palabras una por una.

—¡Dios mío! —dijo Infant explosivamente, a medida que iba comprendiendo toda la profundidad de la estrategia.

—¡Mi querido amigo! —ronroneó M'Turk embelesado.

—Stalky stalkeó[136] —dijo Tertius—. Eso es todo.

—Qué va; hay más —dijo Dick Cuatro—. ¿No te acuerdas cómo insistía en que sólo había tenido que aprovechar su suerte? ¿No recuerdas cómo Rutton Singh se abrazó a sus botas y se arrastró por el suelo, y cómo gritaban nuestros hombres?

—Ninguno de nuestros patanes creía que se tratara sólo de suerte —dijo Tertius—. Juraban que Stalky tenía que haber sido patán y… casi hubo pelea en el fuerte cuando Rutton Singh dijo que Stalky era un sikh. ¡Chico, qué furioso se puso el viejo con mi patán Jemadar! Pero Stalky movió un dedo y la calma se restableció.

—Sí, pero el viejo Rutton Singh seguía con la espada medio desenvainada, y juraba que incineraría a todos los khye-kheens y malôts que matase. Esto irritó mucho a Jemadar, al que no le importaba luchar contra otros musulmanes, pero no estaba dispuesto a dificultarles el acceso al paraíso. Entonces Stalky chapurreó un poco en pushtu y en punjabi[137] alternativamente. ¿Dónde diantres aprendió pushtu, Beetle?

—Da igual el idioma, Dick —dije—. Resúmenos lo que les dijo.

—Bueno, yo a veces puedo hablar algo de patán, pero no tengo ni idea de pushtu; ni tampoco sé rematar un argumento con una historia picante, como él hizo. Jugó con esos dos viejos perros de la guerra como si estuviese tocando una concertina. Stalky dijo, y los otros dos confirmaron su conocimiento de la naturaleza oriental, que los khye-kheens y los malôts organizarían un ataque combinado contra nosotros esa noche, en prueba de buena fe. Sin embargo, la unidad no iba a ser completa porque ninguna parte confiaba demasiado en la otra por culpa, como lo expresó Rutton Singh, de los «pequeños incidentes». El plan de Stalky consistía en salir al anochecer con sus sikhs, ir con ellos por el camino de cabras que había encontrado hasta retaguardia de la posición khye-kheen y después hacer algunos disparos contra los malôts cuando el ataque hubiera empezado.

»—Eso los distraerá y los pondrá un poco nerviosos —dijo—. Entonces podréis salir los demás y barrer lo que quede de ellos, y nos reuniremos al final de la garganta. Y después nos vamos al campamento de Mac a comer algo.

—¿Estabas tú al mando? —preguntó Infant.

—Yo tenía tres meses más de antigüedad que Stalky y dos más que Tertius —contestó Dick Cuatro—. Pero todos éramos del mismo colegio. Diría que la nuestra fue la única operación conocida en que nadie tuvo envidia de nadie.

—No, ninguna envidia —intervino Tertius—; pero hubo otra discusión entre Gul Sher Khan y Rutton Singh. Nuestro jemandar decía, y tenía razón, que los sikhs no tenían ni idea de cazar al acecho; y que, por eso, Koran *Sahib* haría mejor llevando consigo patanes, que eran expertos en ese arte. Rutton Singh dijo que Koran *Sahib* sabía muy bien que todos los patanes eran unos desertores, mientras que los sikhs eran unos caballeros aunque no supieran arrastrarse por el suelo como los gusanos. Stalky terció en la discusión con algún proverbio sobre las mujeres que hizo doblarse de risa a los dos guerreros. Dijo que los sikhs y los patanes podrían demostrar sus cualidades más tarde, luchando contra los khye-kheens y los malôts, pero que prefería llevar a sus sikhs para este trabajo de escalada porque sabían disparar. Y es verdad que saben. Dales una mula cargada de municiones y serán perfectamente felices.

—Se fue —dijo Dick Cuatro—. En cuanto anocheció y hubo echado una siestecita, bajó con treinta sikhs por el pozo de la garita. Todos ellos fueron saludando al pasar, uno detrás de otro, a Everett, que estaba apoyado contra la pared. Lo último que oí decir fue: *¡Kubhador! ¡Tumbleinga*[138]*!*. Y se dispersaron sobre el oscuro borde de la nada. A eso de las nueve de la noche comenzó el ataque combinado; los khye-kheens por el valle y los malôts frente a nosotros, disparando de lejos y animándose mutuamente a venir y cortar nuestras infieles cabezas. Se subieron a la valla y empezaron el viejo juego de llamar a nuestros renegados patanes invitándoles a unirse a la guerra santa. Uno de nuestros hombres, un tipo joven de Dera Ismail[139], se asomó a la valla para contestarles como se merecían, y volvió llorando como un niño. Le habían dado un balazo en la palma de la mano. Nunca he visto a nadie que pudiera aguantar un disparo en la mano sin llorar amargamente. Te llega a todos los nervios del cuerpo. Tertius se vio obligado a coger su rifle y golpeares a los otros un poco en la cabeza para que quedaran quietos en sus aspilleras. Los bravos muchachos querían abrir la puerta y atacar sin más dilación, pero eso no encajaba en nuestros planes.

»Por fin, cerca ya de la medianoche, oí los disparos de Stalky al otro lado del valle, y los gritos de los malôts, la mayoría de los cuales se encontraban detrás de un pliegue de la ladera. Stalky les estaba calentando intensamente y, como habíamos previsto, se volvieron hacia la derecha y empezaron a disparar a bocajarro contra sus traidores aliados, los khye-kheens. Menos de diez minutos después que Stalky empezase con la diversión, el combate se había extendido a ambos extremos del valle. Cuando pudimos ver algo, la confusión se había apoderado de todo el valle. Los khye-kheens habían salido

de sus refugios sobre la garganta para castigar a los malôts, y Stalky, a quien veía maniobrar con los prismáticos, se había deslizado detrás de ellos. Muy bien. Los khye-kheens tenían que subir por la ladera hacia donde la garganta estaba más practicable para acercarse a los malôts, que se pusieron a bailar de regocijo al ver a los khye-kheens cogidos por la espalda.

»Entonces se me ocurrió echar una mano a los khye-kheens. Salí con todos los hombres y avanzamos a paso de carga contra lo que podríamos llamar el flanco izquierdo de los malôts. Incluso en ese momento, si hubieran superado sus diferencias, nos podrían haber comido vivos; pero llevaban disparándose media noche y siguieron haciéndolo. ¡Lo más raro que he visto en mi vida! En cuanto nuestros hombres atacaron a los malôts, éstos redoblaron sus ímpetus contra los khye-kheens para demostrar que estaban con nosotros, corrían unos pocos cientos de yardas por el valle y se detenían para seguir disparando. Cuando Stalky se dio cuenta de nuestro juego lo imitó en su lado de la garganta; y, ¡por Júpiter!, los khye-kheens reaccionaron igual.

—Sí, pero —dijo Tertius— te has olvidado de contar que se puso a tocar *Arrah, Patsy, cuida al niño* con la corneta para que nos diéramos más prisa.

—¿Sí? —rugió M'Turk—. Por algún motivo empezamos todos a cantarlo. Y la narración se interrumpió durante unos momentos.

—Es verdad —dijo Tertius cuando acabamos de cantar. Nadie de la compañía Aladino podría olvidar nunca esa canción—. Sí, tocó *Patsy*. Sigue, Dick.

—Por último —dijo Dick Cuatro— obligamos a las dos chusmas a echarse una en brazos de la otra en una pequeña llanura al final del valle, los vimos arreolinarse luchando, apuñalándose y dando alaridos en medio de una cegadora tormenta de nieve. Eran gente fuerte y peluda, y nos pareció mejor dejarlos tranquilos.

»Stalky había hecho un prisionero, un viejo cipayo retirado con veinticinco años de servicio que nos enseñó su licencia, una tarjeta casi completamente desgastada. Había estado intentando convencer a sus hombres para atacarnos de día. Estaba muy huraño, furioso con los suyos por su cobardía. Rutton Singh quería matarle de un bayonetazo: los sikhs no entienden que alguien pueda luchar contra el gobierno después de haberle servido sinceramente; pero Stalky le salvó la vida y le hizo atar fuertemente, creo que para aprovechar más adelante sus conocimientos. Cuando volvimos al fuerte enterramos al joven Everett y nos fuimos a dormir. Stalky no quería oír hablar de volar el lugar. Sólo perdimos diez hombres en total.

—Sólo diez de setenta. ¿Cómo los perdisteis? —pregunté.

—Hubo un ataque contra el fuerte a primeras horas de la noche, y unos cuantos malôts consiguieron entrar. La cosa estuvo igualada durante uno o dos minutos, pero los reclutas se portaron espléndidamente. Fue una suerte que nadie quedase herido sin poder andar, porque había cuarenta millas de marcha hasta el campamento de Macnamara. ¡Por Júpiter, cómo corrimos! A mitad de camino el viejo Rutton Singh se desmayó, y le tuvimos que llevar tumbado sobre cuatro fusiles y el abrigo de Stalky; le llevaban entre Stalky, el prisionero y un par de sikhs. Después de eso me dormí. Se puede, ya sabéis, marchando, cuando las piernas están suficientemente entumecidas. Mac jura que llegamos a su campamento roncando y que nos caímos cuando nos detuvimos. Sus hombres nos metieron en las tiendas como si fuéramos sacos de patatas. Me acuerdo que me desperté y vi a Stalky dormido con la cabeza apoyada en el pecho del viejo Rutton Singh. Durmió veinticuatro horas. Yo sólo dormí diecisiete, pero es que estaba cogiendo una disentería**[140]**.

—¡Cogiéndola! ¡Narices! Ya la tenías antes de unirnos a Stalky en el fuerte —dijo Tertius.

—¡Eh, tú no puedes hablar! Levantabas tu espada contra Macnamara y le pedías un consejo de guerra cada vez que le veías. Lo único que se podía hacer contigo era arrestarte cada media hora. Estuviste mal de la cabeza durante tres días.

—No recuerdo nada de eso —dijo Tertius plácidamente—. Sólo me acuerdo de mi ordenanza dándome leche.

—¿Qué tal le fue a Stalky? —preguntó M’Turk chupando vigorosamente su pipa.

—¿Stalky? Estaba sereno como el toro de un brahmán**[141]**. El pobre Mac se estrujaba sus sesos de ingeniero real pensando qué hacer. Ya veis, yo estaba podrido de disentería, Tertius desvariaba, la mitad de los hombres estaban helados, y las órdenes de Macnamara fueron de levantar el campamento y retirarnos antes de que llegase el verdadero invierno. Stalky, que no se había inmutado en todo este tiempo, le cogió la mitad de sus provisiones, para evitarle el tener que bajarlas de nuevo a la llanura, y toda la munición que podía cargar, y, *consilio et auxilio***[142]**. Rutton Singh, volvió al fuerte con todos sus sikhs, su valioso prisionero y un montón de nativos que había convencido para que se alistasen con la ayuda del prisionero. Tenía sesenta hombres de todas las calañas… y la misma desenvoltura de siempre. Mac casi lloró de alegría cuando se fue. No había órdenes explícitas de que Stalky debiera volver antes de que los pasos de montaña estuvieran

bloqueados. Mac cumple las órdenes a rajatabla; Stalky también, cuando coinciden con sus planes.

—Me dijo que quería llegar a la Engadina[143] —dijo Tertius—. Se sentó en mi catre a fumar un pitillo y me hizo reír hasta las lágrimas. Macnamara nos mandó a todos a la llanura al día siguiente. Eramos un hospital andante.

—Stalky me dijo que Macnamara había sido una bendición para él —dijo Dick Cuatro—. Solía ir a su tienda a oírle tocar el violín y, entre obra y obra, le interrogaba a fondo sobre picos, palas y cartuchos de dinamita. Eso fue lo último que supimos de Stalky. Alrededor de una semana después los pasos quedaron bloqueados por la nieve, y no creo que Stalky quisiera encontrar a nadie en ese momento.

—Claro que no —dijo el gordo y rubio Abenazar—. Claro que no. ¡Jo, jo!

Dick Cuatro levantó su mano seca y delgada, con venas azules en el dorso:

—Espera un poco, Pussy; ya lo contarás después. Volví a mi regimiento, y esa primavera, cinco meses más tarde, salí con un destacamento de dos compañías teóricamente para buscar a unos amigos al otro lado de la frontera; en realidad para reclutar gente, por supuesto. No tuve mucha suerte, porque un joven *naick* llevó a cabo en esas montañas una estúpida venganza de sangre que había heredado de su tía, y los nativos se negaron a alistarse conmigo. El *naick* se había tomado un breve permiso para ocuparse de ese asunto; hasta ahí todo es normal; pero es que se había cargado al tío de mi ordenanza favorito. Era una vergüenza espantosa, porque yo sabía que Harris, el de los *Gluznees*, cubriría el mismo territorio tres meses más tarde y se llevaría todos los tipos a los que yo había echado el ojo. Todos estaban disgustados con el *naick*, porque pensaban que hubiera debido tener la decencia de posponer sus… sus desagradables aficiones hasta que nuestras compañías hubieran crecido suficientemente.

»De todas formas al animal todavía le quedaba algo de profesionalidad. Mandó a uno del clan de su tía por la noche para decirme que, si me interesaba, él me podía presentar a un montón de preciosidades. Pasé la frontera como una bala y unas diez millas más lejos, en un cauce seco, encontramos unos setenta hombres armados de diferentes maneras pero formados como una compañía de la reina. Uno de ellos se adelantó y manejó una vieja corneta tan patosamente como… ¿cómo se llamaba? Bancroft, ¿no?, cuando buscaba sus gafas en una farsa; y tocó *Arrah, Patsy, cuida al niño. Arrah, Patsy, cuida*. Es todo lo que tocó.

Y tampoco pudo ir más lejos en su relato Dick Cuatro, porque entonces cantamos la vieja canción dos veces, y después otras dos, y una última vez de remate.

—Me dijo que si yo sabía el resto de la canción tenía un mensaje para mí del hombre a quien pertenecía la canción. Así que, queridos hijos míos, terminé la vieja canción con la corneta y… esto es lo que me dio. Eh, no empujéis (todos nos habíamos amontonado para ver la conocida escritura irregular). Os la leo en voz alta:

Fuerte Everett, 19 de febrero

Querido Dick, o Tertius: El portador de esta carta está al mando de setenta y cinco reclutas, todos unos diablos de pukkas[144]*, pero que están deseando cambiar de vida. Los hemos pulido un poco y, después de domesticados, pueden hacer un buen trabajo. Quiero que le dejes treinta a mi ayudante, que, aunque es el burro más grande que existe, va a necesitar algunos hombres esta primavera. Los demás te los puedes quedar. Quizá te interese saber que he prolongado la carretera hasta el final del territorio malôt. Todos los cabecillas y sacerdotes implicados en los sucesos de septiembre han trabajado en las obras un mes cada uno, suministrando materiales de sus propias casas para la construcción. La tumba de Everett está cubierta con un montículo de cuarenta pies, que podrá servir de base para futuras triangulaciones. Rutton Singh os manda sus mejores salaams*[145]*. Estoy haciendo algunos trabajos, y he dado a mi prisionero, que también os manda salaams, el cargo local de Bahadur Khan.*

A. L. Corkran.

—Bueno, eso es todo —dijo Dick Cuatro cuando los rugidos, los gritos, las risas y, me parece, las lágrimas, hubieron amainado—. Crucé la frontera con mi cuadrilla tan rápido como pude. Sentían nostalgia de sus aldeas, pero se alegraron cuando reconocieron a algunos de mis hombres, que habían estado en la batalla contra los khye-kheens, y entre todos formaban una buena partida. Hay bastante más de trescientas millas desde el fuerte Everett hasta donde los recogí. Ahora, Pussy, cuéntales lo último que supiste de Stalky.

Abenazar soltó una risita nerviosa y forzada.

—Oh, no es mucho. Yo estaba en Simia en la primavera, cuando Stalky empezó a escribirse directamente con el gobierno desde sus nieves.

—Como si fuera un rey —comentó Dick Cuatro.

—Ahora me toca a mí, Dick. Había hecho muchas cosas que no tenía derecho a hacer, y comprometido al gobierno en todo tipo de iniciativas.

—Había empeñado el reloj del Estado, ¿eh? —dijo M’Turk haciéndome un gesto.

—Algo así; pero lo más embarazoso es que todo era tan conveniente, estaba tan bien razonado… Era tan exacto como si hubiera tenido acceso a todo tipo de información… reservada, por supuesto.

—¡Bah! —dijo Tertius—. Yo en cualquier momento estaría dispuesto a apoyar a Stalky contra Asuntos Exteriores.

—Ha hecho casi todo lo que le ha dado la gana, menos acuñar monedas con su propia efigie y leyenda, todo con la excusa de la construcción de esta carretera infernal y estar bloqueado por la nieve. Su informe es sencillamente pasmoso. Von Lennaert se tiraba de los pelos cuando lo recibió, y después dijo:

»—¿Quién diantres es este Warren Hastings[146] desconocido? Hay que degradarle. ¡Hay que degradarle oficialmente! El virrey no lo puede permitir. Nunca se ha visto nada parecido. Debe ser degradado por su excelencia en persona. Que venga aquí cuanto antes y que sea reprendido en los términos más duros.

»Efectivamente, le mandé una severísima reprimenda oficial, pero al mismo tiempo también un telegrama por mi cuenta.

—¡Tú! —dijo asombrado Infant, pues Abenazar parecía más un gordo gato persa que cualquier otra cosa.

—Sí, yo —dijo Abenazar—. No era gran cosa, pero después de lo que has contado, Dicky, fue una coincidencia curiosa, porque el telegrama decía:

Aladino ya tiene mujer,
y el emperador está calmado.
A la vida podéis ya volver:
esperamos que os haya gustado.

»Es curioso que me viniera a la cabeza esa vieja canción. No era comprometedora y daba ánimos. El único fallo era que el emperador no estaba verdaderamente calmado. Stalky salió de la seguridad de sus montañas y se dirigió sin prisa y despreocupadamente hacia Simia, para ser sacrificado en el altar.

—Pero —interrumpí— seguramente el capitán general es el mismo…

—Su excelencia creía que si se mostraba duro con un capitán joven (igual que King solía hacer con nosotros) estaba manejando con mano firme las riendas del Imperio y, por supuesto, Von Lennaert se mostró de acuerdo con

él. Incluso sospecho que fue Von Lennaert el que le metió esa idea en la cabeza.

—Entonces han cambiado a la gente desde que yo estuve allí —dije.

—Puede. Stalky tuvo que acudir para que le riñeran como a un chico travieso. Tengo razones para creer que a su excelencia se le pusieron los pelos de punta. Estuvo hablándole a Stalky durante una hora, mientras éste concentraba su atención en el suelo. Luego aseguraba que Von Lennaert había estado al fondo de la sala haciendo como si intentase apaciguar a su excelencia sin abrir la boca. Stalky no se atrevía a mirar hacia arriba para que no le diese la risa.

—Pero ¿entonces no degradaron públicamente a Stalky? —dijo Infant después de dar una gran risotada.

—No —dijo Abenazar—. Le perdonaron para darle una oportunidad de enderezar su emborronada carrera y para que a su padre no se le partiera el corazón. Stalky no tenía padre, pero eso era lo de menos. Se comportó como un… como un huérfano del asilo de Sanawar, y su excelencia le perdonó generosamente. Entonces se pasó por mi oficina y se sentó enfrente de mí, resoplando por la nariz. Después dijo: «Pussy, si pensara que ese colgador de cestas…».

—¡Ah! Se acordaba de eso —dijo M’Turk.

—«… que ese colgador de cestas de dos peniques es quien gobierna la India, me nacionalizaría moscovita mañana mismo. Soy una *femme incomprise*[147]. Esto me ha destrozado. Voy a pedir un permiso de seis meses para cazar por la India para recuperarme. ¿Crees que me lo darán, Pussy?».

»Se lo dieron en unos tres minutos y medio, y diecisiete días más tarde estaba de nuevo en los brazos de Rutton Sin h, terriblemente deshonrado, con órdenes de entregare sus hombres, el mando y todo lo demás a Cathcart MacMonnie.

—¡Daos cuenta! —dijo Dick Cuatro—. Un coronel del Departamento Político al mando de treinta sikhs en una montaña. ¡Daos cuenta, hijos míos!

—Naturalmente, como Cathcart no es tonto aunque sea político, dejó a Stalky hacer sus cacerías a menos de quince millas del fuerte Everett durante los seis meses siguientes; y parece que ellos dos, Rutton Singh y el prisionero, se entendían estupendamente. Creo que después Stalky se reincorporó a su regimiento. No le he visto nunca desde entonces.

—Pues yo sí —dijo M’Turk hinchándose de orgullo.

Todos nos volvimos nuestra mirada hacia él como un solo hombre.

—Fue al principio de este verano tan caluroso. Yo estaba en un campamento cerca de Jullunder y me tropecé con Stalky en una aldea sikh; sentado en la silla de ceremonias, con la mitad de la población inclinada delante de él, una docena de bebés en sus rodillas, una vieja bruja palmoteándole en el hombro y una guirnalda de flores alrededor del cuello. Me dijo que estaba reclutando soldados, Cenamos juntos esa noche, pero no me contó nada de lo del fuerte. Sí me dijo, sin embargo, que si necesitara provisiones dijera sólo que era el *bhai* de Koran Sahid; lo hice, y los sikhs no quisieron que les pagase ni una rupia.

—¡Ah! Ésa debía de ser una de las aldeas de Rutton Singh —dijo Dick Cuatro; y a continuación fumamos algún tiempo en silencio.

—Por cierto —dijo M'Turk retrocediendo algunos años—, ¿os dijo Stalky alguna vez cómo es que el Gallina acabó apedreando a King esa noche?

—No —contestó Dick Cuatro.

Entonces M'Turk lo contó.

—Ya veo —dijo Dick Cuatro moviendo la cabeza—. Prácticamente repitió la misma treta con los khye-kheens y los malôts. No hay nadie como Stalky.

—En eso te equivocas —dije—. La India está llena de Stalkies; tipos de Cheltenham, Haileybury y Marlborough de los que no sabemos nada, y las sorpresas empezarán cuando haya una verdadera guerra.

—¿Quién será el sorprendido? —dijo Dick Cuatro.

—Los otros. Los caballeros que llegan al frente en vagones de primera clase. Imaginaos a Stalky suelto con suficientes sikhs en el sur de Europa y con la perspectiva de un botín razonable. Pensadlo bien.

—Algo hay de eso, pero me parece que eres demasiado optimista, Beetle —dijo Infant.

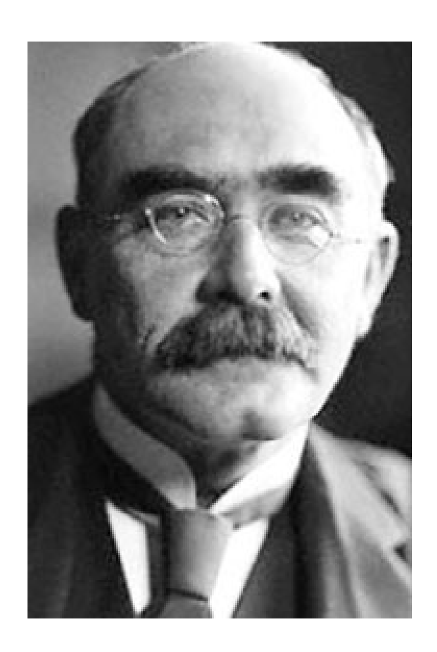
—Bueno, tengo derecho a serlo, ¿no? ¿O es que no soy yo el responsable de todo? ¿De qué os reís? ¿Quién escribió lo de «Aladino ya tiene mujer», eh?

—¿Y qué tiene que ver eso? —dijo Tertius.

—Todo —contesté.

—Demuéstralo —dijo Infant.

Y eso es lo que he hecho.



JOSEPH RUDYARD KIPLING (Bombay, 30 de diciembre de 1865 – Londres, 18 de enero de 1936) fue un escritor y poeta británico nacido en la India. Autor de relatos, cuentos infantiles, novelista y poeta, se le recuerda por sus relatos y poemas sobre los soldados británicos en la India y la defensa del imperialismo occidental, así como por sus cuentos infantiles.

Algunas de sus obras más populares son la colección de relatos *The Jungle Book* (*El libro de la selva*, 1894), la novela de espionaje *Kim* (1901), el relato corto *The Man Who Would Be King* (*El hombre que pudo ser rey*, 1888), publicado originalmente en el volumen *The Phantom Rickshaw*, o los poemas *Gunga Din* (1892) e *If* (1895). Además varias de sus obras han sido llevadas al cine. Fue iniciado en la masonería a los veinte años, en la logia «Esperanza y Perseverancia Nº 782» de Lahore, Punjab, India.

En su época fue respetado como poeta y se le ofreció el premio nacional de poesía *Poet Laureat* en 1895 (poeta laureado) la *Order of Merit* y el título de *Sir* de la *Order of the British Empire* (Caballero de la Orden del Imperio Británico) en tres ocasiones, honores que rechazó. Sin embargo aceptó el Premio Nobel de Literatura de 1907 y fue el ganador del premio Nobel de Literatura más joven hasta la fecha, y el primer escritor británico en recibir este galardón.

NOTAS

[1] Los grandes colegios tradicionales ingleses constan de varias «casas», edificios donde viven y estudian los alumnos, al frente de cada una de las cuales hay un profesor que es el «jefe de casa». (N. del T.) <<

[2] Este colegio, situado en la costa del condado de Devon (Devonshire), al suroeste de Inglaterra, es medio militar; los alumnos más aventajados irán después a una academia militar. El sargento es el encargado de mantener la disciplina. (N. del T.) <<

[3] Robert Surtees (1779-1834): Historiador y poeta inglés. (N. del T.) <<

[4] *His rebus infectis*: «Habiendo dejado esto sin hacer», en latín. Todas las expresiones que aparecen en la novela en idiomas distintos del español están también en ese idioma en el original. (N. del T.) <<

[5] *Descricto ense*: «Tipo severo», en latín. (N. del T.) **<<**

[6] *Pax*: «Paz», en latín. (N. del T.) <<

[7] *Fag*: Estudiante pequeño que tiene que servir a otro mayor en un colegio inglés. Del verbo to fag: fatigar, hacer trabajar. (N. del T.) <<

[8] Las correrías y diversiones del célebre aventurero Mr. John Jorrocks. Es una de las obras de Surtees. (N. del T.) <<

[9] Juez de paz: El que, después de oír a las partes implicadas, resuelve cuestiones de pequeña impor- tancia. (N. del T.) <<

[10] Acre: Medida inglesa de superficie equivalente a 4047 metros cuadrados. (N. del T.) <<

[11] Milla: Medida de distancia equivalente a 1852 metros. (N. del T.) <<

[12] Pie: Medida de longitud que equivale aproximadamente a 28 centímetros. (N. del T.) <<

[13] *A tergo*: «Por detrás», en latín. (N. del T.) <<

[14] Lundy: Isla cercana a la costa norte de Devon. (N. del T.) <<

[15] *In loco parentis*: «En el lugar de los padres», en latín. (N. del T.) <<

[16] Aujourd'hui: «Hoy», en francés. (N. del T.) <<

[17] *Parce que je… pense*: «Porque yo pienso», en francés. (N. del T.) <<

[18] *Suivi*: «Seguidos», en francés. (N. del T.) **<<**

[19] *Flagrante delicto*: «En delito flagrante», en latín. (N. del T.) <<

[20] *Langue de guerre*: «Lengua de guerra», en francés. (N. del T.) <<

[21] Dartmoor: Meseta del condado de Devon. (N. del T.) <<

[22] Bideford: Ciudad costera del condado de Devon. (N. del T.) **<<**

[23] *Quis custodiet ipsos custodes*?: «¿ Quién vigila a los propios guardianes?», en latín. (N. del T.) <<

[24] Horcas caudinas: Desfiladero próximo a Caudio, en Italia, donde el ejército romano, vencido por los samnitas, se vio obligado a pasar bajo un yugo en el año 321 a. de J.C. (N. del T.) <<

[25] «El motín»: Nombre por el que se conoce el levantamiento de los cipayos (soldados nativos) en la India en 1857. (N. del T.) <<

[26] *Suppresio ven… suggestio falsi*: «Omisión de verdad…, insinuación de falsedad», en latín. (N. del T.) <<

[27] Sandhurst: La academia militar más prestigiosa de Inglaterra en esa época. (N. del T.) <<

[28] *Music–hall*: Establecimiento de recreo en el que se presentan espectáculos de canto, danza, acrobacias, etc., acompañados por una orquesta. (N. del T.) <<

[29] *Entendez vous?… Nous entendons*: «¿Entendéis?… Entendemos», en francés macarrónico. (N. del T.) <<

[30] Gigadibs: Personaje de un poema de Robert Browning (1812-1889), poeta y dramaturgo inglés. (N. del T.) <<

[31] John Ruskin (1819-1900): Crítico de arte y ensayista inglés. (N. del T.) <<

[32] *Fors Clavigera*: Publicación periódica de Ruskin (N. del T.) **<<**

[33] Balliol: Uno de los colegios más antiguos de la Universidad de Oxford. (N. del T.) <<

[34] Libra: Unidad inglesa de peso equivalente a 453,6 gramos. (N. del T.) <<

[35] Libra esterlina: Nombre de la moneda inglesa. En aquella época equivalía a cuatro coronas; una corona se dividía en cinco chelines, y un chelín en doce peniques. (N. del T.) <<

[36] Comedor de opio: Sobrenombre del escritor inglés Thomas de Quincey (1785-1859). (N. del T.) <<

[37] *San Winifred y El mundo de la escuela*: Son dos novelas sobre la vida escolar publicadas en 1858 y 1862, respectivamente, por el reverendo Frederick William Farrar (1831-1903), teólogo y filólogo inglés. (N. del T.) <<

[38] Privatim et seriatim: «Privadamente y en serio», en latín. (N. del T.) <<

[39] *Capivi*: «Lo he entendido», en latín. (N. del T.) **<<**

[40] *Placetne*?: «¿Te parece bien?», en latín. (N. del T.) <<

[41] *Actum est*: «Está hecho», en latín. (N. del T.) <<

[42] *Habet*!. «Ahí queda eso», en latín. (N. del T.) **<<**

[43] *Via*: «Pasando por», en francés. (N. del T.) **<<**

[44] Edward Gibbon (1737-1796): Historiador inglés. (N. del T.) <<

[45] *Moi… I… Ich… Ego*: «Yo» en francés, inglés, alemán y latín, respectivamente. (N. del T.) <<

[46] Escuela pública: Escuela privada elitista y estricta donde se educan las clases dirigentes de la sociedad británica. (N. del T.) <<

[47] En Inglaterra la distribución de las comidas no es como en España. El desayuno es más abundante y variado; el almuerzo (*lunch*) es ligero y se toma alrededor del mediodía; luego viene el famoso té de las cinco y, por último, la cena (*dinner*), que es la comida principal y se toma mucho más temprano que en España. (N. del T.) <<

[48] *Yugurta tarnen*: «Sin embargo, Yugurta…», en latín. Yugurta (154-104 a. de J.C.) fue un rey de Numidia vencido por los romanos. (N. del T.) <<

[49] *Pas si je le connais*: «No si puedo evitarlo», en francés. (N. del T.) **<<**

[50] Panurgo: Personaje de *Gargantúa y Pantagruel*, de Rabelais, escritor francés de la primera mitad del siglo XVI . (N. del T.) <<

[51] Se refiere a E. M. Viollet-le-Duc, arquitecto y escritor francés del siglo XIX. Violet (Violeta) es un nombre de mujer en inglés. (N. del T.) **<<**

[52] Dicho inglés que aprovecha M’Turk para hacer un juego de palabras, ya que King significa «rey» en ese idioma. (N. del T.) **<<**

[53] *Leit-mótif*: Término alemán aceptado internacionalmente para designar un tema musical que se repite frecuentemente en una ópera y que esté asociado a una idea, un sentimiento, una situación o un personaje determinado. (N. del T.) <<

[54] Lazareto: Hospital de leprosos. (N. del T.) <<

[55] Hoplitas: Soldados griegos de infantería. (N. del T.) <<

[56] *Cave*: «Cuidado», en latín. (N. del T.) <<

[57] *En route*: «De camino», en francés. (N. del T.) <<

[58] rancés macarrónico: «Me voy a partir. Me voy a partir toda la santa tarde. Nunca me he partido como me voy a partir hoy. Nos esconderemos en los búnkers». (N. del T.) <<

[59] *Summa*: «En resumen, adicionalmente, aún más importante», en latín. (N. del T.) <<

[60] En español en el original, igual que las demás veces que aparezca esta palabra en adelante. (N. del T.) <<

[61] *Le roman d'un jeune homme pauvre*. Novela más conocida del escritor francés Octave Feuillet (1821-1890). (N de lT.) <<

[62] *Elegy Written in a Country Churchyard*, del poeta lírico inglés Thomas Gray (1716-1771). (N. del T.) <<

[63] *Sabbath*: «Reposo», en hebreo. Nombre del séptimo día de la semana, dedicado por los judíos exclusivamente al culto de Dios, en recuerdo de su descanso después de los seis días de la creación. (N. del T.) <<

[64] *B.O.P.: Boys’Own Paper*, periódico juvenil inglés de la época. (N. del T.) <<

[65] Shylock: Personaje principal de la comedia de William Shakespeare *El mercader de Venecia*. Es el típico usurero judío sin corazón. (N. del T.) **<<**

[66] Pulgada: Unidad inglesa de longitud equivalente a 2,54 centímetros. (N. del T.) <<

[67] *Rôle*: «Papel», en francés. (N. del T.) <<

[68] *Mes enfants*: «Hijos míos», en francés. (N. del T.) **<<**

[69] Margaret Wilson Oliphant (1828-1897): Escritora inglesa, autora de novelas, biografías y estudios literarios. (N. del T.) <<

[70] Son los nombres de tres importantes demonios mencionados en la Biblia. (N. del T.) <<

[71] *Vendetta*: «Venganza», en italiano. (N. del T.) <<

[72] *Et ego… in Arcadia vixi*: «Y yo… he vivido en la Arcadia», en latín. La Arcadia es una región montañosa de Grecia. Los poetas la describen como la tierra de la inocencia y la felicidad. (N. del T.) <<

[73] *Sotto voce*: «En voz baja», en italiano . (N. del T.) <<

[74] Daniel: Profeta judío que anunció el fin del mundo y el juicio de Dios . (N. del T.) <<

[75] Porridge: Típico plato inglés hecho de harina de cereal batida en agua o leche hirviendo. (N. del T.) <<

[76] *Oratio directa… oratio obliqua*: «Estilo directo… estilo indirecto», en latín. (N. del T.) <<

[77] Francis Galton (1822-1911): Explorador, antropólogo y escritor inglés. (N. del T.) <<

[78] Narciso: Personaje mitológico que se enamoró de su propia imagen al verse reflejado en el agua de una fuente. (N. del T.) <<

[79] *À la*: «A lo», en francés. (N. del T.) <<

[80] *Nous sommes avec vous*: «Estamos con usted», en francés. (N. del T) <<

[81] *Qui procul hinc… qui ante diem periit, sed miles, sed propatria*: «Quien lejos de aquí… quien murió antes de su hora, no sólo por ser soldado, sino por su patria», en latín. (N. del T.) <<

[82] Henry John Newbolt (1862-1938): Escritor inglés, famoso por sus baladas marinas y sus poemas patrióticos. (N. del T.) **<<**

[83] Traílla: Especie de recogedor grande que, tirado por caballerías, sirve para allanar o igualar el terreno. (N. del T.) <<

[84] Francés macarrónico. (N. del T.) <<

[85] *Morale*: «Moral, espíritu», en francés. (N. del T.) **<<**

[86] Quirón: El más sabio y justo de los centauros, preceptor del héroe Aquiles, en la mitología griega. (N. del T.) <<

[87] *Habeo capitem crinibus minimis*: «Le tengo cogido por los cabellos más cortos», en latín. (N. del T.) **<<**

[88] Kalabagh: Ciudad situada al noroeste de la India británica, cerca de la frontera de Afganistán, en lo que hoy es Paquistán. (N. del T.) <<

[89] Afridis: Tribu montañosa muy belicosa de Afganistán que se sublevó en 1895 y 1896 contra la dominación inglesa. (N. del T.) <<

[90] Orden del Baño: Orden de caballería creada por Enrique IV de Inglaterra en 1399. (N. del T.) <<

[91] Umballa: Ciudad del noroeste de la India. (N. del T.) <<

[92] Sobraon: Población situada en el actual Paquistán, donde los ingleses vencieron en una importante batalla en 1846. (N. del T.) <<

[93] *Punch*: Semanario satírico que se publicó en Londres en el siglo XIX . (N. del T.) <<

[94] *Ergo y propter hoc*: «Por eso y por consiguiente», en latín. (N. del T.) <<

[95] *M. P.*: «*Member of Parliament*»; miembro del parlamento británico. (N. del T.) <<

[96] Los filisteos, los jebuseos y los hivitas fueron tres de los pueblos que habitaban en Palestina y fueron vencidos por Israel. (N. del T.) <<

[97] El cerdo gadareno: Se refiere a un episodio de los Evangelios en que unos demonios, expulsados por Jesús de la región de Gadara, entran en unos cerdos que se lanzan al mar y mueren ahogados. (N. del T.) <<

[98] Richard Hakluyt: Célebre geógrafo inglés (1553-1616). (N. del T.) **<<**

[99] Alexander Sergeevich Pushkin Mijail Lermontoff: Escritores rusos de la primera mitad del siglo XIX. (N. del T.) <<

[100] Thomas Love Peacock (1785-1866): Poeta lírico y novelista inglés. (N. del T.) <<

[101] George Borrow (1803-1881): Filólogo, escritor y viajero inglés. Su *Lavengro* es una especie de autobiografía. (N. del T.) **<<**

[102] *Rubaiyata*: Poema del poeta persa Omar Khayyam, traducido al inglés por Edward Fitzgerald entre 1859 y 1868. (N. del T.) <<

[103] Richard Crashaw (¿1613?-1649): Poeta lírico inglés. John Dryden (1631-1700): Poeta lírico y crítico inglés. Alexander Smith (1830-1867): Poeta escocés. L. E. L.: Letitia E. Landon (1802-1838), poeta y novelista inglesa. Lydia Sigourney (1791-1865): Poeta norteamericana. Phinneas Fletcher (1582-1650): Poeta inglés cuya obra más importante es *La isla púrpura*. John Donne (1572-163 1): Poeta lírico inglés.Cristopher Marlowe (1564-1593): Poeta dramático inglés. (N. del T.) <<

[104] Ossian: Legendario poeta y guerrero gaélico del siglo III. El llamado «*ciclo de Ossian*» es una serie de antiguos cantos épicos publicados con retoques en el siglo XVIII. (N. del T.) <<

[105] *El paraíso terrenal*: Colección de poemas del inglés William Morris (1834—1896). *Atalanta en Calydon*: Obra del escritor inglés A. C. Swinburne (1837—1909). Dante Gabriel Rossetti (1828—1882): Pintor y poeta lírico inglés. (N. del T.) <<

[106] «La Armada» (en español en el original): La «Armada Invencible», flota que Felipe II de España envió en 1558 contra Isabel de Inglaterra. Fue destruida en su mayor parte por una tempestad y el resto por el almirante Drake. (N. del T.) <<

[107] Cooper's Hill: Sobrenombre del Colegio Real Indio de Ingenieros Civiles, situado cerca de Londres. (N. del T.) **<<**

[108] *Ad hoc*: «Para esto», en latín. (N. del T.) <<

[109] Ulpiano (170-228): Jurisconsulto romano, riguroso y amante de la justicia. (N. del T.) <<

[110] *Elucescebat*: «Amanecía», en latín. (N. del T.) <<

[111] Legua: Unidad usada para expresar distancias en vías o caminos equivalente a 5572,7 metros. (N. del T.) <<

[112] *Oyez*: «Escuchad», en francés. (N. del T.) <<

[113] Confer orationes Regis furiosissimi: «Transmite las palabras del más furioso de los reyes», en latín. (N. del T.) **<<**

[114] *Don Juan* (en español en el original): Poema que el poeta inglés Lord Byron (1788-1824) comenzó en 1818 y dejó sin terminar. (N. del T.) **<<**

[115] *The Times* de Londres, fundado en 1785, es el más prestigioso diario británico. (N. del T.) **<<**

[116] *In Verrem: actio prima*: «Dedicado a Verres (gobernador de Sicilia atacado por Cicerón): acto primero», en latín. (N. del T.) <<

[117] Se refiere a un episodio del libro *Las aventuras de Jorrocks*, de R. S. Surtees, que va a citar continuamente en las páginas siguientes. (N. del T.) **<<**

[118] «Tulkiss»: Juego de palabras. *Kiss* significa «beso» en inglés. (N. del T.)
<<

[119] Beetle significa «escarabajo» en inglés. Alusión al relato *El escarabajo de oro*, de Edgar Allan Poe. (N. del T.) **<<**

[120] Parergon: «Algo secundario, subordinado», en griego. (N. del T.) <<

[121] «Una conferencia entre las potencias», Muchos inventos. (N. del A.) Muchos inventos es una colección de cuentos del propio Kipling publicada en 1893. (N. del T.) <<

[122] Baronet: Título de nobleza inglés, intermedio entre la alta nobleza y la clase media. (N. del T.) <<

[123] Dak bungalow: En la India y Pakistán, casa usada por los funcionarios del gobierno en sus desplazamientos. (N. del T.) <<

[124] Cincuenta y siete grados Fahrenheit, es decir unos catorce grados centígrados. (N. del T.) **<<**

[125] Pindi: Ciudad situada en lo que hoy es Pakistán. (N. del T.) <<

[126] Suakin: Ciudad egipcia situada a orillas del mar Rojo. (N. del T.) **<<**

[127] Simla: Ciudad india, situada en una cumbre del Himalaya occidental. Capital de verano del gobierno inglés de la India. (N. del T.) <<

[128] *Summo ingenio*: «Con gran inteligencia», en latín. (N. del T.) <<

[129] Patanes: Tribus afanas que pueblan las tierras limítrofes de Afganistán y el subcontinente indio. (N. del T.) <<

[130] Sikhs: Pueblo que habita en el noroeste de la india, en el Punjab, que profesa un estricto monoteísmo y posee grandes cualidades guerreras. (N. del T.) <<

[131] El Durbar Sahib es el templo más importante de los sikhs; se encuentra en Amritsar, que es su ciudad santa. (N. del T.) <<

[132] Jullunder: Ciudad del noroeste de la India británica, en el actual Pakistán. (N. del T.) <<

[133] Guru: En la india, «maestro», especialmente el de asuntos espirituales. (N. del T.) <<

[134] Yarda: Unidad inglesa de longitud equivalente a 91,44 centímetros. (N. del T.) <<

[135] Carne partida y sazonada que se asa ensartada en una broqueta. (N. del T.) <<

[136] «Stalkeó»: *To stalk* significa «cazar al acecho» en inglés. (N. del T.) <<

[137] El pushtu y el punjabi son dos idiomas hablados, respectivamente, por algunos patanes y por los sikhs (N. del T.) **<<**

[138] ¡Kubhador! ¡Tumbleinga!: «¡Cuidado! ¡Que te caes!» (N. del A.) <<

[139] Dera Ismail: Distrito de la India británica, en el actual Pakistán. (N. del T.) <<

[140] Disentería: Diarrea con sangre, pus y, a veces, fiebre. (N. del T.) <<

[141] Brahmán: Sacerdote hindú. (N. del T.) **<<**

[142] *Consilio et auxilio*: «Con el consejo y la ayuda de», en latín. (N. del T.) <<

[143] La Engadina: Valle de Suiza que ha figurado mucho en la historia militar como camino entre Alemania e Italia. (N. del T.) <<

[144] Pukkas: Miembros de una casta muy baja que se dedicaba a la caza de animales de madriguera. (N. del T.) <<

[145] *Salaam*: «Saludo», en árabe. (N. del T.) <<

[146] Warren Hastings: Político inglés (1732-1818) que fue gobernador de las Indias británicas. Acusado de malversaciones, fue absuelto después de un ruidoso proceso. (N. del T.) <<

[147] *Femme incomprise*: «Mujer incomprendida», en francés. (N. del T.) **<<**